

A large, intricate white line graphic is located on the left side of the page. It features a vertical line on the left edge that curves into a series of elegant, flowing scrolls and loops, extending horizontally across the middle of the page before curving back down to the bottom edge.

2010

Boletín Oficial del Obispado de Salamanca

BOLETÍN OFICIAL
DEL OBISPADO
DE SALAMANCA



2010

Depósito Legal: S. 21-1958

Imprenta KADMOS

Salamanca, 2010

Sumario

	<u>Págs.</u>
OBISPO	Oración con las víctimas del terrorismo 7
DECRETOS	Renovación del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos 11
	Sobre el culto en el Tanatorio Municipal de San Carlos .. 13
HOMILÍAS	1. Santa María 15
	2. Sagrada Familia 23
	3. Santo Tomás 25
	4. Villa García 32
	5. Jesucristo Sacerdote 38
	6. San José 44
	7. Domingo de Ramos 48
	8. Misa Crismal 52
	9. Jueves Santo 58
	10. Viernes Santo 63
	11. San Juan de Ávila 66
	12. Ordenación de Diáconos 71
	13. Pentecostés 76
	14. Centenario de las Salesas 80
	15. San Juan de Sahagún 86
	16. Virgen de la Vega 91
	17. Semana de Pastoral I 96
	18. Semana de Pastoral II 102
	19. Santa Teresa 108
	20. Con motivo de la estancia en la Diócesis de la Cruz de los Jóvenes 116

	<u>Págs.</u>
	21. En el L aniversario de las Librerías ARS 141
	22. Vigilia de Oración con los Jóvenes 144
	23. Acción de gracias 146
	24. Inmaculada Concepción 152
	25. Jornada de la luz de Belén 156
	26. Navidad: Misa de Media Noche 158
	27. Navidad: Misa del Día 162
CARTAS	Semana sacerdotal 165
	Visita pastoral al Arciprestazgo de Guijuelo 168
CANCELLERÍA- SECRETARÍA	Consejo Presbiteral (acta resumen) 171
	Convenio sobre utilización de la Capilla del Tanatorio Municipal 179
	Nombramientos 182
	Ordenaciones 191
	Defunciones 192
VICARÍA JUDICIAL	Nulidad de matrimonio 193
VICARÍA DE PASTORAL	Memoria de los trabajos del CDP 2004-2009 195
	Consejo de Pastoral Diocesano 200
	Prioridades Pastorales 2010-2011 205
	Semana Diocesana de Pastral. Conclusiones 217
IGLESIA EN CASTILLA	Nombramientos Episcopales 223
	Topas 225
IGLESIA EN ESPAÑA	1. Saludo de Benedicto XVI al X Congreso Eucarístico Nacional 233
	2. JMJ Madrid 2011 235

	<u>Págs.</u>
CONFERENCIA EPISCOPAL	Declaración sobre la exposición de símbolos religiosos cristianos en Europa 241
	Ante la entrada en vigor de la nueva ley del aborto 243
	Nota de prensa final de la CCXVII reunión de la Comi- sión Permanente 244
	4
BENEDICTO XVI	1. Mensaje para la XXV Jornada mundial de la Juven- tad (28-3-10) 247
	2. El peligro mayor para la Iglesia no proviene de las persecuciones.(29-6-10) 255
	3. Reconoce el martirio de 16 claretianos y 10 carmeli- tas (1-7-10) 259
	4. Rezar y sostener a los sacerdotes sobre todo en las dificultades.(5-5-10) 260
	5. Carta Apostólica en forma de “Motu Proprio” Ubi- cumque et Samper, con la cual se instituye el consejo pontificio para la promoción de la nueva evangeliza- ción. (21 IX-2010) 262
	6. Carta Apostólica en forma de “Motu Proprio” <i>omnium in mentem</i> del sumo pontífice Benedicto XVI con la cual se modifican algunas normas del Código de Derecho Canónico 268
	7. Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud. Madrid 2011 272
	8. Benedicto XVI a los seminaristas 281
NOTICIAS	Bodas de oro y plata Sacerdotales 287
	Canonización de Sor Cándida María de Jesús 288
	Beatificación del P. Bernardo F. de Hoyos 289
	Crecimiento católico en la última década 290
	El Siglo XXI será el de las religiones 292
	Rupturas familiares en España 294

Obispo

ORACIÓN CON LAS VÍCTIMAS DEL TERRORISMO **Catedral Vieja de Salamanca** **13 de febrero de 2010**

Queridos hermanos:

Jesús, acreditado por el Padre como su Hijo amado, al que hemos de escuchar, nos ha presentado su interpretación autorizada de la ley antigua a la luz de la ley nueva del amor, de la que él es promulgador.

Esta nueva ley del amor no sólo supera el orden de la estricta justicia de la ley del Talión, sino también el mandato de amar al prójimo como a sí mismo y de tratar a los demás como queremos ser tratados por ellos.

El modelo y medida del amor ya no será el hombre, sino Dios. Y los discípulos de Jesús estamos llamados a amar como somos amados por el Padre. Sólo podremos acreditar nuestra condición de hijos teniendo como norma de actuación la perfección de Dios, que se revela en Jesús. Por ello, el mandamiento nuevo de Jesús será: amaos unos a otros como yo os he amado. Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Así reconocerán todos que sois discípulos míos.

Para amar de esta manera hay que renacer del agua y del Espíritu y vivir en comunión de vida con Cristo. A quienes el Padre ha dado conocer por la fe la plenitud de la verdad de su reino, es decir, a los discípulos, es a los que Jesús propone en el sermón del monte el ideal de vida de las bienaventuranzas y el camino de la perfección del amor que él mismo vive. Se

trata de un ideal de perfección moral, que es la ley del reino de Jesús, que no es de este mundo. Por ello, el sermón de la montaña, cima de la perfección moral, nunca ha sido comprendido por la Iglesia como ley para la convivencia social ni para el orden de la justicia en este mundo. Y, no obstante, el testimonio de este amor en medio del mundo, es luz que ilumina el camino de cada hombre en su búsqueda de la verdad y en el compromiso de trabajar por la paz, fruto de la justicia.

Agradezco a los organizadores de este Congreso la decisión de incluir en el programa un acto de oración por todas las personas fallecidas víctimas del terrorismo. Y saludo con afecto fraternal a todos ustedes, que han querido unirse a nuestra oración.

Oramos en esta bellísima Catedral acompañados por la presencia intercesora de María, en su advocación de la Santísima Virgen de la Vega, patrona de la ciudad de Salamanca.

Oramos desde nuestra comunión en la fe cristiana, que nos abre un horizonte de sentido y de esperanza a la luz de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. Creemos en la resurrección y, unidos a Cristo, esperamos nuestra victoria sobre la muerte. Y unimos en nuestra oración la muerte injusta de tantas víctimas del terrorismo, privadas de la vida en contra de la voluntad de Dios, con la luminosa entrega voluntaria de Jesús en la cruz, para que los haga partícipes de la gloria de Dios, que es la vida eterna del hombre.

La fe que obra por el amor es la victoria que vence al mundo, que es capaz de vencer el mal con el bien, y ha de vencer al terrorismo, que es la expresión más miserable de la debilidad moral de la cultura contemporánea.

El terrorismo se caracteriza por ejercer una violencia criminal indiscriminada para atemorizar a la sociedad, privarla de su derecho a la libertad e imponerla una ideología totalitaria.

Pertenece al fin y a la estrategia terrorista el intento de justificar la necesidad de sus acciones criminales en aras de la consecución de unos fines que se conciben como los únicos bienes absolutos e irrenunciables, para cuyo logro habría que sacrificar incluso la vida de las personas, que para los terroristas es un bien menor. No reconocer el valor absoluto, sagrado, inviolable de la vida del hombre es la última raíz ideológica de la perversión del orden moral que representa el terrorismo.

Esta caracterización del terrorismo nos permite reconocer que su maldad es más profunda y va más allá de la misma maldad, ya de suyo abominable, de sus actos criminales. El terrorismo representa una perversión gravísima del orden moral y es la expresión más inicua del falso principio: El fin justifica los medios. La enseñanza moral de la Iglesia califica el terrorismo como intrínsecamente perverso y nunca justificable en función de ninguna circunstancia ni de ningún resultado o meta.

Especialmente abominable aparece la autojustificación terrorista de sus actos criminales cuando se pretende ejercer en nombre de Dios, en forma más menos explícita. Entonces, la violación del mandato divino: “No matarás”, añade a la gravísima desobediencia a la voluntad de Dios el elemento de la blasfemia y de la profanación de la santidad de Dios y, con ello, la profanación más cínica de la religión.

Dios es el autor de la vida y el mejor garante de su desarrollo hasta su consumación. Dios es amor y muestra su poder con el perdón y la misericordia. Dios nos ha amado hasta el extremo de hacerse hombre para dar su vida por nosotros. Cada hombre es imagen del Dios amor y ha recibido de Dios la ley fundamental de amar a los hermanos como El nos ama. Esta ley del amor está impresa en su naturaleza y hace posible al hombre no desnaturalizado experimentar la felicidad en la práctica del bien. Por ello, sólo en el amor, y en el perdón misericordioso, incluso al enemigo que nos odia, encuentra el hombre su plenitud y crea plenitud de vida personal y social para los demás. El Dios del amor y de la vida ha querido libremente hacer consistir su gloria en que el hombre viva, y viva en plenitud.

A toda la sociedad y a sus instituciones nos corresponde asumir el compromiso de erradicar el terrorismo también mediante una adecuada educación permanente de las conciencias conforme a la verdad moral del hombre y al respeto de su dignidad y sus derechos, para hacer posible la libertad y la paz social. De forma especial hemos de colaborar todos, la Iglesia, las familias y los centros educativos, así como todos y cada uno de los educadores a título personal, en la noble tarea de formar a las generaciones más jóvenes, advirtiéndoles de la maldad del terrorismo y animándoles a construir una sociedad donde se vivan los principios morales que garanticen el respeto sagrado a la persona.

Desde nuestra comprensión de la vida del hombre a la luz del Dios del amor, oramos también por la conversión de los terroristas y para que, sin perjuicio del justo castigo que les corresponde por su gravísimo crimen, vuelvan a encontrar su recto camino en la vida, alentados incluso por el perdón misericordioso que como cristianos debemos concederles.

Otorgar este perdón es un milagro de la gracia, pero Dios puede hacernos capaces de ello. Este perdón concedido nos dará más paz interior que todas las medidas de reparación de la justicia violada, que puedan ofrecernos los órganos del Estado de derecho. Y, con el perdón, nuestra oración será auténtica expresión de fe que obra por el amor, en seguimiento del Señor que nos amó hasta el extremo de entregar la vida por nosotros y murió en la cruz suplicando el perdón para sus verdugos.

Ponemos todas estas intenciones de nuestra oración en las manos amorosas de la Virgen de la Vega, para que ella las presente ante su Hijo y nos haga gozar de su gracia y bendición.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Decretos

Renovación del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos

Mediante Decreto del día 17 de septiembre de 2001 fue constituido el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos para un período de cinco años y con los tres fines siguientes: 1º) Aprobar el presupuesto y las cuentas anuales. 2º) Hacer el seguimiento de la aplicación del presupuesto. 3º) Deliberar sobre los asuntos en los que el Código de Derecho Canónico requiere que el Consejo sea oído o de su consentimiento.

Transcurrido el plazo para el que fue constituido, y habida cuenta de las nuevas situaciones de los anteriores miembros, por el presente Decreto renovamos el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos, que estará constituido en los cinco años venideros, bajo la presidencia del Obispo diocesano, por los siguientes miembros:

Por razón del cargo:

Ilmo. Sr. Vicario General

Sr. Ecónomo Diocesano

Sr. Delegado de Obras

Por razón de la persona:

Da. Lourdes Ruano Espina

D. César Gómez Gómez

D. Mariano Alonso

Da. Carmen Calzada

D. Juan Díez Miguel

D. Casimiro Muñoz Martín

Secretario, con derecho de voz:

D. Juan Robles Diosdado

En Salamanca, el día 10 de junio de 2010.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Doy fe
JOSÉ CALVO, *Notario Mayor*

Sobre el Culto en el Tanatorio Municipal San Carlos

La reciente bendición de la Capilla del nuevo Tanatorio Municipal San Carlos ha dado lugar a dudas sobre las celebraciones litúrgicas que en ella están permitidas, en particular, sobre la celebración en ella de los funerales “corpore insepulto” de los fieles difuntos cuyos restos mortales son-velados en el referido Tanatorio:

A este propósito, aclaramos que el criterio orientador de la práctica a seguir debe ser la razón pastoral y la disciplina litúrgica y canónica.

En las Orientaciones del Episcopado Español que anteceden al Ritual de Exequias se afirma: “La celebración de las exequias no es asunto sólo de los allegados del difunto, sino de toda la comunidad cristiana..., la cual, de diversos modos, debe hacerse presente en las exequias de todos y cada uno de sus miembros” (n.21). Compete de modo especial a los pastores la responsabilidad de preparar y celebrar los ritos de exequias “coordinando debidamente la liturgia funeraria con toda la vida litúrgica parroquial” (n. 23). Los Obispos gozan de la facultad de regular la pastoral de las exequias en toda la diócesis (n. 25).

El Código de Derecho Canónico determina en el canon 1177 lo siguiente:

“1. Las exequias por un fiel difunto deben celebrarse generalmente en su propia iglesia parroquial.

2. Sin embargo, se permite a todos los fieles, o a aquellos a quienes compete disponer acerca de las exequias de un fiel difunto, elegir otra iglesia para el funeral, con el consentimiento de quien la rige y habiéndolo comunicado al párroco propio del difunto. 3. Si el fallecimiento tiene lugar

fuera de la parroquia propia y no se traslada a ella el cadáver ni se ha elegido legítimamente' una iglesia para funeral, las exequias se celebrarán en la iglesia de la parroquia donde acaeció el fallecimiento, a no ser que el derecho particular designe otra”.

En consonancia con esta determinación, establece el canon 530. 5 que la celebración de los funerales es una función encomendada especialmente al párroco.

Por lo que se refiere a la elección de iglesia para el funeral, se requiere el consentimiento del rector de la iglesia elegida y la comunicación al párroco propio. Se entiende por iglesia el lugar sagrado al que son de aplicación los cánones 1214 al 1219, en cuanto a los requisitos para su edificación, dedicación o bendición y título propio, en la cual “pueden realizarse todos los actos del culto divino, sin perjuicio de los derechos parroquiales” (c. 1219). Bajo esta denominación de iglesia no puede considerarse incluida la capilla del Tanatorio Municipal San Carlos.

En aplicación a nuestro caso de las referidas orientaciones pastorales y de la disciplina canónica vigente, por el presente

Decreto ordenamos:

1. En la Capilla del Tanatorio Municipal San Carlos se podrá celebrar diariamente la Eucaristía, de acuerdo con las normas del calendario litúrgico, por todos los difuntos cuyos restos mortales son velados en las salas del Tanatorio. Esta celebración corresponde al capellán del Tanatorio y a los sacerdotes por él autorizados.

2. La celebración del funeral o misa exequial está reservada a la parroquia del difunto, o a la iglesia elegida con el consentimiento de su Rector y previa comunicación al párroco propio.

Dado en Salamanca, el día once de octubre de dos mil diez.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Homilías

1. Solemnidad de Santa María, Madre de Dios

La Palabra que existía desde el principio, que estaba junto a Dios y era Dios, se nos manifestó en la eucaristía de la Natividad del Señor como la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Esta luz procede de Dios e ilumina al hombre desde dentro y en lo más profundo de su vida, porque la Palabra se ha hecho hombre, ha venido a vivir entre nosotros y nos ha hecho ver la gloria que le es propia como Hijo único del Padre, en todas las circunstancias de su vida, también en la hora de la pasión y de la cruz. A cuantos la recibimos en la fe nos da el poder de ser hijos de Dios.

Al nacer el Hijo de Dios como hombre y hacernos ver la plenitud de la gloria de Dios, que habita en su cuerpo, se esclarece el misterio del hombre. Jesús, el Cristo Salvador, que es “la imagen del Dios invisible” (Col 1,15), es el hombre perfecto, que ha restaurado en la descendencia de Adán la imagen de Dios deformada desde el primer pecado; y así manifiesta al hombre la verdad plena de su naturaleza y de su vocación. Esta revelación se realiza de forma cercana, porque el Hijo de Dios, al hacerse hombre, se ha unido en cierto sentido con todos los hombres; y es una revelación que tiene lugar en el interior del hombre, por el don del Espíritu. Iluminados por el Espíritu podemos sentirnos hijos de Dios en todas las situaciones de la vida, en los gozos y en los sufrimientos, y clamamos confiados a Dios con la misma palabra que usó Jesús: ¡Abba!, Padre.

Al nacer Jesús en la familia de José y de María, el Hijo de Dios se ha unido en cierto sentido con todas las familias y les propone de forma cercana como ideal la familia de Nazaret. Y al nacer el Hijo de Dios de una mujer, propone la maternidad de la Virgen María como referencia para la significación religiosa y espiritual de toda maternidad humana. Así la Navidad proyecta su luz hacia todos los aspectos de la vida de los hombres.

La lectura hoy proclamada de la carta de san Pablo a los Gálatas (4, 4-7) nos ofrece claves fundamentales para comprender la maternidad de María.

La maternidad virginal de María fue una obra del Espíritu de Dios, para quien nada es imposible. Este hecho aconteció cuando se cumplió el tiempo, es decir, en el momento de la historia humana libremente elegido por Dios para dar a conocer a todos el misterio de Cristo, en quien fueron creadas todas las cosas y por medio de quien todas han sido con Dios reconciliadas (cf. Col 1, 16-20). “Llevado de su amor -leemos en la carta a los Efesios- (Dios) nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en un himno de alabanza a su gloria” (Ef 1, 4-6). Y la misma carta continúa diciendo: “(Dios) nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Ef 1, 9-10).

En este último texto se ha señalado que la historia humana alcanza su plenitud en el tiempo de la vida y glorificación de Cristo. Como expresa la carta a los Hebreos, esta es la etapa final, en la cual Dios “nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo” (1, 2). Este lugar central de Cristo se ha expresado en la historia de los países de raíz o influencia cultural cristiana mediante el cómputo de los años desde el nacimiento de Cristo.

Hoy iniciamos el año 2010 de la era cristiana, invocando la bendición prometida por Dios en la primera lectura de hoy. En efecto, el breve texto del libro de los Números nos ha recordado la fórmula entregada por Dios a los sacerdotes para bendecir en su nombre a los israelitas, con el com-

promiso garantizado de su eficacia. Esta es la oración de bendición: “El Señor te bendiga y te proteja; el Señor ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz” (Num 6, 24-26).

Dios ha cumplido ya su compromiso; y ha llevado a plenitud su bendición sobre los miembros de su pueblo santo al mostrarles visiblemente su rostro en Jesús, que es la imagen perfecta del rostro invisible de Dios. Así nos lo recuerda la carta a los Hebreos, cuando afirma que Dios “nos ha hablado por el Hijo”, el cual “es reflejo de su gloria” (Heb 1,3). Por ello, hoy presentamos nuestra súplica de bendición con estas palabras: Que el Señor Jesucristo nos bendiga y nos proteja en el nuevo año; que nos conceda la gracia de conocer su rostro y de reflejarlo día a día en nuestra propia vida; que abra nuestros ojos para reconocer su imagen en todos los hermanos; que se fije con amor en nosotros y nos conceda su luz, su salvación y su paz.

Volvemos al texto de la carta a los Gálatas: “Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción”.

Se presenta al Hijo de Dios, nacido bajo la ley, que se dio por medio de Moisés, para rescatar a los que estaban bajo la ley, por la manifestación de la gracia y la verdad, que vinieron por medio de Jesucristo (cf Jn 1, 17).

La fiesta de hoy invita a centrar nuestra atención en la otra afirmación del texto: “*nacido de una mujer... para que recibiéramos el ser hijos por adopción*”. En esta frase se comienza a acentuar que María es la madre del Hijo de Dios en función de la misión del Hijo único en favor de todos los hombres: para que cuantos reconocen la gloria del Hijo único del Padre reciban el poder para ser hijos de Dios (cf Jn 1, 12). Es decir, ser la Madre del “Hijo único de Dios, que es Dios y está en el seno del Padre” (Jn 1, 18), es ser la Madre de Dios y de todos los que recibimos por la fe en el Hijo único el poder de ser hijos de Dios por adopción.

La adopción como hijos de Dios no se realiza por un trámite legal, consignado en un documento, sino por el don del Espíritu. Así lo afirma explícitamente el texto de la carta a los Gálatas: “Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abba! Padre. Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios”. El envío del Espíritu a nuestros corazones da origen a nuestra con-

dición de hijos y es la prueba de que somos hijos de Dios, a la vez que es la garantía de nuestro derecho a participar en la herencia del Hijo único.

Una parte de esta herencia que el Hijo nos ha dejado es María, su Madre virginal, confiada a nosotros como Madre espiritual. Esta herencia se ha transmitido también como obra del Espíritu Santo. María concibió al Hijo único de Dios por obra del Espíritu Santo y es madre de los que vivimos en Cristo por el don de su Espíritu. Por ello, la maternidad de María respecto de Jesús es el modelo para comprender su maternidad respecto de nosotros.

De María tomó el Hijo de Dios su carne y su sangre. Pero lo decisivo no es nacer de carne y de sangre, ni de amor mundano, sino de Dios (cf Jn 1, 13). Y Jesús declaró dichosa a su madre no por haberle tenido en su seno y haberle alimentado con su pecho, sino por haber escuchado la Palabra de Dios y haberla puesto en práctica (Lc 11, 27-28). Pues la maternidad de María tiene como fin el nacimiento de la verdadera familia de Jesús, que está constituida por los que escuchan la Palabra de Dios y la ponen en práctica; éstos son la madre y los hermanos de Jesús (Lc 8, 19-21).

Esta interpretación de Jesús sobre la maternidad de María proyecta luz para comprender en profundidad el sentido de toda maternidad humana.

La maternidad y paternidad terminan su función en dar carne y sangre al hijo concebido por la unión amorosa de ambos. Pero el hijo concebido no es sólo cuerpo humano, sino que está configurado como hombre y persona por el alma espiritual recibida directamente de Dios; por ello, es imagen de Dios y realidad sagrada e inviolable. Por ser ya en su condición humana imagen de Dios, a diferencia de todos los restantes animales, el hombre está capacitado para renacer del agua y del Espíritu como hijo adoptivo de Dios, para la comunión de vida con Cristo y para heredar con Él la vida eterna. Hay, pues, alguna semejanza entre la concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo y la concepción natural de toda persona por la unión seminal de sus padres y la acción de Dios, infundiéndole el alma espiritual, que le configura como imagen y semejanza de Dios.

La maternidad y paternidad tienen su necesaria prolongación en el cuidado y, sobre todo, en la misión de ofrecer al hijo nacido la educación que corresponda a su condición de imagen de Dios y a su destino a la vida di-

vina y a la herencia eterna. Así los padres han de estar al servicio de la vocación a la que Dios llama a sus hijos.

El Evangelio hoy proclamado nos ha descrito la forma en que María y José cumplieron esta misión de cuidar y educar religiosamente al niño Jesús.

Sólo María y José conocen el misterio que envuelve a su hijo Jesús, como criatura del Espíritu Santo. Ambos han recibido de Dios en diversos momentos la revelación de la condición de su hijo como Hijo de Dios, que viene a salvar al pueblo de sus pecados; por ello, ha de ser llamado con el nombre de Jesús. Ambos pudieran haber reconocido el cumplimiento de las Escrituras en el nacimiento de su hijo en Belén. Además escuchan los que los pastores les dicen haber oído de aquel niño. Y contemplan a su hijo con asombro y admiración, a la vez que con desconcierto, por la forma en que Dios realiza sus planes y hace nacer a su hijo en la mayor pobreza. Todas estas cosas las guardan con amor y las meditan en su corazón. A semejanza de María y de José, los padres cristianos han de recibir con asombro y admiración el nacimiento de sus hijos, que no son sólo carne de su carne, sino una obra de Dios, un signo de su bendición y una presencia de su vida.

María y José cumplen fielmente las prescripciones de la ley respecto de su hijo y le circuncidan en el tiempo oportuno. Y obedecen el mandato de Dios y ponen a su hijo el nombre que le había dado el ángel, reconociendo así la misión salvadora que Dios le ha confiado. De manera semejante, los padres cristianos están llamados a consagrar sus hijos a Dios en el bautismo, a recoger y discernir las señales que Dios les vaya dando de la vocación a la que los llama, y a acompañarlos con el testimonio de vida y la palabra en el seguimiento de Jesús.

Hemos expresado ya nuestra súplica al Señor en el comienzo de este nuevo año. Y en ella hemos incluido la petición del don de la paz. A este aspecto nos referimos ahora en esta Jornada Mundial de la Paz.

Por ser la paz un fruto de la justicia, nuestra petición a Dios del don de la paz para el año recién estrenado, y la tarea feliz de construirla, deben llevar consigo la solícita preocupación por la injusticia sufrida por las numerosas personas y familias que no tienen empleo, ni apenas esperanza de conseguirlo; por quienes padecen violencia en las relaciones de conviven-

cia doméstica; por los alumnos que son víctimas del fracaso escolar motivado por leyes educativas inadecuadas; por los niños asesinados en el seno de sus madres; por cuantos carecen de alimento, atención sanitaria y vivienda necesarias para una vida digna; por las víctimas de la guerra y del terrorismo. Estas y otras muchas situaciones de ausencia patente de paz o de riesgo para su diaria construcción han de ser hoy objeto de nuestro cuidado y oración.

El Mensaje del Papa Benedicto XVI para esta Jornada Mundial de la Paz de 2010, titulado “*Si quieres promover la paz, protege la creación*”, llama la atención sobre los peligros para la paz causados por el descuido y el abuso que se hace de la tierra y de los bienes naturales que Dios nos ha dado. El Papa afirma que la salvaguardia de la creación se ha hecho hoy esencial para la convivencia pacífica de la humanidad (n. 1).

En continuidad con la enseñanza de Juan Pablo II, Benedicto XVI considera que la “crisis ecológica” es de carácter predominantemente ético y tiene “una repercusión profunda en el ejercicio de los derechos humanos como, por ejemplo, el derecho a la vida, a la alimentación, a la salud y al desarrollo”. (n. 4).

La crisis ecológica está estrechamente vinculada al concepto mismo de desarrollo y a la visión del hombre y su relación con sus semejantes y con la creación. Por ello, el Papa considera “sensato hacer una revisión profunda y con visión de futuro del modelo de desarrollo, reflexionando además sobre el sentido de la economía y su finalidad... La humanidad necesita una profunda renovación cultural; necesita redescubrir esos valores que constituyen el fundamento sólido sobre el cual construir un futuro mejor para todos. Las situaciones de crisis por las que está actualmente atravesando –ya sean de carácter económico, alimentario, ambiental o social– son también, en el fondo, crisis morales relacionadas entre si. Éstas obligan a replantear el camino común de los hombres. Obligan, en particular, a un modo de vivir caracterizado por la sobriedad y la solidaridad”. (n. 5). A este propósito es oportuno recordar que “Dios ha destinado la tierra y todo cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos” (Concilio Vaticano II, GS 29).

El ser humano ha roto la armonía entre el Creador, la humanidad y la creación; se ha dejado dominar por el egoísmo y ha perdido el recto sentido

del mandato de Dios de llenar la tierra, cultivarla y guardarla, y dominarla como administrador de Dios. Ejerciendo sobre la tierra un dominio absoluto, el hombre se ha comportado como explotador arbitrario de ella, sin sentido de la responsabilidad, y ha provocado la rebelión de la naturaleza (n. 6). “El ritmo actual de explotación pone en serio peligro la disponibilidad de algunos recursos naturales, no sólo para la presente generación, sino sobre todo para las futuras” /n. 7).

El deterioro ambiental cuestiona los comportamientos de cada uno de nosotros, los estilos de vida y los modelos de consumo y de producción actualmente dominantes, con frecuencia insostenibles desde el punto de vista social, ambiental e incluso económico. Es indispensable un cambio efectivo de mentalidad que lleve a adoptar nuevos estilos de vida y a educar para la paz favoreciendo una responsabilidad ecológica cada vez más enraizada en el respeto de la ecología humana (n. 11).

La Iglesia tiene una responsabilidad respecto de la creación y se siente en la obligación de ejercerla también en el ámbito público. Por ello, afirma que los deberes respecto al ambiente se derivan de los deberes para con la persona, considerada en sí misma y en su relación con los demás. En consecuencia, el Papa alienta la educación en la responsabilidad ecológica que salvaguarde una auténtica ecología humana y, por tanto, afirme con renovada convicción la inviolabilidad de la vida humana en cada una de sus fases y en cualquier condición en que se encuentre, la dignidad de la persona y la insustituible misión de la familia, en la cual se educa en el amor al prójimo y el respeto por la naturaleza. Es preciso salvaguardar el patrimonio humano de la sociedad, que tiene su origen y está inscrito en la ley moral natural (cf n. 12).

“Cuando se considera a la naturaleza, y al ser humano en primer lugar, simplemente como fruto del azar o del determinismo evolutivo, se corre el peligro de que disminuya en las personas la conciencia de la responsabilidad. En cambio, valorar la creación como un don de Dios a la humanidad nos ayuda a comprender la vocación y el valor del hombre”. (n. 2).

“Una correcta concepción de la relación del hombre con el medio ambiente no lleva a absolutizar la naturaleza ni a considerarla más importante que la persona misma. El Magisterio de la Iglesia manifiesta reservas ante

una concepción del mundo que nos rodea inspirada en el ecocentrismo y el biocentrismo, porque dicha concepción elimina la diferencia ontológica y axiológica entre la persona humana y los otros seres vivientes. De este modo se anula en la práctica la identidad y el papel superior del hombre, favoreciendo una visión igualitarista de la dignidad de todos los seres vivientes. Se abre así paso a un nuevo panteísmo con acentos paganos, que hace derivar la salvación del hombre exclusivamente de la naturaleza, entendida en sentido puramente naturalista. La Iglesia invita en cambio a plantear la cuestión de manera equilibrada, respetando la “gramática” que el Creador ha inscrito en su obra, confiando al hombre el papel de guardián y administrador responsable de la creación” (n. 13).

“La búsqueda de la paz por parte de todos los hombres de buena voluntad se verá facilitada sin duda por el reconocimiento común de la relación inseparable entre Dios, os seres humanos y toda la creación. Los cristianos ofrecen su propia aportación, iluminados por la divina Revelación y siguiendo la Tradición de la Iglesia. Consideran el cosmos y sus maravillas a la luz de la obra creadora del Padre y de la redención de Cristo, que, con su muerte y resurrección, ha reconciliado con Dios “todos los seres: los del cielo y los de la tierra” (Col 1,20). Cristo, crucificado y resucitado, ha entregado a la humanidad su Espíritu santificador, que guía el camino de la historia, en espera del día en que, con la vuelta gloriosa del Señor, serán inaugurados “un cielo nuevo y una tierra nueva” (2 Pe 3,13), en los que habitarán por siempre la justicia y la paz. Por tanto, proteger el entorno natural para construir un mundo de paz es un deber de cada persona” (n. 14).

El Mensaje papal termina exhortando a todos los creyentes a elevar una ferviente oración a Dios, Creador todopoderoso y Padre de misericordia, para que en el corazón de cada hombre y de cada mujer resuene, se acoja y se viva el apremiante llamamiento: Si quieres promover la paz, protege la creación” (n. 14).

2. Sagrada Familia

En este primer domingo después de Navidad meditamos sobre un aspecto particular del misterio de Dios hecho hombre en Jesucristo. Apenas ha nacido y ya Jesús es perseguido por los poderosos de este mundo, como ocurrirá a lo largo de toda su vida. Pero en este momento todavía no es capaz de cuidar de sí mismo, y sólo gracias a las atenciones de José y de María consigue salvar su vida: la historia de la salvación pasa a través de los avatares cotidianos de la familia de Jesús, a través de la salvación de historias cotidianas.

Los magos acaban de salir de Belén, después de adorar a Jesús (cf. Mt 2, 9-12), y sucede que la luz fulgurante deja paso a la noche. Herodes el Grande reina sobre Belén, y turbado al conocer la búsqueda del recién nacido “rey de los judíos” (Mt 2, 2) por parte de los Magos, toma medidas drásticas para eliminarlo. Un ángel, un mensajero del Señor, se aparece en sueños a José y le ordena: “Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. José obedece al instante, toma consigo al niño y a María, y se dirige a Egipto, tierra en la que Israel había conocido la dura opresión y la esclavitud: de esta manera Jesús recorre a su vez el camino del pueblo de Israel, llamado por Dios mismo “hijo mío” (cf. Ex 4, 22); revive el éxodo bajando a Egipto y volviendo después de nuevo a la tierra de Israel. Y no sólo eso; igual que Moisés tuvo que huir del Faraón que “quería hacerlo morir” (Ex 2, 15), así también Jesús debe huir de Herodes, el poderoso que se opone siempre a los designios de Dios.

Guiando a Jesús en este éxodo, sus padres le confían al Dios Salvador, viviendo el peligro a la luz de su fe en Dios y en su palabra: “Así se cumplió lo que había anunciado el Señor por medio del profeta: ‘De Egipto llamé a mi hijo’ (Os 11, 1)”, un Mesías que debe huir porque está amenazado de muerte, un Mesías salvado (cf. Zac 9, 9). Más aún, sucede aquí bajo la custodia de José lo que Jesús cumplirá como sujeto libre y responsable, cuando vaya al desierto durante cuarenta días para vivir más intensamente en la presencia del Padre (cf. Mt 4, 1-2), actualizando los cuarenta años que pasó Israel en el desierto antes de entrar en la tierra prometida.

Algún tiempo después, a la muerte de Herodes, un ángel revela nuevamente en sueños a José que ya puede volver a Israel. Pero la situación no es todavía totalmente segura, porque en Judea reina Arquelao, hijo de Herodes. Por eso Jesús y los suyos van a Galilea, tierra que, según el profeta, sería la primera en ver el surgimiento de la gran luz (cf Is 8, 23-9, 1; Mt 4, 1516), tierra de tinieblas que vería sentarse sobre el trono de David al niño llamado “Consejero prudente, Dios fuerte, Padre eterno, príncipe de la paz” (Is 9, 5).

Se trata de una tierra impura porque en ella habitan también paganos. Pero de esta manera José presenta ya a Jesús a todos los hombres, a los hebreos y a los gentiles... Y Jesús vivirá en “un pueblo llamado Nazaret. De esta manera se cumplió lo anunciado por los profetas: ‘Será llamado nazareno’”. El nombre de la localidad le permite al evangelista un doble y significativo juego de palabras: Jesús, llamado por el ángel “Emmanuel”, Dios con nosotros (cf. Mt 1, 23; Is 7, 14), será llamado también “nazareno”, o sea, habitante de Nazaret, y a la vez “nazir”, es decir, separado por Dios y consagrado a él desde el seno de su madre (cf. Hch 2, 22; 3, 6).

José, padre de Jesús según la Ley, es verdaderamente el instrumento de Dios para salvar a Jesús: lo salva de nacer sin un padre legal, lo salva de la amenaza asesina de Herodes, lo salva del exilio en tierra extranjera. Así, el designio de salvación querido por Dios se cumple a pesar de toda la oposición de los poderosos de este mundo, que con su arrogancia parecen regir los destinos de la historia. Dios tiene necesidad de hombres y mujeres que escuchen su voz y preparen todo para que aparezca en la tierra su salvación. Este debe ser nuestro compromiso cotidiano, de manera que la oscuridad de nuestras noches sea iluminada por la luz del Hijo de Dios.

3. Santo Tomás de Aquino

Desde el siglo XI se ha definido la teología como “fides quaerens intellectum”, como fe que busca la comprensión. La teología ha sido, en la mayor medida por obra de Santo Tomás de Aquino, un puente desde el conocimiento fundado en la fe hacia el conocimiento fundado en la razón. La teología se desarrolla porque el conocimiento humano se hace nuevas preguntas acerca de la fe y hace que surjan nuevas respuestas. La Universidad es un lugar propicio para la teología, porque es allí donde se formula y reúne el conocimiento humano. Y la Universidad podría ser además el lugar para el “intellectus quaerens fidem”, para la inteligencia que busca la fe. ¿Existe hoy día algún estudio que tienda puentes desde la razón hacia la fe? La reflexión sobre la Sabiduría en muchos textos del Antiguo Testamento ha cumplido esta función.

En la primera lectura se nos ha anunciado el testimonio de un hombre religioso del antiguo testamento que confiesa haber recibido de Dios el espíritu de sabiduría. Y el testigo nos aclara que ha recibido este don porque prefirió la sabiduría al poder y a la riqueza, la quiso más que la salud y la belleza, y se propuso tenerla por luz en su vida. Iluminado por esta luz, sigue suplicando a Dios que le conceda pensar y actuar como corresponde a la sabiduría, porque Dios es el inspirador del camino de los sabios y en sus manos está la vida, la palabra, la prudencia y el talento del hombre.

Dios es la fuente de la sabiduría y el guía de los sabios. Pero sobre el contenido de la sabiduría se nos ofrecen en el texto escasas referencias: sólo se presenta como un don del espíritu, puesto en relación con la prudencia y el talento. Será necesario recurrir a otros lugares de la Sagrada Escritura para conocer cómo experimenta personalmente el sabio el tesoro de la sabiduría.

La sabiduría es comprendida como una cualidad divina que cualifica todas sus acciones. La sabiduría se consideró tan cercana a la realidad de Dios que fue presentada con frecuencia como la forma de actuar de Jahvé. Así se canta en el salmo 136, 5: “*Al que hizo los cielos con sabiduría, porque es eterno su amor*”. O se confiesa en el libro de los Proverbios: “*El Señor fundó la tierra con sabiduría, estableció los cielos con inteligencia*”

(Prov 3, 19). Y también en el libro de la Sabiduría: “Señor... *contigo está la sabiduría, conocedora de tus obras, que te asistió cuando hacías el mundo, y que sabe lo que es grato a tus ojos y lo que es recto según tus preceptos*” (Sap 9, 9).

En el diseño de la creación se manifiesta la sabiduría divina que consiste en la inteligencia y explicación del misterio del universo y de la vida humana; esta sabiduría es propia en exclusiva de Dios y sólo Dios conoce el camino que lleva a ella. Esta sabiduría es el arquitecto que dirige la obra de la creación y la facultad con la que Dios gobierna y dirige todo lo creado; todas las cosas creadas son un reflejo de la sabiduría de Dios.

Ante esta sabiduría de Dios reconoce el israelita humilde su limitación: “*¿Qué hombre conoce el designio de Dios, quien comprende lo que Dios quiere?* (Prov 9,13). “*Apenas conocemos las cosas terrenas y con trabajo encontramos lo que está a mano: ¿Pues quién rastreará las cosas del cielo, quién conocerá tu designio, si tú no le das sabiduría enviando tu Santo Espíritu desde el cielo?* (Prov 9, 16-17).

Hay que resaltar la conexión que se establece en este último versículo entre el don de la sabiduría y el envío del Espíritu Santo. El conocimiento del designio salvador de Dios para los hombres sólo es posible con la sabiduría que viene dada con el envío del Espíritu Santo. Sólo con la sabiduría que procede del Espíritu Santo “*serán rectos los caminos de los terrestres*”, los hombres aprenderán lo que agrada a Dios, y los que agradan a Dios se salvarán.

Por ello, el don de esta sabiduría es suplicado por el israelita piadoso, que desea vivir en fidelidad a Dios: “*Mándala de tus santos cielos, y de tu trono de gloria envíala, para que me asista en mis trabajos y venga yo a saber lo que te es grato. Porque ella conoce y entiende todas las cosas, y me guiará prudentemente en mis obras y me guardará en su esplendor*” (Prov 9, 10-11).

La experiencia de la sabiduría por el hombre se va logrando a partir de la experiencia natural; pero a la vez se interpreta como don de Dios. La sabiduría es patrimonio propio de Dios, el cual por gracia la comunica a los hombres, lo mismo que les da su “espíritu”. “*Toda sabiduría viene de Dios*” (Prov 1,7; Eclo 1,11-30; Job 28, 28) y sólo él puede comunicarla a

los hombres (Prov 2,6). La sabiduría se manifiesta en quienes habita como *“una irradiación de la luz eterna, un espejo inmaculado de la actividad de Dios, una imagen de su bondad”* (Sap 7, 26); *“entrando en cada época en las almas santas, hace amigos de Dios y profetas”* (Sap 7, 27).

De esta forma, la sabiduría es en el hombre el arte de conducirse en la vida en sentido moral y religioso, y tiene su principio en el temor de Dios (Prov 1,7); *“la sabiduría no entra en alma perversa, ni habita en cuerpo esclavo del pecado”* (Sab 1, 4); *la sabiduría es un espíritu que ama a los hombres* (Sab 1, 6); *“se manifiesta a quienes no exigen pruebas, y se revela a quienes no desconfían”* (Sab 1, 2); es la *“fuente de la vida”* (Prov 4,23; 10,11; 13,14; 16,22) y *“el camino de la vida”* (Prov 6,23; 10,17; 15,24); es fuente de paz y de salud y se basa en el cumplimiento de los mandamientos.

Esta es la experiencia religiosa que refleja el salmo 118, con el que hemos respondido a la primera lectura. El hombre sabio suplica al Señor que le enseñe a comprender sus leyes y amar sus preceptos, para seguirlos con alegría de corazón. Quien recibe el espíritu de sabiduría proclama gozoso: *“Mi alegría es el camino de tus preceptos más que todas las riquezas.*

Hay una serie de textos de los libros de los Proverbios, de la Sabiduría (9, 2.4.9) y del Eclesiástico (1, 1.4.9) que presentan la sabiduría como una cierta *“personificación”* de la razón y de la actuación divinas, como si se tratase de una criatura de Dios y de un sujeto activo distinto de él, si bien íntimamente unido a él y a su lado. Leemos en el libro de los Proverbios : *“El Señor me creó al principio de sus tareas, antes de sus obras más antiguas. Fui formada en un pasado lejano, antes de los orígenes de la tierra... Cuando establecía los cielos, allí estaba yo, ... cuando echaba los cimientos de la tierra, a su lado estaba yo, como confidente, día tras día le alegraba, y jugaba sin cesar en su presencia; jugaba con el orbe de la tierra, y mi alegría era estar con los hombres”* (Prov 8, 22-31).

Estos textos sobre la sabiduría pueden considerarse antecedentes de la reflexión del Juan sobre el Logos en el prólogo de su Evangelio: *“Al principio ya existía la Palabra. La Palabra estaba junta a Dios, y la Palabra era Dios. Ya al principio ella estaba junto a Dios. Todo fue hecho por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto llegó a existir. En ella estaba la vida y*

la vida era la luz de los hombres... Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros; y hemos contemplado su gloria, la gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn 1, 1-4. 14).

En la misma línea, la carta a los Colosenses presenta a Cristo como *“la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura. En él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... todo lo ha creado Dios por él y para él” (Col 1, 15-16).* En Cristo ha manifestado Dios su plan de salvación, es decir, *“el plan secreto que Dios ha tenido escondido durante siglos y generaciones y que ahora revela a los que creen en él” (Col 1,26), “en quien se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia” (Col 2, 3); “porque es en Cristo hecho hombre en quien habita la plenitud de la divinidad” (Col 2, 9).*

Pero la revelación de la sabiduría de Dios en la persona de Cristo la presenta el apóstol Pablo realizada específicamente como sabiduría de la Cruz. *“Puesto que la sabiduría del mundo no ha sido capaz de reconocer a Dios a través de la sabiduría divina, Dios ha querido salvar a los creyentes por la locura del mensaje que predicamos. Porque mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los paganos. Más para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Pues lo que en Dios parece locura, es más sabio que los hombres; y lo que parece debilidad, es más fuerte que los hombres” (1 Co 1, 21-25)*

La participación en la sabiduría de Dios, revelada en Cristo, es un don del Espíritu del Resucitado, que nos mantiene en el recuerdo activo de lo que el Señor nos ha enseñado y, a través de su Palabra, nos lleva al conocimiento de la verdad completa. El Espíritu Santo nos mantiene en la fe, pues nadie puede confesar “Jesús es el Señor” si no es por obra del Espíritu; y sólo el Espíritu nos hace reconocer a Dios como Padre y nos impulsa a gritar a Dios llamándole “Abbá”, Padre.

Así hemos entrado de lleno en el contenido del Evangelio hoy proclamado. Jesús ha exhortado a sus discípulos a tener un único maestro, a llamar Padre únicamente al Padre del cielo y a tener a Cristo como único Consejero. Maestro, Padre y Consejero están íntimamente relacionados. Maestro

y Consejero son atributos y funciones de Cristo, que derivan de su condición de Hijo único de Dios. Jesús es Maestro y Consejero porque enseña la verdad que ha oído al Padre y que el Padre le ha encargado transmitir; y porque no tiene otro programa de actuación sino hacer la voluntad del Padre.

Los discípulos de Jesús le confesamos como Maestro y Consejero porque sólo él nos lleva al conocimiento del Padre. *“Nadie conoce ... quién es el Padre, sino el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar”* (Lc 10, 22). Y Jesús proclamó la alabanza del Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado el conocimiento del Hijo a los sabios y entendidos y haberlas dado a conocer a los sencillos (cf Lc 10, 21), a sus discípulos. A ellos les dijo: *“Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, u oír lo que oís y no lo oyeron”* (Lc 10, 23-24).

En su alabanza al Padre Jesús ha manifestado que ha llegado la hora en que se invierten los valores y la gente sencilla, “los pequeños”, pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Inspirándose en la tradición profética, Jesús abandona el concepto de “sabios”, que se atribuían a sí mismos los maestros apocalípticos; rompió con la autosuficiencia de los “entendidos”, lo mismo que criticó la de los escribas. Este cambio de los “sabios” por los “pequeños”, como destinatarios de la revelación de Dios, es una novedad que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos. Estamos así en el corazón del Evangelio y en el inicio del cumplimiento de las antiguas promesas, conforme al proyecto de Dios.

Los “pequeños” son en sentido propio los niños. Pero Jesús tiene en cuenta también el sentido metafórico. Algún texto evangélico permite precisar el significado de tal expresión: *“El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el más pequeño entre vosotros es el más importante”* (Lc 9, 48).

Los niños y los sencillos creyentes, los “pequeños”, se caracterizan por su humilde dependencia, su capacidad de escuchar y la amorosa calidad de su acogida. Los cristianos primeros no se sentían parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios; al contrario, se califican a sí mismos con el término “pequeños”. Al descubrir la atención de Dios

a los pequeños dan pruebas de una nueva solicitud social y étnica, es decir, acogen tanto a los económicamente débiles como a los paganos, despreciados en Israel. Así nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios, pero capacitados para comprender la revelación y dispuestos para afrontar el rechazo de Israel y la persecución de un mundo extraño. Así lo refleja san Pablo en su carta primera a los cristianos de Corinto: *“Hermanos, considerad quienes habéis sido llamados, pues no hay entre vosotros muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Al contrario, Dios ha elegido lo que el mundo considera necio para confundir a los sabios; ha elegido lo que el mundo considera débil para confundir a los fuertes... De este modo, nadie puede presumir delante de Dios. A él debéis vuestra existencia cristiana, ya que Cristo se ha hecho para nosotros sabiduría divina, salvación, santificación y redención”* (1 Co 26-30).

El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de los “pequeños” atestigua que ha reconocido la inversión realizada por la revelación del Padre a través de Jesús. El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos “pequeños”.

Dios Padre ha transmitido al Hijo, Jesús, un poder y un saber; y de esta manera el Hijo del hombre ha recibido también una misión de representante. El Evangelio de Lucas y el de Juan revelan que entre el Padre y el Hijo existe una relación interpersonal totalmente inédita. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia. Cuanto más se conocen, más intentan introducir en el circuito de su conocimiento y afecto mutuos al grupo privilegiado de los “pequeños”, a quienes el Hijo ha revelado el conocimiento del Padre. Durante mucho tiempo la resistencia humana, es decir, el mal individual y el mal colectivo, hicieron imposible este conocimiento de Dios. En Jesús se ha hecho ahora posible.

La predilección de Dios por los pequeños y sencillos, y la dicha de éstos por haber sido llamados al conocimiento del misterio del Padre y del Hijo, son la experiencia espiritual más adecuada para comprender el significado de la exhortación de Jesús a la humildad y al servicio: *“El primero entre vosotros será vuestro servidor. El que se enaltece será humillado, y el*

que se humilla será enaltecido” (Mt 23, 11-12). Y el Evangelio de Marcos sitúa en la misma escena la exhortación al servicio y la acogida de los niños: “El que quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Luego tomó a un niño, lo puso en medio de ellos y, abrazándolo, les dijo: El que acoge a un niño como éste en mi nombre, a mí me acoge” (Mc 9, 35-37).

El que declara no haber venido para ser servido sino para servir y dar la vida en rescate por todos (Mc 10, 45), nos invita a seguir su ejemplo. El que no ha tenido inconveniente en despojarse de su rango divino y asumir la condición humana; el que ha sido glorificado por humillarse a sí mismo y hacerse obediente hasta la muerte de cruz, nos es presentado por el apóstol Pablo como modelo, cuyos sentimientos hemos de imitar (cf Filp 2, 5-11).

En fin, las exhortaciones morales del Evangelio de hoy solo pueden ser comprendidas y puestas en práctica por quienes han acogido la revelación del Padre y del Hijo con un corazón sencillo y humilde, iluminado por la sabiduría del Espíritu.

4. Encuentro de Arciprestes. Villagarcía de Campos

En el texto de Isaías se expresa la inagotable vitalidad y eficacia de la Palabra de Dios, que sale de su boca y hace su voluntad. La eficacia consiste en hacer la voluntad de Dios.

La Palabra de Dios muestra su eficacia todopoderosa en la creación e incluso en las curaciones físicas realizadas por Jesús. Entonces se cumple la declaración del centurión: “*Di una sola palabra y mi criado quedará sano*” (Mt 8, 8).

El contenido del texto de Isaías indica claramente que no se refiere a la eficacia de la Palabra de Dios en el orden físico sino en el orden espiritual; es decir, se refiere a la eficacia de la Palabra de Dios que lleva a la fe (Ro 10, 8,17), y que realiza la reconciliación (2 Co 5, 18-20) y la salvación (Ro 1,16; 1 Co 1,18) que anuncia; que da la gracia (Hch 14,3; 20, 32) y comunica la vida (Heb 4,12); que se ofrece al hombre como su verdadero alimento (Dt 8,3; Mt 4,4). Y esta eficacia está sometida a una condición: La Palabra de Dios nos hace nacer a una vida nueva (1 Pe 1,23) cuando a ella se abre el oído y el corazón. Se trata, pues, de la acción eficaz de la Palabra de Dios en el corazón del hombre.

En el texto de Isaías, la comparación con la forma de actuar y con el efecto de la lluvia y la nieve nos ayuda a comprender la forma cómo la Palabra hace la voluntad de Dios y el resultado que produce en el interior del hombre.

La imagen utilizada no es la lluvia torrencial, que todo lo arrasa, sino la que cae de forma suave y continua, que penetra en la tierra, la empapa y la hace germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come. Así se enseña que la Palabra no actúa de forma violenta y precipitada, sino suave y lenta; no es una poderosa fuerza exterior que anule o limite la libertad, sino que actúa en el interior del oyente y lo fecunda amorosamente, haciéndole capaz de dar con gozosa espontaneidad el fruto de las obras del Espíritu, pues “*todo árbol bueno, da frutos buenos*” (Mt 7, 17).

Con esta descripción de la acción de la lluvia se nos indica también cómo ha de ser la escucha de la Palabra que lleva a descubrir el paso del Se-

ñor. Como Elías, hemos de hacer la experiencia de que el Señor no estaba en el huracán, ni en el terremoto, ni en el fuego sino en la brisa suave, en el ligero susurro (1Re19, 11-13). Y como el labrador hemos de esperar con paciencia que la Palabra, sembrada en nuestro interior como una semilla, germine, madure y llegue a dar fruto, sin que sepamos bien cómo ese proceso se produce, pero reconociéndolo como obra de Dios para instaurar su reino en nosotros (Mc 4, 26-28).

Jesús completó la imagen antigua de la lluvia con la imagen de la semilla y la siembra. En la parábola del sembrador nos ayuda a comprender las limitaciones que Dios mismo ha querido poner a la eficacia de su Palabra, para no violentar la inteligencia, la libertad y el amor del hombre. El fruto de la Palabra sembrada depende de la naturaleza y el cultivo de la tierra en la que cae la semilla; depende de las distintas formas de oír y entender la Palabra y del modo como se la acoge y cuida en el corazón del oyente (Mt 13, 18-23).

Al explicar la razón de su predicación con parábolas se refiere Jesús explícitamente a la experiencia de Isaías, que reconoció el límite de la eficacia de la Palabra de Dios en aquellos hombres que oyen, pero no entienden; miran, pero no ven, *“porque se ha embotado el corazón de este pueblo, se han vuelto torpes sus oídos y se han cerrado sus ojos; de modo que sus ojos no ven, sus oídos no oyen, su corazón no entiende y no se convierten a mí para que yo los sane”* (Mt 13, 13-15). Y al final del sermón de la montaña, Jesús contrapone dos maneras de responder a sus palabras: unos las escuchan y las practican; otros las oyen pero no las cumplen. Los primeros son como uno que edifica su casa sobre la roca; los otros, como quien la construye sobre la arena (Mt 7, 24-26; Lc 6,47).

Con estas imágenes de la siembra y la construcción se sugiere la idea del juicio. La Palabra de Dios es una invitación a la que no es aceptable responder con el silencio o la indiferencia. Cada uno será juzgado según la actitud con la que recibe la Palabra. Las Palabras de Jesús son Espíritu y Vida (Jn 6, 63); pero aquel que las rechaza *“ya tiene quien lo juzgue: la palabra que yo he anunciado es la que lo juzgará en el último día”* (Jn 12,48).

El juicio es una forma de manifestación de la eficacia de la Palabra. Adquiere un carácter definitivo como sentencia de Dios sobre la responsabili-

dad del hombre, porque la Palabra inicia ya el juicio en el interior de cada hombre. Así lo expresa la carta a los Hebreos: “La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo: ella penetra hasta la raíz del alma y del espíritu, de las articulaciones y de la médula, y disierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb 4,12).

En el centro más hondo de la personalidad humana, donde tienen lugar las opciones más fundamentales y las decisiones de cada día, el creyente es engendrado de nuevo por la “palabra de Dios viva y eterna” (1 Pe 1,23). Allí realiza su obra la palabra, como lo experimentaron los discípulos en el camino de Emaús: “¿No ardía nuestro corazón mientras Él nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras” (Lc 24,32). Y en el corazón debe ser guardada y meditada la palabra, como hacía María con los acontecimientos de la infancia de Jesús (cf Lc 2,19.51).

En relación con las distintas actitudes de los oyentes, Jesús ofrece otra nueva clave para comprender la eficacia de la Palabra de Dios por él predicada. En efecto, dice a sus discípulos: “*A vosotros Dios os ha dado a conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no... Dichosos vosotros por lo que ven vuestros ojos y por lo que oyen vuestros oídos*” (Mt 13, 11. 16). Y profundiza más en la raíz de la eficacia de la Palabra cuando afirma: “*Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y prudentes, y se las has dado a conocer a los sencillos. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me lo ha entregado mi Padre, y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y al Padre no lo conoce más que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*” (Mt 11, 25-27).

La Palabra de Dios anunciada al hombre sólo es eficaz y hace realidad en él la voluntad de Dios cuando va precedida o acompañada de la voluntad del Padre y del Hijo de darse a conocer. Y esta voluntad siempre permanece para nosotros como un misterio inescrutable del amor gratuito de Dios: “*Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo...Llevado de su amor, él nos destinó...a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo... Él nos ha dado a conocer sus planes más secretos... Y vosotros también, los que acogisteis la palabra de la verdad,... al creer en Cristo habéis sido sellados por él con el Espíritu Santo prometido*” (Ef 1, 4-5; 9. 13).

Solamente cuando la Palabra y el Espíritu Santo nos han hecho capaces de confesar “*Jesús es Señor*” (1 Co 12, 3) y de sentir la dicha de entender las cosas del reino de los cielos, reconocemos el don del Padre y le damos gracias con Jesús. Sólo iluminados por el Espíritu Santo damos gracias a Dios con el apóstol Pablo, porque al recibir la palabra que él nos ha dejado escrita, la hemos acogido “*no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que sigue actuando en nosotros los creyentes*” (1 Tes 2, 13). De igual forma reconocemos con el apóstol Pedro que “*ninguna profecía procede de la voluntad humana, sino, impulsados por el Espíritu Santo, algunos hombres hablaron de parte de Dios*” (2 Pe 1,21).

En consecuencia, la acción eficaz de la Palabra de Dios en nosotros es objeto de súplica, es una gracia que pedimos en la oración. Así, en la oración colecta del primer domingo de Cuaresma, hemos pedido que la escucha de la Palabra de Dios nos conceda “*avanzar en la inteligencia del misterio de Cristo y vivirlo en su plenitud*”. Y no es otra la finalidad de nuestra diaria *oración del Padrenuestro*, que el Espíritu suscita en el corazón de los hijos de Dios. En efecto, como escribe san Pablo, “*el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como es debido, y es el mismo Espíritu el que intercede por nosotros con gemidos inefables*” (Ro 8, 26) “*y nos permite clamar: Abba, es decir, Padre*” (Ro 8, 15).

El evangelio de Mateo sitúa el Padrenuestro en el contexto del sermón de la montaña, al enseñar que la limosna, el ayuno y la oración no han de hacerse para ser vistos por los hombres. Jesús indica primero la forma exterior de la oración: en tu habitación “*ora a tu Padre que está en lo secreto*”; luego se refiere a la actitud interior: en silencio, con recogimiento. Por último empieza a referirse al contenido de la oración y enseña: “*Cuando oréis, no uséis muchas palabras...pues vuestro Padre sabe lo que os hace falta antes de que lo pidáis. Vosotros rezad así: Padre nuestro del cielo, santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo, danos hoy el pan nuestro de cada día, perdónanos nuestras ofensas, pues nosotros hemos perdonado a los que nos han ofendido, no nos dejes caer en la tentación, sino libranos del Maligno*”.

Jesús ha mostrado así tanto las circunstancias como el contenido de la oración y ha indicado que su finalidad no es hacer conocer a Dios lo que necesitamos. ¿Podemos considerar que el Señor ha respondido ya completamente a la petición: “*Señor, enséñanos a orar*”, que uno de sus discípulos le dirigió en nombre de los restantes discípulos de entonces y de ahora? ¿Nos ayuda esta enseñanza a alcanzar *la paz y unidad interior, el recogimiento, la concentración y el control de sí mismo, así como la alegría de la perseverancia*, que son requisitos necesarios para la oración profunda?

Aun cuando la respuesta sea afirmativa, nosotros debemos pedirle a Jesús todavía más; *necesitamos que él nos enseñe a orar en el Espíritu*, que haga realidad en nosotros el texto de la Carta a los Romanos que declara que no sabemos orar como conviene y nos asegura que el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad, intercede por nosotros con gemidos inefables y nos hace clamar ¡Padre!

Para nosotros, aprender a rezar el Padrenuestro significa aprender a confiar sin reservas en la Palabra de Jesús, que se ha hecho oración nuestra. En ella ora Jesús con nosotros y en nosotros. Y aprender a orar significa también aprender a confiarnos al Espíritu, que nos impulsa a rezar el Padrenuestro hasta alcanzar el estado de confianza filial que describe Jesús cuando dice: “*Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis, ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, pues no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros*” (Mt 10, 19-20).

Jesús nos dice que el Espíritu del Padre conforta a los discípulos en la prueba de la persecución y se manifiesta a través de ellos. La persecución por el firme testimonio de la fe fortalece la misma fe y es camino para la manifestación del Espíritu.

Pero, en cambio, puede también sucedernos que, en algún momento de contrariedad y de prueba, nos hayamos alejado de la oración, del clima de fe y de la apertura a las realidades del reino de los cielos; y, como consecuencia, hayamos dejado de comprender la voz del Espíritu. Podemos haber entrado entonces en una tentación grave contra la fe: sentirnos inclinados a razonar con los ojos del incrédulo y a considerar la situación del creyente como una locura. En estas circunstancias, sólo la fuerza del Espí-

ritu, alcanzada a través de la meditación perseverante de la Palabra, de los sacramentos y de la disciplina ascética, vuelve a afianzarnos en la verdad de la vida de fe y en el ministerio. Así finalmente, superada la prueba, también en este caso el Espíritu hablará a través de nosotros.

Si cultivamos en la oración la confianza en la fuerza de la Palabra y del Espíritu, podremos discernir los pensamientos y las intenciones del corazón y escudriñar las profundidades de Dios; y se nos dará la sabiduría necesaria para emprender cada día con renovada esperanza la misión del anuncio del Evangelio a los hombres de hoy, tan tentados por la incredulidad. Cuando nos acosan la confusión y el desaliento, la Palabra meditada, comprendida, interiorizada, proclamada y explicada a los demás con la fuerza del Espíritu nos hace nacer de nuevo, nos regenera y reanima (cf 1 Pe 1,23), y nos confirma en el gozo del ministerio. *La alegría en la fidelidad al Señor es el primero y principal fruto de nuestro ministerio.*

Pidamos en esta Eucaristía que el Señor haga resonar de nuevo en nosotros su Palabra con la fuerza del Espíritu; que estemos siempre abiertos a la gracia del Espíritu y de la Palabra, que revela su verdad y eficacia cuando la ponemos en práctica, como hombres sabios que construyen su vida y ministerio sobre la roca firme de Cristo.

5. Jesucristo Sacerdote

Jesucristo es el sumo y único sacerdote. Él ha ofrecido por los pecados el sacrificio único, perfecto e irrepetible de su vida, cuya eficacia redentora perdura para siempre jamás. Sentado a la derecha del Padre intercede con sus llagas gloriosas por aquellos que a lo largo de los tiempos van siendo consagrados, mientras llega el tiempo de la consumación final, en el que todos los poderes contrarios del cielo y de la tierra le sean sometidos.

Nuestro sacerdote glorificado y santificador da fundamento firme a la esperanza de los fieles, porque nos hace posible acercarnos a él con corazón sincero y purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en el agua pura del bautismo. Siguiéndole por el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros en su carne, tenemos acceso a la gloria de Dios.

Los sacerdotes de la Iglesia hemos recibido el mandato explícito de Jesús de hacer presente en su memoria el acto único e irrepetible de la entrega de su cuerpo por nosotros, a los que ha amado hasta el extremo; y del derramamiento de su sangre de la nueva alianza para el perdón de los pecados.

De esta manera nos ha asociado, por libre elección de amor, a la perpetuación sacramental de sacrificio redentor y a la prolongación de su principal presencia real con nosotros hasta el final de los siglos.

Esta capacidad regalada de ser representación de Cristo sacerdote, que se ofrece a sí mismo, nos obliga a ser partícipes de su mismo sacrificio y a vivir realmente lo que sacramentalmente representamos. En esta ocasión nos referimos a San Juan María Vianney, que realizó en grado excelente el programa que a todos los sacerdotes se nos ha propuesto al recibir la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios: “Considera lo que realiza e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

San Juan María Vianney está muy presente en la memoria de la Iglesia en este año sacerdotal; y los sacerdotes especialmente deseamos dar gracias a Dios en esta fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote por el mo-

delo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal que nos ofrece en el santo Cura de Ars.

Hoy más que nunca tenemos necesidad de su testimonio y de su intercesión, para afrontar las situaciones difíciles que presenta a la tarea pastoral la cultura y sensibilidad de nuestro tiempo, en el que predomina la consideración social y temporal de la vida diaria sobre la visión de la misma en la perspectiva del Reino de Dios y del Evangelio.

El Cura de Ars debió de afrontar en el siglo pasado dificultades que tenían otro cariz, pero que no eran menos grandes. Por su vida y por su actividad, él representó, para la sociedad de su tiempo, un auténtico desafío evangélico que ha dado frutos sorprendentes de conversión.

Todos estamos llamados a meditar sobre nuestro sacerdocio ante este pastor sin igual, que ha iluminado a la vez el camino del ministerio sacerdotal y de la santidad del sacerdote.

El secreto de la ejemplaridad sacerdotal del Cura de Ars se encuentra en su profundo amor a Cristo y a las almas. Su amor a Dios sin límites, en respuesta al amor manifestado en Cristo, funda su deseo de hacer todas las cosas para salvar las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. En sus sermones y catequesis se refería siempre a este amor: “Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí... porque me tenéis crucificado para vos”.

Por Cristo, trata de conformarse fielmente a las exigencias radicales que Jesús propone en el Evangelio a los discípulos que envía en misión: oración, pobreza, humildad, renuncia a sí mismo y penitencia voluntaria. Y, como Cristo, siente por sus fieles un amor que le lleva a una entrega pastoral sin límites y al sacrificio de sí mismo. Raramente, un pastor ha sido consciente hasta este punto de su responsabilidad de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza. Así lo expresaba en su oración: “Oh Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir todo lo que queráis, toda mi vida”.

Por ello, los Frutos del Cura de Ars en su ministerio fueron abundantes y sorprendentes, como los de Jesús en el Evangelio. A Juan María Vianney, que consagra a Jesús todas sus fuerzas y todo su corazón, el Salvador,

en cierto modo, le entrega las almas. Y se las confió en abundancia, como es bien sabido. La multitud que llega a su parroquia desde diversas partes de Francia tienen que esperar a veces muchos días para poder verlo y confesarse. Lo que los atrae es ciertamente el deseo de encontrar un santo: sorprendente por su penitencia; tan familiar con Dios en la oración; fascinante por su paz y su humildad; y, sobre todo, tan capaz de discernir las disposiciones interiores de las almas en el confesionario. Dios escogió como modelo de pastores a aquel que habría podido parecer pobre, débil y menospreciado a los ojos de los hombres.

Juan María Vianney se consagró esencialmente a la enseñanza de la fe y a la purificación de las conciencias; estos dos ministerios convergían hacia la Eucaristía. Durante años ofreció una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en un ambiente no cristiano; o bien una cercanía a las personas, a las familias y sus preocupaciones; realizó un primer anuncio que trataba de despertar a la fe a los incrédulos y a los tibios; dio un testimonio de caridad y de justicia, que hace más creíble la fe y la pone en práctica. De ahí toda una serie de trabajos o de obras apostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana. El Cura de Ars se las ingeniaba en tomar iniciativas adecuadas a su tiempo y a sus feligreses. Sin embargo, todas sus actividades sacerdotales estaban centradas en la Eucaristía, la catequesis y el sacramento de la reconciliación.

La incansable dedicación al sacramento de la reconciliación fue sin duda el carisma principal del Cura de Ars. Es bueno que ese ejemplo nos impulse hoy a restituir al ministerio de la reconciliación el lugar que le corresponde en el proceso de la edificación de la Iglesia.

Toda la vida sacerdotal del Cura de Ars estaba consagrada a la conversión de los pecadores y a su descubrimiento del amor y de la misericordia de Dios. Por ello, acogía siempre a los penitentes que venían de todas partes, a los que dedicaba la mayor parte de su tiempo. Esta atención era para él el mayor ejercicio ascético, un verdadero martirio; físicamente, por el calor o el frío; moralmente, por los pecados de que se acusaban y, más aún, por la falta de arrepentimiento: *“Lloro por todo lo que vosotros no lloráis”*. Esta era la forma en que Dios le pedía su participación en la Redención.

En la situación actual, los sacerdotes deberíamos dedicar al ministerio de la confesión de los fieles el tiempo y la atención necesarios, y a darle prioridad sobre otras actividades. Decimos que no le dedicamos más tiempo porque los fieles no piden el sacramento. Los fieles de Ars tampoco habían descubierto la necesidad de la conversión hasta que no se encontraron con el testimonio de vida y con la predicación de su Cura. Fue preciso un largo camino catequético previo, y lo mismo hace falta ahora. Pero lo que nos falta sobre todo es la santidad y el celo pastoral de Juan María Vanney. El ministerio de la reconciliación es, sin duda, el más difícil y el más delicado, el más agotador y el más exigente: supone en el confesor grandes cualidades humanas y una vida espiritual intensa y sincera, así la propia recepción regular del sacramento. Pero es cierto que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores.

La Eucaristía ha de ocupar el centro de nuestra vida espiritual y de nuestra labor pastoral. El cura de Ars decía a sus feligreses: “Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios”. Pero el sacerdote ha de ofrecerse también sacrificio a Dios en cada eucaristía. “La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones”. La Misa era para Juan María Vianney la gran alegría y aliento en su vida de sacerdote. Se preparaba con toda diligencia y en silencio durante largo tiempo. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: “La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa”.

El Cura de Ars se dejaba afectar por la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Ante el sagrario pasaba largas horas de adoración, antes de amanecer o durante la noche; durante sus homilias solía señalar al sagrario diciendo con emoción: “Él está ahí”. El ejemplo del párroco movió a los fieles a ir a rezar ante el Santísimo Sacramento.

El ejemplo del Cura de Ars nos invita a preguntarnos: ¿Qué lugar ocupa la santa Misa en nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal? ¿Cómo

es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles?

El Cura de Ars ponía todo su cuidado en el ministerio de la Palabra, para llamar a la fe y la conversión; y decía: “Nuestro Señor, que es la verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo”.

Tenía la valentía de denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de sus fieles: “Si un pastor permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarnan, ¡ay de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado”. Esta responsabilidad constituía para él su angustia como párroco. Pero, generalmente, “él prefería presentar la cara atractiva de la virtud más que la fealdad del vicio”, y si ponía ante los ojos, a veces incluso llorando, el pecado y sus peligros para la salvación, no dejaba de insistir en la ternura de Dios ofendido, y en la dicha de sentirse amado por Dios, unido a Él y vivir en su presencia.

El ministerio del Cura de Ars ofrece una respuesta a algunos interrogantes planteados en las últimas décadas sobre la identidad del sacerdote. Cristo Sacerdote tiene que ser siempre la fuente de la identidad sacerdotal del presbítero. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor. Desde esta vinculación fundamental se abre su servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia.

El sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados, que consiste en hacer de su vida una ofrenda espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos.

Pero el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. Él ha sido ordenado para actuar en nombre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios, la Palabra, el perdón y el Pan de Vida, para reunirles en su cuerpo y ayudarles a formarse para vivir y actuar según el designio salvador de Dios.

Es esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada mediante su configuración íntima con Cristo y su solidaridad con los pecadores. San Juan María Vianney no se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y su vida al modelo de Cristo. La oración fue el alma de su vida. Su pobreza era extrema. Rehuía los honores. La castidad brillaba en su rostro. Su obediencia a Cristo se traducía en obediencia a la Iglesia y en la aceptación de la pesada carga de párroco, que con frecuencia le sobrecojía. Pero el Evangelio insiste especialmente en la renuncia a sí mismo, en la aceptación de la cruz. ¡Cuántas cruces se le presentaron al Cura de Ars en su ministerio!: calumnias de la gente, incomprensiones de un vicario coadjutor o de otros sacerdotes, contradicciones y, a veces, incluso la tentación de la desesperanza en la noche espiritual del alma. Juan María Vianney no se contentó con aceptar estas pruebas sin quejarse; salía al encuentro de la mortificación imponiéndose ayunos continuos, así como otras rigurosas maneras de “reducir su cuerpo a servidumbre”, como dice san Pablo. Su motivación para la penitencia era el amor a Dios y la conversión de los pecadores.

En definitiva, Juan María Vianney se santificaba para ser más apto para santificar a los demás. San Pablo decía: “Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia”. Juan María Vianney quería arrancar a Dios las gracias de la conversión no solamente con sus oraciones, sino también con el sacrificio de toda su vida. Quería amar a Dios por todos aquellos que no le amaban y, a la vez, suplir en buena parte las penitencias que ellos no hacían. Era realmente el pastor siempre solidario con su pueblo pecador.

Por todas estas razones, san Juan María Vianney es un testimonio vivo y actual de la verdad sobre la vocación y sobre el servicio sacerdotal. Y por su intercesión pedimos al Único y Eterno Sacerdote que nos haga dignos testigos de su Palabra, de sus Sacramentos y de su amor.

6. San José

“No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?”

Con estas palabras anunció Dios al pueblo de Israel en el libro de Isaías una nueva intervención en su favor más importante que las realizadas en tiempos pasados al liberarle de la esclavitud en Egipto y hacerle atravesar a pié seco por el mar. Estos hechos centrales en la memoria de Israel van a quedar en segundo plano en comparación con lo nuevo que Dios anuncia como algo ya iniciado, que está brotando y que debe aprender a ver *“este pueblo que tiene ojos pero está ciego, que tiene oídos pero está sordo”*. (Is 43,8).

El Señor va a intentar de nuevo abrir los ojos y los oídos de su pueblo metiendo su palabra y su espíritu de vida en el corazón de los hijos. (cf Jer 31, 31- 34; Ez 36, 24-28). El Señor quiere iniciar con su pueblo una relación nueva de alianza en el espíritu, que le lleve a anhelar la conversión del corazón y la experiencia interior de la reconciliación con Dios; es decir, que le haga sentir una experiencia radical de liberación, que va más allá de la interpretación socioreligiosa y política, que Israel ha dado al antiguo éxodo de Egipto y tiene el peligro de dar a su iniciada salida de Babilonia.

Para este fin, Isaías recuerda al pueblo esta palabra de Dios: Yo soy el que te creó, te he rescatado, te he llamado por tu nombre y eres mío. No temas, yo estaré contigo. Porque yo soy el Señor, tu Dios, el Santo de Israel, tu Salvador; tú vales mucho para mí, eres valioso y yo te amo. (cf Is 43, 1-4). *“Yo; yo soy el Señor; fuera de mi no hay Salvador. Yo lo anuncié, os salvé y lo proclamé... vosotros sois mis testigos... y mis siervos, a quienes yo elegí; para que conocierais y creyeráis y comprendierais que yo soy Dios”* (Is 43, 10-12).

La liberación de la esclavitud de Egipto y la actual liberación del desierto en Babilonia (cf Is 43, 14) no habían sido suficientes todavía para que Israel llegara a conocer a Dios y a amarle, glorificándole con un culto en espíritu y en verdad y siendo testigo de su santidad ante los pueblos. Por ello, Dios lanza al pueblo su reproche, diciéndole: *“a mi pueblo, a mi elegido, al*

pueblo que yo constituí para que proclamara mi alabanza” (Is 43, 20-21): “tú no me has invocado..., porque te cansaste de mí, Israel” (Is 43, 22). “Al contrario, me has agobiado con tus pecados y me has cansado con tus culpas” (Is 43, 24).

No obstante, Dios les reitera de nuevo su misericordia: *“Soy yo, sólo yo, quien por mi cuenta borro tus culpas y dejo de recordar tus pecados” (Is 43, 25). Y les asegura de nuevo su bendición: “No temas,.. Israel, a quien yo elegí; yo derramaré agua sobre lo sediento, arroyos en la tierra ardiente; derramaré mi espíritu sobre tu estirpe, mi bendición sobre tu descendencia, y crecerán como hierba junto al agua, como chopos a la vera de los ríos” (Is 44, 2-4; cf 43, 20,21).*

El profeta es así testigo de la misericordia de Dios, que perdona el pecado de su pueblo elegido, y le promete una nueva liberación y una profunda reconciliación.

Igual que Isaías, el apóstol Pablo nos exhorta a dirigir la mirada con esperanza a lo que está por delante. Estas son sus palabras: *“Solo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, para ganar el premio, al que Dios desde arriba me llama en Cristo Jesús”*

Lo que está por detrás es su vida pasada en el judaísmo, que él está orgulloso de haber perdido, pues toda ella carece de valor, en comparación con el conocimiento de Cristo.

La meta que está por delante es la carrera para alcanzar el premio que Cristo ha obtenido para él: la justicia que viene de la fe en Cristo. *“Para conocerlo a él, y la fuerza de su resurrección”*, Pablo anhela *“la comunión con sus padecimientos, muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos”*. Esta es la meta y el premio, al que Pablo se siente llamado por Dios desde arriba en Cristo Jesús.

Esta vocación es recordada por Pablo en la primera carta a su discípulo Timoteo; por ella da gracias a Dios con estas palabras: *“Doy gracias a nuestro Señor Jesucristo, que me ha fortalecido, porque me ha juzgado digno de confianza al encomendarme el ministerio. A mi, que primero fui blasfemo, perseguidor y violento, y que hallé misericordia, porque lo hacía por ig-*

norancia estando fuera de la fe. Pero la gracia de nuestro Señor Jesucristo se ha desbordado con la fe y el amor que me ha dado Cristo Jesús. Es segura esta doctrina y debe aceptarse sin reservas: Cristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Precisamente por eso Dios me ha tratado con misericordia, y Jesucristo ha mostrado en mí, el primero, toda su generosidad, de modo que yo sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener la vida eterna” (1 Tim 1, 12-17).

Pablo, en quien Dios ha mostrado su misericordia, ha recibido el ministerio de la reconciliación. Así lo describe él mismo: *“Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación”.* (2 Cor 5, 18-19).

Jesús es el testigo fiel del Padre misericordioso, con su palabra y con sus obras. Así nos lo muestra el Evangelio de Juan, en el relato hoy leído. A los acusadores de la mujer sorprendida en adulterio, Jesús les ayuda a reconocer que no están libres de pecado y, por ello, no están autorizados para lanzar sus piedras a la mujer acusada en conformidad con lo prescrito en la Ley de Moisés. A la mujer adúltera le dirige estas consoladoras palabras: *“Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha acusado?... Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más”.*

Superando la justicia de la ley de Moisés, Jesús nos muestra la misericordia como camino de vida dichosa de sus discípulos: *“Dichosos los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos”.* (Mt 5,7). Por ello nos manda: *“Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso”* (Lc 6, 36).

Jesús, el Hijo único, es el don del Padre, en el que ha mostrado su amor al mundo (cf Jn 3,16). En efecto, *“Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a dar la vida junto con Cristo –¡por pura gracia estáis salvados!–, nos resucitó y nos sentó junto con él en el cielo”* (Ef 2, 4-6).

La misericordia se manifiesta así como el amor fiel de Dios, que perdona el pecado del hombre y le configura de nuevo a imagen de su Hijo. La Iglesia vive de la actualización permanente de la entrega del cuerpo de

Cristo y de su sangre derramada para el perdón de los pecados. *En la eucaristía reconoce la Iglesia la fuente de la misericordia y de ella vive.* En el evangelio, en la eucaristía y la penitencia, y en la caridad pastoral encuentra la fuente y el cauce de su ministerio el *sacerdote, testigo de la misericordia de Dios* para el hombre en el mundo de hoy.

Para acoger la llamada a este ministerio de la misericordia es necesario vivir la experiencia personal de la misericordia de Dios, como la confiesa san Pablo: “*Vivo creyendo en el Hijo de Dios que **me amó y se entregó por mí***” (Gal 2, 20). Sólo quien tiene una experiencia intensa de la misericordia de Dios con él, ha comprendido el amor de Dios y tiene capacidad para ser llamado al sacerdocio ministerial y llegar aprender y vivir la caridad pastoral; *sólo el que se goza del perdón recibido, sabe comprender y valorar el sentido de una vida dedicada a perdonar los pecados de los hermanos;* sólo quien siente el dolor de no haber amado a Dios como él nos ama, tiene como máximo anhelo alcanzar el amor que salva y libera absolutamente, y encuentro su plena dicha en ofrecer la vida al Señor como testigo e instrumento de su misericordia para los demás.

La promoción de las vocaciones sacerdotales requiere la tarea previa o simultánea de edificar familias y comunidades eclesiales que vivan gozosamente la experiencia de la misericordia de Dios, recibida en el sacramento de la penitencia, y que den testimonio de ella. Todos estamos llamados a implicar nuestra vida en esta tarea y a confiarla en oración perseverante al Padre, cuya misericordia es eterna y todopoderosa. Que él siga enviando a su Iglesia sacerdotes testigos de su misericordia.

7. Domingo de Ramos

Jesús se dirige a Jerusalén una vez más para celebrar la Pascua, como lo hacen cada año miles de judíos peregrinos de todos los lugares. Pero en esta ocasión es recibido por sus discípulos de forma solemne y distinta. Es aclamado abiertamente como el Mesías que viene como rey en nombre del Señor a instaurar el reino de David. Y, en esta ocasión, Jesús no se opone a esta aclamación; consiente e incluso manifiesta, ante la petición de silencio de los fariseos, que esa aclamación es necesaria; responde al plan de Dios de tal manera que si los discípulos callaran gritarían las piedras. Se trata, pues, de un acontecimiento de significado central y único en el cumplimiento de la misión que Jesús ha recibido del Padre.

El desarrollo posterior de los acontecimientos mostrará que esta entrada triunfal de Jesús en Jerusalén inicia la culminación de su misión de anuncio e instauración del Reino de Dios, que no se identifica con el reino de David. Esta diferencia se va mostrar esencial y determinante. La narración de la entrada en Jerusalén en los Evangelios de Mateo (21, 9) y Marcos expresa la esperanza de los discípulos en la restauración del reino de David: “*¡Bendito el reino que viene, el de nuestro padre David!*”, leemos en el relato de Marcos (11,10). Pero según los mismos evangelistas Mateo y Marcos, la predicación de Jesús comenzó anunciando no el reino de David, sino la llegada del Reino de Dios o del Reino de los cielos. Así lo refiere Marcos: “*Después que Juan fue arrestado, marchó Jesús a Galilea, proclamando la buena noticia de Dios. Decía: Se ha cumplido el plazo y está llegando el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio*” (Mc 1, 14-15).

Esto indica ya que la culminación de la misión en Jerusalén la va a desarrollar Jesús en soledad y fidelidad al Padre, ante la incomprensión y el abandono de los discípulos, que no entienden cómo el reino de David puede instaurarse en la Cruz. Los discípulos anhelan algo nuevo, se han fiado de Jesús y le han seguido, e incluso le aman, pero todavía no se han identificado con su proyecto de Reino de Dios. Los discípulos están instalados en la ambigüedad. Lo mismo ocurre siempre que es interpretado el Evangelio del Reino de Dios en clave ideológica, en función de valores y bienes de este mundo, de carácter social, político o cultural; los anhelos y búsquedas

chocan con el escándalo no asumible de la cruz. Y así, al final, siempre se queda Jesús solo, en fidelidad al Padre; y su Evangelio está por comprender y estrenar. El reino del hombre autónomo y el reino del Hijo de Dios, fiel y obediente a la voluntad del Padre, se desconocen; y el reino de Dios puede llegar a sufrir violencia. Los llamados al Reino de Dios necesitamos que las enseñanzas de la pasión de Jesús nos muestren el ejemplo su vida sumisa a la voluntad del Padre.

Jesús llega a Jerusalén a celebrar la gran fiesta de la pascua de su pueblo, el pequeño pueblo amado y elegido de Dios. Por esta fiesta pascual se vincula a la historia de Israel liberado de Egipto y conducido a través del Mar Rojo por el desierto hasta el monte de la Alianza. Pero Jesús no viene como tantos otros peregrinos desde un lugar o país en que habita el pueblo judío.

Jesús llega a Jerusalén como peregrino que procede del “seno del Padre” y que, ungido por el Espíritu de Dios, ha recorrido los caminos de Galilea y Judea para darnos a conocer al Padre e invitarnos a acoger su Reino. Este peregrino no es de este mundo; ha sido acreditado por el testimonio del Padre como su Hijo único y viene a Jerusalén a culminar su misión con la vuelta al Padre. Así lo dice Jesús mismo en el Evangelio de Juan: “*Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre*” (Jn 16, 28). Y no vuelve al Padre él solo; va a prepararnos un lugar para que donde él va a estar, estemos también con él sus discípulos (Jn 14, 1-3). Esta es la nueva y definitiva Pascua que Jesús viene a celebrar e instaurar como fiesta permanente para nosotros, que no pertenecemos al mundo (Jn 17, 14-16) y hemos sido amados por él hasta el extremo, según el testimonio de Juan: “*Antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre, y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo*”. (Jn 13, 1).

Con estos sentimientos se sentó a la mesa para comer la pascua con sus discípulos. Y en esta cena instauró de forma anticipada su pascua nueva; sustituyó la comida del cordero pascual por la comida de su propia carne entregada a la muerte en la cruz para el perdón de los pecados. Con su sangre selló la alianza nueva y eterna entre Dios y los hombres (Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-26; Lc 22, 14-20). Y mandó hacer en su memoria lo que él acababa de hacer, pues, como explica el apóstol Pablo, “*siempre que coméis de este*

pan y bebéis de este cáliz anunciáis la muerte del Señor hasta que él vuelva” (1 Cor 11, 26).

La pascua de la nueva alianza con Dios la instituye Jesús con su propio sacrificio en la cruz como “*Cordero de Dios*” (Jn 1,36). Jesús es el nuevo cordero pascual “*sin mancha y sin tacha*” (1 Pe, 1,19) que ha sido degollado y con su sangre ha “*adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y los ha constituido en reino para nuestro Dios y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra*” (Ap 5, 6-13). Así lo testimonia también san Pablo cuando escribe: “*Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado*” (1 Cor 5, 7).

La muerte de Cristo es el *sacrificio de sí mismo como cordero pascual* que quita el pecado del mundo. Y este sacrificio es ofrecido por *Jesús como sumo sacerdote fiel a Dios*, que ha cumplido su voluntad y se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio perfecto de una vez para siempre: con su propia sangre nos ha alcanzado la redención eterna y nos ha consagrado a Dios. Por eso, Cristo es el mediador de la nueva alianza, según explica la carta a los Hebreos.

La pasión y muerte de Jesús en la cruz, que hoy nos ha sido proclamada, es la primera y necesaria etapa de su camino pascual hacia la gloria del Padre, en el que estamos llamados a seguirle. Así lo testimonia el Evangelio de Juan: “*Jesús dijo: Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera; sólo entonces produce fruto abundante. Quien vive preocupado por su vida, la perderá; en cambio, quien no se aferre excesivamente a ella en este mundo, la conservará para la vida eterna. Si alguien quiere servirme, que me siga; correrá la misma suerte que yo. Todo aquel que me sirva será honrado por mi Padre*”. (Jn 12, 23-26).

La muerte de Jesús no fue fruto del azar ni de unas determinadas circunstancias. Jesús fue entregado según el plan de Dios (cf Hech 2, 23); y él mismo aceptó libremente su muerte por amor al Padre: “*Nadie me quita la vida; yo la doy libremente*” (Jn 10,18).

Por esta libertad de la entrega, la cruz de Jesús es la demostración de su amor obediente al Padre, según su propia afirmación: “El mundo ha de

saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado” (Jn 14,31). E igualmente de su amor a los hombres ”hasta el extremo” (Jn 13,1), porque “nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos”(Jn 15,13). E igualmente libre es la demostración del amor de Dios al mundo en la cruz de su Hijo (cf Jn 3,16). Dios “nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10); es decir, “en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Cor 5, 19). Así pues, Dios manifestó su designio de amor a nosotros al entregar a su Hijo por nuestros pecados: “La prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rom 5, 8). En efecto, “Dios, que es rico en misericordia y nos tiene un inmenso amor, aunque estábamos muertos por nuestros pecados, nos volvió a dar la vida junto con Cristo – ¡por pura gracia estáis salvados!-, nos resucitó y nos sentó junto con él en el cielo” (Ef 2, 4-6).

A esta experiencia de fe y a esta comunión de amor debe llevarnos hoy y durante la Semana Santa la meditación serena de la pasión de nuestro Señor Jesucristo. El profundo significado de cada uno de los ejemplos y enseñanzas del Señor en su pasión ha sido expresado por Pablo en admirable síntesis en el himno de la carta a los Filipenses. Allí nos ha propuesto el apóstol como modelo permanente de vida la forma de actuar de Jesús, el cual: “siendo de condición divina... se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo,... Y así,... se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble... y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre” (Filp 2, 6-11).

8. Misa Crismal

“Cuando Cristo entró en el mundo dijo:...Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad... Por haber cumplido la voluntad de Dios, todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre” (Heb 10, 5-10). *“Con esta única oblación ha hecho perfectos de una vez para siempre a quienes han sido consagrados a Dios”*(Heb 10, 14).

Jesucristo es el nuevo cordero pascual “sin mancha y sin tacha” (1 Pe, 1,19) que ha sido degollado y con su sangre ha “adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación y los ha constituido en reino para nuestro Dios y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra” (Ap 5, 6-13). Así lo testimonia también san Pablo cuando escribe: *“Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado”* (1 Cor 5, 7). En consecuencia, según explica la primera carta de Pedro, *“Acercándoos a él, piedra viva rechazada por los hombres, pero escogida y preciosa para Dios, también vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo, para ofrecer, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales agradables a Dios”*. (1 Pe 2, 4-5). *“Vosotros... sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”*. (1 Pe 2, 9).

El cristiano ha de ejercer su sacerdocio regio ofreciendo a Dios un sacrificio agradable semejante al de Cristo. Así lo reclama Pablo a los romanos: *“Os pido, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que os ofrezcáis como **sacrificio vivo, santo y agradable a Dios**. Este ha de ser vuestro auténtico culto. No os acomodéis a los criterios de este mundo; al contrario, transformaos, renovad vuestro interior, para que podáis descubrir cuál es la voluntad de Dios, qué es lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”*. (Rom 12, 1-2).

En este pueblo sacerdotal, y al servicio de la santificación de sus miembros, nos ha constituido el Espíritu Santo a los presbíteros como *“pastores vigilantes de la Iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su Hijo”* (Hech 20, 28). Esta misión es un don que el Espíritu Santo nos ha concedido mediante la imposición de manos y que siempre hemos de reavivar, para dar testimonio de nuestro Señor con amor y fortaleza, y ser ca-

paces de sufrir por el evangelio con la confianza puesta en el poder de Dios, que nos ha salvado y nos ha dado una vocación santa (2 Tim 1, 6-9).

La exhortación apostólica a Timoteo, para que reavive el don conferido por la imposición de manos, ha sido hecha actual a todos los presbíteros en este año sacerdotal, que “desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo”. (Carta del Papa Benedicto XVI a los sacerdotes con motivo del Año Sacerdotal).

La renovación interior del presbítero se orienta a la configuración con Cristo profeta, sacerdote y rey. En las tres funciones correspondientes de su ministerio debe encontrar el presbítero su forma de configuración con Cristo: *Primero*, en el anuncio del Evangelio, asimilado como forma propia de ser, a semejanza de Cristo, que es la Palabra. *Segundo*, representando a Cristo en la ofrenda del sacrificio de su propia vida para la salvación del mundo, como cordero pascual, por obediencia a la voluntad del Padre. Para ello, se dice al presbítero en la ordenación: “Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”. *Tercero*, en la imitación fiel de Cristo: él es el Señor, que ha venido a servir; él es el primero, el primogénito de toda criatura, el principio de todo, que tiene la primacía sobre todas las cosas (Col, 1, 15.18) y se ha hecho el último, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz (Filp 2, 7-8); él es el buen pastor, que da la vida por las ovejas.

Este es el tesoro del ministerio presbiteral, cuya extraordinaria fuerza procede de Dios y no de nosotros, que hemos de reavivar continuamente, pues lo llevamos en frágiles vasijas de barro (2 Cor 4, 7). Pero todo lo podemos en Cristo, que vive en nosotros y nos hace vivir creyendo en él, porque nos ha amado y se ha entregado por nosotros (cf Gal 2, 20). “*Dios que nos ama, hará que salgamos victoriosos en todas las pruebas*” (Rom 8, 37). Sabemos en quien hemos puesto nuestra confianza y estamos persuadidos de que tiene poder para asegurar hasta el último día el encargo nos ha dado (cf 2 Tim 1,12). En todas las dificultades del ministerio es Cristo quien nos conforta. “*Porque si es cierto que abundan en nosotros los sufrimientos de*

Cristo, no es menos cierto que Cristo nos llena de consuelo. Si tenemos que sufrir es para que vosotros recibáis consuelo y salvación". (2 Cor 1, 5)

Confesamos con palabras de Pablo que *"Dios nos ha capacitado para ser ministros de una alianza nueva, basada...en la fuerza del Espíritu"* (2 Cor 3, 6). Y reconocemos que *"Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos confió el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación"* (2 Cor 5, 18-19)

Reavivando de esta forma el ministerio presbiteral podremos acreditar que *"el sacerdocio es el amor del corazón de Jesús"* para todos los hombres, según la expresión del Cura de Ars. Y así lograremos que sea más reconocida en la Iglesia y en la sociedad *"la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de amigos de Cristo, llamados personalmente, elegidos y enviados por Él"*. (Carta de Benedicto XVI)

La expresión utilizada por el Santo Cura de Ars evoca la herida abierta en el Corazón de Cristo, de la que nacieron el agua y la sangre, símbolos del bautismo y la eucaristía, así como del nacimiento de la Iglesia misma, como nueva Eva sacada del costado del verdadero Adán, *"primogénito de los que triunfan sobre la muerte"* (Col 1, 18). Y así queda expresado también el sufrimiento de los sacerdotes por el evangelio, para ofrecer el consuelo del Evangelio a tantas personas que pasan por la experiencia humana del dolor.

"En este sentido, –ha escrito el Papa– la enseñanza y el ejemplo de san Juan María Vianney pueden ofrecer un punto de referencia significativo. El Cura de Ars era muy humilde, pero consciente de ser, como sacerdote, un inmenso don para su gente. Decía: 'Un buen pastor, un pastor según el Corazón de Dios, es el tesoro más grande que el buen Dios puede conceder a una parroquia, y uno de los dones más preciosos de la misericordia divina'. Hablaba del sacerdocio como si no fuera posible llegar a percibir toda la grandeza del don y de la tarea confiados a una criatura humana: '¡Oh, qué grande es el sacerdote! Si se diese cuenta, moriría... Dios le obedece: pronuncia dos palabras y Nuestro Señor baja del cielo al oír su voz y se encie-

rra en una pequeña hostia...’. Explicando a sus fieles la importancia de los sacramentos decía: Si desapareciese el sacramento del Orden, no tendríamos al Señor. ¿Quién lo ha puesto en el sagrario? El sacerdote. ¿Quién ha recibido vuestra alma apenas nacidos? El sacerdote. ¿Quién la nutre para que pueda terminar su peregrinación? El sacerdote. ¿Quién la preparará para comparecer ante Dios, lavándola por última vez en la sangre de Jesucristo? El sacerdote, siempre el sacerdote. Y si esta alma llegase a morir [a causa del pecado], ¿quién la resucitará y le dará el descanso y la paz? También el sacerdote... ¡Después de Dios, el sacerdote lo es todo!... Él mismo sólo lo entenderá en el cielo. Si comprendiéramos bien lo que representa un sacerdote sobre la tierra, moriríamos: no de pavor, sino de amor... Sin el sacerdote, la muerte y la pasión de Nuestro Señor no servirían de nada. El sacerdote continúa la obra de la redención sobre la tierra... ¿De qué nos serviría una casa llena de oro si no hubiera nadie que nos abriera la puerta? El sacerdote tiene la llave de los tesoros del cielo: él es quien abre la puerta; es el administrador del buen Dios; el administrador de sus bienes”. (Carta de Benedicto XVI)

Ante la dificultad actual del ministerio, tenemos un modelo en el Cura de Ars, que comenzó su misión con esta oración: “Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia; acepto sufrir todo lo que quieras durante toda mi vida”. Y manifestó su identificación total con el ministerio considerando la Iglesia parroquial como su casa. Si alguno tenía necesidad de él, allí lo podía encontrar. Pero “también supo ‘hacerse presente’ en todo el territorio de su parroquia: visitaba a los enfermos y a las familias; organizaba misiones populares y fiestas patronales; recogía y administraba dinero para sus obras de caridad y para las misiones; se ocupaba de las niñas huérfanas de un Instituto que fundó y de sus formadoras; se interesaba por la educación de los niños; fundaba hermandades y llamaba a los laicos a colaborar con él”. (Carta de Benedicto XVI)

El Cura de Ars enseñaba a orar a sus parroquianos con el testimonio de su vida de oración. Y les decía: “No hay necesidad de hablar mucho para orar bien”... “Sabemos que Jesús está allí, en el sagrario: abrámosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración”. Y les persuadía: “Venid a comulgar... Venid a vivir de Él para poder vivir con Él...”. “Es verdad que no sois dignos, pero lo necesitáis”. Pero la educación de los

fieles en relación con la presencia eucarística y la comunión era particularmente eficaz cuando veían cómo celebraba la Misa, la manera de expresar la adoración y el amor con que contemplaba la hostia.

Juan María Vianney estaba convencido de que todo el fervor en la vida de un sacerdote depende de la forma de celebrar la Misa: “La causa de la relajación del sacerdote es que descuida la Misa. Dios mío, ¡qué pena el sacerdote que celebra como si estuviese haciendo algo ordinario!”. Él ofrecía en cada misa la propia vida como sacrificio. Y explicaba: “¡Cómo aprovecha a un sacerdote ofrecerse a Dios en sacrificio todas las mañanas!”.

La identificación personal con el Sacrificio de la Cruz lo llevaba del altar al confesonario. En aquel tiempo, la confesión no era ni más fácil ni más frecuente que en nuestros días, pues la revolución había arrasado desde hacía tiempo la práctica religiosa en Francia. Pero el cura de Ars intentó por todos los medios que sus parroquianos redescubriesen el significado y la belleza de la Penitencia sacramental y su relación con la eucaristía. Para ello, enseñaba a sus feligreses: “No es el pecador el que vuelve a Dios para pedirle perdón, sino Dios mismo quien va tras el pecador y lo hace volver a Él”. “Este buen Salvador está tan lleno de amor que nos busca por todas partes”. Además, con su prolongada presencia ante el sagrario, consiguió que los fieles comenzasen a imitarlo, yendo a visitar a Jesús, seguros de que allí encontrarían también a su párroco, disponible para escucharlos y perdonarlos. Ars se convirtió en unos años en “el gran hospital de las almas”.

El Cura de Ars consiguió cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fue capaz de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor. Con la Palabra y con los Sacramentos, Juan María Vianney edificaba a su pueblo, aunque a veces se agitaba interiormente, porque no se sentía digno del ministerio, hasta el punto de pensar muchas veces en abandonar la responsabilidad parroquial. Sin embargo, con un sentido de la obediencia ejemplar, permaneció siempre en su puesto. Le consumía el celo apostólico y se entregaba totalmente a su propia vocación y misión con una ascesis severa. Decía: “La mayor desgracia para nosotros los párrocos es que el alma se endurezca”; con esto se refería al peligro de que el pastor se acostumbre al estado de pecado o indiferencia en que viven muchas de sus ovejas. Para evitarlo, se mortificaba voluntariamente en favor de las almas que

le habían sido confiadas y asumía la expiación de tantos pecados oídos en confesión. A un hermano sacerdote, le explicaba: “Le diré cuál es mi receta: doy a los pecadores una penitencia pequeña y el resto lo hago yo por ellos”. Las almas cuestan la sangre de Cristo y el sacerdote no puede dedicarse a su salvación sin participar personalmente en el “alto precio” de la redención.

En la actualidad, como en los tiempos difíciles del Cura de Ars, es preciso que los sacerdotes, con nuestra vida y obras, nos distingamos por un vigoroso testimonio evangélico. Para que no nos quedemos existencialmente vacíos, dificultando la eficacia de nuestro ministerio, debemos preguntarnos: “¿Estamos realmente impregnados por la palabra de Dios? ¿Es ella en verdad el alimento del que vivimos, más que lo que pueda ser el pan y las cosas de este mundo? ¿La conocemos verdaderamente? ¿La amamos? ¿Nos ocupamos interiormente de esta palabra hasta el punto de que realmente deja una impronta en nuestra vida y forma nuestro pensamiento?”. (Carta de Benedicto XVI)

Con su admirable pobreza evangélica, su ascesis de la castidad, su actitud de obediencia, su ferviente vida de oración, su espiritualidad eucarística y su amor a Jesús crucificado, Juan María Vianney alimentó su entrega cotidiana sin reservas a Dios y a la Iglesia.

Siguiendo su ejemplo, hemos de dejarnos configurar por Cristo, para ser también nosotros, en el mundo de hoy, ministros de reconciliación y santificación, y testigos de amor y de esperanza.

Con este propósito renovamos hoy las promesas de nuestra ordenación. Y para seguir realizando nuestro ministerio de santificación en nombre de Cristo bendecimos los oleos de los catecúmenos y los enfermos y consagramos el santo crisma.

9. Jueves Santo

Jesús celebra por última vez en Jerusalén la gran fiesta de la pascua de su pueblo, el pequeño pueblo amado y elegido de Dios. Por esta fiesta pascual se vincula a la historia de Israel liberado de Egipto y conducido a través del Mar Rojo por el desierto hasta el monte de la Alianza. En su última cena pascual, Jesús instituye la eucaristía como memorial de su propia pascua, nueva y definitiva.

Jesús, unido por el Espíritu de Dios, ha recorrido los caminos de Galilea y Judea para darnos a conocer al Padre e invitarnos a acoger su Reino. Ha sido acreditado por el testimonio del Padre como su Hijo único y ha venido a Jerusalén a culminar su misión con la vuelta al Padre. Así lo dice Jesús mismo en el Evangelio de Juan: *“Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo para volver al Padre”* (Jn 16, 28). Y no vuelve al Padre él solo; va a prepararnos un lugar para que donde él va a estar, estemos también con él sus discípulos (Jn 14, 1-3). Este acceso abierto hacia al Padre es la nueva Pascua que Jesús inaugura para quienes hemos sido amados por él hasta el extremo, según el testimonio de Juan: *“Antes de la fiesta de la pascua, Jesús, sabiendo que había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre, y habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”*. (Jn 13, 1).

Con estos sentimientos se sentó a la mesa para comer la pascua con sus discípulos. Y en esta cena instauró de forma anticipada su pascua nueva; substituyó la comida del cordero pascual por la comida de su propia carne entregada a la muerte para el perdón de los pecados. Con su sangre derramada en la cruz selló la alianza nueva y eterna entre Dios y los hombres (Mt 26, 26-30; Mc 14, 22-26; Lc 22, 14-20). Y mandó hacer en su memoria lo que él acababa de hacer, pues, como explica el apóstol Pablo, *“siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz **anunciáis la muerte del Señor hasta que él vuelva**”* (1 Cor 11, 26).

Esta pascua de la nueva alianza con Dios la instituye Jesús con su propio sacrificio en la cruz como *“Cordero de Dios”* (Jn 1,36). Jesús es el nuevo cordero pascual *“sin mancha y sin tacha”* (1 Pe, 1,19) que ha sido degollado y con su sangre ha *“adquirido para Dios hombres de toda raza, lengua, pue-*

blo y nación y los ha constituido en reino para nuestro Dios y en sacerdotes que reinarán sobre la tierra” (Ap 5, 6-13). Así lo testimonia también san Pablo cuando escribe: “Cristo, nuestro cordero pascual, ya ha sido inmolado” (1 Cor 5, 7).

La muerte de Cristo es el *sacrificio de sí mismo como cordero pascual* que quita el pecado del mundo. Y este sacrificio es ofrecido por *Jesús como sumo sacerdote fiel a Dios*, que ha cumplido su voluntad y se ha ofrecido a sí mismo en sacrificio perfecto de una vez para siempre: con su propia sangre nos ha alcanzado la redención eterna y nos ha consagrado a Dios. Por eso, Cristo es el mediador de la nueva alianza, según explica la carta a los Hebreos. Al dar a sus apóstoles el encargo: “*haced esto en memoria mía*”, los ha constituido continuadores y ministros de su propio sacerdocio para hacer presente a los hombres de todas las generaciones y lugares su único e irrepitible sacrificio pascual para la vida del mundo.

La entrega libre de Jesús a la muerte en la cruz y la eucaristía que la anticipa son un misterio de amor. *La cruz de Jesús es la demostración de su amor* obediente al Padre, según su propia afirmación: “*El mundo ha de saber que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado*” (Jn 14,31). E igualmente de su amor a los hombres “*hasta el extremo*” (Jn 13,1), porque “*nadie tiene amor mayor que el que da la vida por sus amigos*” (Jn 15,13). *Y en la cruz de su Hijo manifiesta también el Padre su amor al mundo* (cf Jn 3,16). En efecto, Dios “*nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados*” (1 Jn 4, 10); es decir, “*en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo*” (2 Cor 5, 19).

Quienes hemos recibido en herencia el gran don sacramental de la eucaristía, recibimos con este sacramento la llamada a entrar en la comunión de amor con el Padre y con el Hijo, que nos hace partícipes de su vida divina y miembros de su cuerpo. En consecuencia, recibimos también el mandato del amor fraterno, como el Padre ha amado a Jesús y como Jesús nos ha amado a nosotros. Y este amor es entrega de la propia vida por los hermanos y servicio a los más pobres, según el ejemplo que nos ha dejado Jesús, el Señor, al lavar los pies a sus discípulos.

San Pablo ha escrito en la carta primera a los cristianos de Corinto: “*El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no nos hace entrar en comunión con*

la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no nos hace entrar en comunión con el cuerpo de Cristo? Pues si el pan es uno solo y todos participamos de ese único pan, todos formamos un solo cuerpo”. (10, 16-17).

“Por eso, explica el apóstol en otro lugar de la misma carta, quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, se hace culpable de profanar el cuerpo y la sangre del Señor. Examínese, pues, cada uno a sí mismo antes de comer el pan y beber e cáliz, porque quien come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su castigo. Por eso, hay entre vosotros muchos enfermos y débiles, y son bastantes los que mueren. Si nos hiciésemos la debida autocrítica, no seríamos condenados. De cualquier manera, el Señor, al castigarnos, nos corrige para que no seamos condenados junto con el mundo”. (1 Cor 11, 27-32). *“No puedo alabar que vuestras reuniones os perjudiquen en lugar de aprovecharos. En primer lugar, ha llegado a mis oídos que, cuando os reunís en asamblea, hay entre vosotros divisiones... El caso es que, cuando os reunís en asamblea, ya no es para comer la cena del Señor, pues cada cual empieza comiendo su propia cena, y así resulta que, mientras uno pasa hambre, otro se emborracha...¿En tan poco tenéis la Iglesia de Dios, que no os importa avergonzar a los que no tienen nada? ¿Qué voy a deciros? ¿Esperáis que os felicite? ¿Pues no es como para felicitaros!* (1 Cor 11, 17-22). *“Por tanto, hermanos míos, cuando os reunís para comer la cena del Señor, esperaos unos a otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que vuestras reuniones no sean censurables”* (1 Cor 11, 33-34).

Se participa indignamente en la eucaristía cuando no se discierne el cuerpo de Cristo y también cuando se avergüenza a los que no tienen nada, pues todos formamos el único Cuerpo de Cristo. El cuerpo de Cristo es uno solo, compuesto de muchos miembros distintos y necesarios. Ningún miembro puede afirmar: “no soy del cuerpo”; ni puede decir a otro o a todos los demás: “No te necesito”, “no os necesito”. *“Los miembros del cuerpo que consideramos más débiles son los más necesarios, y a los que consideramos menos nobles, los rodeamos de especial cuidado.. Dios mismo distribuyó el cuerpo dando mayor honor a lo que era menos noble, para que no haya divisiones en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos de los otros. ¿Qué un miembro sufre? Todos los miembros sufren con*

él. *¿Qué un miembro es agasajado? Todos los miembros comparten su alegría*". (1 Cor 12, 22-26).

En el cuerpo de Cristo, en la Iglesia, Dios ha asignado a cada uno un puesto (1 Cor 12, 28). *"Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo. Hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Hay diversidad de actividades, pero uno mismo es el Dios que activa todas las cosas en todos. A cada uno se le concede la manifestación del Espíritu para el bien de todos"* (1 Cor 12, 4-7).

Pero el carisma más valioso en el cuerpo de Cristo es la caridad; no pasa nunca y es el más útil para la comunidad. Porque Dios es amor (1 Jn 4, 8.16) y de Dios procede el amor, que es el camino de vida más propio y característico del cuerpo de Cristo. Por ello, *"os digo, además, a todos y cada uno de vosotros... que no os estiméis más de lo debido, que cada uno se estime en lo justo, conforme al grado de fe que Dios le haya concedido"* (Ro 12, 3). Porque *"formamos un solo cuerpo al quedar unidos a Cristo, y somos miembros los unos de los otros"* (Ro 12, 5). Por ello, *"vivid en armonía unos con otros y no seáis altivos, antes bien poneos al nivel de los sencillos. Y no seáis autosuficientes. A nadie devolváis mal por mal"*. (Ro 12, 16-17). Pues *"el amor es paciente y bondadoso;... todo lo excusa... todo lo aguanta"* (1 Cor 13, 4.7).

Esta práctica del amor en el Cuerpo de Cristo es permanecer en el amor con el que Cristo nos ha amado, como él es amado por el Padre, según el testimonio del evangelio de Juan (Jn 15, 9. 12-13). Este amor es el vínculo de la unidad perfecta, que Jesús imploró al Padre para sus discípulos: *"Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado... y que los amas a ellos como me amas a mí"*. (Jn 17, 21.23). *"Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos"*. (Jn 13, 35).

La unión de los cristianos en el amor acredita ante el mundo la misión de Jesús y nuestra condición de discípulos suyos. La desunión y falta de amor desacredita ante la sociedad a Jesús y a sus discípulos. Ante una responsabilidad tan grande, os invito a orar de corazón, diciendo: *Señor; ¡que todos seamos uno!*

Y también os invito a la ayuda generosa a los numerosos hijos de Dios que padecen de forma más aguda las consecuencias de la crisis económica en forma de falta de trabajo, dificultades para mantener la vivienda o pérdida de ella, escasez de medios para llevar una vida personal y familiar digna.

En este día de la eucaristía y del amor fraterno recordamos la misión de Cáritas y asumimos el compromiso de colaborar con ella en la atención a los hermanos que padecen necesidad.

Nuestra Eucaristía será hoy un auténtico culto espiritual si la celebramos uniéndonos a Cristo en el ofrecimiento de nuestra vida como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (cf Rom 12, 1).

10. Viernes Santo

El relato de la pasión está inmediatamente precedido en el Evangelio de Juan por algunas afirmaciones de Jesús que muestran el significado que él atribuía a su próxima muerte. *Se trata de palabras de Jesús situadas por el Evangelista en el espacio de tiempo que media entre la entrada triunfal en Jerusalén y la escena del prendimiento en huerto de los olivos.*

La narración de la entrada en Jerusalén, con la aclamación de Jesús como “el rey de Israel” (Jn 12, 13), ha terminado con la decepción de los fariseos que comentaban entre sí: *“Esta bien claro que no conseguimos nada: **todo el mundo lo sigue**”* (Jn 12,19). Y como confirmación de esta situación, el evangelista narra cómo algunos judíos griegos que han venido a la fiesta de Pascua, se dirigen a Felipe y le dicen: *“Quisiéramos ver a Jesús”* (Jn 12,21).

En contraste con esta situación de aceptación general de Jesús como rey de Israel; y en contra de la creencia de la gente, que piensa que el Mesías no morirá nunca (Jn 12, 34), Jesús habla de su muerte, pero la presenta como camino de gloria. Estas son sus palabras: *“Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser glorificado. Yo os aseguro que el grano de trigo seguirá siendo un único grano, a no ser que caiga dentro de la tierra y muera: sólo entonces producirá fruto abundante”* (Jn 12, 23-24).

Se trata de una muerte real, como la descomposición del grano de trigo en la tierra, que a Jesús le angustia. Así lo reflejan sus palabras: *“Me encuentro profundamente abatido; pero, ¿qué es lo que puedo decir? ¿Padre, sálvame de lo que se me viene encima en esta hora?. De ningún modo; porque he venido precisamente para aceptar esta hora”*. (Jn 12, 27). Su abatimiento ante la muerte, no le hace olvidar que ha venido al mundo no para hacer su voluntad, sino la del Padre que le ha enviado; su abatimiento le hace más bien recordar que su alimento es hacer la voluntad del Padre y llevar a cabo su obra: En consecuencia, su oración ante la muerte es: *“Padre, glorifica tu nombre”* (Jn 12,28).

El evangelista explica que esta oración fue escuchada y se oyó una voz del cielo que dijo: *“Yo lo he glorificado y volveré a glorificarlo”* (Jn 12, 28).

Y añade el comentario de Jesús: *“Esta voz se ha dejado oír no por mí, sino por vosotros”* (Jn 12, 30). Jesús no tiene duda del amor del Padre, y así lo manifiesta: *“El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie tiene poder para quitármela; soy yo quien la doy por mi propia voluntad: yo tengo poder para darla y para recuperarla de nuevo. Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre”* (Jn 10, 17-18).

La muerte de Jesús es el momento de su glorificación porque acontece según el plan que Dios ha diseñado para mostrar su amor al mundo y porque, según este plan de Dios, el Hijo tiene el poder de entregar libremente la vida y de volver a recuperarla. Es decir, la muerte de Jesús se convierte en gloria por el amor y la libertad con que entrega la vida.

Por tanto, Juan no considera la muerte de Jesús como resultado del azar o de casuales circunstancias sociales, religiosas o políticas. Los cálculos políticos de Caifás y de Pilato fueron determinantes de la condena de Jesús, pero ambos fueron meros instrumentos externos para la realización del plan de Dios y para hacer posible la libre entrega de Jesús a la muerte. Así lo interpreta Pedro en sus primeras predicaciones públicas en Jerusalén después de Pentecostés: *“Dios lo entregó conforme al plan que tenía previsto y determinado, pero vosotros, valiéndoos de los impíos, lo crucificasteis y matasteis. Dios, sin embargo, lo resucitó”* (Hech 2, 23-24). *“Ya sé, hermanos, que lo hicisteis por ignorancia igual que vuestros jefes. Pero Dios cumplió así lo que había anunciado por los profetas: que su Mesías tenía que padecer”* (Hech 3, 17-18). Y de la misma forma lo predica Pablo en Antioquia: *“Ciertamente, los habitantes de Jerusalén y sus jefes no reconocieron a Jesús, y al condenarlo cumplieron las palabras de los profetas”* (Hech 13, 27).

El evangelio de Juan refiere también las palabras de Jesús que manifiestan de qué forma se va a manifestar su propia muerte como glorificación: *“Jesús explicó...Es ahora cuando el mundo va a ser juzgado; es ahora cuando el que tiraniza a este mundo va a ser arrojado fuera. Y yo una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí”* (Jn 12, 31-32). El evangelista explica que con estas palabras da a entender Jesús la forma en que iba a morir (Jn 12, 33). Jesús elevado en la cruz atrae a todos hacia sí como cordero de Dios que quita el pecado del mundo; y elevado a

la gloria del padre es reconocido por toda lengua como el único Señor y juez de vivos y muertos.

Por segunda vez, en esta ocasión en el trascurso de la cena de pascua y después de salir Judas de la sala, refiere el evangelista estas palabras de Jesús: *“Ahora va a manifestarse la gloria del Hijo del hombre... Dios lo glorificará... Y lo va a hacer muy pronto”* (Jn 13, 31-32).

Esta comprensión del significado de la muerte de Jesús es una clave necesaria para leer el relato de la pasión en el evangelio de Juan. El evangelista hace un relato de los hechos de la pasión iluminados por la fe en la resurrección, que los muestra como fiel cumplimiento del designio de Dios anunciado mucho tiempo antes en las profecías de la Sagrada Escritura.

11. San Juan de Ávila en el año sacerdotal

Queridos hermanos sacerdotes, seminaristas y familiares:

En nombre de todos los presentes saludo con cordial afecto y expreso nuestra felicitación y enhorabuena a los queridos hermanos Ezequiel Barbero Bellido, Tomás Fernández Fernández, Francisco Gallardo González, Pedro Antonio Márquez Velasco, César Martín Calvo, Ángel Portela Pérez, Juan José Regalado Hernández y Agustín Ríos González, que celebran hoy las Bodas de Oro de su ministerio sacerdotal, así como a Alejandro Carabias López y José María Blas Rodríguez Boyero, que celebran sus Bodas de Plata.

Igualmente saludo a los queridos hijos Andrés Buenadicha González y Daniel Sevillano Pascua, que hoy van a ser instituidos en el ministerio de lectores. En ellos expresamos nuestra confiada esperanza en el futuro de la misión sacerdotal en nuestra diócesis. Por ellos y por las nuevas vocaciones sacerdotales, que tanto anhelamos, oramos con perseverancia al Señor.

La Palabra de Dios hoy proclamada nos ilumina en la comprensión de nuestro ejercicio de la misión.

En el texto de la primera carta de Pedro aparecen tres rasgos del ministerio de los presbíteros: a) el presbítero es testigo de los sufrimientos de Cristo; b) el presbítero es testigo de la esperanza de participar en la gloria de Cristo que va a manifestarse; c) el presbítero ejerce su oficio de pastor del rebaño con la espontaneidad interior y la generosidad que suscita el amor a Cristo. Este amor hace al presbítero amar a los fieles que le están encomendados y conducirlos con el amable atractivo de su ejemplar seguimiento del Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas.

En el Evangelio de Mateo ha aparecido un cuarto rasgo, de gran importancia: Jesús, se compadecía de las gentes a las que anunciaba el Evangelio. La compasión, es decir, el conocimiento de los anhelos y sufrimientos más profundos y la identificación personal con ellos por amor, es condición necesaria para la relación de confianza, que permita sentirse mirado, acogido y valorado con amor por el pastor. Así se sintieron miradas,

acogidas y respetadas por Jesús algunas ovejas abandonadas que le reconocieron gozosamente como su pastor.

Pastores de este estilo son los que, como el propio Jesús, hemos de recorrer cada día las ciudades y aldeas anunciando el Evangelio del reino. Ahora, como entonces, las ovejas no escuchan ni siguen la voz de cualquier pastor; sólo siguen al pastor que se ha ganado su confianza como fiel imagen del mismo Jesús y es reconocido como modelo. Tales han de ser los sacerdotes que hoy necesitamos, y que hemos de pedir insistentemente al Señor, en obediencia a su mandato.

En nuestro anhelo de perfección espiritual y apostólica nos sentimos hoy aleccionados por el ejemplo y fortalecidos por la intercesión de dos patronos insignes: el patrón del clero secular español, San Juan de Ávila, y el patrón de los párrocos, San Juan María Vianney. En circunstancias históricas muy distintas y con formas diferentes de ejercicio pastoral, un predicador itinerante y un párroco rural, ambos son testigos del sacerdocio como ministerio del amor divino.

El lugar central que ocupa en la doctrina de San Juan de Ávila la experiencia de que “Dios es amor, predica amor y envía amor” tendría una decisiva influencia en la escuela francesa de espiritualidad sacerdotal, en la que se cultivó el Cura de Ars. Juan María Vianney poseía y leía con frecuencia las obras de San Juan de Ávila. Muchas afirmaciones del santo Cura se inspiraban en los escritos del apóstol de Andalucía.

Los tiempos eclesiales que vivieron tanto el Maestro Ávila como el Cura de Ars no fueron más fáciles que los nuestros. Hoy como ayer, tiene sentido la afirmación de Juan de Ávila: “Son muchos los frentes y muy gastada está la cristiandad”. Heredero de muchas concepciones teológicas del Medioevo y de los predicadores populares, tales como Vicente Ferrer, Juan de Ávila fue, sin embargo, un hombre de vanguardia en su tiempo: lee y recomienda la lectura de Erasmo, aunque con cautela; es anti-luterano convencido, pero llama “hermanos conjuntos” a los que se han separado de Roma; denuncia los engaños de los alumbrados, pero promueve la frecuencia de los sacramentos y la lectura asidua de la Escritura. Fue amante de una espiritualidad litúrgica y de la oración mental. Y puso en marcha múltiples iniciativas docentes y catequéticas para elevar la cultura de “las gentes y ecle-

siásticos”. Por estas y otras muchas razones, Pablo VI dijo de él que podía ser considerado “*un sacerdote moderno*”.

Como otros personajes de la época, sufrió un proceso de la Inquisición del que salió absuelto. Pero esa dura experiencia de persecución y angustia fue la “cátedra” donde adquirió el singular conocimiento del misterio de Cristo que inundó toda su vida.

El centro de su vivir, pensar y actuar es convertir almas a Cristo. Su predicación suscita comunión espiritual entre el pueblo fiel, adhesiones de clérigos que formará a su medida, e incluso conversiones singulares como la de Juan de Dios o Francisco de Borja. Sus escritos en materias teológicas, bíblicas, espirituales y catequéticas representan una prolongación viva de su predicación y magisterio oral. La irradiación de su testimonio personal le valió la fama de santo por parte de otros singulares santos de su tiempo: Ignacio de Loyola y Francisco de Borja, Juan de Dios y Juan de Ribera, Teresa de Jesús.

Juan de Ávila fue un verdadero reformador de la Iglesia. Su concepto de reforma nace de la comprensión sobrenatural de la Iglesia. Así, armoniza su teología de la interioridad, según la cual toda reforma verdadera “ha de pasar por el corazón del hombre”, con la necesidad de cambios concretos en el aspecto humano de la Iglesia, para que atraiga “a los pobres y alejados”.

En la actualidad, la Iglesia se ve cuestionada por la autosuficiencia de la cultura secular laicista, que agosta las raíces cristianas de nuestro pueblo. El nuevo “humus cultural” descristianizado amenaza el ideal y el ejercicio efectivo del mismo ministerio sacerdotal. Este nuevo horizonte cultural repercute de forma negativa en la vida personal y pastoral del sacerdote.

Si hoy estuviera San Juan de Ávila entre nosotros nos enseñaría cómo hemos de dejarnos configurar por la Palabra de la verdad y por el Espíritu del Amor. Su espiritualidad, su vida ministerial y su doctrina teológica están centradas en la experiencia del amor de Dios. San Juan de Ávila definía al sacerdote como el hombre que testimonia el amor divino, lo celebra y lo proclama. Si Dios nos ama con amor de padre, el ministerio sacerdotal ha de ser la presencia significativa de ese amor paternal de Dios a los hombres.

La experiencia del amor hace testigos del amor. Sólo se puede anunciar que Dios es amor si se tiene experiencia de ello. Y Juan de Ávila había sentido y gustado verdaderamente a Dios.

El testimonio del amor a Cristo siempre ha ido unido a la participación en su cruz. La referencia de Juan de Ávila a la Cruz como camino de experiencia del amor de Dios fue una realidad vivida de forma especial en el tiempo que estuvo sometido al proceso sobre la autenticidad de su enseñanza. *En la cárcel ha tenido experiencia del mayor don de Dios y aprendió más que en todos los años de sus estudios.* Dios le concedió allí “*un muy particular conocimiento del misterio de Cristo*” (Luis de Granada, Vida, II, 4,6). Por ello pudo resumir Juan de Ávila este especial conocimiento del misterio de Cristo escribiendo: “*En la cruz me buscaste, me hallaste, me curaste y libraste y me amaste*” (Carta 58, 50-51: IV, 269). Para Juan de Ávila, hablar del amor de Dios, será hablar de la Cruz de Cristo.

La representación de Cristo, que es misión del sacerdote, es una llamada a ser la principal hermosura de toda la Iglesia” por la santidad de vida y la fidelidad a la misión encomendada. Por el sacramento del Orden, el sacerdote ha quedado todo entero consagrado al Señor, tanto en el ser, como en el obrar y el sentir, de manera que la vida de un presbítero ha de ser un sacrificio en honor de Dios. Aquellos que han sido sacramentalmente configurados con Cristo Sacerdote han de llevar una vida semejante a la de Él, de tal manera que sean “carta de Cristo”, “buen olor suyo”, “hermosura de la Iglesia”.

De la enseñanza y la vida de Juan de Avila y de Juan María Vianney podemos deducir algunas claves fundamentales para nuestro ejercicio actual del ministerio.

Estamos profundamente convencidos de que nuestra vida y ministerio se fundamentan en nuestra relación personal e íntima con Cristo, que nos hace partícipes de su sacerdocio. Esta vinculación Jesús la sitúa en el ámbito de la amistad: “Vosotros sois mis amigos”, nos dice. Fue Jesús quien nos eligió como amigos y es en clave de amistad como entiende nuestra vocación. Llamó a los apóstoles “para estar con Él y enviarlos a predicar” (Mc 3, 14). Lo primero es “estar con Él”, convivir con Él, para conocerle de cerca, no de oídas. Sólo el conocimiento y el amor nos hacen testigos; por ello, necesitamos perseverar en nuestra vocación de amigos de Cristo, lla-

mados personalmente, elegidos y enviados por Él. Por esta amistad con Jesucristo asumimos gozosamente cada día el ejercicio del ministerio

El trato con el Señor en la oración alimenta y lleva a perfección la amistad. Sólo así podremos desempeñar nuestro ministerio y llevar a Cristo y a su Evangelio a los hombres”. La oración del sacerdote es acción prioritaria de su ministerio.

Reconocemos que *la amistad con Cristo es la fuente de la que brota espontáneamente la fidelidad* en el ejercicio del ministerio y la comunión en los sentimientos del Buen Pastor, así como la alegría de la entrega de la propia vida. Por la amistad nos dejamos conquistar por Cristo con alegría y asumimos gozosamente el seguimiento de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, que nos capacitan para ser servidores de todos.

Por experiencia sabemos también que *el amor nos impulsa a “salir a buscar”.* Esta es hoy tarea del sacerdote como buen pastor, evangelizador y misionero. Nuestros rediles decrecen. Las palabras de Jesús “tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir” (Jn 10, 16) siguen resonando en nuestro corazón. Todos los hombres son ovejas que Dios ama. Por tanto, siguiendo las huellas de Jesucristo, el pastoreo del sacerdote no es sedentario, sino a campo abierto.

Nuestra misión es transmitir el amor misericordioso de Dios. Juan de Ávila y Juan María Vianney consiguieron en épocas bien distintas cambiar el corazón y la vida de muchas personas, porque fueron capaces de hacerles sentir el amor misericordioso del Señor; digamos con palabras de hoy, que ése fue su único “plan pastoral”.

Los sacerdotes estamos en el mundo como enviados para su salvación. La Iglesia está en el mundo y es para los hombres, pero no es del mundo. Así somos los pastores. Y hemos de aprender nuestra forma apostólica de estar en el mundo en la palabra de Jesús: “Tanto amó Dios al mundo que... ha enviado a su Hijo... para que el mundo se salve por Él” (Jn 4, 16-17). Esta misión nos resulta dolorosa en muchas ocasiones, por las circunstancias adversas en que la hemos de realizar; y nos cuesta mucho asumir la misión que nos une a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Pero sabemos bien que los sacerdotes tenemos que llevar la cruz en el ministerio; y que necesitamos aprender cada día a llevarla con alegría. ¡Bendita Cruz de Cristo!, que siempre estará presente en nuestras vidas.

12. Ordenación de diáconos de Marianhill

Queridos hermanos Anselmo José y Muarrapaz:

El Señor os ha elegido por amor y la Iglesia os confía hoy mediante el sacramento del diaconado el ministerio del amor y del servicio a los hermanos, de igual manera que los primeros diáconos recibieron, por la imposición de manos y la oración de los apóstoles, la tarea de distribuir entre los discípulos los bienes comunes, para evitar disensiones y hacer realidad el ideal de vida de la comunidad cristiana que refleja el libro de los Hechos de los Apóstoles: *“El grupo de los creyentes pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas. Por su parte, los apóstoles daba testimonio con gran energía de la resurrección de Jesús, el Señor, y todos gozaban de gran estima”* (Hech 4, 32-33).

Los apóstoles tienen la misión de dar testimonio de Cristo resucitado y enseñar a los discípulos (Hech 2, 42) a vivir en la fidelidad al Señor. Y realizan esta misión con total dedicación. No estiman oportuno dejar de anunciar la Palabra de Dios para dedicarse a servir a las mesas. Para este servicio designan a los diáconos. Pero ello no excluye la predicación del evangelio de la misión de los diáconos. Éstos son hombres llenos de Espíritu Santo y de sabiduría y, llevan a cabo la misión recibida también predicando con gran celo el Evangelio. Así lo realizan Esteban y Felipe. El amor recibido con el sacramento de la imposición de manos se hace en ellos palabra y anuncio del Evangelio de Cristo.

Ahora vosotros, queridos hermanos Anselmo José y Muarrapaz, vais a ser fortalecidos con el don del Espíritu Santo para que ayudéis al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la palabra, en el servicio del altar y en el ministerio de la caridad, mostrándoos servidores de todos.

Como ministros del altar proclamaréis el Evangelio, prepararéis el sacrificio y repartiréis a los fieles el Cuerpo y la Sangre del Señor. Además, por encargo del Obispo, exhortaréis tanto a los fieles como a los no creyentes, enseñándoles la doctrina santa; presidiréis las oraciones, adminis-

traréis el bautismo, asistiréis y bendeciréis el matrimonio de los fieles, llevaréis el viático a los moribundos y presidiréis los ritos exequiales.

Consagrados por la imposición de manos, que ha sido heredada de los Apóstoles, y vinculados al servicio del altar, ejercitaréis el ministerio de la caridad en nombre del Obispo o del párroco. Con el auxilio de Dios debéis trabajar de tal modo que seáis reconocidos como verdaderos discípulos de aquél que no vino para que le sirvieran, sino para servir.

En vuestra condición de diáconos, es decir, de servidores de Jesucristo, que se mostró servidor entre los discípulos, siguiendo gustosamente la voluntad de Dios, servid con amor y alegría tanto a Dios como a los hombres. Y como nadie puede servir a dos señores, tened presente que toda impureza o afán de dinero es servidumbre a los ídolos.

Este ministerio diaconal es un ministerio de amor, que sólo podréis realizar con fidelidad y fruto permaneciendo en comunión de amor con Jesús y con el Padre.

Jesús compara el amor que él tiene a sus discípulos con el amor que él recibe del Padre. El amor es el origen y la causa de la relación entre el Padre y el Hijo. El Hijo habla las palabras del Padre, porque Dios Padre le ha comunicado plenamente su Espíritu; es decir, “el Padre ama al Hijo y le ha confiado todo” (Jn 3,35). “El Hijo no puede hacer nada por su cuenta; él hace únicamente lo que ve hacer al Padre: lo que hace el Padre, eso hace también el Hijo. Pues el Padre ama al Hijo y le manifiesta todas sus obras” (Jn 5, 20). “El Padre me ama, porque yo doy mi vida para tomarla de nuevo... Esta es la misión que debo cumplir por encargo de mi Padre” (Jn 10,17).

El amor es también el motivo de la relación que ha de existir entre Jesús y sus discípulos: *“Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros” (Jn 15, 9). Es decir, el Padre es la fuente del amor que Cristo siente por los suyos; y el amor de Cristo a sus discípulos es, en realidad, reflejo e imitación, del amor con que Cristo se siente amado.*

La permanencia en esa relación amorosa entre el Padre y el Hijo se consigue con una obediencia como la del Hijo: *“Sólo permaneceréis en mi amor; si obedecéis mis mandamientos, lo mismo que yo he obedecido los manda-*

mientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Jn 15,10). Jesús sabe que tiene que cumplir fielmente la misión que el Padre le ha encomendado, para mostrar al mundo que ama al Padre (Jn 14,31).

Lo mismo que para Jesús, también para el discípulo amar y guardar los mandamientos es una misma cosa. *“Si me amáis, obedeceréis mis mandamientos” (Jn 14,15) “El que acepta mis preceptos y los pone en práctica, ése me ama de verdad...el que me ama, se mantendrá fiel a mis palabras” (Jn 14, 21.23).* En la enseñanza de Juan es claro que es el amor el que hace observar sus preceptos, no es la observancia de sus preceptos la que hace nacer el amor. El que no ama no tiene motivos para observar los preceptos. No hay duda de que Juan enseña que precede el amor. Así lo enseña abiertamente la primera carta de San Juan: *“En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados” (1 Jn 4, 10).*

La alegría, bien mesiánico, que Jesús, obediente y amado, siente suya, será también patrimonio de los discípulos dóciles. Jesús dice: *“Os he dicho esto –que observo los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor– para que participéis en mi gozo, y vuestro gozo sea completo” (15,11).* Explica San Agustín que la alegría de los discípulos es una manifestación del gozo de la salvación recibida de Dios y una participación en la felicidad de Dios por nuestra salvación.

Cuando Cristo ya no está físicamente presente, los discípulos sabrán conservar la alegría si se aman: la obediencia debida al Señor se identifica con el amor mutuo: *“Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros como yo os he amado” (Jn 15,12; 13,34; 1 Jn 3,11.23; 4,21);* el gozo de vivir acompaña la vida fraterna, hasta que vuelva el Señor.

La medida de ese amor fraterno, que Jesús nos manda guardar, no está a la libre determinación del discípulo: el amor del cristiano tiene el amor de Cristo como norma y límite; entregar la propia vida expresa en Jn (15,15.24) la muerte voluntaria de Jesús. La forma del amor de Cristo determina la obligación de su mandato y establece sus diferencias. Este amor que Cristo nos manda vivir es distinto de aquel amor con que se aman los hombres como hombres: mientras tenga vida, el cristiano deberá amar a su hermano y puede, incluso, que tenga que perderla con tal de no dejar de amar (15,12-

13. 1 Cor 13,3; Rom 5,6-8). La disponibilidad para hacer la voluntad del Padre puede llevar, pues, hasta dar la propia vida por los amigos; la alegría del que obedece no queda limitada nunca, ni siquiera ante la muerte propia.

El Evangelio de Juan resalta la afirmación de Jesús sobre su relación de amistad con los discípulos. En Juan, la amistad depende no tanto de la obediencia del discípulo, sino de la obediencia del Maestro al Padre, que le lleva a amar a los suyos hasta el extremo (Jn 13,1). Dice Jesús: *“Les he dado a conocer quién eres...para que el amor con que me amaste pueda estar también en ellos, y yo mismo esté en ellos”* (Jn 17, 26). No hay que olvidar que Juan presenta a Jesús como el que ha dado la vida ya por los que ama. Por ello, el criterio de la amistad no es lo que puede sentirse, sino lo que hay que entregar; es decir, la entrega de la propia vida, como Jesús. Mantiene la amistad de Jesús quien permanece siendo un discípulo obediente, es decir, quien, como Jesús, ama hasta dar la vida por los amigos. *“Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos”* (Jn 15, 13). Así le encarga Jesús a Pedro cuidar sus ovejas para mostrarle su amor (Jn 21,15-19).

Como amigos íntimos que son de Jesús, los discípulos conocen los secretos de su Señor. *“Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”* (Jn 15, 15). El siervo recibe órdenes, el amigo, intimidad. El criterio que garantiza la nueva relación que media entre Jesús y los suyos radica ahora en la participación de éstos en sus planes, en el conocimiento de su programa, en las confidencias compartidas (cf. Jn 17, 26) y no en la igualdad natural o en la opción previa por parte de los discípulos. La iniciativa no ha sido de ellos; han sido elegidos y destinados, seleccionados y puestos ante la tarea de dar ante el mundo el fruto permanente: amar al hermano y ser escuchado por el Padre (Jn 15, 16). Y puesto que no han elegido ellos, sino que fueron elegidos; porque no son ya siervos, sino amigos; porque ya no ignoran, sino que saben su destino, se les puede ordenar el amor (Jn 15,17).

Ser amado ya impone tener que amar; sólo a quien se le da a experimentar amor puede exigírsele que ame; para el amado, amar no es ya una tarea impuesta, sino una necesidad que hay que satisfacer. Y es posible sa-

tisfacer esta necesidad porque Jesús ha prometido a sus elegidos: “*El Padre os dará todo lo que le pidáis en mi nombre*” (Jn 15, 16).

El Espíritu, que Dios da a los que le obedecen, nos lleva al conocimiento de la verdad completa sobre Jesús y sobre el Padre y nos enseña a orar como conviene. El Espíritu es quien nos lleva a confesar la fe en Jesús: “*Nadie puede decir: Jesús es Señor, si no es por obra del Espíritu Santo*” (1 Co 12, 3). El Espíritu nos hace posible reconocer el amor que Dios nos tiene y creer en él. El conocimiento del amor de Dios y el nuevo nacimiento del Espíritu de Dios, que es amor, es la fuente de donde brota nuestro amor a Dios y a los hermanos. Por eso dice San Juan que quien no ama no ha conocido a Dios ni ha nacido de Dios. Quien no ama, no refleja la imagen de Dios, desvirtúa su propia naturaleza, no alcanza su perfección e impide su propia felicidad y, con mucha frecuencia, también la felicidad de los que se relacionan con él.

Hoy imploramos el don del amor de Dios para vosotros, que os configure como testigos y servidores fieles del amor de Cristo para todos los hombres, a los que él ha amado hasta el extremo de dar su vida por ellos. Así vuestra vida ministerial será gozosa, santa y fructífera. Y confiamos vuestro ministerio al cuidado del Buen Pastor y de la Santísima Virgen protectora de vuestro instituto religioso.

13. Pentecostés

La venida del Espíritu Santo sobre todos los discípulos es la conclusión de la obra de Jesús, y representa, por tanto, la consumación de la encarnación y de la redención. Jesús murió y resucitó para comunicarnos el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el don por excelencia del Salvador.

El Evangelio de Juan cuenta que Jesús acude al lugar donde se encuentran los discípulos: un lugar cerrado, porque tienen miedo de los judíos. Pero no hay obstáculos para el Resucitado, que se hace presente y visible en medio de los discípulos y les dice: “Paz con vosotros”.

Dicho esto, les mostró las manos y el costado”. Así pone de manifiesto Jesús el vínculo entre sus llagas redentoras y los dones de la paz y del Espíritu Santo que va a dar a sus discípulos; son dones que Jesús les comunica gracias a su victoria sobre el mal y sobre la muerte.

Jesús transmite a sus discípulos el don del Espíritu Santo con el gesto de exhalar su aliento sobre ellos, cuyo significado explica con sus palabras dotadas de eficacia: “Recibid el Espíritu Santo”. Es como una nueva creación. El libro del Génesis cuenta que Dios, para crear al hombre, lo modeló con el polvo de la tierra y después sopló sobre él a fin de hacerle un hombre vivo y dotado de un alma que le hace imagen y semejanza de Dios.

El evangelista había aludido ya al don del espíritu en el momento de la muerte de Jesús: en vez de decir que Jesús “expiró”, había dicho: “Jesús entregó el espíritu”. Jesús transmite el Espíritu Santo por medio de su muerte redentora.

El signo del aliento exhalado por Jesús expresa el vínculo del Espíritu con la resurrección. El Espíritu es el gran don que había prometido Dios por medio del profeta Ezequiel con estas palabras: “Yo mismo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestros sepulcros... Os infundiré mi espíritu y viviréis” (Ez 37, 12-14). “Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo... y haré que viváis según mis mandamientos” (Ez 36, 26-27). Se trata de una renovación completa de la naturaleza humana herida por el pecado; de una restauración maravillosa, más bella que la misma creación originaria.

Jesús muestra, a continuación, que el Espíritu Santo es un Espíritu que purifica y restaura, que da a los apóstoles la capacidad de perdonar los pecados de una manera eficaz: “Recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”.

El perdón de los pecados es el contenido esencial de la misión a la que Jesús envía a la Iglesia como él había sido enviado por el Padre. Para esta misión, imposible para el hombre, Jesús nos ha entregado su Espíritu. Y ya en el primer anuncio apostólico, después de Pentecostés, Pedro responde a la pregunta: ¿qué tenemos que hacer?, afirmando claramente: “Arrepentíos y bautizaos cada uno en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados vuestros pecados. Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech 2, 37-38).

La entrega del Espíritu Santo para el perdón de los pecados implica también una relación inseparable entre el Espíritu y la Eucaristía, instituida por Jesús como sacrificio de su sangre de la nueva alianza derramada en la cruz para el perdón de los pecados. Y el don del Espíritu para perdonar o retener los pecados ofrece fundamento al juicio que la Iglesia realiza sobre los pecados en el sacramento de la penitencia.

El relato de los Hechos de los Apóstoles muestra otros aspectos del don del Espíritu Santo. Esta vez se trata de una manifestación plenamente visible, más aún, impresionante, que tiene lugar de diferentes maneras.

La primera es la de un “viento recio”. Se habla aquí de un viento que provoca un fuerte ruido, de una especie de tempestad, que viene para comunicar el soplo de Dios a los apóstoles y, a través de ellos, a todo el mundo. La palabra hebrea usada para decir “Espíritu” es la misma con la que se designa el “viento”.

La segunda manera de la manifestación del Espíritu es la aparición de unas lenguas de fuego. Aquí aparece un doble símbolo: el de las lenguas y el del fuego. Las lenguas manifiestan que el Espíritu da la capacidad de comunicar la palabra de Dios. De hecho, los apóstoles, llenos del Espíritu Santo, empiezan a hablar en lenguas inmediatamente después. No se trata aquí de un lenguaje simplemente humano, sino de un lenguaje divino, que pasa a través de las personas llamadas a comunicar la Palabra de Dios: “Se

llenaron todos de Espíritu y empezaron a hablar en lenguas extranjeras, según el Espíritu Santo les permitía expresarse”. Este lenguaje es un lenguaje de fuego, que comunica calor, un lenguaje que inflama para transformar todo el mundo.

La escena siguiente manifiesta la acción del Espíritu destinada a reunir a todos los hombres dispersos en diferentes naciones y que hablan lenguas diversas. Esta escena tiene una relación evidente con el episodio de la torre de Babel. En Babel, los hombres que antes hablaban una sola lengua, ya no podrían entenderse entre sí, porque hablaban lenguas distintas; así se dispersaron y no pudieron realizar la obra común que habían proyectado. El día de Pentecostés, por el contrario, personas procedentes de todas partes del mundo entran en relación entre sí gracias a la acción del Espíritu Santo. El Espíritu no destruye las lenguas; su propósito es que las personas de todas las naciones entiendan el mensaje de los apóstoles. En consecuencia, la acción del Espíritu Santo restablece la unidad entre los hombres, pues el Espíritu Santo es un Espíritu de amor, que une y hace vivir en la armonía y en el amor recíproco.

Pablo dice, en la segunda lectura, algo semejante. Habla de los carismas, de los dones del Espíritu Santo, e insiste en la unidad que lleva a cabo el Espíritu, que es al mismo tiempo promotor de unidad y de diversidad. El Espíritu promueve la unidad, porque es uno solo: “Existen carismas diversos, pero un mismo Espíritu”. El Apóstol explica en otro versículo que el único y mismo Espíritu distribuye a cada uno sus dones como quiere (cf. 1 Cor 12,11).

El Espíritu promueve la diversidad, porque sus dones están diferenciados de una manera maravillosa; corresponden a las necesidades de cada uno, de la Iglesia y de todo el mundo. Desde esta perspectiva, podemos comparar el Espíritu con el agua. El agua, en efecto, es un elemento que sigue siendo siempre el mismo, pero que produce efectos muy diversos: alimenta a todas las plantas según la diversidad de sus especies, da también lo necesario para la vida a los hombres y a los animales. De manera semejante, el Espíritu Santo es siempre el mismo, aunque también es fuente de diversas formas de vida y actuación de los miembros del Cuerpo de Cristo.

Además, Jesús ha establecido una relación necesaria y más íntima entre el agua y el Espíritu en orden a la entrada en el Reino de Dios por el bautismo. En consecuencia, el apóstol Pablo ha podido decir que “todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu”, y que “hemos bebido de un solo Espíritu”. Y el evangelista Juan nos ha referido la palabras de Jesús: “Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba... de lo más profundo de todo aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva. Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en él” (Jn 7, 37-39). Así aparece el agua como signo del Espíritu, igual que en el bautismo.

San Pablo afirma que, así como el cuerpo, aun siendo uno, tiene muchos miembros, y todos los miembros, aun siendo muchos, forman un solo cuerpo, así es también Cristo. Todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo. Por eso debemos vivir en la unidad. Los dones del Espíritu Santo son de una diversidad extraordinaria, pero todos contribuyen a la unidad.

Debemos anhelar y pedir al Señor el Espíritu Santo, que nos enseñe a orar como conviene. El Espíritu presente en nosotros nos enseñará a ser dóciles a sus inspiraciones, para cuidar más nuestra renovación interior; para ser animados por el amor de Dios en todos nuestros sentimientos, juicios y actuaciones; y a fin de disponer en nosotros de su fuerte impulso hacia una vida verdaderamente santa y digna de los hijos de Dios: una vida de amor, que es participación en la vida de la Santísima Trinidad y nos hace tomar parte en la misión de la Iglesia y ser testigos del Espíritu de Dios en medio del mundo.

La Iglesia vive de la Eucaristía, que contiene a Cristo mismo por obra del Espíritu Santo. La Eucaristía es la principal obra permanente del Espíritu Santo; por ello, la Iglesia vive del Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, es el principio de su vida y misión.

14. Centenario de las Salesas en Salamanca

Celebramos esta Eucaristía de Acción de Gracias en el centenario del Monasterio de las Salesas en Salamanca y cuarto centenario de la fundación de la Orden de la Visitación de Santa María, que tuvo lugar en el año 1610 por obra de San Francisco de Sales (1567-1622), Obispo de Ginebra, y de Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal (1572-1641).

El Obispo Francisco de Sales, decidido impulsor de la verdadera reforma católica de la Iglesia, ante la confusión creada por la reforma protestante, gozaba ya de fama de santo cuando en el año 1604 conoció a la baronesa Juana Francisca Frémyot de Chantal, joven viuda, espiritualmente madura y con anhelos de perfección evangélica, que solicitó la dirección espiritual de Francisco de Sales. La correspondencia espiritual entre ambos será modelo de doctrina y práctica de exhortación a la perfección cristiana.

San Francisco de Sales está reconocido como doctor de la Iglesia desde el año 1877 por la elevada doctrina contenida en sus obras “*Introducción a la vida devota*”, para la instrucción cristiana de los laicos, y en el “*Tratado del amor de Dios*”.

Frente a los planteamientos teológicos preocupados en su tiempo por el problema de la predestinación a la salvación y muy centrados en aclarar la relación entre las ayudas de la gracia y las decisiones de la libertad humana, Francisco de Sales ha puesto como eje de su doctrina teológica y espiritual el amor de Dios hacia todos y el amor del hombre hacia Dios. Entiende la devoción como amor afectuoso e intenso hacia Dios, que no debe ser considerado como exclusivo de los ascetas y los místicos o de los pertenecientes a las órdenes religiosas, sino como vocación de todos a la perfección, realizable en cualquier estado de vida en el mundo, en correspondencia al plan salvador de Dios.

Bajo la dirección de Francisco de Sales el itinerario espiritual de la baronesa de Chantal tiene como primer paso importante su traslado a Anancy, en 1610, para constituir una nueva comunidad religiosa femenina. Francisco de Sales desea que la nueva Orden pueda acoger también a viudas y a muchachas con una complexión física más débil, pero deseosas de

poder ascender a la perfección cristiana en la vida consagrada. Y juzgó en principio más conveniente que el nuevo monasterio no fuera de clausura. De hecho, Francisco de Sales quería que a la práctica espiritual contemplativa se añadieran, en la medida de lo posible, las obras de misericordia con la visita a los enfermos y a los pobres.

El naciente instituto fue llamado en un primer momento, de Santa Marta, después de la “Visitación de Nuestra Señora” y, por fin, tomó el nombre de “Visitación de Santa María”.

Después de un tiempo, por influencia del arzobispo de Lyon, Francisco de Sales decidió introducir la clausura y configuró la Orden de la Visitación como un instituto dedicado a la oración contemplativa, caracterizado por la moderación disciplinar y empapado en el humanismo de su fundador. Así configurada, la Orden de la Visitación fue aprobada como orden religiosa por el Papa el día 23 de abril de 1618.

Juana Francisca Frémyot de Chantal había nacido en Dijon el 23 de enero de 1572. Su padre fue magistrado y Presidente del Parlamento de Borgoña. A los 20 años, Juana Francisca fue dada en matrimonio al barón de Chantal, del cual nacieron seis hijos. El barón vivió la mayor parte del tiempo en la corte y Juana Francisca hubo de ocuparse en la administración del patrimonio, mostrando dotes de organización que después confirmaría en la administración de los Monasterios de la Visitación.

Tras la muerte del marido, ocurrida en 1601, Juana impuso a la dirección de la casa la modestia y sobriedad propias de su condición de viuda, redujo el número de servidores y dedicó su tiempo a la oración, a la lectura de libros devotos y a las buenas obras; después del primer año de luto, además del cuidado de sus hijos y de la tutela del patrimonio, hubo de atender a su suegro, el anciano barón de Chantal, que quiso tenerla a su lado con sus cuatro hijos vivos en su castillo familiar. Juana permaneció allí más de siete años, en una condición de “aflicción” creciente debida al dolor por la pérdida del marido, pero también por no poder dar cauce a un “ardiente” deseo de Dios, que como dirá ella misma “me consumía y devoraba por dentro”. Hubiera querido huir al desierto, para responder “más enteramente y con más perfección” a la “atracción” de Dios, pero se oponía a ello “la obli-

gación de conciencia” hacia sus cuatro hijos pequeños. Deseaba conocer la voluntad de Dios y seguirla, pero no tenía a nadie que pudiera orientarla.

Durante la cuaresma de 1604, en Dijon, se produjo el encuentro con Francisco de Sales. En el coloquio espiritual con Francisco de Sales, Juana aprendió aquella libertad interior de comunicación, cuyo modelo era Teresa de Ávila. Juana se esforzaba por vivir santamente la condición de viuda, según las enseñanzas de Francisco de Sales, pero no acababa de encontrar la paz del corazón. Durante sus visitas a Dijon Juana frecuentaba el convento de las carmelitas, uno de los primeros fundados en Francia (1605), y aquí encontró confirmación a aquellas formas elevadas de contemplación que practicaba desde hacía tiempo.

Francisco de Sales desconfiaba de los deseos de unión mística sin el apoyo de una sólida vida de virtud. Pero era también un lector atento de Teresa de Ávila, y sentía atracción por las enseñanzas que Juana recibía en el Carmelo de Dijon. Cuando asumió tomó la guía espiritual de Juana, estaba escribiendo la “Introducción a la vida devota”.

En 1607 Francisco de Sales reveló a Juana el proyecto que llevaba pensando hacía tiempo: crear juntos un nuevo modelo de comunidad religiosa, la Visitación, de rasgos fuertemente originales respecto a las antiguas órdenes. Una pequeña congregación de mujeres, que viven juntas sin clausura, sin votos solemnes, sin excesivas asperezas corporales y con sencillas constituciones; un “dulce asilo” donde incluso las enfermas y las más débiles por constitución física o por edad pudieran ser acogidas y “dedicarse a la perfección del divino amor”; por ejemplo, las viudas, que por la custodia de sus hijos estuvieran todavía atadas a intereses temporales, y las mujeres que aun viviendo en el mundo desearan recibir instrucciones para “vivir santamente”, y para quienes la Visitación podría ser un refugio siempre disponible y un lugar de retiro. El fundamento de la Orden de la Visitación era “la vida interior”; su práctica eran las pequeñas virtudes cotidianas y la oración, que conducía por los caminos del amor divino y de la unión mística. Este modelo originario de vida activa y contemplativa sería cambiado después en vida religiosa de clausura y sólo contemplativa.

Según Juana Francisca, la “santa simplicidad” y la vida inspirada en la “libertad del espíritu” debía ser la práctica de la perfección del nuevo ins-

tituto. En los ejercicios espirituales de pentecostés de 1616, Juana había entrado en la vía del despojamiento interior, que tenía por fin la desnudez espiritual, término del recorrido iniciado con Francisco de Sales en busca del “amor puro” de Dios: este recorrido también comportaba el desapego de Francisco de Sales, aceptado con asentimiento y con coraje, pero también con profundo dolor.

A la muerte de Juana Francisca, ocurrida en 1641 a la edad de setenta años, la Orden de la Visitación tenía 87 monasterios, sometidos a la autoridad de los obispos locales y unidos al Monasterio primero de Annecy por vínculos de caridad, como había deseado Francisco de Sales. Juana de Chantal fue beatificada el año 1751 y canonizada en 1767.

Esta historia brevemente recordada de los orígenes de la Orden de la Visitación tiene su inicio en la experiencia espiritual y en el celo apostólico de dos santos llenos del amor de Dios, al que permanecieron fieles en medio de numerosas contrariedades y sufrimientos de toda índole: pastorales, familiares y espirituales.

Y hacemos memoria agradecida de esta historia particular en el marco de la Solemnidad del Corpus Cristi, que nos introduce en el inefable misterio de la Eucaristía, perpetuación sacramental del sacrificio redentor de Cristo en la Cruz y presencia real permanente de su Cuerpo y Sangre, Pan de Vida y bebida de salvación. Por ello, la Eucaristía es el sacramento del amor de Dios y fuente del amor que tiene su origen en Cristo. En esta fuente han bebido el amor de Dios y el amor hacia los hermanos Francisco de Sales y Juana Francisca Frémyot de Chantal.

La Solemnidad del “*Corpus Christi*” nos alerta hoy ante el peligro de convertir la Eucaristía en una rutina diaria o semanal. Este ritmo periódico es necesario para que nuestra vida cristiana tenga forma eucarística y se haga realidad en nosotros la palabra del Señor: “*El que me come vivirá por mí*” (Jn 6,57). Pero la costumbre no debe llevarnos a perder la admiración ante tan inefable misterio, ni menos todavía a que nuestro corazón deje de sentirse afectado y llamado a la intensa adoración del sacramento, que contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida. Cuando celebramos la Eucaristía el día del Corpus y adoramos el sacramento del Cuerpo de Cristo, en la procesión por las calles de

Salamanca, debiéramos sentir la misma emoción, admiración y devoción que embargó el corazón de los apóstoles ante los gestos y palabras del Señor durante la Cena de Pascua. ¡Qué distinto sería el fruto de las celebraciones de la Eucaristía, si nos preparásemos en silencio, afectando el corazón con el misterio de amor y de vida que vamos a celebrar!

Para alcanzar esta afectación espiritual es necesaria la oración y también la formación. Por ello, os recomiendo la lectura de la exhortación “*Sacramentum Caritatis*”, “*Sacramento de la Caridad*”, de Benedicto XVI, sobre la Eucaristía. Sería un fruto muy enriquecedor de esta fiesta del Corpus.

La Santísima Eucaristía es el don que Jesucristo hace de sí mismo, revelándonos el amor infinito de Dios por cada hombre y el amor más grande, que a él mismo le ha impulsado a dar la vida por los amigos (cf. Jn 15,13); un amor hasta el extremo (Jn 13,1). Jesús nos enseña en la Eucaristía la *verdad del amor*, que es la esencia misma de Dios. Por ello, en la Eucaristía se alimenta de modo particular la fe de la Iglesia; en ella, la Iglesia renace siempre de nuevo. El pan que partimos y el cáliz que bendecimos nos hacen entrar en comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Todos *los que comemos del único pan y bebemos del mismo cáliz formamos un solo cuerpo* (1 Co 10, 16-17).. Y cuanto más viva es la fe eucarística de los fieles, más profunda es su participación en la vida y misión de la Iglesia, a través de la adhesión consciente a la misión que Cristo ha confiado a sus discípulos.

La Eucaristía es la fuente del amor con el que Cristo nos ha amado. En la comunión del Cuerpo de Cristo hemos de encontrar la capacidad de amar de la misma manera a los hermanos, según el mandato del Señor.

En la comunión eucarística con Cristo, el sacerdote y cada fiel cristiano es constituido testigo de la caridad social y también de la caridad evangelizadora y sacrificial. Es decir, lo mismo que Jesús, estamos urgidos por el amor de Dios a compartir los bienes con los pobres, a anunciar el evangelio de la salvación y a entregar nuestra vida para el perdón de los pecados de los hermanos. Estas dimensiones de la caridad cristiana están tan profundamente relacionadas que no pueden separarse sin pervertir su significado. Por la unión inseparable entre ellas, el amor a los hermanos es signo del amor a Dios y señal por la que conocerán que somos discípulos de Jesucristo. Por la misma razón, la caridad es un elemento esencial de la mi-

sión evangelizadora de la Iglesia, si bien sólo hay evangelización cuando se anuncia explícitamente el nombre y la salvación de Jesucristo.

Por ello, la fiesta del Corpus Christi es en la Iglesia en España el *Día de Caridad, de la caridad social*, que lleva consigo la colecta anual a favor de *Cáritas*.

Como San Francisco de Sales y Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal, y como San Juan María Vianney, estamos llamados todos al cuidado de los pobres, a anunciar la conversión al amor de Dios y a cargar sobre nosotros con misericordia las consecuencias de los pecados de los hombres. Este es el sacrificio de nuestra existencia que hoy debemos ofrecer unidos a Cristo.

15. San Juan de Sahagún

La Palabra de Dios recién proclamada nos remite al ideal del amor tal como lo vivió Jesús en su relación con Dios y con el prójimo; en consecuencia, nos remite al amor como núcleo esencial de la vida cristiana a imitación de Jesús. Se trata de un programa de vida ciertamente provocador: No volváis mal por mal. Por el contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer. No te dejes vencer por el mal, vence al mal con el bien. Amad a vuestros enemigos y haced el bien a los que os aborrecen. Así seréis hijos de vuestro Padre que está en el cielo. Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.

Este estilo de vida es el propio de los Hijos de Dios, que han renacido del agua y del Espíritu a la vida nueva en Cristo. El Espíritu de Cristo, que habita en ellos, les hace capaces de confesar a Cristo como Señor y de reconocer a Dios como Padre; les enseña a orar como conviene y a pedir a Dios que les haga partícipes de su perfección.

Quien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Cristo; no agrada a Dios con sus obras, y ni siquiera puede. Su mente y su corazón están sometidos a los criterios del mundo y juzgan imposible vivir el ideal del amor en grado tan elevado de victoria sobre el propio egoísmo.

¿En cuál de estos grupos de personas nos reconocemos nosotros? ¿Por qué espíritu y criterios de juicio anhelamos ser dirigidos? ¿Puede un mono evolucionado y carente del Espíritu de Dios sentirse gozosamente llamado a un género de vida que lleva consigo tal renuncia a sus propios intereses? En definitiva, ¿qué contenido damos al amor humano y qué fundamento tiene nuestro anhelo de hacerlo realidad? ¿Es sobrehumano el ideal evangélico del amor?

Hoy podemos ofrecer a estos interrogantes una respuesta práctica y existencial: la forma de vida de San Juan de Sahagún.

Nos cuenta el Padre Cámara en la biografía del Santo, cómo Juan de Sahagún y el P. Monroy fueron asaltados, maltratados y despojados por un grupo de desdichados en el camino de Madrigal a Salamanca, en el monte entre Madrigal y Cantalapiedra.

Pocos días después del asalto vino a confesarse con Juan de Sahagún el jefe de los asaltadores. Juan de Sahagún le ocultó ser él el atracado y le preguntó con prudencia por el motivo de su acción. El penitente manifestó haberlo hecho movido por la necesidad y la miseria. El confesor le exhortó al arrepentimiento y le prometió su ayuda para salir de la necesidad. Y en los días siguientes salió a pedir limosna por la ciudad para ayudar a su asaltante. Al fin, el penitente vino a reconocer en el confesor al fraile por él asaltado y no cesó de pregonar por la ciudad la caridad de Juan de Sahagún, que se había convertido para él en modelo y guía en su vida futura.

La vida de nuestro santo patrono está cuajada de actuaciones que testimonian el amor al prójimo en grado sumo. También responden a este estilo de vida sus simpáticos milagros y numerosos actos prodigiosos a favor de los pobres, que nos hacen al santo tan humano y atractivo.

¿Cuál es la fuente de donde brota caudaloso el río del amor en la vida de Juan de Sahagún? Obviamente es la fe en Dios y su compromiso de seguimiento radical de Jesucristo, que vivió a lo largo de su vida. Pero la fuente más inmediata y diaria era su alta oración y adoración del Santísimo Sacramento; y, más en particular, su intensa y serena celebración diaria de la Misa. La tardanza en la celebración molestaba a los amigos de la misa rápida y a los que le ayudaban, que evitaban hacerlo. El capítulo conventual impuso a Juan de Sahagún la obligación de celebrar la misa en el tiempo acostumbrado por los demás frailes. Después de unos días de obediencia, Juan de Sahagún fue a rogar con lagrimas al Prior que le liberara de una obligación tan insufrible. Al final no tuvo más remedio fray Juan que confesar al Prior por obediencia la causa de su imposibilidad de celebrar en tiempo normal la Misa: El mismo Dios se le mostraba en el Santo Sacramento. El lo veía con sus ojos; el mismo Jesucristo hablaba con él y le dejaba ver las llagas de sus manos, pies y costado; Jesucristo le mostraba su cuerpo glorificado. En estas revelaciones aprendía lo que después vivía y predicaba.

Esta experiencia milagrosa de Juan de Sahagún corresponde a la enseñanza de fe de la Iglesia sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, así como a la convicción de que la Eucaristía es la fuente de donde brota toda la vida de la Iglesia.

La eucaristía debe ser reconocida como la revelación de la verdad del amor y la fuente del amor humano que tiene su origen en Cristo. Así, la eucaristía configurará nuestra vida cristiana, dándole la forma eucarística que le es propia, de modo que se haga realidad en nosotros la palabra del Señor: *“El que me come vivirá por mí”* (Jn 6,57). Las palabras de San Pablo a los Romanos son la formulación más exacta de cómo la eucaristía transforma toda nuestra vida en culto espiritual a agradable a Dios: *“Os exhorto... a presentar vuestros cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios; este es vuestro culto razonable”* (Rom 12,1). En esta exhortación se ve el nuevo culto cristiano en espíritu y en verdad como la ofrenda total de la propia persona en comunión con toda la Iglesia.

El nuevo culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola: *“Cuando comáis o bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios”* (1 Cor 10,31). El cristiano está llamado a expresar en cada día de su vida el verdadero culto a Dios. Así la eucaristía hace posible día a día la transfiguración progresiva del creyente en imagen del Hijo de Dios. Y así la vida cristiana manifiesta su propia naturaleza eucarística. El culto agradable a Dios se convierte así en un nuevo modo de vivir todas las circunstancias de la existencia, en la que cada detalle queda exaltado al ser vivido dentro de la relación con Cristo y como ofrenda a Dios. El hombre que vive de esta manera es una alabanza a la gloria de Dios.

Los cristianos de Salamanca necesitamos aprender de San Juan de Sahagún a vivir la profunda relación existente entre la Eucaristía y la vida cotidiana. La Eucaristía, como fuente de la vida cristiana, se tiene que traducir en vida *“según el espíritu”* (cf Rm 8,4; Ga 5, 16,25). Resulta significativo que el pasaje antes citado de la Carta a los Romanos une la invitación a vivir el nuevo culto espiritual con la necesidad de cambiar el modo de vivir y de pensar: *“Y no os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto”* (12,2). La renovación de la mente es parte integrante de la forma eucarística de la vida cristiana. En la eucaristía, el cristiano comulga con el amor de Cristo y recibe la capacidad de vivir esa misma caridad en todas sus actitudes y comportamientos de vida.

En la vida de San Juan de Sahagún encontramos el testimonio de la necesaria *coherencia eucarística*, a la cual está llamada objetivamente nuestra vida. Lo que experimentaba en la Misa lo hacía realidad en la vida regular de su Orden y en el ejercicio de su ministerio fuera del convento: en su compromiso de defensa y ayuda a los pobres, en sus milagros y en su predicación de la verdad del evangelio, gustase o disgustase a sus oyentes, provocase o no la irritación del Duque de Alba o de los señores de los bandos salmantinos. La coherencia de su vida hizo, en fin, aceptables a todos sus encendidas llamadas a la reconciliación.

En la acción apostólica de San Juan de Sahagún se pone de manifiesto también que el culto agradable a Dios nunca es un acto meramente privado; al contrario, exige el testimonio público de la propia fe. Este principio, ha escrito Benedicto XVI, “vale para todos los bautizados, pero tiene una importancia particular para quienes, por la posición social o política que ocupan, han de tomar decisiones sobre valores fundamentales, como el respeto y la defensa de la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural, la familia fundada en el matrimonio entre hombre y mujer, la libertad de educación de los hijos y la promoción del bien común en todas sus formas. Estos valores no son negociables. Así pues, los políticos y los legisladores católicos, conscientes de su grave responsabilidad social, deben sentirse particularmente interpelados por su conciencia, rectamente formada, para presentar y apoyar leyes inspiradas en los valores fundados en la naturaleza humana. Esto tiene además una relación objetiva con la Eucaristía (cf. *I Co* 11,27-29)” (SC 83).

La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo, el cual ha hecho de judíos y paganos un pueblo solo, derribando el muro de enemistad que los separaba (cf. *Ef* 2,14). Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente con el Cuerpo y la Sangre de Cristo (cf. *Mt* 5,23- 24). Cristo apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia. No hay duda de que las condiciones para establecer una paz verdadera son la restauración de la justicia, la reconciliación y el perdón, concedido por amor.

Los cristianos han procurado desde el principio compartir sus bienes (cf. *Hch* 4,32) y ayudar a los pobres (cf. *Rm* 15,26). Y este compromiso lo han vivido en íntima conexión la eucaristía, porque el pan que partimos y el cáliz que bendecimos nos hacen entrar en comunión con el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Y todos *los que comemos del único pan y bebemos del mismo cáliz formamos un solo cuerpo* (1 Co 10, 16-17). Por ello, la coherencia eucarística nos apremia a vivir en seguimiento fiel de Jesucristo y a superar las situaciones de pobreza de nuestros prójimos de Salamanca y aquellas en que se halla todavía gran parte de la humanidad. La verdad del amor nos urge a servir a la restauración de todas las situaciones indignas del hombre, por el que Cristo ha entregado su vida. La eucaristía va restaurando día a día la vida de quienes se alimentan del Cuerpo de Cristo, para que Dios pueda ver reflejada su gloria en la vida diaria de cada uno de ellos, ofrecida como hostia viva, santa y agradable.

16. Virgen de La Vega

Celebramos hoy en la Iglesia universal el nacimiento de la Virgen María. En nuestra ciudad, esta fiesta litúrgica se concreta como fiesta de la Patrona, con la advocación de la Santísima Virgen de la Vega. Lo que celebramos no es el día concreto del aniversario, sino la memoria simbólica del nacimiento de la Virgen María y el significado salvador del hecho histórico de su nacimiento.

El significado salvador del nacimiento de María hemos de comprenderlo dentro del plan trazado por Dios para llamar a participar de su amor a todos los hombres, a los que había predestinado y escogido, y a los que va justificando y santificando para ser imagen de su Hijo Jesucristo, el primogénito de muchos hermanos, como hemos escuchado en la primera lectura de hoy.

La historia concreta de una mujer, la Virgen María, ha adquirido significado salvador para toda la humanidad, en cumplimiento de la promesa hecha por Dios en el origen a los primeros hombres después de haber pecado, seducidos por la serpiente: *“Pondré enemistad entre ti y la mujer; entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón”*. (Gen 3, 15). La historia concreta de María tiene relevancia sólo a través de su linaje, en la historia de su hijo *“Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán”* (Mt 1,1).

María existió totalmente en función de su Hijo Jesús, que es a la vez hombre verdadero en medio de la historia de la humanidad y misterio de presencia humana de Dios; en efecto, Jesús es a la vez criatura del Espíritu Santo y hombre dado a luz por María como su propio hijo. El nombre de Jesús expresa su verdadera identidad personal como el que *“salvará a su pueblo de sus pecados”* y el cumplimiento en él de la profecía sobre el Mesías Emmanuel, *“Dios con nosotros”* (Mt 1,23).

La genealogía de Jesús está situada en el Evangelio de Lucas en relación con la narración de su bautismo, pues en ese momento la voz del Padre reveló la verdadera identidad de Jesús: *“Tú eres mi Hijo el amado, en ti me complazco”*. (Lc 3,22). Por ello, en su narración de la genealogía de Jesús, Lucas retrocede hasta Adán, incluso hasta la creación de Adán por

Dios. Al presentar a Jesús como descendiente de Adán y de Dios, se resalta la misión universal de Jesús. Por ser Jesús el hijo del hombre, todos le pertenecemos, y Él a nosotros; en Él la humanidad tiene un nuevo inicio y llega también a su cumplimiento.

El hombre, por tener en Dios el primer eslabón de su genealogía, está llamado a encontrar su plenitud en Jesús, que es el Dios con nosotros. Él nos ofrece el perdón de los pecados y la recuperación de la imagen de Dios perdida. Como confiesa la carta a los Colosenses, *“Cristo es la imagen de Dios invisible, el primogénito de toda criatura. En él fueron creadas todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... todo lo ha creado Dios por él y para él... Él es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia. El es el principio de todo, el primogénito de los que triunfan sobre la muerte... Dios tuvo a bien hacer habitar en él la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas... trayendo la paz por medio de su sangre derramada en la cruz”*. (Col 1, 15-20).

En este horizonte espiritual ha de ser comprendida la afirmación de la carta a los romanos hoy proclamada: *“Sabemos que a los que aman a Dios todo les sirve para el bien”* (Ro 8, 28), es decir, para la salvación, para la vida, para la glorificación. Con la expresión *“aman a Dios”* se refiere Pablo a *“la fe que actúa por medio del amor”* (Gal 5, 2).

Este amor es el fruto en nosotros del *“amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Ro 5,5), y constituye en nosotros el fundamento de una esperanza que nunca se verá defraudada, pues nada ni nadie será capaz de separarnos del amor de Dios, manifestado a nosotros por el Padre en su Hijo Jesús. (Ro 8, 31-39).

La fiesta de la Natividad de María nos invita a aceptar el don de la nueva vida que su Hijo nos ofrece. ¿Cómo llegaremos a comprender la necesidad de esta nueva vida, a anhelarla y buscarla decididamente? ¿Cómo puede hacerse realidad este ideal de vida cristiana en medio de nuestros quehaceres diarios?

La misión de los cristianos en el mundo es ser testigos de la luz y del Evangelio de Jesús. Por ello, nuestros criterios de juicio, nuestras convicciones y estilo de vida no podemos tomarlos de la abrumadora propaganda de la sociedad de la información y del consumo, que ha perdido la referencia a Dios y a la verdad del hombre y nos invita a vivir instalados en la vi-

sión materialista de la vida. Según la enseñanza de Jesús, los cristianos estamos en el mundo, pero no somos del mundo. En consecuencia, sentimos la necesidad de orientarnos por la razón humana iluminada por la Palabra de Dios rectamente comprendida, gozosamente interiorizada y valerosamente asumida como camino de vida y guía de nuestra presencia y acción testimonial en medio del mundo.

En esta entrañable fiesta de nuestra Patrona os ruego a los católicos de Salamanca que encomendéis a la Santísima Virgen de la Vega el fruto de nuestra tarea pastoral, que continuamos con gozo y esperanza, después de la pausa estival.

Como sabéis, es habitual en Salamanca comenzar el curso pastoral con una Semana de Pastoral, en la que se tratan los asuntos centrales del plan pastoral del año que se inicia. En esta ocasión, la Semana tendrá lugar desde el 20 al 25 de este mes, y todos estáis invitados a participar. En esta Semana se tratarán temas de la mayor importancia y urgencia:

Reflexionaremos en primer lugar sobre “La Palabra de Dios en la vida y misión de la Iglesia”, para que la Palabra de Dios sea siempre la luz que ilumina y la norma que rige nuestra actividad pastoral.

Y abordaremos después aspectos concretos de nuestra actual misión tan importantes como la instauración del catecumenado de adultos, para la preparación de los adultos a la recepción de los sacramentos del bautismo, confirmación y eucaristía; es significativo que la ligera disminución del número de bautismos de niños, está siendo acompañada por un creciente número de personas que solicitan el bautismo en edad adulta.

En la Semana de Pastoral va a ser presentado igualmente el plan de formación cristiana de los adultos que ya han completado su iniciación cristiana, es decir, que ya han recibido el bautismo, la confirmación y la eucaristía. Con ello se trata de capacitar a nuestros fieles para una fortaleza mayor en la fe y en la vida cristiana, para su participación más activa en la misión apostólica de la Iglesia y para una presencia más significativa y testimonial en medio de la sociedad y en el desempeño de su profesión.

Y se va a continuar el trabajo de la Semana del año pasado sobre la pastoral con los jóvenes, en la perspectiva de la preparación de la ya cercana

Jornada Mundial de la Juventud, que se va a celebrar en Madrid, desde el 16 al 21 de agosto de 2011, con la participación del Papa Benedicto XVI. El lema de esta Jornada de Madrid es: *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”*.

La Jornada Mundial de la Juventud es un acontecimiento de la Iglesia universal que puede ayudar mucho a dar nuevo impulso a la pastoral juvenil de las iglesias locales. La Jornada expresa los frutos de una tarea permanente anterior y alienta intensamente la renovación de la pastoral juvenil diocesana en el futuro inmediato. En Salamanca debemos hacer todo lo posible para que así suceda; es una urgente necesidad.

Muy relacionado con la evangelización de los jóvenes está el trabajo de la pastoral vocacional. La falta de respuesta a la llamada de Dios al sacerdocio y a la vida consagrada ésta alcanzando límites de extrema gravedad. Esperamos que la Jornada Mundial de la Juventud traiga consigo también frutos de nuevas vocaciones.

Con estas convicciones y esperanza estamos preparando desde hace un año todos los aspectos relativos a la participación de los jóvenes de Salamanca en la Jornada de Madrid.

De forma más inmediata y concreta hemos participado en la peregrinación de jóvenes a Santiago de Compostela, desde el 31 de julio al 8 de agosto pasado. Doce mil jóvenes de toda España, 430 de Castilla y León, acudimos en peregrinación a Santiago para confesar gozosamente nuestra fe y renovar nuestro compromiso de vida cristiana con motivo del Año Jubilar. Estos jóvenes manifestaron su propósito de participar en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid y de colaborar en su preparación.

Un hecho relevante en el camino de preparación de la Jornada Mundial de la Juventud es la acogida en cada Diócesis de la Cruz de los Jóvenes. Esta Cruz fue entregada por el Papa Juan Pablo II a los jóvenes en 1984 con estas palabras: *“Queridísimos jóvenes, al clausurar el Año Santo os confío el signo del Año Jubilar: ¡La Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención”*. Y así ha ocurrido: La Cruz ha peregrinado por el mundo como emblema de las Jornadas Mundiales de la Juventud. ¡Cuántas oraciones de los jóvenes ante esta

cruz! Han sido innumerables los jóvenes que han querido tocarla con sus manos para expresar su identificación personal con su significado salvador. Juan Pablo II no dudó de la necesidad de poner a los jóvenes delante del misterio de la cruz y de plantearles todas las exigencias de la fe.

La Cruz de los Jóvenes estará en Salamanca desde el 27 al 31 de octubre próximo. El programa de los actos de estos días ya está ultimado. La Cruz estará presente en la Catedral Vieja, en la Clerecía, en la Iglesia de la Vera Cruz, en el Monasterio de la Purísima Concepción, en el “campus” universitario, en el Hospital, en las calles de la ciudad y en la Plaza Mayor, en donde tendrá lugar en la noche del día 27 un Festival de música para los jóvenes. Las familias, los niños, los alumnos de los colegios serán convocados a actos de encuentro con la Cruz. Especial relevancia tendrá entre estos actos la celebración común de la confirmación de 160 jóvenes de las parroquias de la ciudad. Es una forma de poner de relieve la especial significación del sacramento de la confirmación en el contexto espiritual de la Jornada Mundial de la Juventud.

En los días previos a la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, o sea desde el 11 al 15 de agosto, las diócesis de España acogeremos a jóvenes que vienen de otros países a tomar parte en la Jornada. En Salamanca acogeremos a 3200 jóvenes venidos de Italia, Francia, Alemania, Reino Unido, América, Australia y Africa. Contamos con la generosa colaboración de las familias de la ciudad y de los pueblos para acoger a estos jóvenes en sus casas. Serán días de convivencia fraterna, de conocimiento de nuestra historia cristiana y del momento actual de nuestra Iglesia diocesana en un contexto festivo y de celebración común de la fe.

La organización en Salamanca de estos actos extraordinarios con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud es posible con la generosa colaboración que nos prestan el Ayuntamiento, la Diputación Provincial, las Universidades de Salamanca y otras instituciones sociales así como todas entidades propias de la Iglesia y las familias católicas. Muchas gracias y que Dios os lo pague a todos.

Que la Santísima Virgen de la Vega nos acompañe maternalmente y nos enseñe a guardar en nuestro corazón la enseñanza de Jesús, a hacer lo que Él nos diga y a seguirle en el estado de vida y en las tareas a las que él nos llame.

17. Semana de Pastoral I

La palabra es la característica esencial del profeta, que es llamado a ser testigo de la voluntad de Dios ante su pueblo. Pero Jeremías es joven cuando recibe la misión profética; tenía unos 22 años y carecía de autoridad. La respuesta de Dios al temor de Jeremías muestra con claridad la naturaleza de la misión profética: “a donde yo te envíe, irás, y lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte”. Yahvé es el único responsable de lo que el profeta tiene que decir y está con su mensajero para librarle.

Esta misión la expresa Dios con la acción simbólica de tocar la boca del profeta y con la declaración de su significado: “Mira, yo pongo mis palabras en tu boca”. En las vocaciones proféticas de Isaías, Ezequiel y Daniel tiene lugar un gesto semejante, que expresa la misma convicción: la entrega que Dios hace de su mensaje al profeta.

El profeta Jeremías se preocupa profundamente por su pueblo, se identifica con su sufrimiento y lo llama repetidamente al arrepentimiento; critica duramente su pecado y pronuncia amenazas de castigo. En efecto, Jeremías considera que los israelitas son ciegos para ver lo que significa ser el pueblo de Yahvé. Se apartan de las exigencias de la alianza y escogen la muerte en vez de la vida. Abrazan el engaño y rechazan la verdad. Jeremías les insta a reflexionar sobre sus orígenes, a reconocer quiénes son y a volver al Dios que les dio la vida. Pero el profeta está seguro de que sólo la actuación de Yahvé puede superar la impotencia del pueblo para guardar la alianza. Sin la intervención divina, no hay esperanza de que se produzca el cambio del corazón que necesitan para vivir como pueblo de Dios.

Pablo tiene conciencia de haber sido llamado a un ministerio de la luz que Dios creador hace de brillar del seno de la tiniebla. Esta luz ha brillado ya en los corazones de los cristianos, *“para que nosotros iluminemos, dando a conocer la gloria de Dios, reflejada en Cristo”*.

Frente a los adversarios que desvirtúan el contenido del Evangelio y han denigrado su ministerio, el apóstol rechaza toda ocultación del mensaje debida a vergüenza, astucia o adulteración de la Palabra. *Es posible que al-*

gunos predicadores intentaran hacer más aceptable el Evangelio, adaptándolo a los deseos de sus oyentes; pero Pablo sólo se quiere recomendar a sí mismo por la manifestación de la verdad en las conciencias que están en la presencia de Dios y tienen capacidad de discernimiento por amor a la verdad. A la objeción de que esta forma de proceder de Pablo puede privar a mucha gente de aceptar el Evangelio, el apóstol responde que aquellas personas no son de Dios; el “dios de este mundo”, les impide ver la gloria del Evangelio de Cristo, que es imagen de Dios verdadero. Si tiene que predicar a Jesucristo como el Señor, tiene que olvidarse de sí mismo y adoptar el estilo de Cristo como “siervo”. Por ello, Pablo afirma con fuerza: “Nosotros no nos predicamos a nosotros mismos, predicamos que Cristo es Señor, y nosotros siervos suyos por Jesús”.

Si el ministerio de luz es llevado en lámparas de barro, queda claro que el poder de convertir a la gente viene de Dios y no de su ministro. El apóstol, como Jesucristo, ha sido afligido, confundido, perseguido y abatido, pero sólo en cierto modo. Pablo ha llevado en su cuerpo por todas partes la muerte de Cristo, en orden a que la vida de Jesús se pueda mostrar en él como se mostró en la resurrección de Cristo.

El texto del Evangelio de Juan explica ahora en términos teológicos el mensaje expresado en lenguaje simbólico en el pasaje precedente de la vid y los sarmientos. La permanencia en Cristo es comprendida como permanencia en su amor, originado en el del Padre. Los frutos a los que Jesús ha destinado a sus discípulos aluden a la imagen de la vid y los sarmientos; el éxito de la oración viene expresamente afirmado. El Padre que ama es el que da lo que se le pide en nombre de Jesús. El amor del Padre y de Jesús es la garantía de alcanzar los dones que necesitamos.

El amor es el origen y principio de la relación entre el Padre y el Hijo; y es también el motivo y el término de comparación en la relación que ha de existir entre Jesús y sus discípulos. El Padre es la fuente del amor que Cristo siente por los suyos; este amor es, en realidad, reflejo e imitación, del amor con que Cristo se siente amado. La permanencia en esa relación de amor se consigue con una obediencia como la del Hijo. Lo mismo que para Jesús, para el cristiano amar y guardar los mandamientos es una misma cosa. Pero lo que en Cristo es meta conseguida, es para el cristiano meta por con-

seguir; y en el esfuerzo por conseguir esta meta, el ejemplo del Hijo es estímulo y fuente de la actividad de los creyentes.

La alegría que Jesús siente como propia, en la obediencia y el amor, será también alegría plena de los discípulos fieles. Ante un Cristo que se ausenta de ellos, los cristianos sabrán conservar la alegría si se aman: la obediencia debida al Señor se identifica con el amor mutuo; el gozo de vivir acompaña la vida fraterna, hasta que vuelva el Señor. La medida de ese amor fraterno, que no es libre por ser objeto de mandato, tampoco está al arbitrio del discípulo: *el amor del cristiano tiene el amor de Cristo como norma y límite; la muerte voluntaria de Jesús es para el discípulo el modelo para entregar la propia vida*. El amor de Cristo es distinto de aquel con que se aman los hombres. El cristiano, mientras tenga vida, deberá amar a su hermano; y tiene incluso que perder la vida con tal de no dejar de amar. La disponibilidad para hacer la voluntad del Padre puede llevar, pues, hasta dar la propia vida por los amigos; y *esta entrega de la vida no limita la alegría del que obedece por amor*.

Como amigos llamados a la intimidad con el Señor, los discípulos conocen la verdad y la voluntad del Padre. El siervo recibe órdenes, el amigo, intimidad. La nueva relación que existe entre Jesús y los suyos se basa ahora en la participación de los discípulos en sus planes, en el conocimiento de su programa, en las confidencias compartidas y no en el conocimiento natural o en la opción propia de los discípulos por Jesús. La iniciativa no ha sido de ellos; aunque tenga que haber reciprocidad, no hay igualdad; los discípulos han sido elegidos y destinados, seleccionados y puestos ante la tarea de dar ante el mundo el fruto permanente del amor al hermano como Jesús los ha amado.

Puesto que no han elegido ellos, sino que fueron elegidos; porque no son ya siervos sino amigos; porque ya no ignoran sino que saben su destino, se les puede ordenar el amor. Sólo a quien se le da a experimentar amor, puede exigírsele que ame. Ser amado ya impone tener que amar.

“Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos”. Se trata de la amistad de un grupo de amigos que se mantiene unido por la disposición del “fundador” a dar su vida por ellos. El amor de Jesús hasta este extremo obliga a las personas en la comunidad a una permanente fidelidad en la observancia del mandamiento: *“que os améis unos a otros como yo os he amado”*

Permaneciendo en la unidad con el Señor, basada en su Palabra de la verdad, y dando testimonio del amor con el que Jesús nos ha amado, conocerán todos que somos discípulos suyos.

La unidad y el amor son condiciones necesarias para nuestra capacidad de ser testigos auténticos del Evangelio y, previamente, para mantenernos con gozo y esperanza en la fidelidad a la misión recibida.

Al iniciar una nueva sementera, en condiciones tan poco favorables del terreno, hemos de aprender a alegrarnos y a encontrar nuestra satisfacción en la siembra misma, en gratuidad, en esperanza, sin angustia por el fruto que vamos a cosechar. La alegría en la siembra es el primero y más decisivo fruto del trabajo del sembrador, que orienta su tarea en la palabra del Señor: Si el grano de trigo cae en tierra y muere, da fruto abundante.

El Decreto *Presbyterorum ordinis* ha puesto la identidad del presbítero en la caridad pastoral como principio unificador de la existencia y del ministerio sacerdotal. Se trata de una identidad dinámica, que ha de construirse día a día superando las paradojas características de la existencia sacerdotal, que el propio decreto conciliar ha expresado en los siguientes términos: “No podrían ser testigos de Cristo si no fueran testigos y dispensadores de otra vida más que la terrena, pero tampoco podrían servir a los hombres si permanecieran extraños a su vida y sus condiciones”.

Esta paradoja está llamada a iluminar la que ha de vivir cualquier cristiano en el mundo de hoy: estar en el mundo, sin ser del mundo.

La secularización interna de la Iglesia y el laicismo que padece nuestra sociedad no son realidades ajenas a la vida concreta de los sacerdotes. Para bien y para mal, somos hombres de esta generación, ya sea porque unas veces sucumbimos a su poderosa influencia, o porque en otras respondemos desde un rechazo frontal, o bien porque intentamos realizar un diálogo fecundo con ella, aunque sólo sea de forma silenciosa y escondida en nuestra propia vida. Por otro lado, la cultura actual tiene tal incidencia en el sacerdote que puede escindir su vida en los fundamentos humanos, necesarios para vivir con fruto y con gozo la existencia sacerdotal.

Los sacerdotes vivimos en el mundo, somos mundo; y la cultura actual nos afecta profundamente, de forma consciente o inconsciente. Y nos

afecta hasta tal punto que si queremos ser fieles a nuestro ser y a nuestra misión, nos experimentamos en nuestra vida cotidiana como si estuviéramos divididos, escindidos, fragmentados. Como ejemplos posibles de esta escisión, podemos mencionar los siguientes:

- la actitud fundamental de nuestra vida sacerdotal vivida desde la fidelidad y la perseverancia, en un mundo donde los medios de comunicación en general promueven una infidelidad sin remordimientos, que corroe los compromisos duraderos por el empuje de la búsqueda exacerbada de experiencias inmediatas;
- la necesidad de afirmar el carácter eclesial de nuestra vocación y la comunión como forma fundamental de nuestra vida, en una cultura marcada profundamente por el individualismo y la soledad;
- el compromiso de una vida obediente y dócil a la palabra de Dios discernida en la Iglesia y mediada por las autoridades competentes, en un mundo donde la libertad autónoma es sagrada y el yo es convertido en un absoluto;
- el celibato y la pureza de corazón, frente a la tendencia a la posesión y al dominio;
- la afirmación con la vida, gestos y palabras de la existencia cercana de Dios y de su absoluta trascendencia, en un mundo que vive instalado de hecho en el ateísmo práctico y en la idolatría.

Es muy conveniente que los sacerdotes seamos conscientes de nuestra situación y constatemos este riesgo de escisión en nuestra vida; y es de desear que comprendamos este riesgo como una posibilidad de gracia y maduración evangélica personal, así como de apertura de caminos de evangelización; en primer lugar, en nuestra propia vida. Nuestra responsabilidad es convertir estas tensiones en ocasión de gracia para nosotros y para los destinatarios de nuestro ministerio. *Nuestra existencia puesta a prueba ha de ser un lugar privilegiado de la realización del hombre y de la revelación de Dios.*

El presbítero ha de evangelizar, en primer lugar y ante todo, desde lo que él es, desde su existencia concreta, convirtiendo su vida en signo y sacramento vivo del encuentro de Dios con los hombres.

El hombre de hoy se experimenta a sí mismo profundamente dividido y escindido. Y su mayor tentación consiste en instalarse en esa situación como si fuera su realidad última, su condición necesaria, su situación intocable e inamovible. En esta situación, nuestra vida sacerdotal ha de ser un ejemplo vivo de que la escisión existencial que a todos nos afecta puede ser vivida de otra manera.

Si los sacerdotes asumimos la división interior que vive todo hombre en la sociedad actual, y la purificamos y trascendemos, podremos hacer de nuestra frágil y amenazada existencia sacerdotal un lugar concreto y actual de encuentro entre el hombre y Dios; no de manera teórica, sino desde la vida, que es el lugar en el que se produce el debate real del evangelio con la cultura contemporánea,

La existencia sacerdotal ha de ser lugar de evangelización, donde otros hombres puedan aprender que aquello que aparentemente nos divide y nos escinde interiormente puede ser lugar de realización plena de nuestra humanidad y revelación del misterio del Dios encarnado en la fragilidad de nuestra carne. *La primera evangelización que el sacerdote ha de realizar en el mundo de hoy es a través de su propia vida: que ella sea realmente signo visible de la humanidad de Dios.*

Para ello, hemos de discernir qué realidades de nuestra vida se encuentran más expuestas al impacto de la cultura actual y pueden llevarnos al fracaso, si no trabajamos en nuestro cuerpo, alma y espíritu para convertirnos en mediaciones de humanidad reconciliada, en creadores de puentes para otros. Sólo si estamos realmente unificados y reconciliados en nuestro ser personal, podremos presentarnos ante los demás para realizar una tarea de reconciliación en una sociedad dividida y de unificación de una existencia personal disgregada.

De esta manera, nuestra existencia sacerdotal podrá ser palabra de Dios hecha carne y testimonio de vida nueva en Cristo para el hombre de hoy. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino que anunciamos que Cristo es realmente el Señor de nuestra vida y nos hace libres para ser servidores de todos por amor. Así, a pesar de ser frágiles lámparas de barro, podremos iluminar, reflejando en nuestra vida la gloria de Cristo, que él mismo nos ha dado a conocer.

18. Semana de Pastoral II

El profeta Ezequiel ha resaltado en el capítulo 18 la responsabilidad moral personal y ha enseñado: *“El que peca es el que morirá. El hijo no cargará con la culpa del padre, ni el padre con la del hijo”*. (Ez 18, 20) *“Yo juzgaré a cada cual según su comportamiento”* (Ez 18,30). Y, de forma coherente, ha concluido esta enseñanza con la invitación a la conversión de parte de Dios: *“Apartad de vosotros todos los pecados que habéis cometido contra mí, renovad vuestro corazón y vuestro espíritu... Convertíos y vivid”*. (Ez 18, 31-32). Era, pues, el hombre mismo, cada israelita, quien debía ser el artífice de su conversión.

Ahora, en el capítulo 36, enseña Ezequiel que es Dios mismo quien rehace al hombre y a Israel; de Dios viene la iniciativa y la realización de la renovación del hombre. Promete el profeta: *“Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo... y haré... que guardéis y cumpláis mis mandatos”*.

Todo el texto hoy leído resalta la iniciativa y la acción salvadora de Dios. Ha comenzado diciendo: *“Yo os reuniré de todos los países, y os llevaré a vuestra tierra”*, de la misma manera que en el capítulo 11 se había anunciado su acción de justicia y castigo: *“Os sacaré fuera de la ciudad, os entregaré en poder de extranjeros, y haré justicia con vosotros... y sabréis que yo soy el Señor”*(Ez 11, 9-10).

La enseñanza de Ezequiel sobre la renovación del corazón y el espíritu del hombre por la gracia de Dios se asemeja a la promesa de Jeremías (31, 31-34) sobre la nueva alianza. Jeremías había afirmado con crudeza: *“¿Puede cambiar un etíope el color de su piel, o un leopardo sus manchas? Y vosotros, habituados al mal, ¿podréis hacer el bien?”*(Jer 13,23). *“El pecado de Judá está escrito con estilete de hierro, con punta de diamante está grabado en la tabla de su corazón y en los ángulos de sus altares”* (Jer 17, 1). Por ello, será necesario que en los días venideros los mandamientos de Dios sea grabados en lo más profundo de su ser: *“Esta será la alianza que haré con el pueblo de Israel después de aquellos días... Pondré mi ley en su interior; la escribiré en su corazón; yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Para instruirse no necesitarán animarse unos a otros diciendo: Cono-*

ced al Señor, porque me conocerán todos, desde el más pequeño hasta el mayor; oráculo del Señor. Yo perdonaré su maldad y no me acordaré de sus pecados”. (Jer 31, 32-34).

Tanto Jeremías como Ezequiel han llegado a la conclusión de que el hombre, por sí mismo, es incapaz de seguir los caminos propuestos por Dios, de responder a la invitación de Dios a vivir en comunión con él y convertirse. También Oseas ha seguido el mismo proceso y transmite esta promesa de Dios: *“Yo sanaré su infidelidad”* (Os 14, 5). Así pues, según las profetas, la conversión es obra de Dios. Por ello, Israel suplica en la oración: *“Conviértenos...”* (Sal 80, 4).

La consecuencia de la acción salvadora de Dios es el hecho de que Israel reconocerá y pondrá en práctica, por fin, las leyes y los mandamientos del Señor. Así se hará realidad, en la verdadera comunión de Dios con su pueblo, la antigua fórmula de la alianza: *“Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios”*.

La nueva alianza prometida se ha cumplido en la muerte y resurrección de Cristo; en su nueva Pascua, en la que nosotros participamos por el bautismo y la eucaristía. Las promesas de Ezequiel las ha hecho realidad Jesús para nosotros al hacernos renacer del agua y del espíritu para la vida nueva en el Reino de Dios (cf Jn 3,5).

En consecuencia, hoy debo exhortaros a responder a las promesas de la primera lectura haciendo nuestra la acción de gracias al Padre, *“que os ha hecho dignos de compartir la herencia de los creyentes en la luz. Él es quien nos arrancó del poder de las tinieblas, y quien nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, de quien nos viene la liberación y el perdón de los pecados.”* (Col 1, 12-14). Y ampliamos nuestra bendición a Dios con las palabras de la carta a los Efesios: *“Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano... a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, **se convierta en himno de alabanza a su gloria.**”*

Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados... Él nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que ha-

bía decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... Así nosotros, los que tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, seremos un himno de alabanza a su gloria.

Y vosotros también... al creer en Cristo habéis sido sellados por él, con el Espíritu Santo prometido... para ser un himno de alabanza a su gloria". (Ef 1, 3-14).

Según este himno de bendición, de estructura trinitaria, la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se hace real en nosotros cuando nuestra vida es un himno de alabanza a su gloria. Con esta frase, repetida tres veces, termina cada una de las partes del texto.

¿En qué forma hemos de ser un himno de alabanza a la gloria de Dios? El Evangelio de Mateo nos ha dado una respuesta primera, al afirmar: "*Vosotros sois la luz del mundo... Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria al Padre que está en los cielos*". (Mt 5, 14.16).

En el texto hoy leído de la carta a los Romanos encontramos otra respuesta con matices distintos, cuando Pablo nos exhorta a presentar nuestros cuerpos "*como hostia viva, santa, agradable a Dios*", y añade que éste es nuestro "*culto razonable*". Discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto, para vivir sin ajustarse a este mundo, sino transformados por la renovación de la mente, en la caridad verdadera, en el trabajo y el servicio al Señor y a los hermanos, en la esperanza, en la alegría y fortaleza en la tribulación, y en la oración asidua, hace de nuestra vida una hostia viva ofrecida a Dios como sacrificio santo, como culto razonable a Dios y como himno de alabanza a su gloria.

Este estilo de vida es el fruto perdurable que el Señor nos ha encomendado dar en medio del mundo. Dice Jesús: "*Yo os he elegido del mundo, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto perdure*" (Jn 15,16). Esta forma de vida es un modo de hacer fructificar los talentos que Dios nos ha dado.

La parábola de los talentos integra en armonía los dones recibidos de Dios, también y sobre todo su gracia para la vida nueva en Cristo, y la responsabilidad personal en el cuidado de esos dones, para que den fruto abundante.

La comprensión de la parábola se facilita teniendo en cuenta el contexto en el que se encuentra en el Evangelio de Mateo. Se halla en el capítulo 25, en unidad narrativa con el capítulo 24. Ambos capítulos se refieren a la venida del Hijo del Hombre y al fin del mundo, que requieren la vigilancia de los discípulos, “*porque no sabéis qué día llegará vuestro Señor*” (Mt 24, 42). En el capítulo 25, inmediatamente antes de la parábola de los talentos, se narra la parábola de las diez vírgenes que esperan con sus lámparas la llegada del esposo. E inmediatamente después se encuentra el relato del juicio final. La parábola de los talentos muestra así que estar preparado para la venida del Hijo del Hombre es hacer buen uso de los dones de Dios.

El Hijo del Hombre se va a marchar pronto, dejando a los discípulos encargados de llevar a cabo la misión que él había comenzado. A cada uno se le da responsabilidad según su capacidad; en todo caso, el Señor da un inmenso don. En efecto, un talento era una suma muy grande de dinero: el equivalente a seis mil denarios; y un denario era el salario de un día para un trabajador.

La entrega inicial de los bienes a los empleados expresa la eficacia del reino de Dios, que es pequeño como un grano de mostaza y crece hasta convertirse en un árbol. La rendición de cuentas expresa la fidelidad y responsabilidad en todo lo que Dios nos ha confiado y es como una metáfora del juicio universal. Igualmente hay que tener en cuenta el aspecto ejemplar de la buena administración de los dos primeros empleados, como la actitud negativa de la conducta del empleado negligente y holgazán, que tuvo miedo y enterró el dinero de su Señor.

El tercer empleado ha sido interpretado como el tipo de las personas que rehúsan asumir la responsabilidad y la cargan sobre los otros; o como las personas que en su afán de seguridad, por temor a hacer algo mal, no emprenden nada. La parábola sería, en este aspecto, una exhortación a superar el poder paralizante del miedo; pretende ganar a los oyentes para un obrar animoso y sin temor ante el juicio venidero. En el contexto global de la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, se podría decir que es una exhortación al amor que no tiene miedo al riesgo.

Los talentos significan no sólo las diferentes capacidades humanas. La Iglesia antigua refirió los talentos a la misma palabra de Dios y también a la diversidad de carismas de los miembros del único cuerpo de Cristo, en el sentido del capítulo 12 de la carta a los Corintios. Los dones recibidos del Señor llevan consigo tareas que él encomienda en la comunidad. Recordemos el texto hoy leído de la carta a los Romanos: *“Somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Los dones que poseemos son diferentes, según la gracia que se nos ha dado, y se han de ejercer así: si es la profecía, teniendo en cuenta a los creyentes; si es el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a enseñar; el que exhorta, a exhortar; el que se encarga de la distribución, hágalo con generosidad; el que preside, con empeño; el que reparte la limosna, con agrado”*.

La eucaristía es la fuente donde día a día, en la escucha de la Palabra de Dios y en la comunión del Sacramento de Cristo, se actualiza la recepción de los talentos. Y a la Eucaristía hemos de llevar como ofrenda los frutos que los dones de Dios han dado en nuestra vida, al servicio de los hermanos en la Iglesia y en el mundo. Así toda nuestra existencia va adquiriendo forma eucarística, es decir, que el misterio celebrado en la Eucaristía es principio de vida nueva en nosotros y configura nuestra existencia como vida en Cristo. De esta manera, los fieles cristianos vamos adquiriendo una experiencia más viva y profunda de la relación entre la Eucaristía y la vida cotidiana.

Y desde esta experiencia de vida eucarística somos hechos capaces de anunciar el misterio pascual de Cristo, presente en la Eucaristía, como ofrecimiento de salvación para todo hombre. El impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana. Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera que ofrece al mundo lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás. Es muy hermoso y urgente llevar a los niños, adolescentes y jóvenes al encuentro con Cristo en la Iglesia.

De la Eucaristía brota la comprensión de la Iglesia como misterio de comunión para la misión, que los cristianos hemos de adquirir mediante la adecuada formación. En efecto, la formación se ordena a ayudarnos a des-

cubrir la forma de la propia vocación a la perfección en Cristo y a estar dispuestos a vivirla en el cumplimiento de la propia misión en la Iglesia y en el mundo.

Cada celebración eucarística hace actual el don de la propia vida que Jesús ha hecho en la Cruz por nosotros y por el mundo entero. A quienes recibimos este don en la Eucaristía, Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así en la Eucaristía el servicio de la caridad para con el prójimo y la motivación del compromiso social.

La Eucaristía es sacramento de comunión entre hermanos y hermanas que aceptan reconciliarse en Cristo. Sólo esta constante tensión hacia la reconciliación permite comulgar dignamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Eucaristía apremia a los que están enfrentados para que aceleren su reconciliación abriéndose al diálogo y al compromiso por la justicia.

El cristiano laico en particular, formado en la escuela de la Eucaristía, está llamado a asumir directamente la propia responsabilidad política y social. Para que pueda desempeñar adecuadamente sus cometidos hay que prepararlo mediante una educación concreta a la caridad y a la justicia. Por eso, es necesario promover la doctrina social de la Iglesia y darla a conocer en las diócesis y en las comunidades cristianas.

Al concluir esta Semana de Pastoral, traemos al altar los frutos que ha producido en cada uno de nosotros y los ofrecemos al Señor como sacrificio de amor, junto con todos los talentos con que él ha enriquecido nuestra existencia y la ha convertido en himno de alabanza para su gloria. Que el Señor acepte nuestra ofrenda de amor y la haga perfecta, para que el amor de Cristo venza en nosotros todo miedo al riesgo, al compromiso apostólico, al servicio de la caridad, al testimonio público de la fe, y nos de la fortaleza necesaria para compartir con alegría sus sufrimientos.

19. Santa Teresa

Celebramos este año la fiesta de Santa Teresa, patrona de la Diócesis de Salamanca, en el contexto espiritual de la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid del 16 al 21 de agosto de 2011, y en la cercanía de la visita a nuestra Diócesis de la Cruz de los Jóvenes y del Icono de María, desde el 27 al 31 de este mes.

Junto con estos signos va llegando sucesivamente a los jóvenes católicos de todas las diócesis de España la ardiente invitación del Papa a permanecer *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”* (cf. Col 2,7). Este el lema de la cercana Jornada Mundial de la Juventud.

En su mensaje para la Jornada, el Papa se ha hecho eco de las aspiraciones de muchos jóvenes a construir relaciones auténticas de amistad, a conocer el verdadero amor, a fundar una familia unida y a adquirir la estabilidad personal y la seguridad real que puedan garantizar un futuro sereno y feliz. Desear algo más que la realidad cotidiana de un empleo seguro, y sentir el anhelo de lo que es realmente grande, forma parte del ser joven. El deseo de lo que es más grande es un signo de que Dios ha creado al hombre a su imagen y tiende a Él como a su meta; nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en Él. Desde esta convicción nos parece un contrasentido la pretensión de eliminar a Dios para que el hombre viva.

Relativizar la verdad sobre Dios y sobre el hombre no genera libertad verdadera, sino desorientación, inseguridad, inestabilidad y conformismo con las modas del momento. Por ello, el Papa invita a los jóvenes a intensificar su camino de fe y a permanecer *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”* Como el árbol plantado junto al agua, como la casa edificada sobre roca, con la fortaleza y la alegría de la fe, que el Espíritu Santo regala a los discípulos para permanecer fieles en medio de las dificultades en el camino del Evangelio.

A los hermanos de Colosas, tentados por ideas contrarias al Evangelio, el apóstol Pablo les recordó el poder de Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo “necedad” (1 Co 1, 23),

muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre.

En nuestro tiempo hay una fuerte corriente de pensamiento que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y de la sociedad. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un “infierno”, donde prevalece el egoísmo y sus consecuencias negativas en todos los ámbitos de la vida personal y social.

Para confirmar a los jóvenes en la fe, el Papa les habla al corazón y les dice: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos”.

Muchas personas sienten hoy dificultad de acceder a Jesús, en los varios grados en los que se va realizando el proceso de la búsqueda y del seguimiento. Los que nos sentimos dichosos de creer sin haber visto físicamente al Señor, experimentamos que la Iglesia nos acerca al Señor. Comprendemos que nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la Iglesia: no somos creyentes aislados, sino miembros de esta gran familia; la fe profesada por la Iglesia asegura nuestra fe personal.

En la historia de la Iglesia, los santos y los mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta la entrega de sí mismos. Hoy nosotros queremos buscar en la enseñanza y el testimonio de vida de Teresa de Jesús la luz y el amor necesarios para interiorizar como ella y hacer vida la sabiduría de la cruz. Sólo de esta forma podremos ser para nuestros jóvenes testigos auténticos que aseguran su fe, tantas veces vacilante.

Santa Teresa adquirió la experiencia de la necesidad de la meditación sobre los misterios de la humanidad de Cristo. *“Veo yo claro (y he visto después) que, para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta humanidad sacratísima... Este Señor nuestro es por*

quien nos vienen todos los bienes; él lo enseñará. Mirando su vida, es el mejor dechado” (V 22, 6. 7).

La humanidad de Cristo es la revelación del amor de Dios. Con palabras tajantes la Santa afirma la necesidad de meditar constantemente en los misterios de la humanidad de Cristo, traer su compañía, gozar de su presencia. La debilidad del hombre necesita encontrar siempre en Cristo un eco a sus sentimientos, un refugio en sus deficiencias, porque *“es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía”* (V 22, 10).

En su meditación sobre los misterios de la vida de Cristo tuvo Teresa al Señor mismo por maestro. Y ella lo recuerda con frecuencia en sus escritos: *“Su Majestad fue siempre mi maestro”*; *“entendí que, si el Señor no me mostrara, yo pudiera poco con los libros deprender, porque no era nada lo que entendía hasta que su Majestad por experiencia me lo daba a entender; ni sabía lo que hacía”* (V 22, 3).

Más todavía; Cristo fue para Teresa su libro vivo. Así lo manifiesta la Santa con ocasión del índice de libros prohibidos en el año 1559: *“Cuando se quitaron muchos libros de romance, que no se leyesen, yo sentí mucho, porque algunos me daba recreación leerlos, y yo no podía ya...; me dijo el Señor: “No tengas pena que yo te daré libro vivo” ... “Ha tenido tanto amor el Señor conmigo para enseñarme de muchas maneras, que muy poca o casi ninguna necesidad he tenido de libros. Su Majestad ha sido el libro verdadero adonde he visto las verdades. ¡Bendito sea tal libro, que deja imprimido lo que se ha de leer y hacer de manera que no se puede olvidar! ¿Quién ve a el Señor cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abraza y las ame y las desee?...”* (V 26, 6).

Esta última afirmación parece un eco autobiográfico. Recordemos que la contemplación de una imagen de Cristo muy llagado fue el inicio de la más intensa conversión de Teresa al amor de Cristo.

La propia experiencia lleva a Teresa a aconsejar a todos que se dejen enseñar por este maestro celestial, pues Él sigue ofreciéndonos su enseñanza de formas diversas.

Ante todo, en la palabra de la Sagrada Escritura. La Santa dice que ha escuchado de boca de Cristo palabras fuertes como éstas: *“Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella”* (V 40, 1) . Por ello, Teresa está dispuesta a morir mil muertes *“por cualquier verdad de la sagrada Escritura”* (V 33, 5). Y nos deja claro su amor al Evangelio, cuando afirma: *“Siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los evangelios que libros muy concertados”* (CV 21,4).

A través de la lectura de los Evangelios Teresa ha sido llevada por el Señor a la comprensión de los misterios de su humanidad y a la contemplación de Cristo como su libro vivo. Y, en todo caso, la Santa nos deja claro que el encuentro con Cristo se realiza a través de su presencia sacramental actual: *“No hombre muerto, sino Cristo vivo; y da a entender que es hombre y Dios. No como estaba en el sepulcro, sino como salió de él después de resucitado”* (V 28, 8).

Y Teresa nos aclara cómo la meditación de la pasión se puede prolongar con facilidad, cuando el ánimo del orante lo requiera, en la contemplación del resucitado en el sacramento, donde está glorificado: *“Pues, si todas veces la condición o enfermedad, por ser penoso pensar en la pasión, no se sufre ¿quién nos quita estar con él después de resucitado, pues tan cerca lo tenemos en el Sacramento, donde está ya glorificado, y no le miraremos tan fatigado y hecho pedazos, corriendo sangre, cansado por los caminos, perseguido de los que hacía tanto bien, no creído de los apóstoles”* (V 22, 6).

Teresa sabe por experiencia que Cristo es el Maestro que enseña a orar y el amigo presente que nos introduce en el misterio de su oración y de su vida. Desde su experiencia, la Santa es para nosotros maestra en el camino hacia la perfección de nuestra Vida en Cristo.

Su experiencia del misterio de Cristo se hizo más intensa a partir del año 1572, en el que recibió la gracia conocida con el nombre de matrimonio espiritual. Teresa vive en Cristo, convive con él, goza de su presencia, de sus palabras, de la visión de su rostro. Unos cuantos testimonios de carácter autobiográfico nos acercan a esta vivencia:

“Viéненme días que me acuerdo infinitas veces de lo que dice san Pablo –aunque a buen seguro que no sea así en mí–, que ni me parece vivo yo, ni hablo, ni tengo querer, sino que está en mí quien me gobierna y da fuerza, y ando como casi fuera de mí”. (CC 3^a, 10). “Vivo sin vivir en mí”, cantará Teresa en su conocido poema.

El Domingo de Ramos de 1571 se siente llena de la sangre de Cristo y escucha estas palabras: *“Hija, yo quiero que mi sangre te aproveche, y no hayas miedo que te falte mi misericordia. Yo la derramé con muchos dolores, y gózaslo tú con gran deleite, como ves; bien te pago el convite que me hacías este día”* (CC 12^a, 1).

Pocos días después recibe la gracia de ser consolada con la visión de las llagas del resucitado: *“Después de comulgar, me parece clarísimamente se sentó cabe mí nuestro Señor y comenzóme a consolar con grandes regalos, y dijome entre otras cosas: Vesme aquí, hija, que soy yo; muestra tus manos; y parecíame que me las tomaba y llegaba a su costado, y dijo: Mira mis llagas; no estás sin mí, pasa la brevedad de la vida”* (CC 13^a, 10).

Esta contemplación gozosa de las llagas del resucitado le lleva a Teresa a proclamar:

En la cruz está la vida
y el consuelo,
y ella sola es el camino
para el cielo.

En la cruz está el Señor
de cielo y tierra,
y el gozar de mucha paz
aunque haya guerra.

Todos los males destierra
en este suelo:
y ella sola es el camino
para el cielo.

...

Es la cruz el árbol verde
y deseado

de la Esposa, que a su sombra
se ha sentado
para gozar de su Amado,
el Rey del cielo:
y ella sola es el camino
para el cielo.

El alma que a Dios está
toda rendida,
y muy de veras del mundo
desasida,
la cruz le es “Árbol de Vida”
y de consuelo:
y un camino deleitoso
para el cielo.

Después que se puso en cruz
el Salvador,
en la cruz está la gloria,
y el honor;
y en el padecer dolor,
vida y consuelo,
y el camino más seguro
para el cielo.

El culmen de las gracias recibidas por Teresa es la experiencia del matrimonio espiritual, acaecida en noviembre de 1572, en el Monasterio de la Encarnación, en Ávila, después de recibir la comunión de manos de san Juan de la Cruz. Así lo refiere la Santa: *“Entonces representóseme por visión imaginaria, como otras veces, muy en lo interior, y diome su mano derecha y díjome: Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy, hasta ahora no lo habías merecido; de aquí adelante, no sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía: mi honra es tuya y la tuya mía”* (CC 25^a).

Cuatro años más tarde, recibe la confirmación de esta gracia y oye de labios de Cristo esta declaración: *“Ya sabes el desposorio que hay entre ti y mí, y habiendo esto, lo que yo tengo es tuyo, y así te doy todos los traba-*

jos y dolores que pasé y con esto puedes pedir a mi Padre como cosa propia". La Santa comenta: "*Desde entonces miro muy de otra suerte lo que padeció el Señor, como cosa propia, y dame gran alivio*" (CC 50^a).

También esta experiencia encuentra reflejo en los versos de Teresa en honor de la cruz redentora:

Cruz, descanso de mi vida:
 Vos seáis la bien venida.
 ¡Oh bandera, en cuyo amparo
 el más flaco será fuerte!
 ¡Oh vida de nuestra muerte!,
 ...
 Quien no os ama, está cautivo
 y ajeno de libertad;
 quien a Vos quiere allegar,
 no tendrá en nada desvío.
 ...
 Vos fuistes la libertad
 de nuestro gran cautiverio;
 por Vos se reparó el mal
 con tan costoso remedio.
 Para con Dios fuiste medio
 de alegría conseguida:
 Vos seáis la bien venida.

Cristo se le aparece a Teresa en la comunión resucitado y glorioso y le hace sentir su participación en la vida divina: "*Un día, acabando de comulgar, me pareció verdaderamente que mi alma se hacía una cosa con aquel cuerpo sacratísimo del Señor, cuya presencia se me representó; y hízome gran operación y aprovechamiento*" (CC 39^a).

Teresa vive estas sublimes gracias con sencillez y realismo. Las gracias místicas le hacen sentir deseos de la vida eterna; el amor a Cristo la lleva a concretar la unión con él en el amor al prójimo y en el servicio de la Iglesia. Todo su padecer se transfigura desde una vivencia de amor a Cristo. Escribe la Santa: "*Estaba pensando cuán recio era el vivir que nos privaba de no estar así siempre en aquella admirable compañía, y dije entre mí: Señor, dadme*

algún medio para que yo pueda llevar esta vida. Díjome: Piensa, hija, cómo después de acabada no me puedes servir en lo que ahora, y come por mí y duerme por mí, y todo lo que hicieres sea por mí, como si no lo vivieses tú ya, sino yo, que esto es lo que decía san Pablo” (CC 42^a). A la luz de este texto hay que entender la tan conocida frase de Teresa: “Cuando la obediencia os trajere empleadas en cosas exteriores, entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor, ayudándoos en lo interior y exterior” (F 5, 8).

En este sublime realismo sobrenatural discurre la vida de Teresa hasta el momento de su muerte, en el que hace suya la oración de la esposa del Apocalipsis y exclama: “*Vén, Señor Jesús*”, “*ya es hora, Esposo mío, que nos veamos*”.

En el Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud, el Papa ha dicho a los jóvenes: “También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca de modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en necesidad y necesitan ayuda. Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo en la fe”.

Y, para terminar, les ha asegurado que Cristo quiere afianzarlos en la fe por medio de la Iglesia. “La elección de creer en Cristo y de seguirle no es fácil. Se ve obstaculizada por nuestras infidelidades personales y por muchas voces que nos sugieren vías más fáciles. No os desaniméis, buscad más bien el apoyo de la comunidad cristiana, el apoyo de la Iglesia”.

Las comunidades cristianas de Salamanca ¿seremos capaces de ofrecer a los jóvenes este apoyo en su fe y seguimiento de Cristo? Para hacerlo necesitamos aprender antes a practicar el programa de vida que el Papa ha propuesto a los jóvenes; y necesitamos que nuestra patrona nos alcance del Señor la gracia de seguirle con la misma fe y amor con que ella le siguió. Por eso hoy le pedimos con confianza: Teresa de Jesús, ayúdanos a vivir en Cristo; enséñanos el amor.

20. Acogida de la Cruz

Queridos hermanos, queridos jóvenes:

Con profundo gozo y con viva esperanza acogemos hoy en esta Parroquia de Cantalapiedra la Cruz de los Jóvenes, que viene a visitar nuestra Diócesis de Salamanca para darle nuevo aliento en su tarea pastoral con los jóvenes y prepararla así para la más fructífera participación en la Jornada Mundial de la Juventud, a celebrar en Madrid en agosto de 2011.

Saludo cordialmente a los señores párrocos de Cantalapiedra y de todas las parroquias del arciprestazgo de Peñaranda, a los catequistas, profesores de religión y colaboradores pastorales, y a todos los fieles que tomáis parte en esta celebración. Os saludo con especial afecto a vosotros, los jóvenes, que, al recibir hoy la cruz, confesáis vuestra fe en Aquel que os ama sin medida, el Señor Jesús, cuyo misterio pascual vamos hacer presente en esta Eucaristía.

Nosotros formamos parte del incontable número de personas que se sienten dichosas por haber creído en el Señor sin haberle visto y sin haber tocado las señales de su pasión. Pero también para nosotros es posible un contacto sensible con Jesús a través de los signos de su presencia permanente entre nosotros: la Palabra, los Sacramentos, la Iglesia, los pobres y, hoy de forma especial la Cruz de los Jóvenes.

El encuentro con esta Cruz, que tocamos y vamos a llevar a varios lugares significativos de nuestra vida, ha de ser señal de un encuentro interior con Aquel que en la Cruz entregó su vida por todos nosotros. Es gozoso saber que habéis recibido esta Cruz para llevarla en procesión también por las calles de la ciudad de Salamanca y plantarla incluso en medio de la Plaza Mayor, para que sea reconocida, respetada y venerada.

Sentido de la Cruz de Cristo

Os animo, por tanto, a descubrir en la Cruz la medida infinita del amor de Cristo, y poder decir así, como san Pablo: “ vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gá 2, 20). Sí, queridos jóvenes, Cristo

se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la Jornada Mundial de la Juventud alcanzará su fruto: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Seguid a Cristo

Para ello os exhorto hoy vivamente a renovar vuestra decisión de seguir tras las huellas de Cristo o a iniciar o intensificar vuestra búsqueda, como aquellos griegos que en Jerusalén manifestaron a Felipe y Andrés: “Quisiéramos ver a Jesús” (Jn 12, 21).

Andrés tenía experiencia personal de haber buscado a Jesús, orientado por Juan el Bautista, y había escuchado la pregunta de Jesús: “¿Qué buscáis?”. Andrés había respondido con una pregunta: “Maestro, ¿dónde vives?”. Había seguido la invitación de Jesús: “venid y lo veréis”; se había ido con él y había permanecido en su compañía todo el día. Así, en la cercanía de Jesús, le reconoció como Mesías y pudo llevar a su hermano Simón al encuentro con Él. (cf Jn 1, 35-42).

La expresión “Quisiéramos ver a Jesús” tiene un sentido muy cercano a la pregunta que en el Evangelio hoy leído dirigió uno a Jesús: “¿Serán muchos los que se salven?”. Esta pregunta expresa la relación íntima entre “ver a Jesús”, conocer su enseñanza, y “salvarse”. A Jesús no se le busca para otra cosa, como lo expresó también aquel joven que le preguntó: “Maestro, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?” (Mt 19,16; Mc 10,17; Lc 18, 18).

¿Qué respondió Jesús a la petición: Quisiéramos ver a Jesús? El Evangelio no narra que hubiera un encuentro entre aquellos griegos y Jesús. La respuesta del Maestro tiene un alcance más amplio que la preocupación de aquellas personas e indica el camino del seguimiento, al que llama a todos sus discípulos: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna” (Jn 12, 24-25).

Quien quiere vivir sólo para él mismo, tener todo bien dispuesto para su provecho y explotar a su favor todas posibilidades que se le vayan presentando, éste precisamente pierde la vida. El egoísmo se la vuelve tediosa y vacía. Solamente en la entrega de la propia vida al amor de Dios, nuestra vida se engrandece. El amor verdadero, en efecto, significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo, pensando ¿qué será de mí?, sino mirar hacia fuera, hacia Dios y hacia los hombres que él pone a mi lado. Y este camino del amor es el despliegue del misterio de la Cruz de Cristo.

A la pregunta: ¿Serán muchos los que se salven?, ha dado Jesús una respuesta semejante: “Esforzaos en entrar por la puerta estrecha. Os digo que muchos intentarán entrar y no podrán. Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: “Señor, ábrenos” y él os replicará: “No sé quiénes sois”. Entonces comenzaréis a decir: “Hemos comido y bebido contigo y tú has enseñado en nuestras plazas”. Pero él os replicará: “No sé quienes sois. Alejaos de mí, malvados”.

Jesús sólo reconoce la voz y la vida de los que han entrado por la puerta estrecha, es decir, de lo que le han seguido como discípulos auténticos negándose a sí mismos y cargando con su cruz (cf Mt 16, 24). A estos discípulos, Jesús los declara dichosos y alegres por la esperanza de la recompensa eterna en el cielo (cf Mt 5, 1-12). E incluso les asegura que su yugo les resultará suave y su carga ligera, si aprenden a seguirle con un corazón sencillo y humilde, semejante al suyo (Mt 11, 29-30). El amor derramado en el corazón de los discípulos por el Espíritu Santo es la fuerza que hace suave el andar por el camino estrecho y transforma el peso de la cruz en carga suave.

Así Jesús se nos hace vida, camino y meta y nos invita por medio del apóstol Pablo a permanecer firmes en la fe, arraigados y edificados en él (cf Col 2,7). Como piedras vivas de su Cuerpo, que es la Iglesia.

Para ello, os invito a formaros en la fe que da sentido a vuestra vida y a fortalecer vuestras convicciones cristianas frente a las ofertas de vida más fácil, que de forma seductora y engañosa se os presentan cada día.

Os exhorto, además, a que, en el camino hacia Cristo, sepáis atraer a vuestros jóvenes amigos, compañeros de estudio y de trabajo, para que tam-

bién ellos lo conozcan y lo confiesen como Señor de sus vidas. Para ello, dejad que la fuerza de lo Alto que está dentro de vosotros, el Espíritu Santo, se manifieste con su inmenso atractivo. Los jóvenes de hoy necesitan descubrir la vida nueva que viene de Dios, saciarse de la verdad que tiene su fuente en Cristo muerto y resucitado y que la Iglesia ha recibido como un tesoro para todos los hombres.

Dichosos de pertenecer a la Iglesia

El tiempo de preparación para la Jornada Mundial de la Juventud es una ocasión propicia para experimentar también la gracia de pertenecer a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, de juventud permanente.

Quien ama a Cristo, ama a la Iglesia con una misma pasión, pues ella nos permite vivir en una relación estrecha con el Señor. Por ello, cultivad las iniciativas que permitan a los jóvenes sentirse miembros de la Iglesia. Orad en común, abriendo las puertas de vuestras parroquias, asociaciones y movimientos para que todos puedan sentirse en la Iglesia como en su propia casa. Celebrad y vivid vuestra fe con inmensa alegría, que es el don del Espíritu. Así, vuestros corazones y los de vuestros amigos se prepararán para celebrar la gran fiesta de la Jornada de la Juventud y todos viviremos una nueva manifestación de la juventud de la Iglesia.

Estilo del amor de Cristo

En estos días de la Visita de la Cruz y del Icono de María os animo a contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino “a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45). Este es el estilo del amor de Cristo, marcado con el signo de la cruz gloriosa, en la que Cristo es exaltado, a la vista de todos, con el corazón abierto, para que el mundo pueda mirar y ver, a través de su perfecta humanidad, el amor que nos salva.

La cruz se convierte así en el signo mismo de la vida, pues en ella Cristo vence el pecado y la muerte mediante la total entrega de sí mismo.

Por eso, hemos de abrazar y adorar la cruz del Señor, hacerla nuestra, aceptar su peso como el Cireneo, para tomar parte en el sacrificio de Cristo, para la redención de toda la humanidad. En el Bautismo habéis sido marcados con la cruz de Cristo. Hacedos cada vez más dignos de la cruz y jamás os avergoncéis de este signo supremo del amor.

Con esta actitud profundamente cristiana, llevaréis adelante la preparación para la Jornada Mundial de la Juventud con éxito y fecundidad, porque, según dice san Pablo, todo lo podemos en Aquel que nos da la fuerza (cf. Flp 4, 13). Y en Cristo crucificado se nos han manifestado la fuerza y la sabiduría de Dios (cf. 1 Co 1, 14).

Con la protección de la Santísima Virgen María, dejaos invadir de esta fuerza y sabiduría y comunicadlas con alegría a los demás.

VÍSPERAS EN LA CATEDRAL II

Día 27 de octubre de 2010

Queridos hermanos, queridos jóvenes:

Con profundo gozo y con viva esperanza hemos acogido esta mañana en la Parroquia de Cantalapiedra la Cruz de los Jóvenes, que viene a visitar nuestra Diócesis de Salamanca para darle nuevo aliento en su tarea pastoral con los jóvenes y prepararla así para la más fructífera participación en la Jornada Mundial de la Juventud, a celebrar en Madrid en agosto de 2011.

Con esta oración de Vísperas hemos acogido la Cruz de los Jóvenes y el Icono de María también en la Catedral, Iglesia primera de la Diócesis. Saludo cordialmente a todos los fieles que habéis participado en esta celebración. Os saludo con especial afecto a vosotros, los jóvenes, que, al recibir hoy la Cruz de los Jóvenes en esta Catedral, confesáis vuestra fe en el Señor Jesús, que en la cruz os ha mostrado su amor sin medida.

El encuentro con esta Cruz, que tocamos y vamos a llevar a varios lugares significativos de nuestra vida, ha de ser señal de un encuentro interior con Aquel que en la Cruz entregó su vida por todos nosotros. Hemos recibido con gozo esta Cruz para llevarla en procesión por las calles de nuestra ciudad y plantarla en medio de la Plaza Mayor, para que sea reconocida, respetada y venerada.

Os animo a proclamar ante la Cruz, con las palabras de San Pablo: “vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí” (Gá 2, 20). Sí, queridos jóvenes, Cristo se ha entregado por cada uno de vosotros y os ama de modo único y personal. Responded vosotros al amor de Cristo ofreciéndole vuestra vida con amor. De este modo, la Jornada Mundial de la Juventud alcanzará su fruto: renovar y fortalecer la experiencia del encuentro con Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Para ello os exhorto hoy vivamente a renovar vuestra decisión de seguir tras las huellas de Cristo o, al menos, a hacer más intensa vuestra búsqueda.

A cuantos quieren ver a Jesús y preguntarle: “¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna?” (Mt 19,16; Mc 10,17; Lc 18, 18), el Maestro les responde: “Si el

grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna” (Jn 12, 24-25).

Quien quiere vivir sólo para él mismo, tener todo bien dispuesto para su provecho y explotar a su favor todas posibilidades que se le vayan presentando, éste precisamente pierde la vida. El egoísmo se la vuelve tediosa y vacía.

Solamente en la entrega de la propia vida al amor de Dios, nuestra vida se engrandece. El amor verdadero significa dejarse a sí mismo, entregarse, no querer poseerse a sí mismo, sino liberarse de sí: no replegarse sobre sí mismo, pensando ¿qué será de mí?, sino mirar hacia fuera, hacia Dios y hacia los hombres que él pone a mi lado. Y este camino del amor es el despliegue del misterio de la Cruz de Cristo.

A cuantos le siguen cargando con su cruz, Jesús los declara dichosos y alegres por la esperanza de la recompensa eterna en el cielo (cf Mt 5, 1-12). E incluso les asegura que su yugo les resultará suave y su carga ligera, si aprenden a seguirle con un corazón sencillo y humilde, semejante al suyo (Mt 11, 29-30).

Así Jesús se nos hace vida, camino y meta y nos invita por medio del apóstol Pablo a permanecer firmes en la fe, arraigados y edificados en él (cf Col 2,7). Como piedras vivas de su Cuerpo, que es la Iglesia.

En estos días de la Visita de la Cruz y del Icono de María os animo a contemplar a Cristo en los misterios de su pasión, muerte y resurrección. En ellos hallaréis lo que supera toda sabiduría y conocimiento, es decir, el amor de Dios manifestado en Cristo. Aprended de Él, que no vino “a ser servido sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10, 45). Este es el estilo del amor de Cristo, que nos salva.

En el Bautismo habéis sido marcados con la cruz de Cristo y hechos propiedad suya. Por eso, habéis de abrazar y adorar la cruz del Señor. Hacedos cada vez más dignos de ella y jamás os avergoncéis de este signo supremo del amor.

Con la protección de la Santísima Virgen María, dejasos invadir de la fuerza y sabiduría de la Cruz y comunicadlas con alegría a los demás.

EUCARISTÍA EN LA CLERECÍA III

Queridos hermanos:

La Eucaristía es la acción de gracias que la Iglesia eleva de forma permanente a Dios en memoria de su Hijo Jesús, entregado a la muerte en la cruz por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación. La Eucaristía es la memoria sacramental del sacrificio de la cruz.

Esta memoria de Jesús, el Hijo de Dios, encierra y hace presente el misterio del amor misericordioso del Padre, que amó tanto al mundo que entregó a su Hijo único para que el mundo se salve por él (cf Jn 13, 16-17); y actualiza el amor del Hijo, que habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo; con el amor más grande, que le llevó a dar la vida por sus amigos (cf Jn 13,1; Jn 15, 13). *“Él cargó con nuestros pecados, llevándolos en su cuerpo hasta la cruz, para que, muertos al pecado, vivamos para la salvación”* (1 Pe 2, 24). Por su sangre derramada en la cruz, hemos alcanzado misericordia y somos *“linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable”* (1 Pe 2, 9).

En consecuencia, llevamos ahora al altar nuestra oración y actividad de todo el día junto a la Cruz de Jesús, para que se haga en realidad Cruz de los niños, Cruz de los adolescentes, Cruz de los universitarios, Cruz de los enfermos y Cruz de toda la comunidad diocesana que, vamos a acompañar a los jóvenes en su Vía Crucis por las calles de nuestra ciudad.

Todos somos invitados hoy a acoger con gozo la Cruz gloriosa en nuestra vida, a proclamar como Pablo ante esta cruz: “Estoy crucificado con Cristo, y ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí”. Lejos de nosotros el gloriarnos si no es en la Cruz de Jesucristo, en la cual estamos crucificados y muertos para el mundo. Es decir, lejos de nosotros el vivir para nosotros mismos, encerrados en la búsqueda egoísta de nuestros propios intereses; y estemos dispuestos a ser servidores unos de otros por amor. Para vivir esta nueva libertad, que procede del amor, hemos sido hechos libres por la entrega de Jesús a la muerte por amor.

El Evangelio de Juan narra que el costado de Jesús muerto en la cruz fue traspasado por la lanza de un soldado y de la herida salió sangre y agua.

En la más antigua tradición de la Iglesia se ha interpretado que este agua y esta sangre son símbolos del bautismo y de la eucaristía. Por ello, se ha enseñado que del costado de Cristo abierto en la Cruz nacieron los sacramentos que dan vida a la Iglesia; y nació la Iglesia misma, como nueva Eva, nacida del costado del nuevo y verdadero Adán, Cristo, dormido en la cruz. Contemplar en la Cruz al traspasado es reconocer y confesar que hemos nacido del amor del corazón de Cristo a la vida nueva de los hijos de Dios.

La llamada a esta contemplación del misterio de la Cruz nos llega hoy también a través de los apóstoles Simón y Judas, cuya fiesta celebramos. Los apóstoles son los discípulos libremente elegidos por Jesús para estar en la mayor cercanía con él y para enviarlos con su poder a predicar el Evangelio a todos los pueblos, hasta el fin de los tiempos (Mt 28, 18-20). Ellos son los mediadores necesarios para que llegue a nosotros el fruto de la redención realizada en la Cruz, es decir, el perdón de los pecados. Así describe el Evangelio de Juan esta misión de los apóstoles:

“Como el Padre me ha enviado, así os envío yo a vosotros... recibid el Espíritu Santo. A quienes les perdonéis los pecados, Dios se los perdonará; a quienes se los retengáis, Dios se los retendrá” (Jn 20, 21-23).

Esta misión sólo es posible con el don del Espíritu Santo. El libro de los Hechos de los Apóstoles nos transmite estas palabras de Jesús a sus apóstoles: *“Vosotros recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra” (1, 8).*

Los apóstoles son los testigos del triunfo de Jesús sobre la muerte; ellos, que comieron y bebieron con él después de su resurrección. Y testigo es también el Espíritu Santo, que reciben quienes obedecen a la palabra de Jesús transmitida por los apóstoles (Hch 5, 32). El apóstol Pablo escribió a los cristianos de Tesalónica: *“No cesamos de dar gracias a Dios, pues al recibir la palabra de Dios que os anunciamos, la abrazásteis no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios, que sigue actuando en vosotros los creyentes” (1 Tes 2, 13).*

El Espíritu Santo suscita la acogida de la predicación de los apóstoles como Palabra de Dios y, de esta manera, da la mayor relevancia salvadora al ministerio de los apóstoles. Así se comprende también su necesidad y sig-

nificación en la edificación de la Iglesia como familia de Dios y ciudadanía nueva de los santificados por el Espíritu.

Hemos leído en el texto de la carta a los Efesios que estamos edificados sobre el cimiento de los apóstoles y que el mismo Jesús es la piedra angular. Este texto nos evoca la promesa de Jesús: *“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”* (Mt 16, 18). Pedro es cimiento, pero es Cristo mismo, con la fuerza de su Espíritu y el ministerio de los apóstoles, quien va levantando el edificio de su Cuerpo, lo ensambla, lo nutre con su misma vida y lo santifica hasta formar un templo a él consagrado. Y en la construcción de este templo espiritual vamos siendo integrados cada uno de nosotros como piedras vivas, para ser morada de Dios y ofrecer, unidos a Jesucristo, el sacrificio de nuestra vida santa como un culto agradable al Padre (cf 1 Pe 2, 4-5; (Ro 12, 1)

Estar edificados en Cristo significa responder a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra. Así lo explica Jesús: *“El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra... se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida”* (Lc 6, 47-48).

Estar edificados sobre el cimiento de los apóstoles es una llamada permanente a creer y amar a la Santa Madre Iglesia. La Iglesia concreta de cada tiempo, con su Papa y sus Obispos, con sus presbíteros y diáconos, con sus familias y sus hijos, niños adolescentes y jóvenes, condicionados para bien y para mal por la cultura ambiente. Pero, en toda circunstancia, los fieles tienen la unción del Espíritu para reconocer en sus pastores visibles la presencia del supremo pastor (1 Pe 5,4), Cristo, el único buen pastor y guardián de sus almas (1 Pe 2, 25).

La Jornada Mundial de la Juventud nos va a hacer vivir una experiencia concreta y real de la naturaleza apostólica de la Iglesia en torno al actual sucesor de Pedro. Y en esta fiesta de los apóstoles Simón y Judas, damos gracias también por el ministerio apostólico de Benedicto XVI y rogamos al Señor que le ilumine y fortalezca, para que siga confirmando en la fe a los hermanos y sea mediador del encuentro con Cristo para todos los jóvenes que van a reunirse en torno a él en Madrid.

EUCARISTÍA EN LA CLERECÍA IV

Queridos hermanos, queridas familias, queridos jóvenes:

La acción de gracias que brota de nuestro corazón al contemplar la Cruz podría tener hoy como modelo la siguiente bendición de la carta a los Efesios:

Damos gracias al Padre: “Él nos eligió antes de la creación del mundo para que , fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano... a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en himno de alabanza a su gloria”.

Damos gracias al Hijo: “Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados... El nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... Así nosotros, los que tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, seremos un himno de alabanza a su gloria”.

Y alabamos la acción del Espíritu en nosotros: “Y vosotros también... al creer en Cristo habéis sido sellados por él, con el Espíritu Santo prometido... para ser un himno de alabanza a su gloria. “(Ef 1, 3-14).

Según este himno de bendición, la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se hace real en nosotros cuando nuestra vida es un himno de alabanza a su gloria. Con esta frase, repetida tres veces, termina cada una de las partes del texto.

¿En qué forma hemos de ser un himno de alabanza a la gloria de Dios? El Evangelio de Mateo nos ha dado una respuesta primera, al afirmar: “vosotros sois la luz del mundo... Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria al Padre que está en los cielos”. (Mt 5, 14.16)

En el texto hoy leído de la carta a los Romanos encontramos otra respuesta con matices distintos, cuando Pablo nos exhorta a presentar nuestros cuerpos “como hostia viva, santa, agradable a Dios”, y añade que éste es

nuestro “culto razonable “. Discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto, para vivir sin ajustarse a este mundo, sino transformados por la renovación de la mente, en la caridad verdadera, en el trabajo y el servicio al Señor y a los hermanos, en la esperanza, en la alegría y fortaleza en la tribulación, y en la oración asidua, hace de nuestra vida una hostia viva ofrecida a Dios como sacrificio santo, como culto razonable a Dios y como himno de alabanza a su gloria.

Este estilo de vida es el fruto que el Señor nos ha encomendado dar en medio del mundo. Dice Jesús: “Yo os he elegido del mundo, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto perdure” (Jn 15,1.6). Esta forma de vida es un modo de hacer fructificar los talentos que Dios nos ha dado.

La parábola de los talentos integra en armonía los dones recibidos de Dios, también y sobre todo su gracia para la vida nueva en Cristo, y la responsabilidad personal en el cuidado de esos dones, para que den fruto abundante.

Jesús ha dejado a los discípulos el encargo de llevar a cabo la misión que él había comenzado. A cada uno se le da responsabilidad según su capacidad; en todo caso, el Señor da un inmenso don.

La entrega inicial de los bienes a los empleados expresa la eficacia del reino de Dios, que es pequeño como un grano de mostaza y crece hasta convertirse en un árbol. La rendición de cuentas expresa la fidelidad y responsabilidad en todo lo que Dios nos ha confiado y es como una metáfora del juicio universal. Igualmente hay que tener en cuenta el aspecto ejemplar de la buena administración de los dos primeros empleados, como la actitud negativa de la conducta del empleado negligente y holgazán, que tuvo miedo y enterró el dinero de su Señor.

El tercer empleado ha sido interpretado como el tipo de las personas que rehúsan asumir la responsabilidad y la cargan sobre los otros; o como las personas que en su afán de seguridad, por temor a hacer algo mal, no emprenden nada. La parábola sería, en este aspecto, una exhortación a superar el poder paralizante del miedo; pretende ganar a los oyentes para un obrar animoso y sin temor ante el juicio venidero. En el contexto global de la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, se podría decir que es una exhortación al amor que no tiene miedo al riesgo.

Los talentos significan no sólo las diferentes capacidades humanas. La Iglesia antigua refirió los talentos a la misma palabra de Dios y también a la diversidad de carismas de los miembros del único cuerpo de Cristo, en el sentido del capítulo 12 de la carta a los Corintios. Los dones recibidos del Señor llevan consigo tareas que él encomienda en la comunidad. Recordemos el texto hoy leído de la carta a los Romanos: *“Somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Los dones que poseemos son diferentes, según la gracia que se nos ha dado, y se han de ejercer así: si es la profecía, teniendo en cuenta a los creyentes; si es el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a enseñar; el que exhorta, a exhortar; el que se encarga de la distribución, hágalo con generosidad; el que preside, con empeño; el que reparte la limosna, con agrado”*.

La eucaristía es la fuente donde día a día se actualiza la recepción de los talentos. Y a la Eucaristía hemos de llevar como ofrenda los frutos que los dones de Dios han dado en nuestra vida, al servicio de los hermanos en la Iglesia y en el mundo. Así el misterio de la cruz gloriosa es principio de vida nueva en nosotros y configura nuestra existencia como vida en Cristo. No es posible la vida cristiana sin meditación de la Palabra de Dios, sin sacramento de la penitencia y sin eucaristía dominical. De ahí brotan la verdad y el amor cristiano que nos hacen libres.

Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera que ofrece al mundo lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás. Nada hay más urgente y gozoso que la sacrificada tarea de la familia y de las parroquias, colegios y profesores de religión, asociaciones y movimientos apostólicos para llevar a los niños, adolescentes y jóvenes a un encuentro con Cristo en la Iglesia.

Al concluir este día en comunión con el misterio de la cruz traemos al altar los frutos producidos en cada uno de nosotros y los ofrecemos al Señor como sacrificio de amor, junto con todos los talentos con que él ha enriquecido nuestra existencia y la ha convertido en himno de alabanza para su gloria. Que el Señor acepte nuestra ofrenda de amor y la haga perfecta, para que el amor de Cristo venza en nosotros todo miedo al riesgo, al compromiso apostólico, al servicio de la caridad, al testimonio público de la fe, y nos de la fortaleza necesaria para compartir con alegría sus sufrimientos.

SALUDO A LOS JÓVENES DE CONFIRMACIÓN V

Día 23 de octubre de 2010

Queridos amigos:

He deseado con gozosa esperanza la llegada de este día de encuentro con vosotros en las vísperas de vuestra confirmación.

Os agradezco en primer lugar la disponibilidad con que habéis acogido la propuesta de celebrar de forma conjunta la confirmación de todos los jóvenes de la ciudad de Salamanca en el contexto excepcional de la visita de la Cruz de los Jóvenes, que nos anuncia la ya cercana Jornada Mundial de la Juventud en Madrid y nos invita a prepararnos para ella.

Doscientos ochenta jóvenes proclamando en común vuestra fe y vuestro propósito de vivir como discípulos de Cristo y de ser testigos del Evangelio en la Iglesia y en el mundo, constituís una gozosa esperanza para la Iglesia en Salamanca. Sois un tesoro, porque habéis encontrado el tesoro escondido con el que Jesús compara el Reino de los Cielos. Y debéis sentirnos verdaderamente dichosos, porque habéis creído en Jesús y en su Iglesia. De esta manera, permaneciendo en comunión de fe y de vida, podréis ser fortaleza y ayuda para cada uno de los demás, en medio de las dificultades que la sociedad actual os presenta a diario.

Permaneced unidos en el camino que os lleva al encuentro más profundo con Cristo en vuestra confirmación; y animaos después unos a otros a colaborar en la preparación de la Jornada Mundial de la Juventud y a participar en los Días en la Diócesis y en Madrid, dando testimonio gozoso de la fe junto con tantos miles y miles de jóvenes de toda la Iglesia.

Os invito a asumir como compromiso de vuestra confirmación el propósito de permanecer *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”*, (Col 2,7) tal como lo expresa el lema de la Jornada Mundial de la Juventud, explicado por el Papa en el Mensaje para esta Jornada.

En este lema, tomado de una carta de San Pablo, el término “arraigado” evoca el árbol y las raíces que lo alimentan; “edificado” se refiere a la construcción.

La primera imagen es la del árbol, firmemente plantado en el suelo por medio de las raíces, que le dan estabilidad y alimento. Sin las raíces, sería llevado por el viento, y moriría. ¿Cuáles son nuestras raíces? Naturalmente, los padres, la familia y la cultura de nuestro país son un componente muy importante de nuestra identidad. La Biblia nos muestra otra más. El profeta Jeremías escribe: “Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto” (Jer 17, 7-8).

Echar raíces, para el profeta, significa volver a poner su confianza en Dios. De El viene nuestra vida; sin Él no podríamos vivir de verdad. “Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo” (1 Jn 5,11). Jesús mismo se presenta como nuestra vida (cf. Jn 14, 6). Por ello, la fe cristiana no es sólo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo.

Como las raíces del árbol lo mantienen plantado firmemente en la tierra, así los cimientos dan a la casa una estabilidad perdurable. Mediante la fe, estamos arraigados en Cristo (cf. Col 2, 7), así como una casa está construida sobre los cimientos.

Estar arraigados y edificados en Cristo significa responder a la llamada de Dios, fiándose de El y poniendo en práctica su Palabra. Jesús mismo reprende a sus discípulos: “¿Por qué me llamáis: “¡Señor, Señor!”, y no hacéis lo que digo?” (Lc 6, 46). Y recurriendo a la imagen de la construcción de la casa, añade: “El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra... se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida” (Lc 6, 47-48).

Queridos amigos, construid vuestra casa sobre roca, como el hombre que “cavó y ahondó”. Intentad también vosotros acoger cada día la Palabra de Cristo. Escuchadle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida. Con Él a vuestro lado seréis capaces de afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Continuamente se os presentarán propuestas más fáciles, pero vosotros mismos os daréis cuenta de que son engañosas, no dan serenidad ni alegría. Sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo

la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina el camino. Acoged con gratitud este don espiritual que habéis recibido de vuestras familias y esforzaos por responder con responsabilidad a la llamada de Dios, convirtiéndoos en adultos en la fe. No creáis a los que os digan que no necesitáis a los demás para construir vuestra vida. Apoyaos, en cambio, en la fe de vuestros seres queridos, en la fe de la Iglesia, y agradeced al Señor el haberla recibido y haberla hecho vuestra.

En la confirmación vais a ser marcados de nuevo con la señal de la cruz que recibisteis en el bautismo. La señal de la cruz hecha con el crisma en vuestra frente es el signo del don del Espíritu Santo, es decir, del don del Amor de Dios. Este amor nos lo había mostrado Jesús en la Cruz, entregando su vida por nosotros. El don que vais a recibir en la confirmación procede de la Cruz; tiene en ella su fuente. Y Jesús nos ha llamado a seguirle con la cruz; a perder nuestra vida para ganarla con Él. ¿Cómo? Obedeciendo a Dios con libertad por amor, para alcanzar la felicidad humana y la gloria eterna.

Para confirmaros en la fe, el Papa os habla al corazón y os dice en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos”.

Os deseo una participación intensa en los actos que vamos a celebrar en torno a la cruz de los jóvenes, que terminarán con lo gozosa celebración de vuestra confirmación en la verdad, en el amor y en la libertad cristianos.

Recibid mi cordial saludo y mi bendición en el Señor.

CONFIRMACIÓN ANTE LA CRUZ DE LOS JÓVENES VI

Iglesia de San Esteban

30 Octubre 2010

“Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”.

Zaqueo tenía curiosidad por ver a Jesús; habría oído hablar de él; de su anuncio del reino de Dios y de sus milagros; incluso pudo conocer personalmente al ciego de Jericó, su paisano curado por Jesús. Zaqueo tenía, por su oficio de recaudador de impuestos, una colaboración con la autoridad romana, que le hacía despreciable para los celosos judíos que anhelaban la llegada del nuevo reino de David; era considerado como un pecador público. Tal vez por ello, se sentiría atraído por la fama de Jesús, que se presentaba como enviado a sanar las ovejas descarriadas de Israel.

Pero no es probable que Zaqueo sospechara lo que aquella venida de Jesús a Jericó iba significar para él. ¿Quién era él para que Jesús quisiera hospedarse en su casa? Acostumbrado al desprecio público, ¿cómo iba a pensar que Jesús se arriesgara a quedar mal una vez más ante los oficialmente buenos por buscar su amistad? Pero el amor de Jesús superó de nuevo las barreras. Y el amor de Jesús hacia Zaqueo, el tenerle en consideración e incluso rebajarse a pedirle casa, alimento y amistad, cambió la vida de quien hasta entonces había puesto su corazón en el dinero.

No sabemos qué grado de insatisfacción tenía Zaqueo con su propia vida; no podemos, sin embargo, excluirlo. Para afirmarlo, nos basamos en el contraste que Zaqueo representa en relación con el joven rico, bueno oficialmente y religioso, que aspiraba a la perfección en el cumplimiento de la ley. Este joven tenía interiorizada su bondad fundamental, que consideraba compatible con la posesión de gran riqueza; no tenía conciencia de pecado, ¿por qué iba a convertirse? Así que prefirió su riqueza a la mirada de amor de Jesús y a la invitación a seguirle. En Zaqueo, en cambio, la amistad ofrecida por Jesús tuvo acogida; probablemente sentía necesidad de dar a su vida otro contenido.

El hecho cierto es que con Jesús entró la salvación en casa de Zaqueo. Jesús le cambió el corazón y la vida; Jesús le ganó para la justicia y el amor al prójimo.

Y este Jesús, ¿no podrá cambiar hoy nuestro corazón? ¿No va a ser capaz de traer la salvación a nuestra casa?

Queridos confirmandos, padrinos, padres, familiares y hermanos todos.

Estamos convocados por Dios Padre en esta hermosa Iglesia de San Esteban, en torno a la Cruz gloriosa de su Hijo, para transmitir el don del Espíritu Santo, por el Sacramento de la Confirmación, a este numeroso grupo de jóvenes.

De forma especial debéis sentir os hoy atraídos hacia la Cruz de Jesús vosotros, los jóvenes que vais a ser confirmados por el Espíritu en la fe y el seguimiento de Jesús. Él os recuerda: “Quien quiera ser discípulo mío, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (). Pero no temáis, el mismo Jesús os asegura que su cruz será una carga ligera y las obligaciones de su seguimiento serán suaves, si las asumís con el mismo amor y libertad con que él llevó a cabo la misión recibida del Padre. Más aún, Jesús os asegura que seréis felices llevando su cruz.

Ante el contraste de esta enseñanza con el sentir más general en el ambiente de nuestros días, nos preguntamos: ¿Cómo es posible comprender y vivir esto?

Estamos, queridos confirmandos, metidos de lleno en la paradoja de la cruz de Cristo, que es un escándalo para los judíos y necesidad para los griegos, pero que es, para nosotros los creyentes, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

La luz y el amor necesarios para resolver con madurez de fe estas paradojas os serán dadas hoy con el don del Espíritu Santo, que os guiará al conocimiento de la verdad completa de la vida y enseñanza de Jesús.

Con la fortaleza del Espíritu Santo, el Apóstol Pedro anunció el día de Pentecostés que Dios ha resucitado a Jesús de la muerte, le ha constituido Señor y Mesías. A la pregunta, ¿qué tenemos que hacer, hermanos?, responde Pedro: “*Arrepentíos y bautizaos cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo, para que queden perdonados vuestros pecados. Entonces recibiréis el don del Espíritu Santo. Pues la promesa es para vosotros, para vuestros hijos, e incluso para todos los de lejos a quienes llame el Señor nuestro Dios*” (Hch 2, 38-39).

Esta respuesta de Pedro declara cumplida la promesa anunciada por Dios a través del profeta Ezequiel. Dios ha reunido en Jerusalén a miembros de su pueblo procedentes de muchos países, para derramar sobre ellos el agua del bautismo que los purifica de sus pecados y *les da un corazón nuevo y un espíritu nuevo*. Este hombre nuevo es capaz de cumplir los preceptos de la ley de la primera alianza, es decir, puede amar a Dios y al prójimo, y así será incorporado al nuevo pueblo de Dios. *La misma promesa se cumple hoy en vosotros*, los que vais a ser renovados en vuestro corazón y en vuestro espíritu con el don del Espíritu Santo, que os urge a aspirar a la perfección de los hijos de Dios.

Esta perfección tiene su centro y cima en *el amor cristiano*. Así lo confesó san Pablo, al afirmar: *“Si no tengo amor, nada soy”* (1 Co 13, 2). El mismo apóstol explica el sentido de *la libertad cristiana* como capacidad para vivir según el Espíritu: *“Caminad según el Espíritu y... no toméis la libertad como pretexto para vuestros apetitos desordenados; antes bien, hacedos esclavos los unos de los otros por amor (Gal 5, 16. 13)...”*. *“Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal... Ofreceos más bien a Dios... y haced de vuestros miembros instrumentos de salvación al servicio de Dios... bajo la acción de la gracia”* (Ro 6, 12-14).

En este contexto de la vida nueva en el Espíritu adquiere su pleno sentido y es perfectamente aplicable hoy a nosotros el breve texto de la segunda carta a los Tesalonicenses: *“Pedimos continuamente a Dios que os considere dignos de vuestra vocación, para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos y la tarea de la fe; para que así Jesús, nuestro Señor, sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”* (2 Tes 1, 11-12).

En este texto nos conviene comprender sobre todo: *¿En qué consiste la gloria de Cristo en nosotros? Y ¿qué significa nuestra glorificación en Cristo?*

La gloria de Cristo es su condición de Hijo de Dios, igual a Padre, y también la cruz a través de la cual el Padre le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre. La gloria de Cristo es su obediencia fiel al amor del Padre, que le llevó a entregar libremente su vida por nosotros en la Cruz, es decir, su amor hasta el extremo de dar su vida por sus amigos.

La gloria de Cristo en nosotros es la vida divina que nos regala con el don del Espíritu Santo, es decir, que Cristo viva en nosotros. La gloria de Cristo en nosotros es la vida nueva en el Espíritu como hijos de Dios.

Nuestra gloria en Cristo es alcanzar en comunión con él la perfección y felicidad de nuestra existencia humana: la perfección de nuestro amor, de nuestra libertad y de nuestra esperanza, anhelando únicamente seguirle con fidelidad en esta vida, compartiendo con gozo sus padecimientos, con la certeza de llegar a participar en su gloria eterna.

El Espíritu Santo, que hoy vais a recibir con la unción del Crisma, es quien os hace capaces de llevar a cabo de forma continua y progresiva este fascinante proyecto de vida: que Cristo sea glorificado en nosotros y nosotros en Él.

El Espíritu Santo os irá enseñando a orar como conviene, buscando la voluntad de Dios y la forma de concretarla en vuestra vocación personal. Él os inspirará en la formulación de vuestro proyecto de vida cristiana y renovará en vuestro corazón el amor necesario para seguirlo con fidelidad. Para ello, buscad siempre la relación con Jesús en su Palabra, en sus sacramentos, en particular en la penitencia frecuente y la eucaristía dominical: en ella se os hace Jesús presente y cercano y se os da como alimento para vuestro camino diario. Rogad al Espíritu Santo, Amor del Padre y del Hijo, que os abra siempre los ojos del corazón para reconocer y servir también a Jesús en los pobres y enfermos y en los hermanos que necesitan vuestra ayuda. En vosotros se cumple hoy la promesa de Jesús: *“recibiréis la fuerza del Espíritu Santo... y seréis mis testigos”* (Hch 1,8). Haced realidad este testimonio con vuestra participación en el proceso diocesano de preparación de la Jornada Mundial de la Juventud. Y llevad a la perfección vuestro testimonio iniciando una relación de intimidad con Jesús que haga posible la pregunta por vuestra posible vocación al ministerio sacerdotal o a la vida consagrada. Este sería un magnífico don del Señor a su Iglesia en Salamanca, tan necesitada de nuevos sacerdotes y religiosos.

Ante la Cruz de los Jóvenes, ante vuestra cruz, permitidme recordaros este precioso párrafo del Mensaje de Benedicto XVI a los jóvenes: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad; es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la ex-

presión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos”.

ENTREGA DE LA CRUZ DE LOS JÓVENES A CIUDAD RODRIGO VII

Santuario de la Virgen de la Peña de Francia

31 octubre 2010

“Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”.

Zaqueo tenía curiosidad por ver a Jesús; habría oído hablar de él; de su anuncio del reino de Dios y de sus milagros; incluso pudo conocer personalmente al ciego de Jericó, su paisano curado por Jesús. Zaqueo tenía, por su oficio de recaudador de impuestos, una colaboración con la autoridad romana, que le hacía despreciable para los celosos judíos que anhelaban la llegada del nuevo reino de David; era considerado como un pecador público. Tal vez por ello, se sentiría atraído por la fama de Jesús, que se presentaba como enviado a sanar las ovejas descarriadas de Israel.

Pero no es probable que Zaqueo sospechara lo que aquella venida de Jesús a Jericó iba significar para él. ¿Quién era él para que Jesús quisiera hospedarse en su casa? Acostumbrado al desprecio público, ¿cómo iba a pensar que Jesús se arriesgara a quedar mal una vez más ante los oficialmente buenos por buscar su amistad? Pero el amor de Jesús superó de nuevo las barreras. Y el amor de Jesús hacia Zaqueo, el tenerle en consideración e incluso rebajarse a pedirle casa, alimento y amistad, cambió la vida de quien hasta entonces había puesto su corazón en el dinero.

No sabemos qué grado de insatisfacción tenía Zaqueo con su propia vida; no podemos, sin embargo, excluirlo. Para afirmarlo, nos basamos en el contraste que Zaqueo representa en relación con el joven rico, bueno oficialmente y religioso, que aspiraba a la perfección en el cumplimiento de la ley. Este joven tenía interiorizada su bondad fundamental, que consideraba compatible con la posesión de gran riqueza; no tenía conciencia de pecado, ¿por qué iba a convertirse? Así que prefirió su riqueza a la mirada de amor de Jesús y a la invitación a seguirle. En Zaqueo, en cambio, la amistad ofrecida por Jesús tuvo acogida; probablemente sentía necesidad de dar a su vida otro contenido.

El hecho cierto es que con Jesús entró la salvación en casa de Zaqueo. Jesús le cambió el corazón y la vida; Jesús le ganó para la justicia y el amor al prójimo.

Y este Jesús, ¿no podrá cambiar hoy nuestro corazón? ¿No va a ser capaz de traer la salvación a nuestra casa?

Querido hermano Atilano, Obispo de Ciudad Rodrigo, queridos sacerdotes, jóvenes y pueblo fiel de nuestras diócesis hermanas.

Estamos convocados por Dios Padre en este entrañable Santuario de la Virgen de la Peña de Francia en torno a la Cruz gloriosa de su Hijo.

De forma especial debéis sentir os hoy atraídos hacia la Cruz de Jesús vosotros, los jóvenes de las diócesis de Salamanca y Ciudad Rodrigo, que vais a alentar os unos a otros en la fe y en el seguimiento de Jesús, entregando y recibiendo la Cruz de los Jóvenes. Él Señor os recuerda: “Quien quiera ser discípulo mío, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz y me siga” (). Pero no temáis, el mismo Jesús os asegura que su cruz será una carga ligera y las obligaciones de su seguimiento serán suaves, si las asumís con el mismo amor y libertad con que él llevó a cabo la misión recibida del Padre. Más aún, Jesús os asegura que seréis felices llevando su cruz.

Ante el contraste de esta enseñanza con el sentir más general en el ambiente de nuestros días, nos preguntamos: ¿Cómo es posible comprender y vivir esto?

Estamos, queridos jóvenes, metidos de lleno en la paradoja de la cruz de Cristo, que es un escándalo para los judíos y necedad para los griegos, pero que es, para nosotros los creyentes, fuerza de Dios y sabiduría de Dios.

La luz y el amor necesarios para resolver con madurez de fe estas paradojas os serán dadas si las buscáis en el diálogo de corazón a corazón con el que os espera en la cruz con su corazón traspasado.

En la escuela de la Cruz adquiriréis con más facilidad la experiencia del amor de Dios, que progresivamente fueron aprendiendo los sabios del Antiguo Testamento. Así, os alegraréis al confesar con ellos la fe en un Dios amigo de los hombres, que muestra su omnipotencia con la compasión; que con amor de Padre corrige a los que caen y les recuerda su pecado, para que se arrepientan y tengan vida creyendo en Él.

En la misma escuela del crucificado aprendió Pablo la sabiduría del Evangelio que anunció de palabra y transmitió en sus cartas a las comuni-

dades cristianas. Hoy hemos recibido un eco de su experiencia de Cristo en el breve texto de la segunda carta a los Tesalonicenses: *“Pedimos continuamente a Dios que os considere dignos de vuestra vocación, para que con su fuerza os permita cumplir buenos deseos y la tarea de la fe; para que así Jesús, nuestro Señor, sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo”* (2 Tes 1, 11-12).

En este texto nos conviene comprender sobre todo: *¿En qué consiste la gloria de Cristo en nosotros? Y ¿qué significa nuestra glorificación en Cristo?*

La gloria de Cristo es su condición de Hijo de Dios, igual a Padre, y también la cruz a través de la cual el Padre le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre. La gloria de Cristo es su obediencia fiel al amor del Padre, que le llevó a entregar libremente su vida por nosotros en la Cruz, es decir, su amor hasta el extremo de dar su vida por sus amigos.

La gloria de Cristo en nosotros es la vida divina que nos regala con el don del Espíritu Santo, es decir, que Cristo viva en nosotros. La gloria de Cristo en nosotros es la vida nueva en el Espíritu como hijos de Dios.

Nuestra gloria en Cristo es alcanzar en comunión con él la perfección y felicidad de nuestra existencia humana: la perfección de nuestro amor, de nuestra libertad y de nuestra esperanza, anhelando únicamente seguirle con fidelidad en esta vida, compartiendo con gozo sus padecimientos, con la certeza de llegar a participar en su gloria eterna.

En la meditación asidua del misterio de la Cruz recibimos la gracia de llevar a cabo de forma continua y progresiva este fascinante proyecto de vida: que Cristo sea glorificado en nosotros y nosotros en Él. Este proyecto de vida encuentra su fuente de realización en los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía y se manifiesta a diario en el servicio a Jesús en los pobres y enfermos y en los hermanos que necesitan nuestra ayuda. Y tened presente que el proceso de nuestra vida en Cristo tiene que dejar abierta siempre la posibilidad de la pregunta por la vocación a seguirle en el sacerdocio y en la vida consagrada.

Responded al amor que Jesús os ha mostrado en la Cruz asumiendo gozosos el compromiso de participar en el proceso de preparación de la Jor-

nada Mundial de la Juventud. Y ante la Cruz de los Jóvenes, ante vuestra cruz, recordad este precioso párrafo del Mensaje de Benedicto XVI: “Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad; es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos”.

21. Acción de gracias por los cincuenta años de las librerías ARS

Siervas Seglares de Jesucristo Sacerdote

Al final del año litúrgico, la Palabra proclamada hoy nos invita hoy a meditar la primera parte del discurso de Jesús sobre la meta de la historia. Inminente ya su pasión, Jesús pronuncia una palabra autorizada acerca del final de los tiempos y el acontecimiento que recapitulará toda la historia: la venida en gloria del Hijo del hombre (cf. Lc 21, 27), precedida de algunas señales que los discípulos deberán saber leer inteligentemente.

Jesús nos ofrece su visión sobre la historia del mundo que vendrá después de él. La primera lectura es una profecía que ve por adelantado la última fase de la historia en la cual son separados los malvados, que serán quemados como paja, de los justos, que brillarán como el sol. En el Evangelio, en cambio, Jesús presenta los rasgos permanentes que tendrá la vida de sus discípulos en la historia diaria.

En el texto evangélico aparece en primer lugar la *diferencia entre la mirada de Jesús y la de “algunos” otros sobre el templo*. Mientras estos últimos admiran sus “bellas piedras y los exvotos”, Jesús, con mirada lúcida y profética, ve su fin ya próximo. Como el templo y todo su sistema cultural, así también las construcciones y realizaciones más “santas” del hombre están destinadas a terminar: no son ellas las que deben ocupar nuestra atención, sino el Señor que viene, del cual estas realidades son sólo un signo.

El templo, morada de Dios entre los hombres y lugar de encuentro del hombre y Dios, va a ser en adelante Jesucristo mismo, muero y resucitado; y con él, que es la Cabeza, los miembros de su Cuerpo. El templo va a ser la Iglesia, Cuerpo de Cristo y edificio espiritual de piedras vivas, construido sobre el fundamento de Cristo como roca y piedra angular, y sobre apóstoles como columnas. Por ello, el templo de Jerusalén tenía una duración religiosa transitoria. Si bien su destrucción fue consecuencia de circunstancias históricas humanas, a través de ellas se manifestó el juicio de Dios.

A la pregunta de los discípulos por el final de los tiempos y las señales de su llegada, Jesús responde con la *exhortación al discernimiento*. En

primer lugar para oponerse al engaño de los falsos profetas y maestros: “Muchos vendrán usurpando mi nombre y diciendo: ‘Yo soy’ –el nombre de Dios, según Ex 3, 14– y ‘Ha llegado la hora’”. Ciertamente Jesús ha anunciado que aparecerán en la escena de la historia de la Iglesia “falsos Mesías y falsos profetas” (Mc 13, 22), siempre dispuestos a arrogarse títulos que no les corresponden. Existe, sobre todo, un criterio de discernimiento para desenmascarar a estos falsos mesías y profetas; éstos no tienen “los modos de Jesucristo” (cf. Didajé XI, 8). El Mesías verdadero ha venido para servir y no para ser servido; los falsos buscan el poder para dominar a su arbitrio a los demás (cf. Lc 22, 24-27).

El cristiano está llamado a resistirse a los halagos de estos impostores pronunciando con decisión su propio “no” y recordando que el mandamiento de Jesús: “No los sigáis”, es tan claro como su “Seguidme”...

En verdad, el Evangelio de hoy no trata sólo del fin del mundo, sino sobre todo de la existencia diaria de la Iglesia en la historia de una creación que espera su restauración definitiva y plena en el nuevo cielo y la nueva tierra; Jesús anuncia lo que va a ser nuestra vida cotidiana de discípulos en el tiempo de la dolorosa y dichosa (cf. Sant 5, 11) perseverancia, que nos salva.

En consecuencia, Jesús exhorta a sus discípulos a *interpretar las guerras y catástrofes naturales sin ceder al miedo*: se trata de sucesos históricos que afectan a la humanidad de todos los tiempos y que él menciona no para alarmar, sino para revelar “los dolores de parto” (Rom 8, 22) con que gime la creación, la cual camina hacia un final preparado por Dios, “hacia los cielos nuevos y la tierra nueva del Reino”.

Y, sobre todo, *previene a los discípulos para fortalecerlos ante las futuras persecuciones*. Antes de que se cumpla todo lo anunciado sobre el final, dice Jesús: “os echarán mano y os perseguirán... por causa de mi nombre”. Esta es la gran señal anunciada por Jesús, la persecución de sus discípulos, incluso por parte de parientes y amigos. Por otro lado, ya lo había dicho Jesús: “Un discípulo no es más que su maestro... Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros” (Lc 6, 40; Jn 15, 20). Es normal que los cristianos sean hostigados por el mundo, pero esta hostilidad constituye la prueba de su fidelidad al Señor: si él, el Justo, ha sido in-

justamente perseguido, ¿por qué habría de suceder de otra manera con los discípulos? Más aún, la persecución se convierte para los cristianos en “ocasión de martiría, de testimonio”, con la certeza de que el Espíritu Santo, enviado por el Señor Jesús, nos asistirá en la hora de la prueba (cf. Lc 12, 11-12). El Espíritu será el defensor y podrá en nuestra boca palabras de verdad, que serán irrefutables.

Nosotros tan sólo debemos preocuparnos de vivir la virtud cristiana de la perseverancia en el seguimiento, a la que Jesús vincula una extraordinaria promesa: “Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras vidas”. La vida cristiana no es cuestión de una temporada, sino que requiere perseverancia hasta el final: el cristiano es aquel que persevera en el amor, que continúa haciendo el bien entre los hombres, aun a costa de su propia vida. Y la persecución no es sino una ocasión para vivir la comunión con los sufrimientos de Cristo y mostrar la caridad hasta el límite extremo enseñado y vivido por él: el amor a los enemigos (cf Lc 6, 27-28; 23, 34).

La fidelidad en el seguimiento del Señor y el testimonio de su amor debe llevar al cristiano al trabajo diario. “*El que no trabaja, que no coma*”. Pablo nos urge a seguir su ejemplo de vivir del propio trabajo, a fin de no ser una carga para nadie. Y también nos urge al trabajo al servicio de la Iglesia, en orden a la realización de su misión.

22. Vigilia de Oración con los jóvenes

Día 2 de diciembre de 2010

Hacemos memoria agradecida del fruto de salvación que ha producido ya en nuestra vida la sucesiva celebración del misterio de la encarnación del Hijo de Dios y de su nacimiento como niño en Belén: nacido de una mujer en la plenitud del tiempo para hacernos partícipes de su condición de Hijo de Dios; para que recibiéramos el ser hijos adoptivos de Dios.

Mientras esperamos la llegada última y definitiva del Hijo de Dios con gloria y poder, para llevar a plena consumación su Reino ya presente en este mundo, pedimos con confiada esperanza su venida a nosotros en esta Navidad de 2010; y le suplicamos: Ven Señor Jesús, Ven Salvador, ven a iluminarnos, a restaurar nuestra existencia de hijos de Dios en el amor, en la libertad y la alegría del Espíritu, y en la esperanza de la gloria. Venga a nosotros tu reino; que tu reino se haga realidad dentro de cada uno nosotros.

Y para ello le rogamos que abra nuestros oídos, nuestra mente y nuestro corazón para escuchar, acoger y hacer vida su Palabra; porque la fe en el Evangelio de la salvación de Cristo viene del anuncio de la Palabra.

La Palabra de Dios, y el Espíritu que la acompaña, planta la semilla del Reino de Dios en nuestro corazón y la hace fructificar en comunión de amor y en obediencia filial, es decir, hace realidad el reino de Dios en cada uno de nosotros. Esta obra se realiza como iluminación y purificación de nuestra vida; como liberación de nuestro espacio interior para dar cabida en él al reino de Dios; como eliminación de amores de nosotros mismos que nos esclavizan, para que nuestro corazón esté sólo habitado por el amor de Dios; como muerte a nuestro yo, para que sea Cristo quien viva y actúe en nosotros. Esta es la gozosa conversión a la que nos invita el adviento. Y esta nueva conversión al evangelio de la salvación de Cristo tiene que ser guiada por la Palabra de Dios, pues Dios se comunica a sí mismo mediante el don de su palabra.

Por ello, como ejercicio concreto para preparar nuestro Adviento, os invito a hacer una lectura meditada de la reciente Exhortación apostólica Ver-

bum Domini, del Papa Benedicto XVI, sobre la Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia.

Esta Exhortación va orientada a lograr que la Palabra divina sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial, que los fieles experimentemos la belleza del encuentro con la Palabra de Dios en la comunión eclesial, que reavivemos el encuentro personal y comunitario con Cristo. En efecto, en Cristo podemos oír, ver, tocar y contemplar el la Palabra de la Vida.

Participar en la vida de Dios, por la comunión con Cristo, por obra del Espíritu, es la alegría completa. Y comunicar la alegría que se produce en el encuentro con la Persona de Cristo, Palabra de Dios hecha carne y presente entre nosotros, es un don y una tarea imprescindible para la Iglesia. La Iglesia, y nosotros en ella, no hemos de tener prioridad más grande que ésta: abrir de nuevo al hombre de hoy el acceso a Dios, al Dios que habla en nuestra lengua humana y nos comunica su amor para que tengamos vida abundante. Esta es la meta de cada Navidad y de cada Adviento que la prepara.

23. Eucaristía de Acción de Gracias por la canonización de Santa Cándida María de Jesús

Salamanca, 7 de diciembre de 2010

En la oración que refiere el texto evangélico, Jesús testimonia que ha llegado la hora en que se invierten los valores y la gente sencilla, “los pequeños”, pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Inspirándose en la tradición profética, Jesús abandona el concepto de “sabios”, que se atribuían a si mismos los maestros de la ley; rompió con la autosuficiencia de los “entendidos”, lo mismo que criticó la de los escribas. Este cambio de los “sabios” por los “pequeños”, como destinatarios de la revelación de Dios, es una novedad que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos. Estamos así en el corazón del Evangelio y en el inicio del cumplimiento de las antiguas promesas, conforme al proyecto de Dios.

Los “pequeños” son en sentido propio los niños. Pero Jesús tiene en cuenta también el sentido metafórico. Algún texto evangélico permite precisar el significado de tal expresión: “*El que acoge a este niño en mi nombre, a mí me acoge; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado, porque el más pequeño entre vosotros es el más importante*” (Lc 9, 48). Y otros pasajes ponen de relieve los rasgos que identifican a las personas “sencillas” que llegan a creer, tales como el ciego de nacimiento (18, 35-43), Zaqueo (19,1-10), y la misma gente que aclama a Jesús a su entrada en Jerusalén (19, 29-44). Los niños y los sencillos creyentes, los “pequeños”, se caracterizan por su humilde dependencia, su capacidad de escuchar y la amorosa acogida.

Los cristianos primeros no se sentían parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios; al contrario, se califican a sí mismos con el término “pequeños”. Al descubrir la atención de Dios a los pequeños dan pruebas de una nueva solicitud social y étnica, es decir, acogen tanto a los económicamente débiles como a los paganos, despreciados en Israel. Así nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios, pero capacitados para comprender la revelación y dispuestos para afrontar el rechazo de Israel y la persecución

de un mundo extraño. El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de los “pequeños” atestigua que ha reconocido la inversión realizada por la revelación del Padre a través de Jesús. El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos “pequeños”.

Dios Padre ha transmitido al Hijo, Jesús, un poder y un saber; y de esta manera el Hijo del hombre ha recibido también una misión de representante. El texto del Evangelio de Mateo revela que entre el Padre y el Hijo existe una relación interpersonal totalmente inédita. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia. Cuanto más se conocen, más intentan introducir a los otros en el circuito de su conocimiento y afecto mutuos. En esta relación de conocimiento y amor es introducido el grupo privilegiado de los “pequeños”, a quienes el Hijo ha revelado el conocimiento del Padre. Durante mucho tiempo la resistencia humana, es decir, el mal individual y el mal colectivo, hicieron imposible este conocimiento de Dios. En Jesús se ha hecho ahora posible.

La posibilidad del conocimiento de Dios y de su Hijo es el motivo de la dicha de los discípulos, que proclama Jesús en el texto paralelo del Evangelio de Lucas, al decir: “Dichosos los ojos que ven lo que veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”(v. 23-24). En el texto de Mateo, la revelación del misterio de Dios a los sencillos se concreta en la exhortación a acercarse a Jesús en busca de alivio para la fatiga y el agobio; y a hallar el descanso para la vida aprendiendo de él la sencillez y humildad de corazón. Esta identidad de sentimientos cordiales con Jesús hace posible al discípulo cargar con su yugo, que se experimenta como yugo suave y carga ligera.

La enseñanza de Jesús sobre la revelación de los secretos del reino de los cielos a los sencillos y humildes de corazón ha llenado de gozo los corazones de los cristianos y los ha seducido en la búsqueda del conocimiento cada vez más pleno del misterio del Padre y del Hijo, por la acción del Espíritu Santo. En esta búsqueda nos ilumina ahora la enseñanza de las otras dos lecturas de la palabra de Dios.

El texto del Eclesiástico explicita algunos aspectos incluidos en el temor del Señor, que es el “principio de la sabiduría”. En el Eclesiástico, el temor del Señor es equivalente a la fidelidad a Dios e incluye la fe y las obras, el conocimiento de Dios y la conducta de amor a Dios y al prójimo. La afirmación central del texto es *“el Señor es compasivo y misericordioso, perdona el pecado y salva del peligro”*. El temor y la fe bíblicos se basan en la experiencia del Dios compasivo y misericordioso; como Dios es misericordioso, el hombre ha de ser respetuoso y fiel. El temor de Dios así comprendido da fundamento a la confianza, a la esperanza en sus dones y al amor a Dios. Del temor y el amor surge la iluminación del corazón; iluminación desde la experiencia de quien ha confiado y esperado en Dios y no ha sido defraudado; de quien ha suplicado a Dios y ha sido escuchado.

El texto de la primera carta de san Pedro exhorta a glorificar a Dios mediante el amor y el ejercicio de los carismas. El amor es afirmado como rasgo esencial de la conducta cristiana, con capacidad para cubrir la multitud de los pecados. En 1 Pe 4, 1 se afirma que Cristo, con su pasión, ha acabado con el pecado; en 4, 8 se exhorta al amor mutuo, *“pues el amor alcanza el perdón de muchos pecados”*. Poniendo en relación ambos textos podemos entender la pasión de Cristo como expresión concreta de su amor, que ha alcanzado el perdón de los pecados. El amor del cristiano es la exigencia de imitar y seguir a Jesucristo, tomando parte en su entrega a la muerte por amor, para gloria de Dios. Explícitamente enseña el apóstol Pedro a renglón seguido: *“Alegraos... porque compartís los padecimientos de Cristo, para que también os regocijéis alborozados cuando se manifieste su gloria”* (1 Pe 4, 13).

La vida y la obra de Santa Cándida María de Jesús son un fiel reflejo del ideal de existencia cristiana que nos ha transmitido la Palabra de Dios proclamada en esta celebración.

“Yo, sólo para Dios” respondió JUANA JOSEFA CIPITRIA Y BARRIOLA al don maravilloso de la primera llamada. *“Cuarenta años de vida religiosa y cuarenta años todos para Dios”* pudo decir también y sentirse *“tranquilísimamente tranquila”* cuando la última llamada la invitaba a la unión con Dios definitiva y para siempre gozosa.

Son dos expresiones que encuadran toda su vida. Una vida que se inició el 31 de mayo de 1845 en el caserío de Berrospe, en Andoain (Guipúzcoa), y llegó a su término el día 9 de agosto de 1912, en Salamanca. El 8 de diciembre de 1871, Juana Josefa, Cándida María de Jesús como Fundadora, había iniciado allí la fundación de una Congregación nueva para la educación cristiana de la niñez y juventud y para la promoción de la mujer.

Su condición sencilla, su escasa preparación intelectual, la falta de medios económicos y de ayudas materiales al comienzo de la fundación y durante toda su vida, ponen en evidencia que fue la correspondencia confiada a la llamada de Dios, lo que hizo de ella un instrumento apto para la misión a la cual había sido elegida. Con la apertura de escuelas para niñas y adolescentes de todas las categorías sociales y de escuelas dominicales para jóvenes empleadas y sirvientas, la M. Cándida insertó la Congregación de las Hijas de Jesús en el proyecto pastoral de la Iglesia en el agitado siglo XIX.

La espiritualidad de la M. Cándida estaba fundamentada en los Ejercicios de San Ignacio. Toda la vida de Santa Cándida María de Jesús estuvo invadida por la experiencia y por el sentimiento de la cercanía de Dios, por el amor personal a Jesucristo. Fue la suya una vida empapada de virtudes y de dones del Espíritu Santo, recibidos siempre en profundidad, con auténtica sabiduría. Sin este fuerte sentido sobrenatural, sería inexplicable el trabajo que desarrolló, las obras emprendidas y los sufrimientos soportados. Antes las dificultades habidas en la fundación de un colegio, esperaba en Dios diciendo: *“La cruz está ahora aquí. Permanezcamos en ella”*. Supo siempre proclamar su fe, su esperanza y su amor a Dios con la actitud de quien no se lamenta del presente ni se inquieta por el futuro.

Una característica bien concreta de su espiritualidad es la confianza. La duda nunca turbó la seguridad de la M. Cándida en el poder y en la fidelidad de Dios. Apoyada en la convicción de su pequeñez, escribe: *“Cuanto mayor es mi miseria, más y más espero en la misericordia de Dios”*. Proclamó su esperanza con la generosidad gozosa de quien se abandona en las manos del Padre en quien cree y espera: *“Está puesta en las manos de Dios nuestra causa. Somos Hijas de Jesús. Él nos defenderá de todo mal. Esta es nuestra esperanza y no quedaremos confundidas”*. Su expresión: *“Des-*

confío de mi y pongo toda mi esperanza en Ti, queridísima Madre mía” manifiesta cuánto esperó también de la Virgen, *“Estrella de nuestros caminos”*.

En su vida sobrenatural destaca su espíritu de oración. Podría decirse que es un alma contemplativa, que ora siempre y dedica mucho tiempo a alabar, pedir y agradecer a Dios, nuestro Padre. Con este espíritu tratará de educar a sus hijas y a las jóvenes en sus escuelas.

El modo de orientar su vida a Dios, de aconsejar y aconsejarse, manifiestan el alto grado de prudencia sobrenatural alcanzado por la Madre Cándida. Hacía todo en la vida por la gloria de Dios, y así pide en la Fórmula del Instituto: *“Promover la gloria de Dios y el bien de nuestros prójimos, más que nuestro propio bienestar o utilidad temporal”*.

El universalismo de su carisma: *“para enseñar a internas y externas, ricas y pobres, aquí y allí, donde la mayor gloria de Dios [lo pida]”*, era y continúa siendo un compromiso que merece ser considerado como una intuición de lo que hoy llamamos “justicia social”.

En medio de las pruebas y los sufrimientos, tuvo la fortaleza de mantenerse serena y ser así testigo del poder de Dios. Tenía en el corazón aquella convicción que repetía con tanta sinceridad: *“Sin cruz no se va a ninguna parte. Vengan cruces y hágase la voluntad de Dios”*. Después de una enfermedad, escribió: *“Me dejó muy delicada, pues cualquier cosita me hace daño; mas el poder de Dios es muy grande, pues a pesar de haber pasado una enfermedad tan larga y de sufrir tantos disgustos, todavía vivo, y vivo para padecer más y más por amor de mi amado Esposo Jesús, que mucho más sufrió por mi amor”*.

En el seguimiento de Cristo que, *“siendo rico, se hizo pobre por nosotros”* (2 Cor. 8, 29), son bien evidentes las señales de su desprendimiento de los bienes materiales para dárselos a los pobres: *“Donde no hay sitio para mis pobres, tampoco hay sitio para mí”* respondió una vez, mientras era sirvienta en Burgos. Numerosos testigos han afirmado que vivió en la pobreza, amó la pobreza, sin quejarse nunca de la pobreza personal y obrando siempre con la mentalidad del pobre. Es bien conocido su gran amor por la virtud de la castidad, que la llevaba a decir: *“Tengamos un corazón grande, generoso, todo para Dios y sólo para Dios”*. Fue grande su respeto a la autoridad eclesiástica, representada por sus confesores y direc-

tores espirituales, y más todavía, por los obispos y por el Sumo Pontífice, en una obediencia filial para “sentir con la Iglesia”. También para ella, como para Santa Teresa de Jesús, su gloria más grande fue la de ser Hija de la Iglesia.

Como Fundadora y Superiora General fue “*guía de las demás para que todas se animen y sigamos las huellas de Jesús*”; y dócil a la voluntad de Dios en el cumplimiento de su oficio, ejerció su autoridad con espíritu de servicio a las hermanas “*buscando siempre obedecer como hijas al plan del Padre*”.

Por intercesión de Santa Cándida María de Jesús rogamos a Dios que, por la acción del Espíritu Santo y de sus dones, nos haga renunciar a la búsqueda de la condición de “sabios” y nos transforme interiormente en “gente sencilla”, que gozamos al sentirnos espiritualmente “niños” ante Dios y aptos para entrar en el reino de los cielos, según la condición declarada por Jesús: Si no os hacéis como los niños no entrareis en el reino de los cielos (cf Mt 18,3).

Hoy nos unimos todos a la Congregación de las Hijas de Jesús en su acción de gracias a Dios por la vida y la obra de Santa Cándida María de Jesús. Y le pedimos a la Santa Fundadora que siga intercediendo por sus Hijas y alcanzando de Dios las gracias necesarias para que sean fieles seguidoras de su modelo de santidad y continuadoras de su obra en Salamanca y en los 17 países de Europa, América, Asia y África, en los que actualmente están llevando a hombres y mujeres de nuestro tiempo el Evangelio de Jesús y el testimonio de una vida orientada a la santidad.

24. Inmaculada Concepción

El pecado del hombre no podía dejar frustrado el designio del amor creador de Dios. Para restaurar su imagen desfigurada en el hombre, Dios hizo la primera promesa de Victoria, que surgiría de la misma descendencia de Eva (Gen 3,15).

Los profetas anunciaron después que esta promesa se habría de realizar en la Virgen que dará a luz al Hijo que se llamará Enmanuel (Is 7, 14; Miq. 5,2-3; Mt 1,22-23).

Estas promesas encontraron su cumplimiento cuando María, la Virgen de Nazaret, fue elegida y bendecida por Dios para ser la Madre de su Hijo. Cuando el Espíritu Santo toma carne de María, y la transforma en humanidad perfecta del Hijo de Dios, llega a su plena realización el designio salvador del Padre respecto de sus hijos dispersos por el pecado. El Hijo de Dios nacido de María ha venido para rescatar a los que estábamos bajo la Ley y hacernos partícipes de su condición de Hijo, a fin de que por la comunión con él seamos santos e irreprochables ante el Padre en el amor.

El Espíritu Santo ha iluminado el sentido de fe de los fieles y, en comunión con los pastores de la Iglesia, los ha mantenido a lo largo de los siglos en la firme convicción de que Dios ha llenado a María con su gracia y, por los méritos del que sería su Hijo, la ha redimido de modo eminente y la ha preservado de la herencia del pecado original, que consiste en la privación de la santidad y la justicia que Dios había otorgado al hombre en el origen. Así, desde el comienzo de su existencia, María ha participado plenamente de la salvación de Cristo. Por ello, en cada celebración anual de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María damos gracias a Dios y confesamos que en María ha dado inicio a la nueva era de gracia, y ha cumplido su promesa de dar a la descendencia de Eva la victoria sobre el mal y el pecado.

El texto de la carta a los Efesios nos ayuda a comprender cómo Dios ha llevado a cabo su obra de plena santificación en María. A ella, con más razón que a nosotros, Dios la eligió en Cristo, antes de la creación del mundo, para que fuese santa e irreprochable ante él por el amor. Con más

razón, porque Dios nos ha destinado a nosotros en Cristo a ser sus hijos, es decir, descendientes y herederos; mientras a María la destinó a ser su Madre, es decir, ascendiente y origen de su naturaleza humana. Y esta ascendencia implica precedencia de naturaleza y de tiempo respecto de Jesús, el hombre santo Hijo de Dios, concebido por obra del Espíritu Santo. Jesús recibe su humanidad santa de la humanidad inmaculada de María, llena de la gracia de Dios. Y todo ello por obra de Cristo; porque, según la carta a los colosenses, *“en él fueron creadas todas las cosas”*... *“y todas tienen en él su consistencia”*; *“todo lo ha creado Dios por él y para él”* (Col 1, 16-17).

A María, para ser digna Madre de su Hijo, Dios la ha preservado del pecado original y la ha hecho inmaculada y santa. A nosotros nos ha elegido en Cristo a ser sus hijos por adopción y nos ha dado su Espíritu para que venzamos en la lucha contra las tendencias de la carne.

LOS EFECTOS DEL PECADO ORIGINAL EN LOS BAUTIZADOS

Los renacidos del agua y del Espíritu experimentados a diario una gran dificultad para llevar a cabo el ideal de vida que corresponde a nuestra fe. Tenemos como ideal de vida el amor y no somos capaces de vencer el egoísmo. Como decía el Apóstol Pablo: estamos interiormente divididos y no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos. Llevamos en nuestra naturaleza humana las consecuencias de lo que llamamos pecado original.

La cultura moderna ha querido resolver las rupturas entre los ideales y la realidad de la vida del hombre eliminando uno de los polos que la originan, es decir, rechazando toda verdad que reclame validez incondicional y permanente para la existencia humana. El hombre aseguraría así la autonomía de su libertad, no vinculada por ninguna verdad exterior. El hombre sería por fin como Dios en el conocimiento del bien y el mal y no tendría necesidad de someterse a sus juicios. El árbol de la ciencia del bien y del mal, plantado en el centro del paraíso, pasaría a ser propiedad del hombre. El paraíso mismo habría comenzado a ser creación libre del hombre, sin referencia alguna a Dios. Pero este paraíso no se ve por ninguna parte. Y la ceguera ante la realidad es acaso la manifestación más actual y fatal de las dramáticas consecuencias del pecado original.

LA SANTIDAD INMACULADA DE MARÍA

Sobre la concepción de María sin pecado original no hay afirmaciones explícitas en la Revelación divina. Pero la Escritura nos ofrece referencias de una actuación de María que, igual que las obras de Jesús, da testimonio de absoluta fidelidad a la voluntad del Padre y de estar libre de la ruptura y división interior que angustia a la generalidad de los humanos. En principio habría sido posible que una persona a la que Dios preguntó si quería ser la Madre del Redentor hubiera contestado con un “sí” a medias o de forma negativa. Pero en la Sagrada Escritura no se manifiesta ninguna actuación de María en la que pudiera verse alguna de las consecuencias del pecado original, tales como el abismo entre aquello que queremos y aquello que hacemos efectivamente.

Por fidelidad a sus promesas y al compromiso de su Alianza con Israel, Dios lleva a perfección en María con su gracia la esperanza del Antiguo Testamento acerca del “resto santo” que hace la voluntad de Dios. María es ese “resto santo”, que testimonia que la Alianza de Yahvé con Israel no es un fracaso total, sino que es fielmente cumplida. Así lo testimonia el Evangelio de Lucas en la escena de la anunciación, cuando refiere la respuesta de María: “Aquí está la esclava del Señor; hágase en mi según tu palabra”.

En María se ve claro que ella es enteramente obra del Señor; y sin embargo, se puede decir también de María que ella, como judía fiel a la Ley, es enteramente santa, en el sentido de la entrega libre de su voluntad a la voluntad de Dios por amor. María carecía de pecado, y siguió estando sin pecado; por tanto, también sin aquella escisión interna que hace que todo nuestro decir, pensar y actuar sean imperfectos.

Los Padres de la Iglesia llaman a María la “nueva Eva”, porque ella, a diferencia de la primera Eva, dijo “sí” en vez de decir “no”. Así como el primer pecado, es decir, el primer “no” de un ser humano, tuvo consecuencias para todos los descendientes, lo mismo sucedió a la inversa con lo que es totalmente lo contrario del pecado: con el “sí” de María, que fue un “sí” perfecto, que no estaba limitado por ninguna división interior. María, en la hora de la Anunciación, en la hora de la gran decisión de su vida, pronunció un sí absoluto y total a Dios en representación nuestra. Ella está como nuestra madrina junto a la pila bautismal de nuestra propia redención. Ella

es, para todos los seres humanos, la puerta de acceso al Redentor, desde el momento en que ella se convirtió en la puerta de acceso del Redentor para llegar hasta nosotros los pecadores. María es “imagen primordial de la Iglesia” que da su sí fiel a su Señor.

Todos los hombres, también los redimidos por Cristo, estamos marcados por la herencia del pecado de Adán, que permanece en nosotros como un resto del hombre viejo. Por ello llevamos en nuestra naturaleza la escisión entre el ideal y la realidad, que se hace más profunda por cada pecado personal añadido. Pero si al menos tratamos de pronunciar, a imitación de María, el “sí” que ella pronunció y decimos más a menudo “sí” que “no”, seremos con María integrantes del “resto fiel” que anhela el Adviento de Dios. Cuando en todas las circunstancias de la vida amamos la voluntad de Dios más que la nuestra y ofrecemos al Señor el sacrificio de nuestra libertad, para seguirle con total fidelidad, estamos diciéndole en verdad como María: “Hágase en mí según tu palabra”. Así se hace realidad en nosotros la santidad de vida en el amor, para la que el Padre nos eligió en la persona de Cristo antes de la creación del mundo.

25. Eucaristía del Domingo IV de Adviento con los scouts católicos en la Jornada de la Luz de Belén

19 de diciembre de 2010

La Jornada de la Luz y la Paz de Belén nos invita cada año a prepararnos para acoger en nuestra vida la plenitud de gracia y de verdad que nos ofrece Jesús en cada celebración anual de su nacimiento en Belén.

Estos dones de gracia y de verdad se nos ofrecen hoy con el símbolo de la luz y, sobre todo, con la Palabra de Dios, verdadera luz de la vida, que hemos escuchado en este cuarto domingo de adviento, y con la comunión sacramental del cuerpo y la sangre del mismo Jesús, nacido como hombre para hacernos participar de su vida de Hijo de Dios.

La Palabra de hoy es ya un anuncio del nacimiento humano del Hijo de Dios que celebraremos en la próxima Navidad. El anuncio va dirigido inmediatamente a José, “hijo de David”, tenido por padre de Jesús según la Ley.

Del Evangelio de Mateo hemos escuchado: “La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo”.

Con estas breves palabras introductorias se nos ha dado a conocer el misterio central de nuestra fe: Jesús, nacido de María, es el Hijo de Dios, engendrado por el poder del Espíritu Santo. Jesús es el hombre nuevo que sólo Dios nos podía dar.

José, que no conoce todavía esta realidad, se enfrenta a una situación incomprensible y dolorosa: el inesperado embarazo de María trastoca la historia que él proyectaba construir con ella. Ante este hecho escandaloso, él reacciona de forma reflexiva y orante, y actúa como “hombre justo”, que vive en la justicia ante Dios, es decir, más allá del mero cumplimiento externo de la Ley. José busca una salida en la paz y en el amor fraterno, que llega hasta la compasión y el perdón. José no quiere exponer a María al público desprecio y se propone abandonarla en secreto.

Y mientras José medita en su corazón lo que está sucediendo, mientras permanece en aquella situación de silencio orante, que hace posible el

sosiego de los sentimientos y el discernimiento en la fe, un ángel, un mensajero del Señor, le revela el designio de Dios en un sueño: “José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo”. Y le explica la razón de este hecho tan extraordinario con estas palabras: “Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados”.

El niño que va a nacer será llamado con un Nombre que indica su total pertenencia a Dios y, al mismo tiempo, la misión que cumplirá viviendo al servicio de los hombres, sus hermanos: el Nombre es Jesús, que significa “El Señor salva” y, por lo tanto, Salvador.

De esta manera, el aparente escándalo se convierte para José en revelación de Dios; el suceso inaceptable en ocasión de obediencia fiel a Dios. José hace más honda su fe comprendiendo, desde la experiencia de la realidad vivida, que “nada es imposible para Dios” (Lc 1, 37). José, al igual que María, confió en el poder de Dios y se sometió a su voluntad.

En este punto el evangelista comenta: “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que había anunciado el Señor por el profeta: ‘La virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán por nombre Emmanuel’ (Is 7, 14), que significa: Dios-con-nosotros”. En efecto, “en la plenitud de los tiempos” (Gal 4, 4), en el tiempo del cumplimiento de todas las promesas y alianzas, Dios ha visitado a su pueblo de una manera única e irrepetible: se ha hecho ‘Emmanuel’, Dios con nosotros, en Jesús, el hijo de la virgen María “nacido de la estirpe de David según la carne” (Rom 3, 3).

“Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor y se llevó a casa a su mujer”. Esta breve conclusión expresa toda la grandeza de José, que consiste en su fe y obediencia: como María, él ha dejado espacio en sí a la voluntad de Dios, aceptando cumplir incluso aquello que en modo alguno comprendía. Sin pronunciar palabras, con su actuación, vive ya en la firme convicción que más tarde será anunciada por Jesús: “Nada es imposible para el que cree” (cf. Mt 17, 20).

Con la misma confianza de María y de José hemos de disponernos a acoger con admiración y asombro y con inmensa gratitud el misterio del nacimiento en carne humana del Hijo de Dios.

26. Navidad, Misa de Media Noche

En esta eucaristía de la noche de Navidad celebramos el gran misterio de Dios hecho hombre y del hombre hecho Dios, que se manifiesta en el nacimiento de Jesús en Belén, dado a luz por María.

Según lo anunciado por Dios previamente a María y a José, el niño que nace en Belén ha sido concebido por obra del Espíritu Santo, es el Mesías heredero del reino de David, que no tendrá fin, y será llamado Hijo del Altísimo, Hijo de Dios (Lc 1, 26- 38). El nombre de este niño será Jesús, que significa “Dios salva”, “porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21).

“Salvar a su pueblo de sus pecados” es la finalidad que pretende el asombroso misterio del nacimiento del Hijo único de Dios como hijo de María. San Pablo lo expresó de modo semejante: “*Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial*” (Gal 4, 4-5).

El hijo concebido y dado a luz por la Virgen María es el Emmanuel, el Dios con nosotros, en el cual se cumple todo lo que Dios había dicho por medio del profeta Isaías (7, 14).

El nacimiento del Salvador es anunciado por el ángel a los pastores, los pobres de Israel (cf. Lc 2, 1-14). Los pastores, obligados por su trabajo a una vida nómada, eran considerados en la cultura de la época como personas impuras y excluidas de la vida litúrgica oficial. Por ello, el hecho de que los pastores sean los primeros destinatarios del anuncio del nacimiento del Hijo de Dios, es significativo de que estos pobres, marginados y despreciados, son los predilectos de Dios y los elegidos para ser testigos de su presencia entre nosotros. Es como un anticipo de lo que va a ser el anuncio del Evangelio a los pobres (Lc 4, 18; Mt 11, 5), sencillos y humildes; éstos son declarados dichosos porque Dios les revela y da a entender los secretos del reino de los cielos, que esconde a los sabios y entendidos (Lc 10, 21).

Según el Evangelio de Lucas, el ángel del Señor se dirigió a los pastores proclamando: “No temáis, os traigo una buena noticia, una gran ale-

gría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador: el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 10-12).

La señal del nacimiento del Salvador es el niño acostado en el pesebre. En este niño se cumple lo que había profetizado Isaías, según la primera lectura de hoy: El niño nacido brilla como una luz grande para el pueblo, que camina en sombras de muerte, y le trae la alegría de su liberación del yugo del opresor; porque el niño del pesebre es el Príncipe de la paz sin límites para el reino de David: *“Porque un niño nos ha nacido... y es su nombre... Príncipe de la paz... sobre el trono de David y sobre su reino”*.

En consecuencia, el coro del ejército celestial viene a ratificar el primer anuncio del ángel a los pastores, proclamando que el niño acostado en el pesebre va a hacer realidad la gloria de Dios en el cielo y la paz a los hombres; la paz no ya solo en el reino de David, sino a todos los hombres, porque todos son amados de Dios. La paz que procede del amor de Dios es la verdadera paz sin límites.

El hijo que se nos ha dado viene a dar gloria plenamente a Dios por su comunión perfecta de vida y de amor con el Padre y por su obediencia fiel a la voluntad del Padre hasta la muerte. De esta manera cumple su misión de salvar al pueblo de sus pecados y trae a los hombres la paz con Dios y con los hermanos. Los hombres reconciliados con Dios tienen su paz y son un canto a la gloria de Dios. Como explica San Ireneo de Lión, “la gloria del hombre es Dios; el hombre, en cambio, es el receptáculo de la actuación de Dios, de toda su sabiduría y su poder... Si el hombre acoge sin vanidad ni jactancia la verdadera gloria procedente... de quien lo creó, y si permanece en el amor, en la sumisión y en la acción de gracias a Dios, recibirá de él aún más gloria, así como un acrecentamiento de su propio ser, hasta hacerse semejante a aquel que” nació y murió por él. La gloria de Dios es este hombre que vive en comunión con él.

La gloria de Dios anunciada a los pastores es una gloria bien diferente de la que imaginamos los hombres: es la gloria de la humildad y del descenso de Dios, que hoy comienza a hacerse visible y llegará su culminación en la gloria de la cruz del hijo del hombre. (cf Jn 12, 23).

Según narra a continuación el Evangelio de Lucas, los pastores acogen el asombroso anuncio de los mensajeros de Dios. Apenas volvieron los ángeles al cielo, ellos se pusieron en camino hacia Belén para ver lo que había sucedido y el Señor les había comunicado. *“Fueron corriendo y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”* (Lc 2,16). Hallaron entre sus padres al niño que les había sido anunciado como señal del nacimiento del Mesías. Se manifiesta el Salvador en un niño rechazado ya desde el regazo materno, para el que *“no había sitio... en la posada”* (Lc 2, 7); en un recién nacido envuelto en pañales, figura de la impotencia y de la dependencia de los demás, que caracteriza nuestra condición humana; en un niño acostado en el lugar donde comen los animales. Y es precisamente ese niño la manifestación viva de la gloria de Dios, cantada por los ángeles; un Dios rechazado por nosotros; un Dios débil según nuestro pensar; un Dios lejos de los lugares de lujo, de pompa, de poder, acostado en un pesebre.

Después de haber contemplado esta escena, a la vez ordinaria y llena de misterio, los pastores se convirtieron en anunciadores: *“contaron lo que el ángel les había dicho de ese niño”*. Después de ver, repiten el anuncio que habían recibido y creído. Por su fe están ya implicados personalmente en el anuncio y se convierten en testigos; no se quedan en simples espectadores de un hecho sucedido.

Esta misma es la experiencia de fe que cada uno de nosotros está llamado a realizar en su propia vida cristiana: nuestra fe no añade un contenido nuevo a lo que se nos ha transmitido; nos convierte en anunciadores más convencidos y fiables del “evangelio eterno” (Ap 14, 6). En otras palabras, los creyentes de todos los tiempos, lo mismo que los pastores, pueden afirmar *“que han habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho”* (Lc 2, 20). Y de esta conciencia surge, lo mismo en los pastores que en todos los cristianos, la alabanza y la acción de gracias a Dios por las maravillas que ha obrado para nuestra salvación.

Lucas anota al final que *“María conservaba todas estas cosas, meditando en su corazón”* (Lc 2, 19). Su fe es una fe pensada, un guardar activo, que confronta la palabra de Dios con la realidad, tratando de comprender la razón y el significado de cosas que pueden parecer sin relación o incluso contradictorias entre sí. Para ella, igual que para los pastores, no

ha debido de ser fácil armonizar la grandeza del anuncio recibido del ángel (cf. Lc 1, 30-35) con la pequeñez de los sucesos que contemplan sus ojos. Pero también María, como los pastores, es el ejemplo del discípulo que vive a la escucha y en camino: un discípulo puesto en camino por la revelación del modo sorprendente con que Dios ha elegido hacerse hombre en Jesús; un discípulo que ilumina e interpreta con la luz de la fe aquello que escucha, ve y vive. A esta meta se orienta la meditación del Misterio de la Navidad, en la que hemos de permanecer, para que se haga realidad en nosotros la vida plena de los hijos de Dios, que recibimos cuantos creemos en el nombre del Hijo de Dios (cf Jn 1, 12).

Nuestro testimonio de la luz, la alegría, la paz, la salvación de los pecados y la filiación divina, que se nos han anunciado en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios, hemos darlo con fe viva, que se hace operante por el amor a cuantos viven en sombras de muerte y, en particular, a los más pobres y humildes, dramáticamente empobrecidos por la falta de trabajo, a causa de la actual crisis. Son ocho mil cien las familias de Salamanca cuyos miembros carecen todos de empleo y de prestación. Os pido a todos la generosa colaboración con Cáritas, para atender las necesidades de tantas familias. Es lo que corresponde a esta fiesta de la manifestación del amor y la gracia de Dios, que trae la salvación a todos los hombres, y nos llama a llevar una vida sobria, honrada y religiosa, dedicados a las buenas obras, mientras esperamos la aparición gloriosa del gran Dios y Salvador Nuestro, Jesucristo.

27. Navidad, Misa del Día

El nacimiento de Jesús es contemplado por la Iglesia en la gran riqueza de su significado a través de las lecturas de las tres Misas de la fiesta: de medianoche, de la aurora y del día.

Por la noche, el evangelio narra la “buena noticia” del nacimiento de Jesús en Belén y la revelación a los pastores de su significado salvador para Israel y para todos los hombres. (cf Lc 2, 1-14).

En la Misa de la aurora se narra la respuesta de los pastores al anuncio del nacimiento del Mesías: su rápida visita al establo de Belén y su contemplación del niño recién nacido. A la vez se recuerda que “María guardaba todos estos acontecimientos y los meditaba en su corazón” (Lc 2, 19).

Finalmente, en la Misa del día, hemos proclamado el prólogo del cuarto evangelio. Este texto nos revela que ese niño venido al mundo es verdaderamente la Palabra misma de Dios, el Hijo que vive en Dios desde la eternidad, como confesamos en el credo: “Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero”.

Este prólogo es una reflexión sobre la gloria de Dios que se hace visible cuando la Palabra se hace carne y habita entre nosotros; el texto alcanza su punto central al afirmar: “*Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad*”.

Hoy estamos invitados a acoger esta revelación con amoroso asombro y a pasarla al corazón con actitud de contemplación.

En el principio, antes de toda la creación, en la eternidad, existía la Palabra, y esta Palabra estaba en Dios y era Dios. Por medio de esta misma Palabra de Dios todo fue creado, y todo aquello que ha llegado a existir tenía vida sólo en ella (cf. Col 1, 15-17). Esta palabra era vida y luz para toda la humanidad: ella ha brillado con luz propia en la historia humana y las espesas tinieblas del mundo no han sido capaces de sofocarla.

Un hombre enviado por Dios, Juan Bautista, vino para dar testimonio de la luz, es decir, para conducir a los hombres a la fe en el Hijo de Dios.

Pero su misión de precursor no tuvo éxito; la luz por él anunciada no fue acogida. La Palabra de Dios, el Hijo de Dios, ha venido en medio de su gente y no ha sido recibido. Sólo algunos han creído en él y se han convertido en nuevas criaturas e hijos de Dios.

Para llevarnos a participar de su condición divina, el mismo Hijo de Dios se ha hecho carne frágil, hombre como nosotros, ha venido a habitar entre nosotros, mostrando de esta manera su gloria a cuantos se han adherido a él y lo han seguido.

Ésta es, por tanto, la verdad profunda y al mismo tiempo “escandalosa” de la Navidad: en Belén nace de María un niño que es la Palabra misma de Dios humanizada, es el Hijo de Dios que se ha hecho hijo del hombre.

¿Qué falta por decir? Lo que el prólogo añade en su versículo conclusivo: “A Dios nadie lo vio jamás”; y esto, que era verdad en los tiempos antiguos, lo es hoy y lo será en el futuro; tan sólo lo veremos con nuestros “propios ojos” (Is 52, 8) en el encuentro con Él “cara a cara” (1 Cor 13, 12), después de la muerte. Nadie puede ver el rostro de Dios y quedar con vida (cf. Ex 33, 20).

Pero con la venida de Dios a vivir entre los hombres, y mediante la fe, podemos nosotros ver a Dios; conociendo al hombre Jesús, contemplándolo en sus palabras y en sus acciones, y siguiéndolo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz, hemos conocido a Dios. El mismo Jesús, “el Hijo único” y la Palabra de Dios hecha carne, “nos lo ha dado a conocer”, nos lo ha contado y explicado.

Y en Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, nos da a conocer Dios al hombre en su plenitud, al hombre perfecto a semejanza del cual hemos sido creados como imagen de Dios. En Jesús, Dios da a conocer al hombre lo que es el hombre. Por ello pudo decir Jesús: “yo soy la verdad”, “yo soy la luz del mundo”. Por ello, la fe es apertura de los ojos a la luz de Cristo. Y quienes creemos en él estamos en la luz y somos su luz. El mismo Jesús dijo a sus discípulos: “*Vosotros sois la luz del mundo*”.

El gran don del nacimiento del Hijo de Dios es la revelación del misterio de Dios y del misterio del hombre, el conocimiento de Dios y el conocimiento del hombre. Ambos son inseparables y tienen su nexo de unión en Jesús, en quien Dios y el hombre están unidos de forma perfecta e irrevocable.

Por ello el cristianismo se encuentra todo resumido en Jesucristo: en él está la diferencia con el Israel creyente y con todos los demás caminos de fe o de sabiduría humana. Jesús dirá posteriormente en el cuarto evangelio: “El que me vea mí ve al Padre” (Jn 14, 9), es decir, el que me vea mí, hombre, carne frágil, puede descubrir en mi vida plenamente humana, la revelación que yo hago de Dios.

En esto muestra el cristianismo su diferencia también respecto a los otros monoteísmos, porque nuestra fe es adhesión a un Dios hecho hombre, a Jesús el Cristo, y, por medio de él, a Dios: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14, 6), dirá el propio Jesús.

El Evangelio es esta buena noticia: ahora, en Jesús, el hombre y Dios son ya la misma cosa; y en Jesús, nuestro hermano, hombre como nosotros, los hombres estamos llamados a ser hijos de Dios y partícipes de su condición divina y de la vida eterna. Según el Evangelio de Juan, “*esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo*” (Jn 17, 3).

Y Jesús nos ha dado a conocer el nombre de Dios para que el amor de Dios a Jesús esté también en nosotros (Jn 17, 26). Sabemos que conocemos a Dios si guardamos sus mandamientos. “*Quien dice: yo lo conozco, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él*” (1 Jn 2, 4). “*Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama, no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de él*”. (1 Jn 4, 7-8).

Como consecuencia de la crisis económica son ocho mil cien las familias de Salamanca, en las cuales todos los miembros carecen de empleo y de prestación económica. Los que, en esta celebración del Nacimiento del Hijo de Dios en carne humana, confesamos haber conocido el amor de Dios y creer en él, tenemos que acreditar la verdad de nuestro conocimiento de Dios con la ayuda generosa y organizada, con preferencia a través de Cáritas, a las familias que están en tan dramática situación de necesidad. E igualmente con el testimonio de la fe y del amor ante quienes todavía no han reconocido que “*la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo*”(Jn 1, 17).

Cartas

Semana Sacerdotal del Pueblo de Dios

Salamanca, 9-13 de marzo de 2010

PRESENTACIÓN

Buenas tardes. Sed todos bienvenidos. Os agradezco vuestra participación en este acto inaugural de la Semana Sacerdotal del Pueblo de Dios.

Me alegro ahora, al estar reunido con vosotros en nombre del Señor. Él está aquí, entre nosotros, y con él damos gracias al Padre, que nos ha elegido en Cristo para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia (cf Ef 1,4). *“Sois elegidos de Dios, pueblo suyo y objeto de su amor”* (Col 3, 12). *“Acercándoos a él, la piedra viva... también vosotros, como piedras vivas, vais construyendo un templo espiritual dedicado a un sacerdocio santo, para ofrecer, por medio de Jesucristo, sacrificios espirituales agradables a Dios... vosotros sois linaje escogido, sacerdocio regio y nación santa, pueblo adquirido en posesión para anunciar las grandezas del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”*. (1 Pe 2, 4.5.9).

Estamos en el tramo final del AÑO SACERDOTAL 2009-2010, convocado por Benedicto XVI para conmemorar el 150 aniversario de la muerte, en el año 1859, del Santo Cura de Ars, Juan Maria Vianney, patrón

de los párrocos. Este año fue iniciado en la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, el día 19 de junio de 2009, y se clausurará en la misma solemnidad de este año 2010, el viernes, día 11 de junio.

En el clima espiritual de este Año Sacerdotal, comenzamos una *Semana sacerdotal del Pueblo de Dios*, para que todos los fieles tengan ocasión de fortalecer su estima del gran don del sacerdocio ministerial, de orar con los sacerdotes por el logro de los objetivos del Año Sacerdotal y de interesarse por la promoción de las vocaciones sacerdotales.

En palabras del Papa, “el Año Sacerdotal tiene como finalidad favorecer la tensión de todo el presbiterio hacia la perfección espiritual, de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio, y ayudar ante todo a los sacerdotes, y con ellos a todo el pueblo de Dios, a redescubrir y fortalecer más la conciencia del extraordinario e imprescindible don de gracia que el ministerio ordenado representa para la Iglesia entera y para el mundo, que sin la presencia real de Cristo estaba perdido”.

Con este Año Sacerdotal el Papa ha querido resaltar la especial importancia del sacerdocio y de cada sacerdote; nos ha dicho cómo nos ama y cuánto nos quiere ayudar a vivir con alegría y con fervor nuestra vocación y misión.

Con esta Semana sacerdotal queremos que los fieles de Salamanca hagan llegar a sus sacerdotes los mismos sentimientos de aprecio de su misión, de sincero amor fraternal y de gratitud, colaboración y ayuda.

Por mi parte, deseo en primer lugar reconocer el inmenso e imprescindible don que los sacerdotes representan para la Iglesia diocesana.

Cada día ofrecen a los fieles con humilde fidelidad las palabras y los gestos de Cristo, y les muestran el camino del Evangelio en el esfuerzo perseverante de identificarse con el propio estilo de vida de Jesús: con su pensar, sentir y actuar en obediencia a la voluntad del Padre. Por ello, es justo que, ante los fieles, el Obispo aplique a los sacerdotes de Salamanca las palabras de reconocimiento que el Papa ha dirigido a todos los sacerdotes en su carta para convocar el Año Sacerdotal: “¿Cómo no destacar sus esfuerzos apostólicos, ser servicio infatigable y oculto, su caridad que no excluye a nadie? Y ¿qué decir de la fidelidad entusiasta de tantos sacerdotes que, a

pesar de las dificultades e incomprensiones, perseveran en su vocación de ‘amigos de Cristo’, llamados personalmente, elegidos .v enviados por ÉL”.

Cuento con la oración y el afecto de todo el pueblo sacerdotal de Dios, y particularmente de los que estáis aquí, para ayudar a todos los presbíteros a lograr la finalidad del Año Sacerdotal y, en concreto, el objetivo que Benedicto XVI expresa de esta manera: “Dejarse conquistar por Cristo... esta era la meta de todo el ministerio del santo cura de Ars... Que este sea también el objetivo principal de cada uno de nosotros, los curas de Salamanca. Para ser ministros al servicio del Evangelio es ciertamente útil y necesario el estudio, con una esmerada y permanente formación teológica y pastoral, pero más necesaria aún es la ciencia del amor, que sólo se aprende de ‘corazón a corazón’ con Cristo. ÉL nos llama a partir el pan de su amor, a perdonar los pecados y a guiar el rebaño en su nombre. Precisamente por este motivo no debemos alejarnos nunca del manantial del Amor que es su Corazón traspasado en la cruz”.

Obispo de Salamanca
Salamanca, a 21 de enero de 2010

Visita Pastoral al Arciprestazgo de Guijuelo

Durante los meses de mayo a septiembre del presente año tengo el propósito de realizar la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de la Guijuelo. Así deseo continuar, con la ayuda de la gracia de Dios, la tarea que es la forma más apropiada para llevar a cabo mi misión de Pastor en toda la Diócesis.

Con este motivo, expongo hoy a todas las comunidades del Arciprestazgo el significado de la Visita Pastoral y encomiendo su fruto a vuestra oración.

La visita pastoral a las parroquias, y, a todas las instituciones eclesiales que en ellas se encuentran, *es necesaria para el Obispo*, en orden a conocer la realidad religiosa de la Diócesis y a hacer posible una relación personal más cercana con los sacerdotes, los religiosos y todos los fieles, que contribuya a fortalecer la comunión en la fe y en el amor cristiano.

El encuentro del Obispo con el párroco y los fieles en la parroquia tiene un *profundo significado eclesial*. En efecto, la integración de la comunidad parroquial en la diócesis se expresa y realiza de forma visible mediante la comunión de los fieles y de su párroco con el Obispo, que es el principio y fundamento visible de la unidad en la Iglesias diocesana. Y a través de esta comunión con el Obispo se expresa y se hace realidad también la comunión con la Iglesia universal. Por ello, la presencia del Obispo expresa y hace realidad de forma visible la naturaleza de la parroquia como comunidad de fieles dentro de la Diócesis.

De acuerdo con esta significación eclesial, la visita pastoral debe tener como objetivo para todos los fieles *fortalecer la fe en Jesucristo y el sentido de pertenencia a la Iglesia*. Y la conciencia de ser Iglesia lleva consigo la aceptación gozosa del lugar, estado y tareas que en la unidad del Cuerpo de Cristo corresponden a cada fiel cristiano. En efecto, ser miembro de la Iglesia implica participación activa y responsable en su misión. Por ello, la visita pastoral pretende suscitar en los fieles un impulso evangelizador cada vez más vivo, sobre todo en relación con las personas más necesitadas de la luz del Evangelio y de la solicitud y servicio de amor de la Iglesia.

Es bien sabido que el logro de estos objetivos exige el cultivo de una profunda y gozosa *experiencia personal de encuentro con Jesucristo* y de una actitud decidida de *orientar la vida según la verdad de su Evangelio*, actualizadas cada día en la oración.

La visita pastoral debe ser un *encuentro de familia*. Por ello, el Obispo busca la ocasión de visitar, conocer y escuchar a cuantos lo deseen, y estima muy conveniente tener encuentros de diálogo fraterno con cada comunidad parroquial y con los niños, adolescentes y jóvenes, así como con las familias que la integran. También es muy necesario el encuentro del Obispo con los grupos de fieles que llevan a cabo especiales tareas de participación apostólica en la misión de la Iglesia, en comunión y colaboración con los párrocos.

De forma particular valoro y deseo la visita en su casa a los ancianos y enfermos que no pueden participar en los actos comunes en la Iglesia

La visita pastoral debe ser *una fiesta*, una celebración gozosa de la fe en Jesucristo y en su Iglesia. Por ello, la celebración de la Eucaristía, fuente de donde brota la vida de la Iglesia y culmen de toda su actividad, es el momento central de nuestro encuentro festivo y gozoso en la visita pastoral. La Eucaristía, auténticamente celebrada, puede hacer posible que la *alegría de la fe* sea la nota dominante de la vida de cada fiel y de las comunidades cristianas; en ella aprenderemos a alegrarnos cuando compartimos los padecimientos de Cristo.

Ha llegado la hora de superar las vacilaciones y de perder el miedo a ser y aparecer en público como creyentes. La aportación de la verdad del Evangelio es el mejor y más urgente servicio de amor que los cristianos debemos prestar al hombre de hoy. Y este servicio se realiza más eficazmente mostrando con intensa y firme alegría la plenitud y perfección de vida que el Espíritu Santo suscita en quienes seguimos a Jesucristo, en su camino de amor a Dios y a cada hombre.

En Salamanca, a 24 de marzo de 2010.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Cancillería-Secretaría

Consejo Presbiteral (acta resumen)

27/04/2010

3.- *Lectura y aprobación, si procede, del Acta del Consejo anterior.*

Acuerdo: Se lee y aprueba el acta íntegra, enviada previamente.

Acuerdo: Que el resumen del acta, con el que se ha de comenzar la sesión del Consejo a modo de memorandum, recoja sólo los acuerdos y, si acaso, las propuestas que se refieren a ese acuerdo, y no más.

4.- *Conclusiones y propuestas acerca de los temas 3º y 4º del Documento “Actitudes Pastorales del Presbítero ante la situación actual”:*

3º. *Testigos del Evangelio en el mundo y comprometidos con los pobres.*

4º. *Acompañar en la fe y servir en la caridad, con ánimo y esperanza:*

- *¿Qué propuestas y sugerencias hacemos para el arciprestazgo y para la diócesis en torno a lo tratado?*
- *¿Qué ayudas necesitamos en la diócesis que impulsen los aspectos meditados en este tema?*

3º) *“Testigos del Evangelio en el mundo y comprometidos con los pobres”*

- Replantearse la estructura y la presencia de Caritas en las parroquias. Caritas hace estudios, pero no llegan a las parroquias ni se estudian.

-
- Se pide que la Diócesis coordine las acciones de Caritas, Puente Ladrillo, Comedor de los Pobres, Buenos Aires, Proyecto Hombre, ONGs ...
 - Que haya más coordinación entre todas las realidades de asistencia y atención social a los necesitados.
 - Que en las parroquias haya grupos de atención a los más necesitados.
 - Colaboración entre las parroquias que trabajan con los necesitados sobre todo inmigrantes.
 - Atención a las personas mayores, sobre todo las que están solas, pero también en las residencias.
 - Estar atentos a las situaciones nuevas.
 - Clarificar la situación de la *Delegación de Pastoral Social* y su organización en la diócesis, sobre todo en relación con Caritas.
 - Formación para que los laicos ejerzan sus ministerios. Para esto serían necesarios unos materiales de apoyo para toda la diócesis.
 - Buscar pasos de comunión entre los laicos, sacerdotes y vida consagrada. Realizar algún tipo de encuentro / actividad común para ir dando pequeños pasos.
 - Hacer la misión como una sementera continuada: anuncio del Evangelio, celebración y servicio o caridad. “Pasar” de la catequesis..., como anunciaba la diócesis cercana de Plasencia..., como hasta ahora se ha venido haciendo: transmitir conocimientos y preparar a los sacramentos, para plantear un proceso de iniciación cristiana. Ofrecer itinerarios nuevos y gratuitos, aunque sean minoritarios.
 - Desde la Diócesis, que haya y se sigan unos criterios comunes porque, tanta diversidad, a las personas las desconciertan y se aprovechan. Si este cura no me lo celebra, ya me lo celebrará el de al lado que, pagando, lo permite todo.
 - Habría que trabajar más en un directorio de evangelización que incluya los sacramentos de la iniciación cristiana.

4º) *“Acompañar en la fe y servir en la caridad, con ánimo y esperanza”*

- Cuidar el acompañamiento personal y la cercanía por parte del Obispo y vicaría Pastoral.
- Reparto racional de los presbíteros en la ciudad y en el mundo rural.
- Que la Diócesis se haga presente con curas jóvenes en los medios donde están los jóvenes: colegios, la noche ...
- Atajar los silencios públicos y los rumores, sobre todo por parte de la delegación del Clero.
- Se debería proponer un documento en el que se estableciera que la permanencia en los cargos sea en torno a diez o doce años. El permanecer mucho tiempo en las mismas parroquias da pie a repetir y tirar de lo de siempre: “los manidos papeles amarillos”, a no saber que hacer, a la monotonía, a la rutina y al desaliento. Por eso es necesario estar abiertos y disponibles donde la Iglesia nos necesite, y no sólo para ir de los pueblos a la ciudad, o de la ciudad a la misma ciudad para no perder categoría o rango.
- Dedicación plena a las tareas pastorales.
- Cuidar las grandes celebraciones comunes en la catedral. No caer en la rutina.
- Se solicitan celebraciones sin presbítero apoyadas por la Diócesis.

D. FERNANDO GARCÍA HERRERO

¿No habría que dialogar sobre lo aportado?

D. CARLOS

Se podrían discutir y tomar decisiones, por ejemplo, sobre:

- Reforzamiento de la Delegación del Clero.
- Revisar el tiempo de permanencia del clero en sus puestos.
- Ver las competencias y coordinación de la Pastoral Social.

TEMA “COLEGIOS Y PASTORAL”

- Quiero saber qué se quiere decir con la dedicación del clero a la pastoral.
- Dejar colegios y otras tareas y dedicarse más a las acciones parroquiales.
- Pero en los centros de estudios y colegios es donde están los jóvenes. Hay que estar allí, y hoy no hay otra forma que dando clases. Esto es también pastoral. No se garantiza la presencia pastoral con los profesores laicos.
- Hay que garantizar la presencia de profesores, mayoritariamente laicos, en los centros de enseñanza. Su presencia es también pastoral.
- Que los presbíteros estén también presentes en la animación pastoral de los centros concertados.
- El instituto no es sólo la clase de religión, sino que es necesaria la presencia del sacerdote en todo el funcionamiento institucional del Colegio. Hay que estar presente en todo el ámbito institucional: profesores, padres y alumnos.
- Cada instituto es distinto y depende de las personas. Hay que buscar la relación con los colegios, pero no es fácil.

TEMA “PERMANENCIA EN CARGOS PASTORALES”

- Sobre la limitación en la permanencia en los cargos pastorales: Que no sea estricto, empobrece mucho y limita. Seis años son pocos: serían tres para estudiar la situación y tres para despedirse. Estudiar cada caso en concreto.
- Que en las parroquias tengan también cargos y responsabilidades los laicos. Que no nos dediquemos tanto a los despachos, ya que los pueden atender los laicos. Aunque algún tiempo de presencia tendría que tener el sacerdote, porque hay gente que necesita tratar directamente con el párroco.

- En los cambios de personal, hay que tener en cuenta que hay cargos especializados, como el de Delegado de Catequesis, que necesitan más permanencia, y no son fácilmente sustituibles.

TEMA “APATÍA DEL CLERO”

- Tengo la sensación de que la recepción de los dos temas tratados ha sido muy pobre. ¿A qué se debe esta apatía del clero? Hay dejadez y apatía en el clero para realizar bien los retiros y tomar en serio los documentos. Se ha de procurar que lo que traigan los delegados o representantes del clero sean temas consensuados. Y que se entre a fondo en los temas que se tratan.

D. CARLOS

Agradezco a Juanjo lo que ha dicho y la llamada de atención que ha hecho a que se tomen los trabajos comunes más en serio. No es cuestión de exigencia normativa, sino de aliento apostólico.

El obispo tiene también sus dificultades y el aliento que puede dar es la cercanía, que no siempre es fácil. No se debe dejar todo a la acción del obispo. Tenemos que tener iniciativa.

Está también la dificultad del método de trabajo de los sacerdotes del arciprestazgo. Hay que pasar de la aportación de temas, al estudio de los mismos, aclarando las conclusiones comunes, incluso con votación.

En el tema de los profesores de religión, lo ideal es que haya coordinación entre el profesor de religión y la parroquia. Que incluso, a ser posible, el profesor tenga trabajo en la parroquia. Y que el párroco se haga presente en momentos relevantes en las clases de religión, por lo menos una vez al año.

D. CASIMIRO MUÑOZ

– No se ve que haya que hacer propuesta o decisión aquí, sobre la presencia en los Colegios. Que retome el tema la Comisión Permanente.

5.- Informaciones:

A) MESA DE LA CULTURA

Se entrega un documento con las Propuestas que la comisión encargada ha hecho de cara a la constitución de la mesa de la cultura.

D. Carlos entrega también por escrito una primera reflexión personal sobre esas propuestas. Compara las propuestas con el Pontificio Consejo para la Cultura y la Pontificia Academia de las Ciencias. También las Academias de las diócesis alemanas.

D. Fernando García Herrero

Parece mejor la primera propuesta, pero teniendo en cuenta las funciones de la segunda propuesta. No sólo transmitir lo que la Iglesia quiere, sino dejarse interpelar por los avances seculares. No limitarse al campo y los profesionales de la universidad. La cultura está también fuera de la Universidad: profesionales, medios de comunicación, etc.

D. Ricardo de Luis Carballada

La idea de la academia es lo más apropiado, pero que se incluya la formación de la identidad cristiana de los profesionales.

D. Ángel Rodríguez

El Magisterio de la Iglesia incluye la atención a las problemáticas actuales. Por eso me inclino a la Academia de las Ciencias que, partiendo de los problemas actuales, se iluminen desde la fe.

D. Florentino Gutiérrez

El Cardenal Poupard propiciaba la creación de los Centros Católicos de Cultura, una especie de mesa común entre los sabios del mundo y los de la Iglesia.

D. Juan José Calles

Mejor hablar de mesa de diálogo fe-cultura. Con una mirada desde dentro de la Iglesia, y otra modalidad de poder hablar con pensadores también externos, e incluso contrarios a las posturas oficiales de la Iglesia.

B) CELEBRACIONES SIN PRESBITERO

Informa el Sr. Obispo:

La celebración de la eucaristía es lo preferente. Pero las limitaciones exigen otras celebraciones. La norma es que cada presbítero no celebre más de dos misas en días de diario y tres los domingos. Y hay que cuidar que no se deteriore el sacerdote, y que las eucaristías tengan una calidad celebrativa suficiente.

Se puede invitar a los religiosos a celebrar las misas dominicales.

También invitar a los fieles a que se acerquen a los lugares próximos donde hay eucaristía. Pero esto es difícil de llevar a cabo. Además, las personas en el mundo rural son ya de edad.

Las parroquias en torno a los cien habitantes es a las que habría que garantizar celebraciones sin sacerdote.

D. Carlos está preparando un directorio que pasaría en su momento a la consideración de todos los sacerdotes.

D. Juan Robles

Habría que cuidar especialmente a los dirigentes de las celebraciones sin sacerdote.

D. Fernando García Herrero

– Parece que se concedió a Salamanca privilegio de celebrar hasta cuatro misas. Hay que confirmarlo. Debió ser por el año 1990. Investíguese.

C) CATECUMENADO DE ADULTOS

Se quisiera establecer el Catecumenado de Adultos en nuestra diócesis en el próximo curso. Sería un servicio diocesano en el primer momento.

D) PLAN DE FORMACIÓN DE ADULTOS

La CEE ofrece y promueve esta formación de adultos mediante la elaboración de un Plan de Formación de Adultos. Es una acción seguida por la Comisión de Apostolado Seglar y dirigida por D. Elías Yanes. Queremos ofertar aquí una exposición práctica y metodológica. La CEAS se ofrece a acompañar en este camino.

Solicitud de licencia para la apertura de la Capilla en el Tanatorio Municipal

Los que suscriben, Don Carlos Muñoz Martín, Don Carlos Muñoz Muñoz y Don Evelio Galván Lozano, en nombre y representación de PARQUE CEMENTERIO SALAMANCA S.L. entidad domiciliada en Salamanca C/ Gran Vía 67, CIF nº B-37385572.

A V. E. RVDMA CON TODO RESPETO INFORMAN:

Que en la construcción del nuevo tanatorio municipal SAN CARLOS BORROMEO de esta ciudad, de próxima inauguración, se ha considerado, dentro de sus instalaciones, un lugar sagrado donde se pueda rezar por los difuntos, así como celebrar la eucaristía en sufragio de sus almas.

ES POR ESTA RAZÓN POR LO QUE NOS DIRIGIMOS A V.E. RVDMA

rogándole que tenga a bien concedernos la oportuna licencia junto con las instrucciones debidas para poder ofrecer a los fieles católicos este recinto sagrado.

Dios guarde a V.E. Rvdma. muchos años

Salamanca, 19 de octubre de 2009

Firmado:

Carlos Muñoz Martín

Carlos Muñoz Muñoz

Evelio Galván Lozano

CONVENIO SOBRE UTILIZACIÓN DE LA CAPILLA DEL TANATORIO MUNICIPAL

En Salamanca, a 17 de mayo de 2010.

De una parte, el Ilmo. Sr. Don Julián Lanzarote Sastre, Alcalde Presidente del Excmo. Ayuntamiento de Salamanca, en nombre y representación de la citada Corporación, en el uso de las facultades que le atribuye el art. 21.1 b) de la Ley 7 / 1985, de 2 de abril, reguladora de las Bases del Régimen Local.

De otra, el Excmo. y Rvdmo. Sr. Don Carlos López Hernández, Obispo de la Diócesis de Salamanca, en cuyo nombre y representación actúa

MANIFIESTAN

1º). El Ayuntamiento de Salamanca ha puesto en funcionamiento un Tanatorio Municipal junto al Cementerio de San Carlos Borromeo y dentro del mismo ha habilitado para todas las confesiones religiosas una dependencia con destino a la celebración de ritos de oración por los difuntos y otros actos de culto en su memoria, garantizando con ello el derecho fundamental a la libertad religiosa y de culto reconocida en el artículo 16 de la Constitución.

2º). El Ayuntamiento de Salamanca, en la citada dependencia, ha reservado un espacio para el uso exclusivo de la Diócesis de Salamanca, de forma que le permita su bendición, así como la celebración de funerales y otros actos de culto y de asistencia religiosa utilizando también el resto de la dependencia habilitada para todas las confesiones.

3º). Es voluntad de ambas partes colaborar, cada una en la forma que corresponde a su naturaleza y función, para que en el Tanatorio Municipal se preste a los ciudadanos que profesan la religión católica la atención espiritual adecuada con ocasión del fallecimiento de sus familiares y personas queridas.

Y para ello, suscriben el presente Convenio, con arreglo a las siguientes

CLÁUSULAS

PRIMERA: El Ayuntamiento de Salamanca dentro de la dependencia habilitada para la celebración de los ritos de oración y actos de culto en memoria de los difuntos pondrá a disposición de la Diócesis de Salamanca un espacio reservado para su uso exclusivo que le permita canónicamente su bendición y su destino a la celebración de funerales y otros actos de culto y de asistencia religiosa utilizando conjuntamente, si fuera preciso, la dependencia habilitada para todas las confesiones.

SEGUNDA: El Ayuntamiento de Salamanca dotará a la zona reservada a la Diócesis de Salamanca de los medios oportunos para que resulte inaccesible a los usuarios del resto de la dependencia y su uso integrado no revista ninguna complejidad técnica ni precise del concurso de operarios.

TERCERA: Será de cuenta del Ayuntamiento de Salamanca la conservación y limpieza del espacio reservado a la Diócesis de Salamanca, ejecutándose dichas tareas con pleno respeto a su carácter sagrado.

CUARTA: El Ayuntamiento de Salamanca reconoce la facultad que la legislación canónica otorga a la autoridad eclesiástica de ejercer libremente sus poderes y funciones religiosas en los lugares sagrados (c. 1213).

QUINTA: El presente convenio tendrá duración indefinida, si bien podrá ser denunciado por cualquiera de las partes con un año de antelación, de modo que la Diócesis de Salamanca pueda proceder canónicamente a reducir el espacio reservado a un uso profano.

Y en prueba de conformidad, firman el presente convenio en el lugar y fecha indicados en el encabezamiento.

Firmado:

Julián Lanzarote Sastre. Alcalde de Salamanca

Carlos López Hernández. Obispo de la diócesis

Nombramientos

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
12/02/2010	José Luis	Ullán Martín, S.J.	Director Diocesano del Apostolado de la Oración en Salamanca	Director Diocesano		Manuel Robla Riesco	Salamanca
05/03/2010	Jesús	Vicente Sánchez	Delegado Diocesano para el X Congreso Eucarístico Nacional	Delegado Diocesano			Salamanca
05/03/2010	Fructuoso	Mangas Ramos	Director de Comunicación de Medios de Comunicación para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid	Director de Comunicación			Salamanca
09/03/2010	Antonio	Martin Olivera	Consiliario de la Hermandad del Cristo del Amor y de la Paz	Consiliario			Salamanca
23/03/2010	Juan José	Calles Garzón	Delegado Diocesano de Pastoral Familiar	Delegado	Sigue de Párroco de Cristo Rey y Miembro del Consejo Presbiteral	José Ramón Mateos Lorenzo	Salamanca
13/04/2010	Gregorio	García Rivas	Presidente y Hermano Mayor de la Hermandad del Vía Crucis (San Juan de Mata) Salamanca	Presidente y Hermano Mayor			
28/04/2010	Juan Pedro	Melgar Borrego	Párroco de Aldealengua, Aldearrubia, San Morales y Huerta	Párroco	Párroco solidariamente de Aldearrubia, San Morales y Huerta	José Castro Nogueira	San Morales
08/07/2010	Gerardo	Villar Maciñeiras	Vicario Parroquial de "El Milagro de San José"	Vicario Parroquial		Ignacio Rodríguez Izquierdo	Salamanca
08/07/2010	Agustín	Martin Encinas	Presidente y Contador de la Junta de Cofradías, Hermandades y Congregaciones de Semana Santa de Salamanca	Presidente		José Manuel A. Váz Cohen	Salamanca
20/07/2010	Joaquín	Garre Artés	Vicario Parroquial de la Parroquia "Ntra. Sra. de la Encina", de El Encinar y Los Cisnes	Vicario Parroquial			
28/07/2010	Manuel	Rueda Fraile	Párroco de María Auxiliadora, prórroga, por tres años	Párroco	el mismo		Salamanca
28/07/2010	Luis	Rincón Bermejo	Ecónomo Diocesano, por el tiempo de cinco años	Ecónomo	el mismo		Salamanca
29/07/2010	José Adrián	Cornojo García	Presidente de la Junta de Cofradías, Hermandades y Congregaciones de Semana Santa de Salamanca	Presidente		José A. Váz Cohen	Salamanca

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
31/08/2010	Ángel	Arroyo González	Presidente de la Cofradía del Santísimo Cristo de la Salud y de la Paz y de Nuestra Señora la Virgen de los Dolores, en la Párroquia de Navales	Presidente			
31/08/2010	Raimundo	Carabias García	Presidente de la Cofradía de la Vera Cruz, en Navales	Presidente			
09/09/2010	Amable	García Rodríguez	Vicario Parroquial de Guijuelo	Vicario		Manuel Horacio López López	Guijuelo
09/09/2010	Amable	García Rodríguez	Párroco de Cabezuela de Salvatierra y Pizarra de Salvatierra	Párroco		Manuel Horacio López López	Guijuelo
09/09/2010	Gregorio	Ramos Martín	Párroco de Guijuelo	Párroco	el mismo	Sergio Fierro Bouzas	Guijuelo
09/09/2010	Anibal	Hernández Montes	Párroco de Calvarasa de Abajo, Francos, Nuevo Amatos y Nuevo Naharros	Párroco			Salamanca
09/09/2010	Manuel	Miños Amoedo	Párroco de Encinas de Abajo, Pelabravo y Cordovilla	Párroco		Anibal Hernández Montes (Encinas de Abajo)	Santa Marta de Tornes
09/09/2010	Melitón	Gutiérrez Hernández	Párroco solidariamente moderador de Calzada de Don Diego y Camillas de Abajo	Párroco solidario moderador		Amable García Rodríguez	Tabera de Abajo
09/09/2010	Manuel	Abad, cmf	Administrador Parroquial de Navales, Aldeaseca de Alba, Martínamor y Valdemierque	Administrador Parroquial		Francisco Bravo Castrillo y al Diácono David González Porras	Salamanca
09/09/2010	José María	Yagüe Cuadrado	Párroco de Topas y Valdelosa	Párroco		José Joaquín Tapia	Salamanca
09/09/2010	José Manuel	Álvarez Iglesias, csj	Vicario Parroquial de la Párroquia de "Ntra. Sra. de los Dolores", de Salamanca	Vicario Parroquial		Florencio Alejandro Ortega	Salamanca
09/09/2010	Antonio	Martín Olivera	Párroco de Palencia de Negrilla, Negrilla de Palencia y Arcediano	Párroco		Ángel García Pinto (Arcediano)	Salamanca
09/09/2010	Ángel	García Pinto	Párroco de Villaverde de Guareña, deja Arcediano	Párroco		Alejandro Carabias López	Aldealengua
09/09/2010	Florencio Jesús	González Martín	Párroco solidariamente de Calzada de Don Diego y Camillas de Abajo	Párroco solidario			Matilla de los Caños del Rto

Fecha	Nombre	Apellidos	Cargos Nuevos	Categoría	Cargos Antiguos	Sustituye a	Reside en
09/09/2010	Fernando	García Gutiérrez	Viceconsiliario del Movimiento Scout Católico de la Diócesis de Salamanca	Viceconsiliario			Barbadillo
09/09/2010	Fernando	García Gutiérrez	Párroco de Rollán, Barbadillo, La Rad, y Galindo y Perahuy	Párroco		Amable García Rodríguez (Rollán)	Barbadillo
09/09/2010	José Joaquín	Tapia Pérez	Párroco de Santo Tomás de Villanueva, en Salamanca	Párroco		Ezequiel Barbero Bellido	Salamanca
09/09/2010	José María	Yagüe Cuadrado	Vicario Parroquial de San Mateo, en Salamanca	Vicario Parroquial		Juan Bosco sardón García	Salamanca
23/09/2010	Nicolás	Calvo Martín	Vicario Parroquial de la Parroquia de María Auxiliadora, en Salamanca	Vicario Parroquial		Arturo Alonso Abad	Salamanca
14/10/2010	María Dolores	Hontiveros García	Presidenta Delegada Diocesana de Manos Unidas, en Salamanca	Presidenta		María Teresa Romero Boyero	Salamanca
04/11/2010	Francisco	Gómez Fernández	Presidente de la Cofradía de la Vera Cruz	Presidente		Jesús López García	Salamanca
04/11/2010	Antonio	Martín Olivera	Párroco de Aldeanueva de Figueroa	Párroco		Bernardo Corral Velasco	Salamanca
10/11/2010	David	González Porras	Adscrito a la Parroquia de Doñinos de Salamanca. Diácono permanente	Adscrito	Deja Navales		Salamanca
10/11/2010	Emilio	Vicente de Paz	Delegado Diocesano de Liturgia	Delegado diocesano		Jesús Terradillos	Villasco de los Reyes
10/11/2010	Juan	Diez Miguel	Capellán del Tanatorio Municipal "San Carlos" juntamente con D. Argimiro García	Capellán		Nuevo	Salamanca
10/11/2010	Argimiro	García Sánchez	Capellán del Tanatorio Municipal "San Carlos" juntamente con d. Juan Díez	Capellán		Nuevo	Salamanca
10/11/2010	Ezequiel	Barbero Bellido	Capellán de la Residencia Asistida Provincial en Salamanca	Capellán		Carlos López Alejo	Salamanca

Por el presente, a tenor de los cánones del Código de Derecho Canónico relativos a la potestad delegada, teniendo en cuenta las cualidades que concurren en su persona, nombro al **Rvdo. Sr. D. Jesús Vicente Sánchez Delegado diocesano para el X Congreso Eucarístico Nacional**, a celebrar en Toledo del 27 al 30 de Mayo de 2010.

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar el oficio confiado con celo apostólico para el culto a Dios y la santificación de los hombres.

Dado en Salamanca, el cinco de marzo de dos mil diez.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, teniendo en cuenta las cualidades que concurren en su persona, nombro al **Rvdo. Sr. D. Fructuoso Mangas Ramos Director de la Comisión de Medios de Comunicación para la Jornada Mundial de la Juventud de Madrid**.

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar el oficio confiado con celo apostólico para la evangelización de los jóvenes. Dado en Salamanca, el día cinco de marzo de dos mil diez.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Siendo necesaria la intervención del Ministerio Fiscal para resolver la petición de “reducción de costas”, solicitada por la parte demandante, en la causa de nulidad de matrimonio: Casquete - Carretero, por el Presente nombramos **Promotor de Justicia al M. 1. Sr. Lic. Don José Calvo Fernández**, para que intervenga en esta causa, a tenor del c. 1435 y del Art. 53 g 1 de la ‘Dignitas Connubii’.

Dado en Salamanca a 12 de marzo de 2010.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor de los cánones del Código de Derecho Canónico relativos a la potestad delegada, teniendo en cuenta las cualidades que concurren en su persona, nombro al **Rvdo. Sr. D. Juan José Calles Garzón Delegado Diocesano de Pastoral Familiar.**

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar el oficio confiado con celo apostólico para la evangelización de las familias y su edificación como iglesias domésticas en el seno de la comunidad diocesana.

Dado en Salamanca, el día 23 de marzo de 2010.

CARLOS LÓPEZ V HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor de los cánones 1223 al 1225 y 1229 del Código de Derecho Canónico, y a petición de Dña. Ángela Herrero Boya, con D.N.!. n° 11.727.222-M en representación de la entidad mercantil Gescenmay, S.L., con domicilio social en CI Parque de la Armuña, núm. 40 de Cabrerizos (Salamanca), y C.I.F. n° B-37468378, de la que es Administradora, concedo a dicha entidad el permiso para abrir un oratorio en el Centro Residencial de Mayores denominado “Teso de Cabrerizos”, en la CI Parque de la Armuña, n° 40 de la localidad de Cabrerizos (Salamanca), de modo que en él se pueda adorar al Santísimo Sacramento y celebrar la Eucaristía.

Para su instalación y en su uso deberán observarse las nonnas litúrgicas y, una vez bendecido con el rito prescrito en los libros litúrgicos, quedará reservado exclusivamente para la oración y el culto divino. **El servicio litúrgico se encomienda al Sr. Cura Párroco de Cabrerizos.**

Dado en Salamanca, el día 10 de marzo de 2010

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

La Junta de Cofradías, Hermandades y Congregaciones de Semana Santa de Salamanca, reunida en Pleno el día 7 de julio de 2010, ha acordado la constitución de una Comisión Gestora para su gobierno hasta la toma de posesión de la nueva Junta que sea elegida en las elecciones que la misma Comisión Gestora debe convocar.

Por el presente, confirmo la Comisión Gestora elegida por el Pleno, integrada por los siguientes miembros:

Presidente y Contador: D. Agustín Martín Encinas.

Vocal Secretario: D. Gregorio García Rivas.

Vocal: Doña Ana Torrecilla García.

Vocal: D. Jacinto Sánchez Peña.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

De acuerdo con lo dispuesto en el canon 494 del Código de Derecho Canónico, con el parecer favorable del colegio de consultores y del consejo de asuntos económicos, teniendo en cuenta las cualidades que concurren en su persona y el generoso y eficaz ejercicio del mismo cargo en anteriores mandatos, por el presente nombro al **Sr. D. Luis Rincón Bermejo Ecónomo Diocesano**, por el tiempo de cinco años, con todas las funciones y facultades que a este cargo le corresponden en el Derecho.

Dado en Salamanca, el día 28 de julio de 2010.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

La Junta de Cofradías, Hermandades y Congregaciones de Semana Santa de Salamanca, reunida en Pleno Extraordinario en la Casa de la Iglesia, el día 28 de julio de 2010, ha elegido Presidente al Sr. D. José Adrián Cornejo García para el plazo de tiempo que medie hasta la toma de posesión del presidente que sea elegido a tenor de los nuevos estatutos, cuyo proceso de elaboración ya ha sido acordado por la propia Junta.

En ejercicio de la facultad que me reconoce el c. 317 párrafo 1, confirmo la elección **del Sr. D. José Adrián Cornejo García como Presidente de la Junta de Cofradías, Hermandades y Congregaciones de Semana Santa de Salamanca.**

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Siendo necesaria la intervención del Ministerio Fiscal para resolver la petición de “reducción de costas”, solicitada por la parte demandante, en la causa , de nulidad de matrimonio: De los Dolores-Álvarez, por el presente nombramos **Promotor de Justicia al M. 1. Sr. Lic. Don José Calvo Fernández**, para que intervenga en esta causa, a tenor del c. 1435 y del Art. 53 ~ 1 de la ‘Dignitas Connubii’.

Dado en Salamanca 10 de septiembre de 2010. ,

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor del canon 317, confirmo la elección de **Doña Maria Dolores Hontiveros García como Presidenta Delegada Diocesana de Manos Unidas en Salamanca**, por el plazo establecido en los Estatutos, una vez obtenido del Visto Bueno de la Presidenta de Manos Unidas Comité Católico de la Campaña contra el Hambre.

Dado en Salamanca, el día 14 de octubre de 2010.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor de los cánones 521 al 524 del Código de Derecho Canónico, teniendo en cuenta las cualidades que concurren en su persona, nombro al **Rvdo. Sr. D. Antonio Martín Olivera Párroco de Aldeanueva de Figueroa** por el tiempo de seis años.

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar el oficio confiado con celo apostólico y fruto pastoral, en orden a la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Dado en Salamanca, el día cuatro de noviembre de dos mil diez.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, de acuerdo con el Rvdo. Sr. Cura Párroco, nombro **adscrito a la Parroquia de Doñinos de Salamanca al Rvdo. Sr. D. David González Porras, diácono permanente.**

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar la colaboración pastoral confiada con celo apostólico y fruto pastoral, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

Dado en Salamanca, el día diez de noviembre de dos mil diei.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor de los cáuones 564 - 566 Y 571 - 572 del Código de Derecho Canónico, de acuerdo con los párrocos de La Purísima, nombro al **Rvdo. Sr. D. Ezequiel Barbero Bellidc Capellán de la Residencia Asistida Provincial**, en la calle García Tejado 3 de 1.1 d11dad de Salamanca.

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar el oficio confiado con celo apostólico y fTuto pastoral, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

En Salamanca, el día diez de noviembre de dos mil diez.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor de los cánones 564 - 566 del Código de Derecho Canónico, nombro al **Rvdo. Sr. D. Juan Diez Miguel y al Rvdo. Sr. D. Argimiro García Sánchez Capellanes del Tanatorio Municipal “San Carlos”, en la ciudad de Salamanca.**

Invoco sobre estos queridos hermanos la asistencia del Espíritu Santo, para que puedan desempeñar el oficio confiado con celo apostólico y fruto pastoral, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Por el presente, a tenor de los cánones del Código de Derecho Canónico relativos a la potestad delegada, teniendo en cuenta las cualidades que concurren en su persona, nombro al **Rvdo. Sr. D. Emilio Vicente de Paz Delegado Diocesano de Liturgia.**

Invoco sobre este querido hermano la asistencia del Espíritu Santo, para que pueda desempeñar el oficio confiado con celo apostólico y fruto pastoral, para la gloria de Dios y la salvación de los hombres.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ
Obispo de Salamanca

Ordenaciones

Fecha	Nombre	Apellidos	Ordenación	Diocesano o no	Obispo ordenante	Lugar
08/05/2010	Pedro	Iglesias Curto	Presbiterado	Reparadores	D. Ricardo Blázquez Pérez	Parroquia de Alba de Tormes
10/05/2010	Daniel	Sevillano Pascua	Lector	Diocesano	D. Carlos López Hernández	Capilla Mayor de Calatrava
10/05/2010	Andrés	González Buenadicha	Lector	Diocesano	D. Carlos López Hernández	Capilla Mayor de Calatrava
19/06/2010	Francisco Javier	Mariana Torrecilla	Diácono	Legionarios de Cristo	D. Ricardo Blázquez Pérez-Arzbispo de Valladolid	Clerecia
19/06/2010	Jorge Carlos	Ranninger Hernández	Diácono	Legionarios de Cristo	D. Ricardo Blázquez Pérez-Arzbispo de Valladolid	Clerecia
19/06/2010	Pablo	Redondo Crespo	Diácono	Legionarios de Cristo	D. Ricardo Blázquez Pérez-Arzbispo de Valladolid	Clerecia
19/06/2010	Arquimedes	Sánchez Ginés	Diácono	Legionarios de Cristo	D. Ricardo Blázquez Pérez-Arzbispo de Valladolid	Clerecia
19/06/2010	Cristóbal	Vilarroig Martín	Diácono	Legionarios de Cristo	D. Ricardo Blázquez Pérez-Arzbispo de Valladolid	Clerecia
19/06/2010	José Ignacio	de la Barreda Manso	Diácono	Legionarios de Cristo	D. Ricardo Blázquez Pérez-Arzbispo de Valladolid	Clerecia
15/07/2010	Muarrapaz	Silva	Diácono	Misioneros de Marianhill	Superior Provincial	Parroquia de Fátima de Salamanca
15/07/2010	Anselmo José	Alfandega	Diácono	Misioneros de Marianhill	Superior Provincial	Parroquia de Fátima de Salamanca

Defunciones 2010

*Vosotros, que lo habéis dejado todo y me habéis seguido,
recibiréis cien veces más, y heredaréis la vida eterna.*

Rvdo. D. Bernardo Alonso Rodríguez	3-4-1010
Rvdo. D. Avelino Borrego Alonso	30-4-2010
Rvdo. D. Hilario Fernández del Rey	28-10-2010
Rvdo. D. Juan Polo Laso	31-10-2010

Vicaría Judicial

Nulidad de matrimonio: Muhammad - González

DECRETO

A pesar de las múltiples citaciones a las partes por todos los medios posibles (correo ordinario, correo certificado, por agencia, por correo electrónico por Fax, por teléfono...), según los datos facilitados por la madre de la contrayente, no ha sido posible comunicarse con ninguna de las partes.

Convencidos de que no era posible continuar el proceso, dada la incomparecencia de las partes, se ha optado por archivar la causa:

DECRETAMOS: Al ser imposible la comparecencia necesaria en toda causa de nulidad, archívense los autos.

Expóngase en el Tablón de anuncios de la Curia Diocesana Publíquese en el Boletín Oficial de la Diócesis de Salamanca

Notifíquese este decreto al Promotor de Justicia, al Defensor del Vínculo y al Registro Civil (Expediente 538/2008).

Dado en Salamanca a 10 de Noviembre de 2010.

El Vicario Judicial

Dispensationis super rato:
Vicente Ullán - Escudero Sánchez

DECRETO

VISTO el escrito de petición de dispensa de matrimonio rato y no consumado, presentado por D. Javier Vicente Ullán , natural de Santander, vecino de Salamanca, C/ Sarasate, nº 16, 3º A., del matrimonio contraído en la parroquia de Sancti Spiritus, de esta ciudad, con D^a. Marta Escudero Sánchez, natural y vecina de Salamanca, C/ Edison, nº 19-23, 2º A.,

Y constándonos :

1º.- Que esta petición presenta fundamento de derecho, y

2ª.- Que el Obispo de la Diócesis de Salamanca es competente para recibir el escrito de petición de dispensa por razón del domicilio de ambos, a tenor del c. 1699, pfº 1,

POR EL PRESENTE damos por recibido el escrito de súplica presentado por Don Javier Vicente Ullán y encomendamos a Vicario Judicial de nuestra Diócesis la ejecución de los restantes actos ante-procesales y ordenamos la instrucción de este proceso a Nuestro Tribunal Diocesano.

Dado en Salamanca a 16 de noviembre de 2010.

CARLOS LÓPEZ HERNÁNDEZ

Vicaría de Pastoral

Memoria del trabajo del Consejo Diocesano de Pastoral (Período 2004-2009)

El Consejo Pastoral Diocesano (= CPD) de la Diócesis de Salamanca, correspondiente al período 2004-2009, convocado y presidido en todos sus Plenos por el Sr. Obispo diocesano, D. Carlos López Hernández, tiene el siguiente recorrido en su fechas y trabajos:

- Es constituido en un Pleno celebrado el **27 de marzo de 2004**, bajo la presidencia de D. Carlos López Hernández, Obispo de Salamanca.

Ya en su primer Pleno, comienza a trabajar en la que ha sido una de sus tareas más importantes: la elaboración de un Plan Diocesano de Pastoral (= PDP). El objeto de su primer estudio es un Documento (= Doc.), elaborado por D. Juan José Calles Garzón, Vicario episcopal de Pastoral, titulado: *“Rema mar adentro desde la esperanza en Jesucristo Resucitado”*, basado en la Exhortación Post-sinodal de SS. Juan Pablo II, *“Ecclesia in Europa”* (= EiE), Roma 28 de junio 2003.

- El **28 de junio 2004** se celebra otro Pleno del CPD, en el que se sigue trabajando en las sugerencias y aportaciones a los aspectos negativos, positivos y propuestas de los siguientes apartados del citado Doc: 1/Dimensión evangelización: anunciar el Evangelio de la esperanza; 2/Dimensión litúrgico-celebrativa: celebrar el Evangelio de la esperanza; 3/Dimensión caritativa: servir el Evangelio de la esperanza; 4/Dimensión

comunitaria: hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión. Se crean, en el interior del Consejo, cuatro Talleres de trabajo para cada una de las dimensiones descritas anteriormente.

- El **27 de noviembre 2004** el Pleno del Consejo estudia las Propuestas que los diversos talleres de trabajo del Consejo han elaborado. Se dialoga, igualmente, sobre el itinerario a seguir para la elaboración del PDP. Hay diversas sugerencias y opiniones. El Pleno, a propuesta del Sr. Obispo, deja en manos de la Comisión Permanente del Consejo pastoral Diocesano (= CPCPD) la decisión de señalar caminos para tal fin.

- En el Pleno del **12 de febrero 2005**, D. Tomás Durán Sánchez, Vicario episcopal de Pastoral, presenta cuatro Temas de trabajo, para el estudio del Consejo, sobre las dimensiones de Misterio, Comunión, Evangelización y Servicio, para que sean tratados como consulta a toda la Diócesis. Estos Temas, basados en las Cartas a las Iglesias del libro neotestamentario del Apocalipsis (Ap 2-3), libro base de la Exhortación EiE, recogen aportaciones ya realizadas por este Consejo para la elaboración del PDP, pero invitan a toda la comunidad diocesana a seguir aportando sugerencias, en los aspectos negativos y positivos, en orden a una mejor vivencia de las dimensiones señaladas, al tiempo que pide propuestas pastorales para proseguir la elaboración del PDP. Estos Temas son aprobados por el Pleno y son enviados a toda la Diócesis para su trabajo.

- El día **25 de junio 2005**, se celebra un nuevo Pleno del CPD, en el que se presenta el Doc., elaborado por la Vicaría de Pastoral, "*Borrador para un proyecto marco de Pastoral diocesano. Propuestas de diálogo y estudio para la elaboración del Plan Diocesano de Pastoral*". Este Doc. lo han recibido previamente todos los miembros del Consejo. En él se resumen, en forma de Propuestas, 57 en total, todas las aportaciones diocesanas habidas, a los cuatro Temas aludidos en el apartado anterior. El citado Borrador está dividido en cuatro apartados: 1/Misterio; 2/Comunión; 3/Evangelización; 4/Servicio. Los miembros del Pleno del Consejo, por votación, escogen 2 ó 3 Propuestas de cada apartado con el fin de elaborar con ellas el futuro PDP. Se encarga a la Vicaría de Pastoral de que, con las propuestas elegidas y articuladas en torno a la Eucaristía, elabore un Borrador de Plan de Pastoral.

- Con las aportaciones y sugerencias de la CPCPD, y las propuestas elegidas por el CPD, la Vicaría de Pastoral elabora un “*Borrador del PDP*” que, previa entrega del mismo a los miembros del Consejo, se estudia en el Pleno del **5 de noviembre 2005**. Este Borrador de Plan de Pastoral está ensamblado sobre el texto de los discípulos de Emaús, Lc 24, 13-35.

No se terminaron las aportaciones al Borrador en este Pleno, pero se continúa en otro convocado y celebrado el día **9 de noviembre 2005**. Con todas las correcciones, aportaciones nuevas y sugerencias, se encomienda a la Vicaría de Pastoral la redacción última del PDP, para que sea propuesto al Sr. Obispo para su aprobación.

El Decreto episcopal que promulga el PDP, firmado y sellado por D. Carlos López Hernández, Obispo de Salamanca, entre otras cosas dice:

“...El Consejo Diocesano de Pastoral ha llevado a término el proceso de elaboración del nuevo Plan Diocesano de Pastoral, con una amplia colaboración de personas e instituciones de la comunidad diocesana. El resultado de sus trabajos ha quedado reflejado en una propuesta, que ha presentado al Obispo diocesano para su aprobación y publicación.

Con gratitud por la tarea celosamente realizada...por el presente DECRETO, ...apruebo y ordeno la publicación del Plan Diocesano de Pastoral titulado “Le reconocieron al partir el Pan” (Lc 24, 35), para que oriente la actividad pastoral...durante el trienio 2005-2008...

En Salamanca, a 30 de noviembre de 2005, fiesta del apóstol San Andrés.”

- En el Pleno del **25 de marzo 2006**, la CPCPD presenta al Pleno un proyecto de trabajo para la aplicación del PDP, especialmente sobre los objetivos específicos de cada uno de los cinco capítulos habidos en el PDP. Se recogen en el Acta las sugerencias y aportaciones de los miembros del Consejo.

- El **17 de junio de 2006** la CPCPD presenta un nuevo tema para el estudio y aportaciones del Pleno del Consejo: “*Iniciación de niños, adolescentes y jóvenes a la participación plena de la Eucaristía, en conexión con los sacramentos de la Iniciación y la familia*”.

Después de las deliberaciones se le encarga a la CPCPD que establezca un cauce de trabajo para continuar con el estudio de este tema.

- El 11 de septiembre de 2006 se reunió la CPCPD, bajo la presidencia del Sr. Obispo, y acordó que el Documento de la Conferencia Episcopal Española, *“La Iniciación cristiana”*, Madrid 1999, fuera estudiado en dos Plenos del CDP, abiertos a toda la comunidad diocesana. Y que para ello se invitara al sacerdote D. Donaciano Martínez, de la diócesis de Palencia.

A dichos Plenos fueron convocados formalmente todos los miembros del Consejo y se realizó la invitación a toda la Diócesis. Se celebraron los días:

- **28 de octubre 2006**, asistiendo unas 76 personas. Fue presentado el Capítulo 1º del citado Doc. de la Conferencia Episcopal.
- **14 de abril 2007**. Fueron presentados los capítulos 2º y 3º del señalado Doc.

De estos Plenos no existen Acta, pero sí una Nota adicional en el Acta del Pleno del 17 de junio 2006, que deja constancia de su celebración.

- El **14 de mayo de 2007** el CPD abordó, por acuerdo de la CPCPD, el siguiente tema: *“Situación actual de la pastoral del sacramento del Bautismo en los distintos arciprestazgos de la diócesis”*. D. Antonio Matilla, D. Fernando García y D. Javier Alonso Talegón, miembros del CPD, relatan, mediante un Informe, la situación de la pastoral pre-sacramental del Bautismo en los distintos arciprestazgos de la diócesis. Seguidamente hay un diálogo. Las aportaciones están recogidas en el Acta.

En un segundo momento del mismo Pleno, D. Jesús Terradillos, Delegado diocesano de Liturgia, expone el *“Ritual del Bautismo de niños”* (15 de mayo 1969). *Observaciones previas* (Praenotanda). Se detiene, principalmente, en los aspectos doctrinales y pastorales del mismo. Se recogen en Acta las aportaciones de los miembros del Consejo.

- El **24 de mayo 2007**, el Pleno del Consejo dialoga sobre una Ponencia que expone D. Miguel Sánchez Marugán, miembro del Consejo, sobre *“Pastoral familiar para ayudar a la Iniciación cristiana”*. Las aportaciones al tema están recogidas en el Acta.

- De nuevo, la CPCPD cree conveniente que el Pleno del Consejo debe deliberar sobre la pastoral referente al sacramento del Bautismo. Para ello elabora una Ficha de trabajo, que envía a todos los miembros del Consejo, juntamente con las páginas del “Directorio Diocesano de pastoral de Sacramentos”, Salamanca 2001, pp. 14-21, que se refieren al Sacramento del Bautismo. Se celebra el Pleno el **27 de abril 2008**.

- En el Pleno del **29 de noviembre 2008**, el Vicario de Pastoral presenta, para conocimiento del Consejo, el “*Plan de Unidades de Pastoral para la Diócesis de Salamanca*”, con los Mapas de las Unidades, y el Doc. “*Orientaciones para la constitución de las Unidades de Pastoral*”, realizado por la Vicaría de Pastoral.

- El **30 de mayo 2009**, previa realización del Orden del Día por parte del CPDPD, se convoca un Pleno para dialogar y ofrecer opiniones y propuestas sobre un “*Borrador de Estatutos del Consejo pastoral Diocesano*”, elaborado por el Sr. Obispo. Este Borrador, enviado previamente a todos los miembros del Consejo, es objeto de debate en el Pleno. Se recogen todas las aportaciones y sugerencias para incorporarlas a la redacción definitiva de los mismos.

Los nuevos “*Estatutos del Consejo Pastoral Diocesano*” son aprobados por el Obispo diocesano el día cuatro de agosto de 2009. Con ellos en vigor se celebran elecciones, en toda la Diócesis, para la constitución de un nuevo Consejo Pastoral Diocesano.

Salamanca, a 23 de enero 2010.

Consejo Pastoral Diocesano.

Acta del Pleno del día 23 de enero de 2010

El Pleno del Consejo Pastoral Diocesano (CPD), celebrado el 23 enero 2010, convocado y presidido por D. Carlos López Hernández, Obispo de Salamanca, comenzó a las 10, 30 de la mañana, con la oración de la Hora Intermedia de la Liturgia de las Horas.

Es el Pleno de la Constitución de un nuevo CPD, según los nuevos Estatutos del mismo, aprobados por el Obispo Diocesano el día cuatro de agosto de 2009.

Las primeras palabras son del Sr. Obispo, agradeciendo la asistencia a este nuevo Consejo, saludando y dando la bienvenida a cada uno y a todos los miembros del Pleno recién constituido.

Prosigue el Sr. Obispo dando gracias al Espíritu Santo, que suscita los diversos dones y carismas para la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Añade que cada uno de los presentes, con total disponibilidad, ha acogido la llamada del Señor a trabajar en su Viña. Sois una riqueza para la Iglesia, señala, y da las gracias por la fe que nos une y hace un llamamiento a fortalecerla y mantenerla en la unidad.

Seguidamente, el Sr. Obispo lee en los Estatutos del CPD el Preámbulo del mismo, deteniéndose en algún punto teológico y pastoral que le interesa resaltar. Asimismo hace una lectura del Artículo 2: Funciones del consejo de Pastoral; el Artículo 9: Funciones de la Comisión Permanente; y el Artículo 10: Reuniones de la Comisión Permanente.

A continuación el Vicario de Pastoral, Tomás Durán Sánchez, lee una *“Memoria del trabajo del Consejo Pastoral Diocesano”* (Periodo 2004-2009).

Y tras la lectura de esta Memoria, comienza el primer punto del Orden del Día: Presentación de los miembros del nuevo CPD. Cada miembro, además de decir su nombre y apellidos, relata su representación y, brevemente, algunas de sus tareas pastorales en la Parroquia, arciprestazgo, Instituto religioso, movimiento o comunidad a la que pertenece.

Al Pleno asisten 32 miembros, de los 36 que lo componen, y excusaron su asistencia Jesús Torres Fernández y Tomás Gil Rodrigo.

El segundo punto del Orden del Día es la elección de los miembros de la Comisión Permanente del CPD, que está constituida por el Obispo, el Vicario de Pastoral y siete miembros elegidos por el Pleno.

Procediendo a la votación, resultaron elegidos (en tercera votación cada uno de ellos), los siguientes miembros del Pleno, y por este orden de elección: Carmina Romo Pedraz, Alfonso Hernández García, Jorge García Gómez, Margarita García García-Téllez, Ángel Luis Fuentes de Arriba, Efreem Yildiz, Carmen Madrid de la Fuente.

A continuación, tras un breve descanso, comienza el tercer punto del Orden del Día: Diálogo y aportaciones de todos los miembros del Pleno, sobre temas de estudio y propuestas pastorales prácticas que puede tratar este CPD. Se produjeron las aportaciones que siguen.

En primer lugar el Sr. Obispo hace un resumen de las prioridades pastorales que él cree más importantes, en este momento, de la diócesis:

- Pastoral juvenil, preparación de la JMJ Madrid 2011. Hay que tener en cuenta las orientaciones para la pastoral juvenil, que se ofrecieron en la Semana de Pastoral 2009 dedicada al tema de la evangelización de los jóvenes.
- Aplicación de las Unidades de Pastoral, especialmente la instauración en nuestra diócesis de las Celebraciones dominicales en ausencia del Presbítero.
- Presentar en nuestra diócesis el Itinerario de Formación Cristiana para Adultos, preparado por la Conferencia Episcopal Española, en la Comisión episcopal de Apostolado Seglar.
- La posible instauración de un Catecumenado diocesano de adultos.
- Hay también otros temas: revitalizar la catequesis, la pastoral familiar, etc.

María Teresa Rodríguez Díez señala como temas interesantes los siguientes: Impulsar a los cristianos laicos a una presencia mayor en la vida pú-

blica y en el compromiso socio-cultural y político. Promover e impulsar las comunidades pequeñas como ámbito privilegiado para vivir la fe. Dedicar más tiempo a la evangelización y menos a tareas internas de la Iglesia.

Piedad Rivas Gonzalo pregunta qué respuesta diocesana se está dando al Plan de Unidades de Pastoral, decretado por el Sr. Obispo.

Efrem Yildiz destaca que es muy importante la formación de los laicos. Es de gran riqueza, señala, poder leer y conocer las grandes catequesis mistagógicas de los Santos Padres para profundizar en el propio Bautismo. Añade que debemos prepararnos para un testimonio público de la fe en medio de la sociedad, increíble en muchas ocasiones. Finaliza destacando la importancia de la educación en la fe dentro de la familia, y la oración común de la misma.

Antonia Rivas Pérez insiste en recuperar el entusiasmo y la ilusión, no dejándonos vencer del desánimo. Cree importantes los temas del Catecumenado de Adultos; una mayor comunión en la Iglesia y la tarea de acciones comunes de evangelización.

Javier Juárez Redondo ve muy importante el estudio de las Celebraciones en ausencia del Presbítero y preparar laicos para ello. También aboga por promover en las parroquias el Catecumenado de adultos.

Antonio Matilla Matilla anota como importantes las siguientes cuestiones. La necesidad de coordinar las iniciativas de caridad y acción social que existen. Integrar en la pastoral diocesana a las Órdenes Religiosas, especialmente en lo que se refiere a la pastoral de la infancia, adolescencia y juventud. Mayor atención a la pastoral familiar, especialmente a los matrimonios jóvenes. Discernimiento de la religiosidad popular: apoyo y purificación.

Jorge García Gómez piensa que no hay que desaprovechar el “Kairós” que supone la JMJ Madrid 2011 para la pastoral juvenil. Puede ser el momento para cimentar una buena pastoral juvenil-vocacional diocesana. También sugiere que ya que se realizó el Plan Pastoral y el Plan de Unidades Pastorales, se haga un seguimiento de ambas realidades y una evaluación de estos dos asuntos cuando corresponda.

Policarpo Díaz Díaz se ausentó del Pleno, pero dejó por escrito su aportación. Sugiere como posibles trabajos del CPD la elaboración de un nuevo Plan diocesano de pastoral; una mirada pastoral a las nuevas situaciones de la familia: separaciones, divorcios, parejas de hecho, etc. ¿Cómo afrontar unas respuestas pastorales que les ayuden? Que las Delegaciones (universitaria, familia y vida, juvenil, vocacional, apostolado seglar, etc.,) tengan realmente un calado diocesano, es decir, que tengan un engranaje real y operativo en los arciprestazgos y parroquias.

Inés Cruz Maillo también cree muy importante la pastoral familiar y la pastoral juvenil.

Francisco Javier Burguillo Muñoz apunta a que el trabajo de este Consejo tenga una metodología concreta de trabajo.

Efrem Yildiz señala que otro tema importante de estudio es el avance del islamismo en Europa.

Margarita García García-Téllez interviene para proponer como temas de estudio la familia y el Catecumenado de adultos. Insiste también en la oportunidad que supone para la pastoral juvenil la JMJ. Hay que darla a conocer apoyándose en los actuales medios de comunicación social y sus redes sociales. Ve importante también celebrar en la diócesis una Semana de Cine espiritual.

Alfonso Hernández García también piensa en la Pastoral juvenil como posible tema de estudio; y, anota, que la JMJ no sea el final de una actividad, sino el comienzo. Ve necesario, asimismo, que la Revista Comunidad sea más abierta y plural. Los Medios de comunicación Social son muy importantes para la evangelización.

Lorenzo González Delgado apuesta por favorecer, en la evangelización de la familia, la dimensión espiritual del matrimonio católico.

El Sr. Obispo cierra el turno de intervenciones agradeciendo las aportaciones y sugiriendo que sea la Comisión Permanente del Consejo quien establezca un programa de trabajo para el mismo. A lo que, unánimemente, los miembros del Pleno asienten.

En el apartado de Ruegos y Preguntas Teresa Rodríguez Díez pide que los miembros del Consejo participen en el mismo. Efram Yildiz pregunta por los autores de los libros de texto de religión en los colegios y sugiere un mayor rigor teológico y espiritual en sus contenidos. El Sr. Obispo le insta a que presente, por escrito, sus sugerencias al respecto.

Sin más asuntos que tratar, y después de una Oración final, terminó el Pleno del Consejo. Eran las 14,15 horas de la fecha señalada mas arriba.

Prioridades pastorales diocesanas

PERMANECED EN MI AMOR (Jn 15,1-17)

Necesitamos savia para vivir y más aún para dar fruto. Como los sarmientos la requieren del tronco de la vid¹. Sin la cepa ellos no son nada, no producen nada, y se secan². Necesitamos estar unidos al Señor y permanecer en Él³ para ser sus discípulos en este tiempo recio que vivimos y para llevar adelante la misión en medio de la encrucijada de la historia en la que nos encontramos. Aquí y ahora. En esta porción del Pueblo de Dios que camina como diócesis de Salamanca⁴. Se trata de que en medio del mundo pongamos una mesa con la copa del vino de la alegría⁵. Lo está suplicando, incluso sin saberlo, esta humanidad sedienta⁶. Lo está reclamando la creación entera⁷.

Estamos llamados a dar fruto en abundancia. Pero no lo lograremos si no permanecemos unidos noche y día a la Vid. Con la oración personal y comunitaria. Con la escucha y el estudio de la Palabra⁸. Con la celebración de la eucaristía como punto de arranque y término de la evangelización⁹. Porque la savia de la cepa es la sangre de la copa de la cena del Señor¹⁰. Y después de beberla a la mesa con Él, hay que hacerla correr por las arterias del

¹ Leemos en LG 6: “*La verdadera Vid es Cristo, que da vida y fecundidad a los sarmientos, es decir a nosotros, que permanecemos en Él por medio de la Iglesia y que sin Él no podemos hacer nada (Cf. Jn 15,1-5)*”.

² Jn 15,6b

³ Jn 1,9

⁴ Cf. ChD 11

⁵ Cf. Jn 2,10

⁶ Cf. Jn 4,15

⁷ Cf. Rom 8,23-25. Cfr. LG 48; GS 45. Que bien expresa San Juan de la Cruz este deseo ardiente de la creación -“las criaturas” dice él- por el agua de esta Fonte que es la Eucaristía: “*Aquesta eterna fonte está escondida en este vivo Pan por darnos vida, aunque es de noche. Aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras, porque es de noche*”.

⁸ Jn 15,3b.7

⁹ Cf. LG 11.26; SC 10; ChD 30; PO 5-6; PC 6; AG 9; UR 15

¹⁰ Jn 15,1; Cf. Mt 26, 28; Mc 14, 22-24; Lc 22, 19-22; 1Cor 11, 23-25.

mundo para que dé fruto y este permanezca¹¹. Que en medio de la sociedad comience a existir la humanidad nueva. Un grupo de gente sencilla, no muy numeroso, que lleve en el corazón la savia nueva del amor con que el Hijo nos ha amado¹². Una fraternidad de sacerdotes, fieles laicos y vida consagrada¹³, “*amigos*”¹⁴ íntimos del Señor, tal vez pequeña pero jubilosa¹⁵ y portadora de esperanza¹⁶, cuya existencia y comunión no dependa solo de una organización institucionalizada ni tampoco solo de un reparto de tareas o sectores; sino que surja, en primer lugar y sobre todo, de la participación de la vida de Jesús, de la recepción todos juntos de su Espíritu¹⁷, igual que la savia la reciben todos los sarmientos juntos del tronco de la vid.

Nos urge, hoy más que nunca, el enraizamiento¹⁸ y la permanencia en el amor de Cristo¹⁹ para llegar al testimonio y el compromiso cristiano veraz y duradero. Siendo conscientes, a la vez, de que incluso ahondando en esas dos necesidades los frutos nunca serán obra nuestra. Porque será realmente el Paráclito, el Espíritu de la fidelidad, el que nos adentrará en la plenitud de la entrega total y definitiva²⁰.

1. DESARROLLO DE LAS UNIDADES DE PASTORAL

1. Las Unidades de Pastoral son un medio imprescindible en la situación actual de la pastoral diocesana. Es compromiso del Obispo y de su Consejo el ir aplicando, con prudencia pero sin discontinuidad, el Decreto epis-

¹¹ Jn 15,16

¹² Jn 15,9.12-13

¹³ Cf. LG III-IV. VI

¹⁴ Jn 15,14-15; Cf. DV 2

¹⁵ Jn 15,11

¹⁶ Cf. LG 9

¹⁷ “*Gracias al apoyo del Espíritu Santo, la Iglesia crece (Cfr. Act 9,31). El es el alma de esta Iglesia. El es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio*” (Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi* 75. Roma 1975)

¹⁸ El Lema de la JMJ Madrid 2011 es: “*arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*” Col 2, 7. Es una llamada no solo para los jóvenes, sino para todos.

¹⁹ Jn 15,2

²⁰ Cf. Jn 14,16-17.26; 15,26; 16,7-11.13

copal²¹ de la Aprobación y aplicación del Plan de Unidades de Pastoral, del 25 de enero del 2009.

Para ello sigue siendo de gran utilidad el estudio y aplicación de las “*Orientaciones para la Constitución de las Unidades de Pastoral*”²², dadas por la Vicaría de Pastoral.

2. Las Unidades de Pastoral ya están diseñadas geográficamente mediante el Decreto citado.

- Hay un Mapa, revisable a los tres años, por tanto modificable, con 21 Unidades en el área urbana de Salamanca, y 32 en el área rural.
- Ya están establecidas en un Arciprestazgo rural, y están funcionando, algunas mas, dos-tres, en otros arciprestazgos. La valoración, hasta ahora, de las establecidas es muy positiva.
- Nuestro compromiso, del Obispo y el equipo de gobierno, es el ir creando cada curso pastoral las mas posibles²³, tanto en el mundo urbano como rural, con sus respectivos equipos apostólicos.

3. Creemos que es necesario avanzar en este camino por las siguientes razones, entre otras:

- Unidad para una misión participada: la iglesia es una comunidad de bautizados en Cristo, con diversidad de dones, ministerios y carismas para la misión. En el futuro será cada vez más necesaria esta unidad y complementariedad.

²¹ Mons. Carlos López Hernández, Obispo de Salamanca, *Decreto de Aprobación y aplicación del Plan de Unidades de Pastoral*, Salamanca 25 enero 2009.

²² Diócesis de Salamanca. Vicaría de Pastoral, *Orientaciones para la Constitución de las Unidades de Pastoral*, Salamanca 25 de enero 2009.

²³ “*La constitución de las Unidades de Pastoral, en todo caso, ha de realizarse de forma gradual para no generar tensiones inútiles o perniciosas que impidan llevar a buen puerto el proyecto. Si se encuentran resistencias para su creación en algunas comunidades concretas, habrá de procederse con cautela, ayudándolas a que comprendan que el cuidado pastoral de su comunidad no quedará reducido con el cambio, sino organizado de modo diferente y mas eficaz, abriendo nuevos espacios para la corresponsabilidad de todos*”. Cf. San José Prisco, J. *Derecho parroquial. Guía canónica y pastoral*, p. 94-95, Salamanca 2008.

- Situación de comunidades parroquiales cada vez más pequeñas. Parroquias sin párroco residente.
- Disminución progresiva de los Sacerdotes en activo, de las vocaciones sacerdotales y de vida consagrada.
- Necesidad de revitalizar verdaderas comunidades eclesiales, especialmente en la zona rural: con base humana suficiente. Vivas, fraternas y organizadas.
- Creación de equipos apostólicos²⁴: varios sacerdotes, laicos y hermanos y hermanas de la vida consagrada; corresponsables y evangelizadores.
- Necesidad de mejor distribución de los sacerdotes y de los recursos evangelizadores y apostólicos. También de los fieles-habitantes en las Unidades-Parroquias de la Ciudad.
- Fijar la residencia de los sacerdotes, los centros de reunión, formación y celebración. Racionalizar las inversiones económicas.
- Es una tarea de presente y de futuro en la que nuestra Diócesis se ha comprometido.

4. Nos parece importante para este desarrollo de las Unidades, señalar estas acciones como prioritarias:

- Crear en el Próximo Curso Pastoral 2010-2011 el Consejo Arciprestal²⁵ de Pastoral en *todos* los Arciprestazgos de la Diócesis en los que no esté constituido.

²⁴ “En toda la vida de la Iglesia buscaremos una espiritualidad de comunión que nace del Bautismo y de la Eucaristía. Para ello se crearán espacios comunitarios de oración, vida compartida y misión conjunta, entre los presbíteros, los laicos y los religiosos/as. Cf. Diócesis de Salamanca, *Plan diocesano de Pastoral “Le Reconocieron al partir el Pan”* (Lc 24, 35) 2005-2008, p.52.

²⁵ “Donde resulte útil pueden constituir servicios pastorales comunes para las parroquias del arciprestazgo, animados por grupos de sacerdotes, religiosos y laicos, para lo que es recomendable crear en cada arciprestazgo un Consejo pastoral arciprestal que, presidido por el arcipreste y formado por representantes de los consejos parroquiales, sacerdotes, religiosos y laicos, se encargue de coordinar la pastoral en el arciprestazgo, en sin-

- Para la creación de estos Consejos se servirán del *Estatuto-Marco de Consejo de Pastoral Arciprestal* ofrecidos por la Diócesis. Este *Estatuto-Marco*, una vez estudiado y adaptado a las circunstancias de cada Arciprestazgo, será entregado al Sr. Obispo para su aprobación.
- El sábado, **14 de mayo 2011**, por la mañana, en la Casa de la Iglesia, Salamanca, habrá un Encuentro diocesano, presidido por el Sr. Obispo, con todos los miembros de los Consejos de pastoral arciprestal constituidos en nuestra Diócesis.
- Allí donde estén ya establecidas las Unidades: programar actividades para todos los núcleos que forman la Unidad Pastoral (celebraciones - en rotación si es conveniente - actividades catequéticas, caritativas, etc.). Y Crear el Consejo Pastoral de la Unidad y el Consejo Económico de la Unidad (Cf. “*Orientaciones...*”).
- Allí donde no estén establecidas las Unidades de Pastoral: Ver la posibilidad de crear un Equipo Pastoral de las diversas parroquias en orden a ir creando paulatinamente la futura Unidad Pastoral (Cf. “*Orientaciones...*”). Establecer, mediante el diálogo dentro de ese Equipo, dos o tres acciones pastorales comunes de las parroquias que compondrán la futura Unidad.

2. JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD. MADRID 2011

Para la Preparación diocesana de la JMJ Madrid 2011²⁶ está establecida una Comisión Diocesana, con unas Comisiones Preparatorias y la Comisión Permanente²⁷. El trabajo ha comenzado y las expectativas son muy

tonía con los planes pastorales de la diócesis (ChD 30)”. Cf. San José Prisco, J. Derecho parroquial...o. c., p. 89.

²⁶ Las JMJ “...suelen ser una gran catequesis juvenil sobre Jesucristo que se desarrolla con gran alegría y como una experiencia maravillosa de Iglesia universal. Las Jornadas Mundiales de la Juventud se han convertido en uno de los mayores acontecimientos evangelizadores de la iglesia y son una gran escuela de pastoral juvenil” Cf. Entrevista con Mons. Carlos López Hernández, Diócesis de Salamanca, Rev. “*Comunidad*”, nº 545, Especial Navidad 2009.

²⁷ Mons. Carlos López Hernández, *Decreto Constitución de Comisiones para la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, agosto 2011*. Salamanca, 11 diciembre 2009.

satisfactorias. La Jornada Mundial de la Juventud es un acontecimiento de la Iglesia Universal que puede ayudar, y mucho, a la pastoral juvenil de las Iglesias Locales. Al menos, hay que hacer todo lo posible para que así suceda²⁸.

Pero queda mucho por trabajar. Mucho. Hay zonas de desaliento en cuanto a la pastoral juvenil en nuestra Diócesis. Es necesario presentar toda la temática sobre ese magno acontecimiento con cercanía, paciencia e información para vencer el posible desconocimiento y distancia²⁹ existentes hacia la MJJ. Lo realmente importante es con esta ocasión, y siempre, pasar el Evangelio³⁰ a los jóvenes, para que sean *“arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”*³¹.

²⁸ *“Hay quien afirma que en este campo la Iglesia universal, gracias a la Jornada Mundial de la Juventud, parece moverse más rápidamente que la iglesia local. En definitiva, la Jornada Mundial de la Juventud es una saludable provocación para la pastoral. Como dice alguien, la experiencia de las Jornadas Mundiales de la juventud, que interrumpe las prácticas educativas y pastorales establecidas y que con frecuencia toma por sorpresa y sin preparación a los sacerdotes, pone positivamente en crisis la pastoral juvenil ordinaria. ...Las Jornadas Mundiales de la Juventud, obviamente, no ofrecen recetas confeccionadas para cada ocasión. La experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud interpela mas bien a los responsables de la pastoral juvenil y a todos los educadores para que se replanteen continuamente el tema y no se detengan nunca en la búsqueda de nuevas formas...para educar a las generaciones jóvenes ...y en particular para ofrecerles el Evangelio”* Cf. Card. Stanislaw Rylko, *“Las Jornadas Mundiales de la Juventud: un don que compromete a toda la Iglesia”*, Discurso a la Conferencia Episcopal Española, Madrid abril 2010.

²⁹ Esta “distancia” la señala muy certeramente Benedicto XVI: *“Análisis en boga tienden a considerar estas jornadas como una variante de la cultura juvenil moderna, como una especie de festival rock modificado en sentido eclesial con el Papa como estrella...Hay también voces católicas que van en esta dirección, valorando todo como un gran espectáculo, incluso bonito, pero de poco significado para la pregunta sobre la fe y sobre la presencia del Evangelio en nuestro tiempo”* Cf. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana*. Roma, 22 de diciembre del 2008.

³⁰ Recordamos, de nuevo: *“La evangelización de los jóvenes, partiendo de su situación..., debe centrarse en un anuncio explícito de Jesucristo, tratando que vivan la eclesialidad desde la Eucaristía, iniciándoles a la oración..., ayudándoles a descubrir su vocación y a integrar su fe y su existencia en un proyecto de vida para la misión y el servicio a los pobres...”* Cf. Diócesis de Salamanca, *Plan Diocesano de Pastoral...o. c.*, p. 66

³¹ Col 2, 7

Todas las Comisiones Preparatorias, pero especialmente la de Pastoral y Actividades, presentarán un Programa, lo más dialogado posible, para el Curso Pastoral 2010-2011. Sencillo, atrayente, viable, moderado y fácilmente realizable. Por eso será de suma importancia *estar atentos a toda la Información que vaya llegando de las Comisiones Preparatorias.*

A. Es bueno tener en cuenta lo siguiente...

La Comisión Preparatoria de Pastoral necesita JÓVENES MENSAJEROS para recorrer, a ser posible, toda la Diócesis y animar a otros jóvenes a participar en las actividades programadas, especialmente a acudir a Madrid los días del 16 al 21 de agosto 2011. Sería muy bueno enviar un joven o dos por cada Unidad Pastoral, parroquia si es posible, Instituto religioso, movimiento, comunidad o cofradía, para que formen parte de este grupo de Mensajeros. Para ello podéis contactar con polidd@yahoo.es ¡Enviad jóvenes a esta Comisión!

En todos los arciprestazgos de la Diócesis es necesario crear una *Comisión de Pastoral juvenil arciprestal* formada por uno o dos sacerdotes y al menos tres-cuatro jóvenes del arciprestazgo. *Antes del quince de octubre 2010*, el Arcipreste, dará sus nombres y direcciones al Coordinador de la MJM Madrid 2011, para un trabajo comunitario y coordinado con las Comisiones preparatorias constituidas para celebrar este acontecimiento. Esta Comisión será un “*embrión del trabajo futuro*” en la pastoral juvenil y vocacional del arciprestazgo, en conexión con la diocesana.

B. ...y las siguientes fechas

- La CRUZ DE LOS JÓVENES vendrá a la Diócesis de Salamanca los días **27-31 de octubre 2010**. Hay que estar muy atentos al Programa que presente la Comisión de Actividades: seminario@diocesisdesalamanca.com ¡Es muy importante dar a conocer y participar en las actividades que se programen en torno a la Cruz gloriosa del Señor³²

³² Al acabar en Roma el Jubileo del 1984 Juan Pablo II entregó una Cruz a los jóvenes y les dijo estas palabras: “*Queridísimos jóvenes, al clausurar el Año Santo os confío el*

y el Icono de la Virgen María! Infórmate y únete a ellas. Sobre todo, invita a jóvenes.

- Los **DÍAS EN LAS DIÓCESIS (DED)** serán del **11 al 15 de agosto 2011**. En estos días, 3.000 jóvenes de todo el mundo, vendrán como invitados nuestros, para conocer nuestra Diócesis y participar en la JMJ de Madrid. Si quieres colaborar en su acogida contacta con la Comisión de Logística: directorcasadelaiglesia@diocesisdesalamanca.com ¡Hacemos un llamamiento especial a las parroquias y familias para que acojan a los jóvenes que vengan!
- La JMJ MADRID 2011 será los días **16-21 de agosto 2011**. Hemos de invitar a los jóvenes de toda nuestra diócesis a participar en la misma. A ella asistirá nuestro Obispo, unido a todos los jóvenes diocesanos que acudan. ¡Invitad a jóvenes! Información: polidd@yahoo.es
- El **25 de Septiembre 2010**, sábado por la mañana, lo señalamos con tiempo, se presentará a toda la Diócesis, en Asamblea Diocesana, el PROGRAMA COMPLETO DE ACTIVIDADES, que se tendrá con motivo de la llegada a Salamanca, **27-30 octubre 2010**, de LA CRUZ DE LOS JÓVENES.

Es muy conveniente invitar, a esta Asamblea, a todos los Agentes de Pastoral Juvenil de la Diócesis.

Si quieres participar, o animar a que otros lo hagan, en la JMJ Madrid 2011, además de los correos señalados, puedes acudir a:

- para la Comisión de Medios de Comunicación Social: abc@alrostrodedios.com

signo del Año Jubilar: ¡la Cruz de Cristo! Llevadla por el mundo como signo del amor del Señor Jesús a la humanidad y anunciad a todos que sólo en Cristo muerto y resucitado hay salvación y redención". Y así ha ocurrido: la Cruz ha peregrinado por el mundo. ¡Cuántas oraciones de jóvenes ante esta Cruz! ¡Han sido innumerables los jóvenes que, encontrándola, la han querido tocar con sus manos! Juan Pablo II no tuvo miedo de poner a los jóvenes delante del misterio de la Cruz; nunca temió plantearles todas las exigencias de la fe.

- para la Comisión de Voluntariado: voluntariado@caritasalamanca.org
- para Relaciones Institucionales: florengs@hotmail.com

No debemos olvidar que el Objetivo principal de la JMJ es, aprovechando “*el tirón*” de este acontecimiento, dinamizar e impulsar la pastoral juvenil ordinaria de nuestra Diócesis³³. Es una ocasión que el Espíritu Santo nos brinda y que no debemos desaprovechar³⁴.

3. CATECUMENADO DE ADULTOS

En nuestra Diócesis observamos, cada vez más, una amplia y compleja variedad de situaciones en los destinatarios de la Iniciación Cristiana. Este sólo hecho exige una respuesta adecuada que incluya una evangelización más *misionera* y un tratamiento pastoral más diversificado, al menos ante estas circunstancias:

- Padres que piden el Bautismo para sus hijos. Junto a los que viven en la Iglesia, hay muchos otros que están alejados de toda práctica religiosa o en situaciones canónicamente irregulares.

³³ De nuevo retomamos el discurso de Benedicto XVI: “*Las Jornadas Mundiales de la Juventud no consisten sólo en esa única semana en la que se hacen visibles al mundo. Hay un largo camino exterior e interior que conduce a ella...El Papa no es la estrella en torno a la cual gira todo. Él es totalmente y solamente vicario. Remite al otro que está en medio de nosotros...*” Y añade: “*Como un largo camino precede las Jornadas Mundiales de la Juventud, así también de él deriva el camino sucesivo*”. Cf. Benedicto XVI, *Discurso a la Curia Romana...*

³⁴ “*Somos conscientes de que la evangelización de los jóvenes depende de las Jornadas Mundiales de la Juventud, pero por ello mismo no son una realidad que basta por sí sola. Deben estar orgánicamente integradas en la pastoral juvenil ordinaria, comprendida como un esfuerzo paciente y perseverante de iniciación cristiana y de educación de las jóvenes generaciones en la fe. Detrás de cada Jornada Mundial de la Juventud existe y siempre debe existir un trabajo pastoral de las diócesis y parroquias, así como una obra educativa de asociaciones y movimientos eclesiales. Las Jornadas Mundiales de la Juventud deben prepararse y tener un seguimiento en las comunidades cristianas*” Cf. Card. Stanislaw Rylko, “*Las Jornadas Mundiales de la Juventud: un don que compromete...*”.

- Adultos que desean celebrar el Bautismo y los demás sacramentos de la Iniciación Cristiana.
- Niños no bautizados y llegados al uso de la razón, que piden el Bautismo.
- Adultos bautizados que han recibido el Bautismo pero no han completado la Iniciación Cristiana y desean realizarla.
- Y aquellos, que habiendo completado la Iniciación Cristiana, quieren seguir formándose para profundizar su fe.

El Concilio Vaticano II en la Constitución sobre la Sagrada Liturgia dispone: “*restáurese el catecumenado de Adultos, dividido en distintas etapas y grados, cuya práctica dependerá del juicio del ordinario del lugar*”³⁵. El Decreto sobre la función pastoral de los Obispos, encomienda a éstos, como tarea propia de su función de enseñar “*esforzarse en establecer el catecumenado de adultos*”³⁶. Junto a esto la Constitución Dogmática sobre la Iglesia muestra a ésta ejerciendo su función maternal con los catecúmenos que piden ser incorporados a la iglesia, “*a éstos la madre Iglesia los abraza ya con amor tomándolos a su cargo*”³⁷.

Durante el Curso Pastoral 2010-2011, queremos instaurar en nuestra Diócesis el Catecumenado de Adultos. Pero para llegar a ofrecer este servicio, tan importante, en nuestra Diócesis, deseamos antes conocer bien el camino catecumenal: su teología, aplicación en el ámbito diocesano, conocer otras experiencias en Diócesis parecidas a la nuestra, valorar la organización de la infraestructura necesaria que supone su instauración, cómo promover la sensibilización sobre este cuestión pastoral en toda la comunidad diocesana y asegurar la acogida favorable de este nuevo servicio. El Obispo, como responsable directo de la pastoral de la iniciación cristiana, puede establecer como cauce de ayuda un “*Servicio Diocesano para el Catecumenado*”³⁸.

³⁵ SC 64

³⁶ ChD 14

³⁷ LG 14

³⁸ Cf. Conferencia Episcopal Española, “*Orientaciones pastorales para el Catecumenado*”, n° 37, Madrid 1 de marzo 2002.

4. FORMACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS

La Comisión Episcopal de Apostolado Seglar (CEAS), de la Conferencia Episcopal Española, ha elaborado un *Itinerario de Formación cristiana de Adultos* “*Ser Cristianos en el corazón del mundo*”³⁹.

Nos parece importante darlo a conocer e instaurar, donde parezca conveniente y posible, en nuestra Diócesis. En este Itinerario se desarrollan una serie de Temas, ordenados sistemáticamente, y que ofrecen una visión de conjunto del mensaje cristiano en orden a la formación cristiana de adultos⁴⁰.

- Para ello la Delegación diocesana de Apostolado Seglar ofrecerá, e informará de ello, los cursillos y el material necesario para la puesta en práctica de este Itinerario de Formación.
- Es muy importante la creación de Guías que acompañen los Grupos que se formen. A ellos va dedicados, especialmente, los cursillos que se programen. Pueden ser Guías los párrocos, laicos, religiosos/as... etc.

Es cada vez más necesario un laicado con formación, capaz de estar “*prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere*”⁴¹. En una sociedad y cultura como la nuestra, necesitada de una nueva evangelización, “*los laicos han de formarse especialmente para entablar un diálogo con los demás, creyentes o no creyentes, con el fin de manifestar a todos el mensaje de Cristo*”⁴².

³⁹ Cf. Conferencia Episcopal Española. Apostolado Seglar (CEAS), *Itinerario de Formación Cristiana de Adultos. Tomo 0, Presentación y Guía del acompañante. Ser cristiano en el corazón del mundo*. Edice, Madrid 2008.

⁴⁰ “*Para ayudarnos en esta hermosa tarea, la iglesia pone en nuestras manos un nuevo itinerario de formación cristiana para adultos que, bajo el título Ser cristianos en el corazón del mundo se pone al servicio de la formación de los laicos en nuestras diócesis. Se trata de una oferta abierta a todas aquellas personas que necesiten esta formación, muy especialmente en las parroquias. Dado su planteamiento catequético y formativo básicos, se ofrece a todos cuantos lo necesiten: parroquias, grupos, movimientos, asociaciones, etc.*” Cf. Introducción. *Tomo 0, Presentación y Guía del acompañante. Ser cristiano en el corazón del mundo*, o. c. p. 31.

⁴¹ Cf. 1Pe 3, 15-16.

⁴² Cf. AA 31

5. CELEBRACIONES DOMINICALES EN AUSENCIA DE PRESBITERO

El Curso Pastoral pasado (2009-10) se presentó a toda la Diócesis un Temario⁴³ para estudiar y conocer el *Directorio*⁴⁴ para las *Celebraciones dominicales en ausencia de Presbítero* (Congregación para el Culto Divino, Roma 2 junio 1988).

Algunos arciprestazgos lo están estudiando⁴⁵ y les está sirviendo como preparación para una posible instauración de estas Celebraciones en sus Parroquias y Unidades de Pastoral.

Animamos, a toda la comunidad diocesana a un estudio, al menos personal, del citado Temario.

- Para este Curso 2010-11, el Sr. Obispo está trabajando en un Borrador de Directorio diocesano que fije las posibilidades y condiciones necesarias para la aplicación de estas Celebraciones en nuestra Diócesis. Este Borrador se dará a conocer para recoger aportaciones, correcciones y sugerencias.

⁴³ Diócesis de Salamanca/Vicaría de Pastoral, *Celebraciones dominicales en ausencia de presbítero. Fichas de trabajo y estudio*. Salamanca 2009.

⁴⁴ Traducción española: *Pastoral Litúrgica*, 183-184 (1989). 17-31.

⁴⁵ No estaría mal que en todos los arciprestazgos se realizara lo que recomienda nuestro último Plan de Pastoral: “*En cada arciprestazgo, en un diálogo interparroquial de los sacerdotes y de los consejos parroquiales, donde los haya, valorar con sinceridad los horarios de las eucaristías: excesos, multiplicidad, coincidencia de horarios, dispersión de los fieles dentro del mismo territorio, número de sacerdotes, etc.*” Cf. Diócesis de Salamanca, *Plan Diocesano de Pastoral...o. c.*, p. 37.

Conclusiones finales de los trabajos en los talleres

Semana Diocesana de Pastoral 2010

“Permaneced en mi Amor” (Jn 15,9)

20 al 25 de septiembre 2010

1. Las *Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ)* son una gran Catequesis juvenil sobre Jesucristo que se desarrollan con gran alegría y como una experiencia maravillosa de la Iglesia Universal. Las JMJ se han convertido en uno de los mayores acontecimientos evangelizadores de la Iglesia y son una gran escuela de la pastoral juvenil.

“Los cuatro días de Madrid es lo menos importante”; la JMJ debe ser *“una saludable provocación”* a la pastoral diocesana. El gran objetivo es, aprovechando la Gracia de este acontecimiento, dinamizar e impulsar la pastoral juvenil ordinaria de nuestra Diócesis. Es una ocasión que el Espíritu Santo nos brinda y que no debemos desaprovechar. Lo más importante es el camino previo de preparación y el camino posterior que genere este evento tan singular. Hemos de estar atentos al paso del Señor para dejarnos incendiar de su fuego (Cf. Lc 24,13-35) para evangelizar a los jóvenes. Todos: jóvenes, familias, catequistas, sacerdotes...

Taller 1: JMJ Madrid 2011: preparándonos para ir y preparándonos para volver (Propuestas):

- La JMJ es una experiencia de alegría de la fe en Jesús. Hay que motivar a los jóvenes a participar en Madrid (16-21 agosto 2011); es de gran enriquecimiento por el conocimiento de otros jóvenes con deseos de crecer en la fe y transformar el mundo. Hay que invitarles con las mismas palabras de Jesús: “ven y verás...”
- Hay que preparar el “después” de la JMJ: asegurar comunidades de referencia, continuar con la misma calidad de propuestas que les enganchen...; mantener el “salir” al encuentro de los jóvenes, seguir ofreciéndoles experiencias concretas; crear variedad de plataformas evangelizadoras...

Taller 5: JMJ Madrid 2011: una mirada a lo esencial de cada actividad (Propuestas):

- Anuncio explícito de Jesucristo en la Actividades de la Acogida de la Cruz y el Icono de María (27-31 octubre 2010). El nombre de Jesús, su Misterio Pascual, es lo que puede alentar y transformar la vida de los jóvenes, hoy. Pero hacerlo con pedagogía y mistagogía para que lo reciban como Buena Noticia.
- El proceso de preparación a las Actividades y el camino a seguir después con los jóvenes que participen es tan importante como las actividades mismas. Nuestro objetivo ha de ser claramente revitalizar la pastoral juvenil diocesana.

Taller 9: JMJ Madrid 2011: Abrir los brazos y ensanchar el corazón en la acogida

(Propuestas):

- A los 3.000 jóvenes que la Diócesis de Salamanca va a acoger en los Días en las Diócesis (11-15 agosto 2011), hemos de acogerles con gozo, como una verdadera familia que recibe a unos hijos y hermanos; aprendiendo de ellos, de su fe y su cultura. Las familias y las parroquias deben abrirse generosamente y mostrarles la riqueza de nuestra vivencia de la fe, para que se sientan como en casa.
- Para la acogida de los peregrinos son clave los Párrocos. Son los que pueden motivar a los fieles. Saldrán familias de las parroquias si lo párrocos motivan y entusiasman. Para ello el Párroco tiene que estar motivado y entusiasmado. Es necesaria esta motivación en todos los ámbitos: en el mundo rural y en la ciudad.
- Es necesario crear un equipo que recorra diversos ámbitos de la Diócesis, especialmente las parroquias y las familias, para animar, motivar e informar de cara a la acogida de los peregrinos. Pedimos que todas las instituciones diocesanas se abran a esta información.
- Necesitamos voluntarios. Hay que informar y recabar voluntarios en la Escuela Oficial de Idiomas, en la Facultad de Traducción, etc.

2. El *Itinerario de Formación Cristiana de Adultos* es importante darlo a conocer

e instaurarlo, donde parezca conveniente y posible, en nuestra Diócesis. En este Itinerario se desarrollan una serie de Temas, ordenados sistemáticamente, y que ofrecen una visión de conjunto del mensaje cristiano en orden a la formación cristiana de adultos.

Es cada vez más necesario un Laicado con formación, capaz de estar “*prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere*” (1Pe 3,15-16). En una sociedad y cultura como la nuestra, necesitada de una nueva evangelización, “*los laicos han de formarse especialmente para entablar un diálogo con los demás, creyentes o no creyentes, con el fin de manifestar a todos el mensaje de Cristo*” (AA 31).

Talleres 3, 7 y 11: Itinerario de Formación Cristiana de Adultos I-III (Propuestas):

- Se invita a toda la Diócesis a considerar todo este Itinerario como uno de los objetivos prioritarios para este curso, a que este método de formación se ponga en práctica en todos los lugares posibles: arcipresbiterios, unidades pastorales, parroquias, comunidades religiosas, movimientos laicales, asociaciones, cofradías, hermandades, congregaciones... o cualquier otro grupo de adultos cristianos que quieran una formación cristiana en profundidad, y llegar así a una fe personalizada, comunitaria y comprometida.
- La Delegación de Apostolado Seglar ayudará, impulsará y acompañará, de manera subsidiaria, la puesta en funcionamiento de grupos que inicien el Itinerario de Formación. Para ello: **TODOS LOS JUEVES DE OCTUBRE 2010 (7, 14, 21, 28), a las 20, 30 horas, en la Casa de la Iglesia**, habrá reuniones abiertas para este fin: reflexión sobre la metodología, formación y coordinación de los acompañantes, ejercicios prácticos, facilitar Guías para los Grupos que se inicien y lo deseen... Formación de Grupos con personas que no encuentren facilidad en sus grupos de origen o laicos no asociados...
¡¡Dad a conocer esta oportunidad!! ¡¡Participad en ella!! Se informará de todo ello.

3. *Los jóvenes y las personas adultas que desean recibir el Bautismo* son cada vez más. Esta situación se planteó desde los inicios del anuncio del Evangelio. Los primeros oyentes de la Buena Noticia dijeron a los apóstoles: “¿*Qué hemos de hacer?* Pedro les contestó: *Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados*” (Act 2,37-38).

Que haya jóvenes y adultos que eligen conscientemente hacerse cristianos es un signo alentador. Son los pioneros de los futuros caminos del cristianismo en una sociedad que va siendo cada vez menos cristiana y, precisamente por eso, se convierten en testigos de la fe. Las experiencias que se llevan a cabo en el marco del *catecumenado de adultos* adquieren un significado paradigmático. El Directorio General de la Catequesis ve incluso el catecumenado como la fuente de inspiración para toda catequesis y como el “*modelo inspirador de su [de la Iglesia] acción catequizadora*” (DGC 90). Estos “*nuevos cristianos*” pueden ayudarnos en nuestra búsqueda de una catequesis para nuestro tiempo, y esta es la pregunta que debe servirnos de guía: ¿cómo se hace uno cristiano hoy, como se hace uno discípulo de Jesús?

Taller 2: El Ritual de Iniciación Cristiana de Adultos (RICA), paradigma de la Iniciación cristiana (Propuestas):

- Sería bueno, conforme al deseo de nuestro Obispo D. Carlos, expresado en el Decreto para la Constitución de las Unidades de Pastoral en el que se dice: “*Hay que ofrecer la Catequesis de Adultos en forma de proceso catecumenal estructurado. Puede servir para completar la Iniciación cristiana el descubrimiento de la fe y la conversión a Jesucristo; conocer y pedir ayuda a comunidades y movimientos con un camino probado*”.
- Debemos ofrecer, también, a los padres y madres, itinerarios de formación en la fe, en las diversas modalidades que ya están dando frutos en nuestras parroquias: escuela de padres, catequesis familiar, grupos bíblicos, etc.
- Iniciar y potenciar la catequesis de adultos, en los tres niveles: diocesano, arciprestal y parroquial.

Taller 6: Catecumenado para adultos no bautizados. Experiencia de una Diócesis (Propuestas):

- Instaurar el Servicio diocesano de Catecumenado de Adultos.
- Formar Catequistas especializados en el Catecumenado de Adultos
- Dar a conocer a toda la Diócesis el Catecumenado de Adultos.

Taller 10: Catecumenado para jóvenes que no han completado la iniciación cristiana: jóvenes no confirmados (Propuestas):

- Que haya una personalización del proceso por parte del catequista con respecto al catequizado. Acompañamiento y conocimiento de la situación de la persona. Cuidar mucho el tiempo “después” de la Catequesis.
- Adecuada preparación del Catequista. Conocimiento del Ritual de Confirmación, del RICA.
- Que con motivo de la celebración del matrimonio, se invite y se exhorte a la conclusión de la Iniciación cristiana.

4. *La evangelización de los jóvenes* es una tarea importante y urgente. En varias ocasiones hemos recordado lo que sobre este tema decía nuestro último Plan Diocesano de Pastoral¹; también, ahora, de nuevo, lo señalamos: “*“La evangelización de los jóvenes, partiendo de su situación..., debe centrarse en un anuncio explícito de Jesucristo, tratando que vivan la eclesialidad desde la Eucaristía, iniciándoles a la oración..., ayudándoles a descubrir su vocación y a integrar su fe y su existencia en un proyecto de vida para la misión y el servicio a los pobres...”* . Y todo esto se ha querido impulsar en esta Semana de Pastoral con dos Talleres.

Taller 8: Proponer la fe a los jóvenes hoy. Caminos de renovación para la pastoral juvenil (Propuestas):

- Unir pastoral juvenil y pastoral familiar.
- Fortalecer al sujeto de pastoral.
- Generar un equipo de pastoral juvenil

¹ Cf. Diócesis de Salamanca, *Plan diocesano de Pastoral “Le Reconocieron al partir el Pan”* (Lc 24, 35) 2005-2008, p. 66.

Taller 12: Itinerarios de encuentro: Jesús y los jóvenes (Propuestas):

- Hacer realidad a lo largo del año la formación de un equipo permanente y plural de pastoral juvenil diocesana que trabaje de cerca con todos los arciprestazgos.
- Formar un foro o plataforma para compartir experiencias y necesidades de los agentes de pastoral juvenil.
- Salir al encuentro de los jóvenes allí donde se encuentren para sembrar con paciencia y sin descanso.

5. *La Catequesis de los niños* sólo ha tenido dedicado un Taller, pero muy significativo e importante para nuestra pastoral y, Dios quiera, que sus Propuestas encuentren cauce de aplicación diocesana. En la Carta que los Obispos españoles escriben a los niños les dicen: “*A vosotros, los hijos mas pequeños de la iglesia, va dirigido este Catecismo titulado **Jesús es el Señor**. Este catecismo es mas que un libro, es un tesoro, pues contiene la Buena Noticia que la iglesia, nuestra Madre, nos enseña: Dios nos ha entregado su amor por medio de su único Hijo, Jesús, nacido de la Virgen María*”. La Catequesis, pedagógicamente, debe llevar a que los niños se dejen “sorprender y alcanzar” por su Amigo Jesús.

Taller 4: Presentación de la Guía Pedagógica del Catecismo “Jesús es el Señor” (Propuestas):

- Que los catequistas de la misma etapa se formen y trabajen juntos (parroquial-arciprestalmente) para concretar y trabajar y completar la Guía. Es conveniente tener en las parroquias grandes una biblioteca básica...
- Conocer bien el Catecismo *Jesús es el Señor* y la Guía y las claves con las que está hecha. Hacer cursos de presentación y profundización en el ámbito más conveniente: diocesano, arciprestal y parroquial.
- En cada parroquia, programar la catequesis al ritmo del Año Litúrgico y teniendo en cuenta cómo trabajar el mismo catecismo en 3 años distintos. También, al programar, ha de implicarse en la tarea catequética el resto de la comunidad.

Iglesia en Castilla

Nombramientos episcopales

D. RICARDO BLÁZQUEZ PÉREZ, *Arzobispo de Valladolid*

13 de marzo de 2010/17 de abril de 2010

Nació en Villanueva del Campillo el 13 de abril de 1942

Ordenado sacerdote el 18 de febrero de 1967

Sacerdote diocesano de Ávila

Ordenado obispo el 29 de mayo de 1988

Obispo auxiliar de Santiago de Compostela de 1988 a 1992

Obispo de Palencia de 1992 a 1995

Obispo de Bilbao de 1995 a 2010

D. BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA, *Arzobispo de Toledo*

16 de abril de 2009/21 de junio de 2009

Nació en Aldea del Fresno (Madrid) el 27 de enero de 1944

Ordenado sacerdote el 3 de abril de 1972

Sacerdote diocesano de Madrid

Ordenado obispo el 20 de diciembre de 1987

Obispo de Osma-Soria de 1987 a 1995

Obispo de Salamanca de 1995 a 2002

Arzobispo de Valladolid de 2002 a 2009

D. ESTEBAN ESCUDERO TORRES, *Obispo de Palencia*

9 de julio de 2010/29 de agosto de 2010

Nació en Valencia el 4 de febrero de 1946

Ordenado sacerdote el 12 de enero de 1975

Sacerdote diocesano de Valencia

Ordenado obispo el 13 de enero de 2001

Obispo auxiliar de Valencia de 2001 a 2010

Obispo de Palencia desde 9 de junio 2010

Se convierte en el obispo cien de la historia de la diócesis palentina y sustituye a José Ignacio Munilla.

“Estuve en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25, 36)

Carta de los Obispos de Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora sobre la atención pastoral en el Centro Penitenciario de Topas.

Con motivo de la fiesta de Nuestra Señora de la Merced tuvimos la dicha de celebrar la Santa Misa en la prisión de Topas con distintos grupos de personas internas en ese Centro. Desde la llegada al centro penitenciario hasta la salida del mismo pudimos gozar de la acogida cordial y del afecto sincero. tanto de los funcionarios del centro penitenciario como de quienes allí viven privados de libertad. Pero, sobre todo. experimentamos la universalidad de la Iglesia y la presencia de Jesucristo Resucitado en medio de aquella asamblea de hermanos, pues el mismo Señor y la misma fe nos congregaban a hombres y mujeres de distintas nacionalidades en la alabanza, la acción de gracias y la súplica confiada al Padre común.

Al salir de la prisión. después de dar gracias a Dios por los dones de la fe y de la esperanza experimentamos un profundo desgarramiento en nuestro corazón al pensar en los miles de personas que, en la prisión de Topas o en otros centros penitenciarios. viven aislados del mundo, privados de libertad y olvidados por casi todos. En la actualidad la población reclusa, según los últimos informes, asciende a 76.090 y somos el país de la Unión Europea con la mayor tasa de reclusos:] 57 por cada 100.000 habitantes. Cada año se produce un aumento del número de internos. que a veces supera la capacidad normal de los Centros penitenciarios, empeora las condiciones de vida de los internos y dificulta la tarea de los funcionarios.

EL RECLUSO Y SU SITUACIÓN VITAL

En los medios de comunicación hallamos a diario información sobre delitos frecuentes en nuestra sociedad, tales como el tráfico de drogas, el robo y el hurto. Durante estos últimos años ha crecido también el número de delitos relacionados con las infracciones de tráfico y con la violencia doméstica, especialmente contra las mujeres.

Ante la constatación de estos hechos delictivos, todos tenemos muy claro que la sociedad tiene derecho a protegerse contra quienes atentan con-

tra la seguridad de sus miembros o contra sus legítimos bienes. Por ello pide la intervención de las Fuerzas de Orden Público y, en determinados casos, exige un endurecimiento de las penas privativas de libertad para los delinquentes. Con frecuencia suele decirse que éstos se han buscado el ingreso en la prisión con su conducta y, consecuentemente, debe caer sobre ellos todo el peso de la ley, hasta que cumplan las penas estipuladas en el ordenamiento jurídico por sus actuaciones equivocadas y delictivas. Ciertamente, el ser humano es responsable de sus actos y, por tanto, debería actuar en todo momento teniendo en cuenta la repercusión de los mismos en sus semejantes o en la convivencia social.

Ahora bien, sin quitar un ápice a lo dicho, cuando analizamos la realidad familiar y social de quienes delinquen y son privados de libertad por sus comportamientos delictivos, descubrimos un conjunto de situaciones que influyen decisivamente en el desarrollo de su personalidad y en su actuación a lo largo de los años. Muchos reclusos, sin culpa alguna por su parte, han nacido en el seno de familias desestructuradas, han crecido en un ambiente social enfermo, han tenido que hacer frente a graves problemas económicos y han vivido con profundas carencias educativas y afectivas.

Estas condiciones negativas de vida impiden en bastantes ocasiones a quienes las padecen conseguir una formación integral o lograr una estabilidad en la vida y, en consecuencia, acceder a un puesto de trabajo. Partiendo de estos antecedentes, la delincuencia suele ser la salida no buscada ni deseada, pero que aparecerá desgraciadamente, mientras no se pongan los medios necesarios y adecuados por parte de las instituciones y de la misma sociedad para erradicar las causas que la producen, tanto de orden espiritual y moral, como de orden social, tales como la pobreza, la marginación, las graves injusticias sociales y las enormes desigualdades económicas que todos percibimos en nuestra sociedad.

Por lo que se refiere a las causas de orden moral, subrayamos la decisiva influencia de la idea de libertad humana tan difundida en nuestra sociedad. Si la libertad se entiende como la simple capacidad de tomar decisiones sin ser coaccionado por nada ni por nadie y sin referencia alguna a la verdad y al bien, no debería extrañarnos el crecimiento de los comportamientos delictivos, especialmente en los jóvenes. Si no existe Dios ni una

verdad absoluta, a quienes referir nuestros comportamientos, cada uno puede actuar según sus gustos, caprichos y apetencias, sin tener en cuenta para nada a los demás y sin referencia a los valores éticos, morales y espirituales. De este modo la libertad corre el riesgo de conducir al egoísmo más brutal. Si no se tiene en cuenta la moralidad de los actos humanos, se equipara lo legal y lo ético, y lo legal queda privado de fundamento y de motivación para su cumplimiento, más allá de la mera coacción. Cuando se debilitan o desaparecen las razones morales, queda debilitado el orden legal y favorecido el crecimiento de la delincuencia.

ABRIR LOS OJOS A LA SITUACIÓN DE LOS ENCARCELADOS

Es por desgracia lo más frecuente que la sociedad mire para otro lado cuando se encuentra con la situación de la delincuencia, de las prisiones y de los presos. Toda la responsabilidad en la atención a los reclusos suele recaer en los responsables de las instituciones penitenciarias y en los funcionarios de prisiones. En este sentido hay que alabar los esfuerzos realizados durante los últimos años con el fin de impulsar la programación de actividades educativas y formativas dentro de la prisión como el camino más adecuado para la reinserción de los reclusos. Asimismo es necesario valorar y reconocer los planteamientos alternativos a la prisión, como pueden ser los trabajos en favor de la comunidad y los centros de reinserción social, teniendo en cuenta la levedad de las penas cometidas y el arrepentimiento de los delincuentes.

Ahora bien, es un hecho socialmente reconocible que la reclusión en los centros penitenciarios no está consiguiendo ni la disminución de la delincuencia ni la reinserción social de la mayor parte de las personas que pasan por la cárcel. El ordenamiento penitenciario señala, entre los fines de las instituciones penitenciarias, la reeducación del delincuente mediante una pedagogía personalizada y adecuada a la realidad de cada interno; sin embargo, en la práctica, solo se consigue el castigo. La solución de este difícil problema no nos corresponde a nosotros y supera nuestra capacidad. Nos atrevemos solamente a indicar que la reeducación y reinserción social requieren una transformación de la mente y del corazón de cada interno en el centro penitenciario, para que llegue a actuar de acuerdo con la escala de valores.

En orden a la reinserción social del delincuente, todos los miembros de la sociedad debemos valorar la importancia del acompañamiento, cercanía y consejo a quienes son acusados de comisión de delitos en los momentos previos a la celebración del juicio y, posteriormente, a los ya condenados a penas de prisión. La experiencia nos dice que, en muchos casos, quienes han delinquido pasan por la más terrible soledad y por el abandono total. Si tenemos en cuenta que el encarcelado debe ser reinsertado nuevamente en la sociedad, ésta debería acompañarlo en todo el proceso con profundo cariño, para acogerlo nuevamente al salir de la prisión y no abandonarlo a su suerte.

Por otra parte, sería muy conveniente que en el seno de la sociedad surgiesen asociaciones o instituciones que acompañasen a quienes han sufrido o sufren en sus carnes los efectos del comportamiento de los delincuentes. Todos conocemos, bien por relación personal o por 10 medios de comunicación, los traumas psicológicos y las dificultades de todo tipo, que experimentan muchas personas al tener que soportar la extorsión de drogodependientes, las vejaciones y la violencia de la prostitución o el zarpazo del terrorismo. Estas víctimas inocentes necesitan cercanía, acompañamiento y mucho cariño, no sólo de cada miembro de la sociedad, sino de las instituciones sociales y políticas.

MIRAR LA REALIDAD DE LA PRISIÓN CON LOS OJOS DE DIOS

A lo largo de su historia, la Iglesia ha buscado siempre las formas más adecuadas para prestar atención religiosa a sus hijos en la cárcel. Y las comunidades cristianas incluyen habitualmente a los encarcelados entre las intenciones de la oración de los fieles en la celebración de la Eucaristía.

A la luz de la Palabra de Dios, y contando siempre con su gracia, el cristiano debe avanzar cada día en su constante conversión al Señor hasta lograr que su modo de pensar, juzgar, vivir y actuar coincida con lo que Dios quiere de Él. La contemplación de la realidad con los ojos de Dios y con los sentimientos del corazón de Cristo nos ayuda a descubrir que todo ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios y, por tanto, tiene una dignidad y unos derechos que no pueden ser violados por nadie. La dignidad de la persona no queda destruida por los delitos cometidos; por tanto,

cada ser humano debe ser valorado, respetado y tratado, no tanto por lo que haya podido hacer en el pasado, sino por la dignidad propia de su ser personal.

El cristiano sabe muy bien que Dios, en la persona de Jesucristo, ha venido al mundo para salvar lo que estaba perdido (Lc. 19, 10). En cumplimiento de los anuncios y profecías del Antiguo Testamento, Jesús comienza su vida pública afirmando con profunda convicción en la sinagoga de Nazaret que su misión consiste en evangelizar a los pobres, en proclamar la liberación a los cautivos, en dar la libertad a los oprimidos y en proclamar un año de gracia del Señor (Lc. 4, 18-19). Para llevar a cabo el encargo recibido del Padre, Jesús, en contra del criterio de los fariseos, come con los publicanos y pecadores para mostrarles la misericordia entrañable del Padre (Mt 9, 11) Y para invitarles a la conversión de sus pecados. Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, En la última cena, adoptando la actitud propia de los esclavos, Jesús lava los pies a sus discípulos y les deja el mandamiento nuevo del amor, invitándoles a hacer con los demás lo que Él mismo, que es su Señor y Maestro, ha hecho con ellos. Además, les hace ver que cuanto hagan con los demás, lo hacen con él.

Esta enseñanza adquiere la máxima concreción y urgencia cuando Jesús nos ofrece los criterios con los que serán juzgados en el último día los comportamientos de los hombres. Aquel día, el Señor, identificándose con los más pobres y humildes, dará a cada uno según la actitud de amor o desamor para con ellos: “Venid, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme... Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el Diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis... Os aseguro que cada vez que no lo hicisteis con uno de estos, los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo.” (Mt. 25, 34-36. 41-45),

En fidelidad a su misión, la Iglesia propone a los encarcelados el ideal de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida; ora constantemente por su con-

versión y reinserción, reconoce en ellos la dignidad y los valores que existen en cada ser humano, perdona sus comportamientos errados, confía en sus propósitos de recuperación y acoge a cada uno como hermano en Cristo. A este propósito, son especialmente conmovedoras estas palabras del Papa Pablo VI a los presos de Roma: “Os amo, no por sentimiento romántico o compasión humanitaria, sino que os amo verdaderamente porque descubro siempre en vosotros la imagen de Dios, la semejanza con Él, Cristo, el hombre ideal que sois todavía y que podéis serlo”.

ALGUNOS COMPROMISOS DE LA PASTORAL PENITENCIARIA

El amor cristiano, derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, debe expresarse no sólo en los comportamientos con quienes nos aman, a nosotros. Esto lo hacen también quienes no son creyentes. El verdadero amor debe manifestarse en el perdón y la oración hacia aquellos que no piensan como nosotros, nos calumnian y persiguen. Esto debe impulsarnos a amar a cada uno de nuestros semejantes, también a los delincuentes ante la ley y la sociedad. Ellos son hijos de Dios y criaturas sagradas dignas de todo respeto.

En fidelidad a la exigencia evangélica de mostrar el amor de Dios a nuestros semejantes, están llevando a cabo una abnegada y generosa labor pastoral los capellanes de prisiones y los religiosos y otros cristianos laicos que colaboran con ellos. Todos trabajan pastoralmente en los centros penitenciarios con la profunda convicción de que toda persona necesita el encuentro con Jesucristo, testigo del amor de Dios y salvador que puede liberar de todos los pecados, debilidades y miserias. Jesucristo ofrece a quien cree en él la verdadera libertad espiritual y moral que alcanzó con la muerte en la cruz para el perdón de los pecados. Esta libertad no puede ser anulada ni limitada por ninguna pena de privación de la libertad de movimiento.

La Pastoral penitenciaria lleva al ámbito peculiar de los Centros penitenciarios la misión de la Iglesia en su triple dimensión de anuncio del evangelio de Jesucristo, de celebración de los sacramentos de la fe y de testimonio de la caridad. De esta forma específica contribuye la pastoral penitenciaria a la humanización de la convivencia entre los reclusos y de éstos con los funcionarios. Además, dada la diversidad de creencias religio-

sas de los internos y el necesario respeto a la libertad religiosa, el testimonio eficaz de la caridad cristiana es el fundamento y motivación de la atención humana que ha de prestarse a todos los reclusos que la soliciten. Por el amor han de reconocer todos que somos discípulos de Jesucristo.

Todos los miembros de la comunidad cristiana debemos reconocer la labor evangelizadora y humanitaria que realizan los equipos de pastoral penitenciaria y hemos de valorar más su importancia. La falta del necesario apoyo y colaboración de los restantes miembros de las comunidades parroquiales y de la Iglesia diocesana, podría producir en quienes llevan a cabo inmediatamente la pastoral penitencia una cierta sensación de soledad y desánimo. La oración al Señor por los reclusos y sus familias ha de seguir estando siempre presente en nuestras celebraciones litúrgicas.

Además, en el futuro será muy provechoso establecer relación y encuentros en las parroquias o arciprestazgos con aquellas personas que trabajan ya en la pastoral penitenciaria y que conocen bien la situación de las cárceles y los problemas de quienes viven en ellas privados de libertad. Una mayor sensibilización de la comunidad cristiana podría hacer surgir grupos de creyentes dispuestos a conocer, acompañar y escuchar a quienes están en los centros penitenciarios, actuando siempre en coordinación con los responsables de la pastoral penitencia en la diócesis. Reconocemos, sin embargo, la dificultad que representa la distancia física del Centro Penitenciario de Topas, en el que tenemos miembros de nuestras tres comunidades diocesanas.

La fe en Jesucristo nos obliga a procurar que los problemas de los hermanos reclusos y las dificultades que experimentan sus familiares no les afecten solamente a ellos. En la respuesta evangelizadora a estas necesidades debemos implicarnos todos con más generosidad. Para ello es precisa una mayor integración de la pastoral penitenciaria en los programas pastorales diocesanos y parroquiales y una mejor coordinación de estas delegaciones diocesanas con los grupos eclesiales más sensibilizados con la pastoral social y caritativa.

Es propio de la pastoral penitenciaria ocuparse también del sufrimiento y desamparo humano y social de quienes han sido víctimas de la actuación delictiva de los condenados a prisión, así como del dolor, pobreza

y marginación social que en ocasiones pueden padecer los familiares de los presos. En muchos casos, tanto las víctimas como la familia del recluso tienen que vivir su dolor en la mayor soledad. La ayuda a la reinserción social de los encarcelados que recuperan la libertad lleva consigo la vuelta de su familia a la normalidad social.

Porque los pobres son los preferidos del Señor, la comunidad cristiana está llamada a testimoniar eficazmente el amor de Dios a los condenados a prisión, que están generalmente por este hecho en situación de pobreza y marginación social. Quienes, por su actuación contraria al amor, sufren la falta de amor y el rechazo de la sociedad, no han de sentirse privados del amor y solicitud maternal de la Iglesia.

Que Nuestra Señora de la Merced mantenga firme la esperanza de quienes viven privados de libertad. conforte a sus víctimas en la fe, el amor y el perdón, ya todos nos conceda mirar siempre a nuestros prójimos con los ojos de amor y misericordia de su Hijo Jesucristo.

En Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora, el día veintiocho de febrero de 2010, segundo domingo de Cuaresma.

Iglesia en España

Saludo de Benedicto XVI al X Congreso Eucarístico Nacional
Benedicto XVI: “*Los Congresos Eucarísticos son un estímulo para que la Iglesia difunda y testimonie sin titubeos el amor de Cristo*”.

Toledo, 28 de mayo de 2010.

El Papa Benedicto XVI ha enviado un saludo al X Congreso Eucarístico Nacional que se celebra en Toledo. El Legado Pontificio, Cardenal Angelo Sodano, ha leído las palabras del Papa antes de la Eucaristía de rito hispano-mozárabe que ha presidido el Arzobispo de Toledo y Primado de España, Mons. D. Braulio Rodríguez.

Benedicto XVI ha señalado que los Congresos Eucarísticos “son siempre fuente de renovación espiritual, ocasión para hacer que se conozca mejor la Santísima Eucaristía, el tesoro más valioso que nos dejó Jesús; son también un estímulo para que la Iglesia difunda y testimonie sin titubeos el amor de Cristo en todos los ámbitos de la sociedad”.

El Arzobispo de Toledo, Mons. D. Braulio Rodríguez, ha destacado en la homilía que “en esta venerable liturgia, la tradición traspasada por nuestros antepasados dice que la Cruz de Cristo es Cruz gloriosa. Por eso, la celebración eucarística es ocasión propicia para la plegaria con las oraciones que preceden, acompañan y siguen a las intercesiones solemnes. Vivamos

el triunfo de la Cruz que trae paz y la auténtica y sincera caridad de Cristo”, ha exhortado.

Así pues, “en la sexta oración de nuestra liturgia sucede la conformación del sacramento eucarístico, oblación que se ofrece a Dios, santificada por el Espíritu, y es el cuerpo y la sangre de Cristo. He aquí, pues, el Cuerpo de Cristo, nuestra salvación; he aquí la Sangre de Cristo, que permanece con nosotros como verdadera redención. Es el don eucarístico, pan partido para la vida del mundo, que mostraremos exclamando: *Sancta Sanctus*”.

Esta tarde, además, han tenido lugar tres mesas redondas bajo los títulos “La Eucaristía en la religiosidad popular”, “El Rito hispano-mozárabe” y “Sacramento de caridad y compromiso apostólico”.

Para concluir la jornada, a las 22 h., se recibirá la Cruz de las Jornadas Mundiales de la Juventud y el Icono de la Virgen María en el Monasterio de San Juan de los Reyes. Posteriormente, se procesionará hasta la Catedral, donde tendrá lugar una Vigilia de oración con jóvenes.

JMJ Madrid 2011

INTRODUCCIÓN

a.

La Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) Madrid 2011 tiene como lema: “Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”¹. Los creyentes de la Carta a los Colosenses han recibido el Mensaje de la salvación, que no es otro que “Cristo, Jesús, el Señor, en el que hay que permanecer arraigados y solidamente cimentados en la fe, firmes e incommovibles en la esperanza del Evangelio que oísteis, que ha sido proclamado a toda criatura bajo el cielo”⁴. Es “la Palabra de la Verdad, el Evangelio que llegó hasta vosotros”⁵; “misterio escondido desde siglos”⁶ y ahora manifestado. Este anuncio no son unas doctrinas transmitidas, sino que es el Plan del Padre mismo que “nos libró del poder de la tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en quien tenemos la redención, el perdón de los pecados”⁷. En este Hijo, en Jesús, el Padre ha puesto todo su amor: “pues Dios tuvo a bien que residiera en Él toda la plenitud”⁸ y en la Cruz todo nos lo dio en Él. Así el Padre reconcilió “por Él y para Él, todas las cosas, haciendo la paz por la sangre de su cruz, en lo que hay en la tierra y en los cielos”⁹ Por ello ha sido constituido “primogénito de entre los muertos”¹⁰, siendo ahora la Cabeza de la Iglesia y del universo¹¹.

¹ Col 2, 7.

² Es la palabra técnica que expresa que el Mensaje no es una doctrina, sino un regalo, un Don de Dios Padre, aceptado mediante la predicación evangélica. Cf. Rom 6, 17; ICor 11, 2.23; 15, 1.3; Flp 4, 9; ITes 4, 1. En este mensaje arraigó la fe de la comunidad y fue edificada la misma. Cf. F. Mussner, Carta a los Colosenses, Barcelona 1970, pp. 60-62.

³ Col 2, 6.

⁴ Col 1, 23.

⁵ Col 1, 5

⁶ Col 1,2

⁷ Col 1, 13.20.

⁸ Col 1, 19; Cf.2, 9.

⁹ Col 1, 20.

¹⁰ Col 1, 18.

¹¹ Cf. Col 1, 16-18; Cf. 2, 10-15.

Se trata, pues de vivir en Él y según Él¹², bajo su soberanía, bajo su amor incondicional, que nos lo ha ganado al precio de “su sangre en la Cruz”¹³. Es una llamada a toda la iglesia, especialmente a los jóvenes, a vivir enraizados y arraigados en Él, que nos ha vivificado “sepultándonos con Él en el bautismo..., y vivificándonos juntamente con Él”¹⁴ en la resurrección por la fe y por la acción de Dios.

En esta hora, los jóvenes, y todos en la Iglesia, estamos llamados a “echar raíces” en el Señor, a cimentar nuestra vida en “la piedra angular que es Cristo mismo”¹⁵. No se trata solamente de “aprender una doctrina”¹⁶, sino de vivir de Aquel que ya vino a nosotros por la Palabra de salvación, y vivir según conforme a su voluntad, “dando con alegría gracias al Padre”¹⁷ y “rebosando en acción de gracias”¹⁸ por hacernos participar, en su Iglesia, “de la herencia de los santos en la luz”¹⁹. Los jóvenes necesitan muy especialmente esta raíz y este cimiento para el combate de la fe en el mundo. Ellos, también todos, están expuestos a “la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo”²⁰. Es muy fuerte la llamada, hoy, a vivir desde otras raíces y desde otros cimientos. Las fuerzas (“elementos”) que dominan y piensan el mundo, en ideologías y otras cosmovisiones, son muy poderosas y fuertes. Simultanearlas con la fe en el Señor, o abandonar esta, es una tentación fácil y peligrosa. Es tiempo, sobre todo para los jóvenes, de estar “firmes en la fe”²¹, para morir “con Cristo a los elementos del mundo”²², y así “alcanzar la plenitud en Él, que es la Cabeza de todo principado y de toda potestad”²³, ya

¹² Cf. Col 2, 6.

¹³ Col 1, 20.

¹⁴ Cf. Col 2, 9-13.

¹⁵ Ef 2, 20.

¹⁶ Cf. E. Schweizer, *La Carta a los Colosenses*, Salamanca 1987, pp. 110-113.

¹⁷ Col 1, 11-12.

¹⁸ Col 2, 7-

¹⁹ Col 1, 12.

²⁰ Col 2, 8.

²¹ Col 2, 7.

²² Col 2, 20.

²³ Col 2, 10.

que “todo fue creado por Él y para Él, Él existe con anterioridad y todo tiene en Él su consistencia”²⁴; Y así, cuando Él vuelva, también, todos, apareceremos “gloriosos con Él”²⁵.

b.

Las Jornadas Mundiales de la Juventud (JMJ) son un acontecimiento no exento de sospecha y controversia. Para algunos, incluso católicos, son eventos juveniles que no se corresponden con la realidad de la pastoral juvenil ordinaria. “¿Dónde están en las Diócesis esos jóvenes que se reúnen con el Papa?”, “...todo se acaba en esos días, en los días de la JMJ”, son comentarios que escuchamos con frecuencia.

El Papa Benedicto XVI se hace eco de ello: “Análisis en boga tienden a considerar estas jornadas como una variante de la cultura juvenil moderna, como una especie de festival rock modificado en sentido eclesial con el Papa como estrella. Con o sin fe, estos festivales serían en el fondo siempre lo mismo, y así se piensa poder obviar la pregunta sobre Dios. Hay también voces católicas que van en esta dirección, valorando todo esto como un gran espectáculo, incluso bonito, pero de poco significado para la pregunta sobre la fe y sobre la presencia del Evangelio en nuestro tiempo. Serían momentos de un éxtasis festivo, pero que a fin de cuentas dejaría todo como antes, sin influir de forma más profunda en la vida”²⁶.

Y sigue diciendo el Santo Padre: “Ante todo es importante tener en cuenta el hecho de que las Jornadas Mundiales de la Juventud no consisten sólo en esa única semana en la que se hacen visibles al mundo. Hay un largo camino exterior e interior que conduce a ella”²⁷.

Y añade: “Las Jornadas solemnes son sólo la culminación de un largo camino, con el que se va al encuentro de unos con otros y juntos con

²⁴ Col 1, 16c-17.

²⁵ Col 3,4

²⁶ Del discurso a los miembros de la Curia y de la Prelatura Romana con motivo de las felicitaciones navideñas. 22 de diciembre de 2008.

²⁷ Ibidem.

Cristo”... “Como un largo camino precede las Jornadas Mundiales de la Juventud, así también deriva de él el camino sucesivo”²⁸.

Es muy importante tener en cuenta estas palabras para la preparación de la JMJ Madrid 2011 que vamos a comenzar en nuestra Diócesis de Salamanca, para que todo no se reduzca a algo de “poco significado para la pregunta sobre la fe y sobre la presencia del Evangelio en nuestro tiempo”.

c.

¿Cuál es, pues, para nuestra Diócesis, el “camino exterior e interior” por el que queremos conducirnos en la preparación a la celebración de la JMJ Madrid 2011?

Por un lado manteniendo las manos levantadas al cielo en actitud de oración, invitando e implicando a todas las comunidades diocesanas de vida contemplativa, a las que se enviará información con asiduidad, y por otro, desarrollando paso a paso los siguientes

Objetivos:

1. *Preparar la acogida de la Cruz de los jóvenes.* Se trata de comenzar poniendo nuestra mirada “más hacia la altura”, hacia el misterio y la teología de la Cruz. El encuentro con la Cruz de Jesucristo puede ser para los jóvenes una experiencia de la presencia de Dios que se hace hombre y da la vida por nosotros: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”²⁹. La adoración a la Cruz puede mostrar, en un primer momento, la invitación a participar en las tareas de la JMJ, a través del seguimiento de Jesús, pobre y crucificado, en su Iglesia. Es una buena oportunidad que debemos aprovechar para convocar y alentar a los jóvenes. La Cruz de los Jóvenes estará en la diócesis los días 27-30 de octubre del 2010.

2. *Preparar la acogida de peregrinos a la JMJ 2011 en la Diócesis de Salamanca.* Aquí nos toca dirigir nuestra mirada “más hacia la hondura”, al misterio de la Iglesia, de la familia de hijos, hermanos y herederos que se

²⁸ Ibidem.

²⁹ Jn 3, 16

manifiesta plenamente en cada Iglesia diocesana. Los días antes de la 1MJ se conocen como “días en las diócesis” (DED), y son días en los que las Diócesis del país de acogida, como auténtica familia, “abren sus puertas, ponen la mesa y encienden la luz” para lo jóvenes peregrinos de otros países que vienen a la Jornada mundial. Preparar esa acogida en parroquias, familias, colegios..., recibirles y celebrar con ellos la fe común, con alegría..., cantar al único Señor... y ofrecerle los tesoros espirituales de nuestra Iglesia particular... puede ser un tiempo de gracia para avivar la pastoral juvenil en nuestra Diócesis.

3. *Preparar la participación diocesana en la JMJ 2011 Madrid.* En este tercer objetivo, quisiéramos dirigir nuestra mirada “más hacia la anchura”, hacia el gran corro de la humanidad que no entiende de límites y fronteras. La JMJ en Madrid puede ser un momento privilegiado para los jóvenes que participen en ella. Es una peregrinación de fe donde se experimenta la presencia del Espíritu Santo, ayuda a descubrir la centralidad de la Palabra y los Sacramentos, y hace a los jóvenes testigos de Cristo, experimentando en esas jornadas la universalidad de la Iglesia con otros peregrinos venidos de los cuatro puntos cardinales de la tierra. Preparar una participación significativa de jóvenes salmantinos debería redundar en un gran fruto pastoral para nuestra Diócesis.

4. *Dinamizar e impulsar la Pastoral de juventud ordinaria en la Diócesis.* Como punto final de nuestros objetivos nos tocaría dirigir nuestra mirada “más hacia la largura”, hacia el horizonte que se nos abre a raíz de la 1MJ Madrid 2011. Partiendo del conocimiento de la situación³⁰ de los jóvenes, es necesario anunciarles, de forma nueva³¹, el evangelio de Jesucristo.

³⁰ “La Evangelización de los jóvenes, partiendo de su situación y conocimiento, debe centrarse en un anuncio explícito de Jesucristo, tratando de que vivan la eclesialidad desde la Eucaristía, iniciándoles a la oración eucarística, ayudándoles a descubrir su vocación y a integrar su fe y su existencia en un proyecto de vida para la misión y el servicio a los pobres, encauzando desde el Evangelio sus inquietudes por una mayor justicia en el Mundo. Cada Parroquia debe revisar la Pastoral de los jóvenes que se preparan a la Confirmación y de los jóvenes de Post-Confirmación”. “Le reconocieron al partir el Pan” (Lc 24, 35). Plan Diocesano de Pastoral (2005-2008), capítulo IV; Acción Parroquial3.

³¹ Cf. Conclusiones Finales de los trabajos en los Talleres Semana diocesana de Pastoral 2009 “Joven, a ti te lo digo: Levántate” Lc 7,14. Diócesis de Salamanca.

Sería muy bueno, con esta ocasión, crear grupos juveniles en las parroquias, arciprestazgos, comunidades, movimientos e institutos religiosos... para que vivan de manera nueva la fe eclesial y el compromiso en el mundo, así como potenciar de manera muy especial y creativa la evangelización de jóvenes en el campo universitario. Crear un equipo diocesano amplio y plural de agentes de pastoral juvenil que “muevan” y “remuevan” todo el trabajo de pastoral juvenil diocesana³².

³² *Ibidem*.

Conferencia Episcopal

CCXVI COMISIÓN PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Declaración sobre la Exposición de Símbolos Religiosos Cristianos en Europa

Junto con otras conferencias episcopales y diversas instancias tanto estatales como sociales de todo el Continente, la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española, reunida cuando se espera una próxima resolución de la Corte europea sobre la exposición de símbolos religiosos en las escuelas estatales, desea subrayar la importancia de la cuestión para las convicciones religiosas de los pueblos y para las tradiciones culturales de Europa. Gracias precisamente al cristianismo, Europa ha sabido afirmar la autonomía de los campos espiritual y temporal y abrirse al principio de la libertad religiosa, respetando tanto los derechos de los creyentes como de los no creyentes. Esto se ve más claro en nuestros días, cuando otras religiones se difunden entre nosotros al amparo de esa realidad.

La presencia de símbolos religiosos cristianos en los ámbitos públicos, en particular la presencia de la cruz, refleja el sentimiento religioso de los cristianos de todas las confesiones y no pretende excluir a nadie. Al contrario, es expresión de una tradición a la que todos reconocen un gran valor y un gran papel catalizador en el diálogo entre personas de buena vo-

luntad y como sostén para los que sufren y los necesitados, sin distinción de fe, raza o nación.

En la cultura y en la tradición religiosa cristianas, la cruz representa la salvación y la libertad de la humanidad. De la cruz surgen el altruismo y la generosidad más acendrados, así como una sincera solidaridad ofrecida a todos, sin imponer nada a nadie.

En consecuencia, las sociedades de tradición cristiana no deberían oponerse a la exposición pública de sus símbolos religiosos, en particular, en los lugares en los que se educa a los niños. De lo contrario, estas sociedades difícilmente podrán llegar a transmitir a las generaciones futuras su propia identidad y sus valores. Se convertirían en sociedades contradictorias que rechazan la herencia espiritual y cultural en la que hunden sus raíces y se cierran el camino del futuro. Ponerse en contra de los símbolos de los valores que modelan la historia y la cultura de un pueblo es dejarle indefenso ante otras ofertas culturales, no siempre benéficas, y cegar las fuentes básicas de la ética y del derecho que se han mostrado fecundas en el reconocimiento, la promoción y la tutela de la dignidad de la persona.

El derecho a la libertad religiosa existe y se afirma cada vez más en los países de Europa. En algunos de ellos se permiten explícitamente otros símbolos religiosos, sea por ley o por su aceptación espontánea. Las iglesias y las comunidades cristianas favorecen el diálogo entre ellas y con otras religiones y actúan como parte integrante de sus respectivas realidades nacionales. En cuanto a los símbolos, existe en Europa una variedad de leyes y una diversa evolución social y jurídica positiva que debe ser respetada en el marco de una justa relación entre los Estados y las Instituciones europeas. Sólo en una Europa en la que sean respetadas a la vez la libertad religiosa de cada uno y las tradiciones de cada pueblo y nación, podrán desarrollarse relaciones adecuadas entre las religiones y los pueblos, en justicia y en libertad.

Ante la entrada en vigor de la nueva Ley del aborto

Madrid, 5 de julio de 2010

Hoy entra en vigor la nueva Ley del aborto. Es necesario recordar que se trata de una ley objetivamente incompatible con la recta conciencia moral –en particular, la católica– ya que, desde el punto de vista ético, empeora la legislación vigente por los siguientes motivos fundamentales. Primero, y sobre todo, porque considera la eliminación de la vida de los que van a nacer como un derecho de la gestante durante las primeras catorce semanas del embarazo, dejando prácticamente sin protección alguna esas vidas humanas, justo en el tiempo en el que se producen la gran mayoría de los abortos. En segundo lugar, porque establece un concepto de salud tan ambiguo que equivale a la introducción de las llamadas indicaciones social y eugénica como justificación legal del aborto. En tercer lugar, porque impone en el sistema educativo obligatorio la ideología abortista y “de género”.

Estos y otros motivos han sido explicados por la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal en su Declaración de 17 de junio de 2009, que la Asamblea Plenaria hizo expresamente suya en el comunicado final del 27 de noviembre de 2009. Los obispos concluyen la Declaración con las siguientes palabras: “Hablamos precisamente en favor de quienes tienen derecho a nacer y a ser acogidos por sus padres con amor; hablamos en favor de las madres, que tienen derecho a recibir el apoyo social y estatal necesario para evitar convertirse en víctimas del aborto; hablamos en favor de la libertad de los padres y de las escuelas que colaboran con ellos para dar a sus hijos una formación afectiva y sexual de acuerdo con unas convicciones morales que los preparen de verdad para ser padres y acoger el don de la vida; hablamos en favor de una sociedad que tiene derecho a contar con leyes justas que no confundan la injusticia con el derecho”.

Nota de prensa final de la CCXVII reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española

Madrid, 30 de septiembre de 2010

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXVII reunión durante los días 28 y 29 de septiembre.

EXHORTACIÓN PASTORAL ANTE LA PRÓXIMA VISITA DE BENEDICTO XVI A ESPAÑA

Cuando queda poco más de un mes para que el Papa Benedicto XVI vuelva a visitar España, en esta ocasión Santiago de Compostela y Barcelona, la Comisión Permanente ha publicado una Exhortación pastoral con el expresivo título “¡Bienvenido, Santo Padre!

En el texto, los obispos se unen a sus hermanos de Santiago y Barcelona para hacer extensivo el llamamiento a los fieles de toda la Iglesia que peregrina en España: “Todos hemos de aprovechar espiritualmente la visita del Santo Padre, al que damos ya desde ahora la más cordial bienvenida. Esperamos con fe y con ilusión su Visita. Sabemos bien que donde está Pedro, allí está la Iglesia católica, con toda su belleza y su fuerza de salvación divina”.

La Exhortación completa puede leerse en la web oficial que la CEE ha puesto en marcha para seguir la Visita del Papa

OTROS ASUNTOS

Mons. D. Casimiro López Llorente, Obispo de Segorbe-Castellón y Presidente de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, ha presentado a la Permanente el proyecto sobre “Coordinación de la parroquia, la familia y la escuela en la transmisión de la fe”, que pasa a la Asamblea Plenaria para su estudio y eventual aprobación.

La Comisión Permanente ha aprobado la propuesta de nombramiento de Vicesecretario para Asuntos Económicos, que pasa a la Plenaria de noviembre, donde será votada. Como indica el Reglamento de Ordenación

Económica, el Vicesecretario para Asuntos Económicos “será nombrado por un quinquenio, renovable, por la Asamblea Plenaria de la Conferencia, a propuesta de la Comisión Permanente, oído el Consejo de Economía”. Actualmente ocupa el cargo D. Fernando Giménez Barriocanal.

Los obispos han aprobado el orden del día de la XCVI Asamblea Plenaria, que se celebrará del 22 al 26 de noviembre de 2010. Entre otros asuntos, y además de los citados, la Plenaria estudiará, para su posible aprobación, el documento “Criterios sobre la cooperación misionera”, presentado por la Comisión Episcopal de Misiones y Cooperación entre las Iglesias.

Por último, la Comisión Permanente ha conocido también los balances correspondientes al año 2009, los criterios de constitución y distribución del Fondo Común Interdiocesano y los presupuestos de la CEE y de los organismos que de ella dependen para el año 2011, que pasarán para su estudio y aprobación a la mencionada Plenaria de noviembre.

NOMBRAMIENTOS

Dña. M^a Dolores Lamote de Grignon Isuar, laica de la Diócesis de Canarias, como Directora General de la Asociación *Auxiliares del Buen Pastor “Villa Teresita”*.

Rvdo. D. Aurelio García Macías, sacerdote de la Archidiócesis de Valladolid, como Presidente de la *Asociación Española de Profesores de Liturgia*.

D^a. M^a Isabel Manzano García, laica de la Diócesis de Salamanca, como Presidenta de la *Asociación de Bibliotecarios de la Iglesia en España*.

Benedicto XVI

1. Mensaje para la XXV Jornada Mundial de la Juventud *“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?” (Mc 10,17)*

Queridos amigos:

Este año celebramos el 25 aniversario de la institución de la Jornada Mundial de la Juventud, querida por el Siervo de Dios Juan Pablo II como una cita anual de los jóvenes creyentes de todo el mundo. Fue una iniciativa profética que ha dado abundantes frutos, ofreciendo a las nuevas generaciones la oportunidad de encontrarse, de ponerse a la escucha de la Palabra de Dios, de descubrir la belleza de la Iglesia y de vivir experiencias fuertes de fe, que han llevado a muchos a la decisión de entregarse totalmente a Cristo.

Esta XXV Jornada representa una etapa hacia el próximo Encuentro Mundial de jóvenes, que tendrá lugar en agosto de 2011 en Madrid, con la esperanza de que seáis muchos los que podáis vivir este evento de gracia.

Para prepararnos a esta celebración, quisiera proponeros algunas reflexiones sobre el tema de este año, tomado del pasaje evangélico del encuentro de Jesús con el joven rico: *“Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”* (Mc 10,17). Un tema que ya trató, en 1985, el Papa Juan Pablo II en una Carta bellísima, la primera dirigida a los jóvenes.

1. JESÚS ENCUENTRA A UN JOVEN

“Cuando salía Jesús al camino, —cuenta el Evangelio de San Marcos— se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?”. Jesús le contestó: “¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno mas que Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre”. Él replicó: “Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño”. Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres —así tendrás un tesoro en el cielo—, y luego sígueme”. Ante estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico” (Mc 10, 17-22).

Esta narración expresa de manera eficaz la gran atención de Jesús hacia los jóvenes, hacia vosotros, hacia vuestras ilusiones, vuestras esperanzas, y pone de manifiesto su gran deseo de encontraros personalmente y de dialogar con cada uno de vosotros. De hecho, Cristo interrumpe su camino para responder a la pregunta de su interlocutor, manifestando una total disponibilidad hacia aquel joven que, movido por un ardiente deseo de hablar con el “Maestro bueno”, quiere aprender de Él a recorrer el camino de la vida. Con este pasaje evangélico, mi Predecesor quería invitar a cada uno de vosotros a “desarrollar el propio coloquio con Cristo, un coloquio que es de importancia fundamental y esencial para un joven” (*Carta a los jóvenes*, n. 2).

2. JESÚS LO MIRÓ Y LO AMÓ

En la narración evangélica, San Marcos subraya como “Jesús se le quedó mirando con cariño” (Mc 10,21). La mirada del Señor es el centro de este especialísimo encuentro y de toda la experiencia cristiana. De hecho lo más importante del cristianismo no es una moral, sino la experiencia de Jesucristo, que nos ama personalmente, seamos jóvenes o ancianos, pobres o ricos; que nos ama incluso cuando le volvemos la espalda.

Comentando esta escena, el Papa Juan Pablo II añadía, dirigiéndose a vosotros, jóvenes: “¡Deseo que experimentéis una mirada así! ¡Deseo que experimentéis la verdad de que Cristo os mira con amor!” (*Carta a los*

jóvenes, n. 7). Un amor, que se manifiesta en la Cruz de una manera tan plena y total, que san Pablo llegó a escribir con asombro: “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (*Ga* 2,20). “La conciencia de que el Padre nos ha amado siempre en su Hijo, de que Cristo ama a cada uno y siempre, –sigue escribiendo el Papa Juan Pablo II–, se convierte en un sólido punto de apoyo para toda nuestra existencia humana” (*Carta a los jóvenes*, n. 7), y nos hace superar todas las pruebas: el descubrimiento de nuestros pecados, el sufrimiento, la falta de confianza.

En este amor se encuentra la fuente de toda la vida cristiana y la razón fundamental de la evangelización: si realmente hemos encontrado a Jesús, ¿no podemos renunciar a dar testimonio de él ante quienes todavía no se han cruzado con su mirada!

3. EL DESCUBRIMIENTO DEL PROYECTO DE VIDA

En el joven del evangelio podemos ver una situación muy parecida a la de cada uno de vosotros. También vosotros sois ricos de cualidades, de energías, de sueños, de esperanzas: ¡recursos que tenéis en abundancia! Vuestra misma edad constituye una gran riqueza, no sólo para vosotros, sino también para los demás, para la Iglesia y para el mundo.

El joven rico le pregunta a Jesús: “¿Qué tengo que hacer?”. La etapa de la vida en la que estáis es un tiempo de descubrimiento: de los dones que Dios os ha dado y de vuestras propias responsabilidades. También es tiempo de opciones fundamentales para construir vuestro proyecto de vida. Por tanto, es el momento de interrogaros sobre el sentido auténtico de la existencia y de preguntaros: “¿Estoy satisfecho de mi vida? ¿Me falta algo?”.

Como el joven del evangelio, quizá también vosotros vivís situaciones de inestabilidad, de confusión o de sufrimiento, que os llevan a desear una vida que no sea mediocre y a preguntaros: ¿Qué es una vida plena? ¿Qué tengo que hacer? ¿Cuál puede ser mi proyecto de vida? “¿Qué he de hacer para que mi vida tenga pleno valor y pleno sentido?” (*ibíd.*, n. 3).

¡No tengáis miedo a enfrentaros con estas preguntas! Ya que más que causar angustia, expresan las grandes aspiraciones que hay en vuestro corazón. Por eso hay que escucharlas. Esperan respuestas que no sean super-

ficiales, sino capaces de satisfacer vuestras auténticas esperanzas de vida y de felicidad.

Para descubrir el proyecto de vida que realmente os puede hacer felices, poneos a la escucha de Dios, que tiene un designio de amor para cada uno de vosotros. Decidle con confianza: “Señor, ¿cuál es tu designio de Creador y de Padre sobre mi vida? ¿Cuál es tu voluntad? Yo deseo cumplirla”. Tened la seguridad de que os responderá. ¡No tengáis miedo de su respuesta! *“Dios es mayor que nuestra conciencia y lo sabe todo” (1Jn 3,20)*.

4. ¡VEN Y SÍGUEME!

Jesús invita al joven rico a ir mucho más allá de la satisfacción de sus aspiraciones y proyectos personales, y le dice: “¡Ven y sígueme!”. La vocación cristiana nace de una propuesta de amor del Señor, y sólo puede realizarse gracias a una respuesta de amor: “Jesús invita a sus discípulos a la entrega total de su vida, sin cálculo ni interés humano, con una confianza sin reservas en Dios. Los santos aceptan esta exigente invitación y emprenden, con humilde docilidad, el seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Su perfección, en la lógica de la fe a veces humanamente incomprensible, consiste en no ponerse ellos mismos en el centro, sino en optar por ir contracorriente viviendo según el Evangelio” (Benedicto XVI, *Homilía* en ocasión de las canonizaciones, 11 de octubre de 2009).

Siguiendo el ejemplo de tantos discípulos de Cristo, también vosotros, queridos amigos, acoged con alegría la invitación al seguimiento, para vivir intensamente y con fruto en este mundo. En efecto, con el bautismo, Él llama a cada uno a seguirle con acciones concretas, a amarlo sobre todas las cosas y a servirle en los hermanos. El joven rico, desgraciadamente, no acogió la invitación de Jesús y se fue triste. No tuvo el valor de desprenderse de los bienes materiales para encontrar el bien más grande que le ofrecía Jesús.

La tristeza del joven rico del evangelio es la que nace en el corazón de cada uno cuando no se tiene el valor de seguir a Cristo, de tomar la opción justa. ¡Pero nunca es demasiado tarde para responderle!

Jesús nunca se cansa de dirigir su mirada de amor y de llamar a ser sus discípulos, pero a algunos les propone una opción más radical. En este Año

Sacerdotal, quisiera invitar a los jóvenes y adolescentes a estar atentos por si el Señor les invita a recibir un don más grande, en la vida del Sacerdocio ministerial, y a estar dispuestos a acoger con generosidad y entusiasmo este signo de especial predilección, iniciando el necesario camino de discernimiento con un sacerdote, con un director espiritual. No tengáis miedo, queridos jóvenes y queridas jóvenes, si el Señor os llama a la vida religiosa, monástica, misionera o de una especial consagración: ¡Él sabe dar un gozo profundo a quien responde con generosidad!

También invito, a quienes sienten la vocación al matrimonio, a acogerla con fe, comprometiéndose a poner bases sólidas para vivir un amor grande, fiel y abierto al don de la vida, que es riqueza y gracia para la sociedad y para la Iglesia.

5. ORIENTADOS HACIA LA VIDA ETERNA

“¿Qué haré para heredar la vida eterna?”. Esta pregunta del joven del Evangelio parece lejana de las preocupaciones de muchos jóvenes contemporáneos, porque, como observaba mi Predecesor, “¿no somos nosotros la generación a la que el mundo y el progreso temporal llenan completamente el horizonte de la existencia?” (*Carta a los jóvenes*, n. 5). Pero la pregunta sobre la “vida eterna” aparece en momentos particularmente dolorosos de la existencia, cuando sufrimos la pérdida de una persona cercana o cuando vivimos la experiencia del fracaso.

Pero, ¿qué es la “vida eterna” de la que habla el joven rico? Nos contesta Jesús cuando, dirigiéndose a sus discípulos, afirma: “*volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría*” (*Jn 16,22*). Son palabras que indican una propuesta rebosante de felicidad sin fin, del gozo de ser colmados por el amor divino para siempre.

Plantearse el futuro definitivo que nos espera a cada uno de nosotros da sentido pleno a la existencia, porque orienta el proyecto de vida hacia horizontes no limitados y pasajeros, sino amplios y profundos, que llevan a amar el mundo, que tanto ha amado Dios, a dedicarse a su desarrollo, pero siempre con la libertad y el gozo que nacen de la fe y de la esperanza. Son horizontes que ayudan a no absolutizar la realidad terrena, sintiendo que

Dios nos prepara un horizonte mas grande, y a repetir con san Agustín: “Deseamos juntos la patria celeste, suspiramos por la patria celeste, sintámonos peregrinos aquí abajo” (*Comentario al Evangelio de San Juan*, Homilía 35, 9). Teniendo fija la mirada en la vida eterna, el beato Pier Giorgio Frassati, que falleció en 1925 a la edad de 24 años, decía: “¡Quiero vivir y no ir tirando!” y sobre la foto de una subida a la montaña, enviada a un amigo, escribía: “Hacia lo alto”, aludiendo a la perfección cristiana, pero también a la vida eterna.

Queridos jóvenes, os invito a no olvidar esta perspectiva en vuestro proyecto de vida: estamos llamados a la eternidad. Dios nos ha creado para estar con Él, para siempre. Esto os ayudará a dar un sentido pleno a vuestras opciones y a dar calidad a vuestra existencia.

6. LOS MANDAMIENTOS, CAMINO DEL AMOR AUTÉNTICO

Jesús le recuerda al joven rico los diez mandamientos, como condición necesaria para “heredar la vida eterna”. Son un punto de referencia esencial para vivir en el amor, para distinguir claramente entre el bien y el mal, y construir un proyecto de vida sólido y duradero. Jesús os pregunta, también a vosotros, si conocéis los mandamientos, si os preocupáis de formar vuestra conciencia según la ley divina y si los ponéis en práctica.

Es verdad, se trata de preguntas que van contracorriente respecto a la mentalidad actual que propone una libertad desvinculada de valores, de reglas, de normas objetivas, y que invita a rechazar todo lo que suponga un límite a los deseos momentáneos. Pero este tipo de propuesta, en lugar de conducir a la verdadera libertad, lleva a la persona a ser esclava de sí misma, de sus deseos inmediatos, de los ídolos como el poder, el dinero, el placer desenfrenado y las seducciones del mundo, haciéndola incapaz de seguir su innata vocación al amor.

Dios nos da los mandamientos porque nos quiere educar en la verdadera libertad, porque quiere construir con nosotros un reino de amor, de justicia y de paz. Escucharlos y ponerlos en práctica no significa alienarse, sino encontrar el auténtico camino de la libertad y del amor, porque los mandamientos no limitan la felicidad, sino que indican cómo encontrarla. Jesús,

al principio del diálogo con el joven rico, recuerda que la ley dada por Dios es buena, porque “Dios es bueno”.

7. OS NECESITAMOS

Quien vive hoy la condición juvenil tiene que afrontar muchos problemas derivados de la falta de trabajo, de la falta de referentes e ideales ciertos y de perspectivas concretas para el futuro. A veces se puede tener la sensación de impotencia frente a las crisis y a las desorientaciones actuales. A pesar de las dificultades, ¡no os desaniméis, ni renunciéis a vuestros sueños! Al contrario, cultivad en el corazón grandes deseos de fraternidad, de justicia y de paz. El futuro está en las manos de quienes saben buscar y encontrar razones fuertes de vida y de esperanza. Si queréis, el futuro está en vuestras manos, porque los dones y las riquezas que el Señor ha puesto en el corazón de cada uno de vosotros, moldeados por el encuentro con Cristo, ¡pueden ofrecer la auténtica esperanza al mundo! La fe en su amor os hará fuertes y generosos, y os dará la fuerza para afrontar con serenidad el camino de la vida y para asumir las responsabilidades familiares y profesionales. Comprometeos a construir vuestro futuro siguiendo proyectos serios de formación personal y de estudio, para servir con competencia y generosidad al bien común.

En mi reciente Carta encíclica *–Caritas in veritate–* sobre el desarrollo humano integral, he enumerado algunos grandes retos actuales, que son urgentes y esenciales para la vida de este mundo: el uso de los recursos de la tierra y el respeto de la ecología, la justa distribución de los bienes y el control de los mecanismos financieros, la solidaridad con los países pobres en el ámbito de la familia humana, la lucha contra el hambre en el mundo, la promoción de la dignidad del trabajo humano, el servicio a la cultura de la vida, la construcción de la paz entre los pueblos, el diálogo interreligioso, el buen uso de los medios de comunicación social.

Son retos a los que estáis llamados a responder para construir un mundo más justo y fraterno. Son retos que requieren un proyecto de vida exigente y apasionante, en el que emplear toda vuestra riqueza según el designio que Dios tiene para cada uno de vosotros. No se trata de realizar gestos heroicos ni extraordinarios, sino de actuar haciendo fructificar los propios ta-

lentos y las propias posibilidades, comprometiéndose a progresar constantemente en la fe y en el amor.

En este Año Sacerdotal, os invito a conocer la vida de los santos, sobre todo la de los santos sacerdotes. Veréis que Dios los ha guiado y que han encontrado su camino día tras día, precisamente en la fe, la esperanza y el amor. Cristo os llama a cada uno de vosotros a un compromiso con Él y a asumir las propias responsabilidades para construir la civilización del amor. Si seguís su palabra, también vuestro camino se iluminará y os conducirá a metas altas, que colman de alegría y plenitud la vida.

Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, os acompañe con su protección. Os aseguro mi recuerdo en la oración y con gran afecto os bendigo.

Vaticano, 22 de febrero de 2010

BENEDICTUS PP. XVI

2. El peligro mayor para la Iglesia no proviene de las persecuciones

Queridos hermanos y hermanas:

Los textos bíblicos de esta Liturgia eucarística de la solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, en su gran riqueza, ponen en resalto un tema que se podría resumir así: Dios está cerca a sus fieles servidores y los libera de todo mal, y libera a la Iglesia de las potencias negativas. Y el tema de la libertad de la Iglesia, que presenta un aspecto histórico y otro más profundamente espiritual.

Esta temática atraviesa hoy toda la Liturgia de la Palabra. La primera y la segunda Lectura hablan, respectivamente, de San Pedro y San Pablo subrayando propiamente la acción liberadora de Dios con ellos. Especialmente el texto de los Hechos de los apóstoles describe con abundancia las intervenciones particulares del ángel del Señor, que desata a Pedro de las cadenas y lo conduce fuera de la cárcel de Jerusalén donde lo había hecho encerrar, bajo la estrecha vigilancia, el rey Herodes (cfr. Hechos 12,1-11). Pablo, en cambio, escribiendo a Timoteo cuando siente cercano el fin de su vida terrena, hace un balance completo, del que emerge que el Señor le fue siempre cercano, lo ha liberado de tantos peligros y ahora lo liberará introduciéndolo en su Reino eterno (cfr. 2 Tim 4,6-8.17-18). El tema es reforzado por el Salmo responsorial (sal 33), y encuentra un particular desarrollo también en el texto evangélico de la confesión de Pedro, donde Cristo promete que el poder de los infiernos no prevalecerá sobre su Iglesia (cfr. Mt 16, 18).

Observando bien se nota, en relación a esta temática, una cierta progresión. En la primera Lectura viene narrado un episodio específico que muestra la intervención del Señor para liberar a Pedro de la prisión; en la segunda de Pablo, sobre la base de su extraordinaria experiencia apostólica, se dice convencido que el Señor, que ya lo ha liberado ‘de la boca del león’, lo librará de todo mal abriéndole las puertas del cielo; en el Evangelio en cambio no se habla más de apóstoles individuales, sino de la iglesia en su conjunto y de la seguridad respecto a las fuerzas del mal, entendidas en sentido amplio y profundo. En tal modo vemos que la promesa de Jesús –“el poder del infierno no prevalecerá” sobre la Iglesia –comprende si las

experiencias históricas de persecución sufridas por Pedro y Pablo y de los otros testigos del Evangelio, pero va más allá, queriendo asegurar sobre todo la protección contra las amenazas de orden espiritual; según lo que el mismo Pablo escribe en la Carta a los Efesios: “Nuestra batalla, de hecho, no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potencias, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que habitan en las regiones celestes” (Ef 6,12).

En efecto, si pensamos en dos mil años de historia de la Iglesia, podemos observar que –como había preanunciado el Señor Jesús (cfr. Mt 10,16-33)– no han jamás faltado a los cristianos las pruebas, que en algunos períodos y lugares han asumido carácter de verdaderas y propias persecuciones. Estas, pero, a pesar de los sufrimientos que provocan, no constituyen el peligro más grave para la Iglesia. El daño mayor, de hecho, ella lo sufre de aquello que contamina la fe y la vida cristiana de sus miembros y de sus comunidades corrompiendo la integridad del Cuerpo místico, debilitando su capacidad de profecía y de testimonio, empañando la belleza de su rostro. Esta realidad es atestiguada ya del epistolario paulino. La Primera Carta a los Corintios, por ejemplo, responde propiamente a algunos problemas de divisiones, de incoherencias, de infidelidad al Evangelio que amenazan seriamente a la iglesia. Pero también la Segunda Carta a Timoteo –de la que hemos escuchado un fragmento– habla de los peligros de los ‘últimos tiempos’, identificándolos con actitudes negativas que pertenecen al mundo y que pueden contagiar la comunidad cristiana: egoísmo, vanidad, orgullo, apego al dinero, etc. (cfr. 3,1-5). La conclusión del Apóstol es tranquilizante.: los hombres que obran el mal –escribe– “no llegarán muy lejos, porque su necedad quedará manifiesta a todos” (3,9). Hay, entonces, una garantía de libertad, asegurada por Dios a la iglesia, libertad sea de lazos materiales que buscan impedir o coartar la misión, sea de males espirituales y morales, que pueden corromper la autenticidad y la credibilidad.

El tema de la libertad de la Iglesia, garantizada por Cristo a Pedro, tiene también una pertinencia específica con el rito de la imposición del Palio, que hoy renovamos para treinta y ocho Arzobispos Metropolitanos, a los cuales dirijo mi más cordial saludo, extendiéndolo con afecto a cuantos han querido acompañarlos en esta peregrinación. La comunión con Pedro y con sus sucesores, de hecho, es garantía de libertad para los pastores de la Iglesia y para

las mismas comunidades a ellos confiadas. Lo es en los dos planos puestos en luz en la reflexión precedente. Sobre el plano histórico la unión con la Sede Apostólica asegura a las iglesias particulares y a las Conferencias Episcopales la libertad respecto a los poderes locales, nacionales o supranacionales, que pueden en ciertos casos obstaculizar la misión eclesial. Además, y más esencialmente, el ministerio petrino es garantía de libertad en el sentido de la plena adhesión a la verdad, a la auténtica tradición, de modo que el pueblo de Dios sea preservado de errores concernientes a la fe y a la moral. El hecho, por tanto que, cada año, los nuevos metropolitanos vengan a Roma a recibir el Palio de las manos del Papa va entendido en su significado propio, como gesto de comunión, y el tema de la libertad de la Iglesia nos ofrece una clave de lectura particularmente importante. Esto aparece evidente en el caso de las iglesias signadas por la persecución, o sometidas a ingerencias políticas o a otras duras pruebas. Pero esto no es menos relevante en el caso de comunidades que sufren la influencia de doctrinas desviadas, o de tendencias ideológicas y prácticas contrarias al Evangelio. El Palio entonces se convierte, en este sentido, en garantía de libertad de libertad, análogamente al ‘yugo’ de Jesús, que el invita a tomar, cada uno sobre las propias espaldas (cfr. Mt 11,29-30). Como el mandamiento de Cristo –siendo exigente, es ‘dulce y ligero’, y en vez de pesar sobre el que lo lleva, lo alivia, así el vínculo con la Sede Apostólica –siendo comprometido– sostiene al Pastor y la porción de la iglesia confiada a su cuidado, haciéndola más libre y más fuerte.

Una última indicación quisiera extraer de la palabra de Dios, en particular de la promesa de Cristo que el poder del infierno no prevalecerá sobre su iglesia. Estas palabras pueden tener también un significativo valor ecuménico, del momento que, como aludía poco antes, uno de los efectos típicos de la acción del Maligno es propiamente la división al interno de la Comunidad eclesial. Las divisiones de hecho, son síntomas de la fuerza del pecado, que continúa actuando en los miembros de la iglesia también después de la redención. Pero la palabra de Cristo es clara: ‘Non praevalerunt - no prevalecerán’ (Mt. 16,18). La unidad de la Iglesia está radica en la unión con Cristo, y la causa de la plena unidad de los cristianos –siempre de buscar y renovar, de generación en generación– es también sostenida por su oración y su promesa. En la lucha contra el espíritu del mal, Dios nos ha don-

ado en Jesús el ‘Abogado’ defensor, y, después de su Pascua, ‘otro paráclito’ (cfr Jn 14,16), el Espíritu santo, que permanece con nosotros por siempre y conduce a la iglesia hacia la plenitud de la verdad (cfr Jn 14,16; 16,13), que es también la plenitud de la caridad y de la unidad. Con estos sentimientos de confiada esperanza, estoy feliz de saludar la Delegación del Patriarcado de Constantinopla, que según la bella costumbre de las visitas recíprocas, participa de la celebración de los Santos Patronos de Roma. Juntos damos gracias a Dios por los progresos en las relaciones ecuménicas entre católicos y ortodoxos, y renovamos el compromiso de corresponder generosamente a la gracia de Dios que nos conduce a la plena comunión.

Queridos amigos, saludo cordialmente a cada uno de ustedes: señores Cardenales, Hermanos en el Episcopado, Señores Embajadores y Autoridades civiles, en particular al Sindaco de Roma, sacerdotes, religiosos y fieles laicos. Les agradezco por vuestra presencia. Los santos Apóstoles Pedro y Pablo les obtengan de amar siempre más la santa iglesia, cuerpo místico de Cristo Señor y mensajera de unidad y de paz para todos los hombres. Les obtengan también ofrecer con alegría por su santidad y misión las fatigas y los sufrimientos soportados por fidelidad al Evangelio. La Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la iglesia, vele siempre sobre ustedes, en particular sobre el ministerio de los Arzobispos Metropolitanos. Con su celeste ayuda puedan vivir y actuar siempre en aquella libertad, que Cristo nos ha ganado. Amén.

Martes, 29 de junio de 2010

3. Reconoce el martirio de 16 claretianos y 10 carmelitas (1-7-10)

Benedicto XVI ha reconocido oficialmente el martirio de 16 claretianos y 10 carmelitas asesinados en España durante la persecución religiosa de 1936. Como mártires, pueden ser beatificados sin necesidad de atribuirles un milagro.

José María Ruiz, formador del seminario menor claretiano, fue fusilado en una carretera cerca de Sigüenza el 27 de julio. “Decía que nos perdonaba cuando le íbamos a matar”, declaró uno de sus ejecutores. El resto, estudiantes claretianos, fueron fusilados al día siguiente en la estación de tren de Ciudad Real, cuando los descubrieron, vestidos de civil. “Viva Cristo Rey, viva el Corazón de María”, proclamaron antes de morir. Los carmelitas (Carmelo Moyano y compañeros) fueron asesinados en julio en varios pueblos de Córdoba (entre ellos Montoro, Belalcázar e Hinojosa del Duque).

El Papa también ha reconocido el martirio de tres sacerdotes alemanes decapitados por orden de un tribunal nazi en Hamburgo en noviembre de 1943: Johannes Prassek, Eduard Mueller y Hermann Lange. Prassek predicaba abiertamente la incompatibilidad del nazismo y el cristianismo y atendía a los trabajadores polacos deportados. Otros mártires en el mismo decreto son el obispo húngaro Janos Scheffler (murió en las cárceles comunistas en 1952) y la religiosa francesa Marguerite Rutan, asesinada en 1794.

UNA RELIGIOSA ESPAÑOLA

El Papa también ha aprobado las virtudes heroicas de la española María del Carmen Albarraçín (1927-1946), religiosa profesa de las Hermanas de María Inmaculada Misioneras Claretianas.

4. Rezar y sostener a los sacerdotes sobre todo en las dificultades (5-5-10)

En la audiencia general de hoy, celebrada en la Plaza de San Pedro, el Papa habló de la misión del sacerdote de santificar a los seres humanos.

Tras hacer hincapié en que “santificar a una persona significa ponerla en contacto con Dios”, el Santo Padre afirmó que “parte esencial de la gracia del sacerdocio es el don y la misión de crear este contacto, que se realiza en el anuncio de la palabra de Dios y (...) de un modo particularmente denso, en los sacramentos”.

“En las últimas décadas –dijo–, ha habido una tendencia a hacer prevalecer en la identidad y en la misión del sacerdote, la dimensión del anuncio, separándola de la de la santificación, a menudo se ha dicho que es necesario superar una pastoral meramente sacramental”.

Benedicto XVI subrayó que “el ministro ordenado representa a Cristo, el Enviado del Padre, es su presencia, continúa su misión a través de la “palabra” y el “sacramento”, que son los dos pilares fundamentales del servicio sacerdotal”. En este contexto señaló que “es necesario reflexionar si en algunos casos, el haber minusvalorado el ejercicio fiel del “munus sanctificandi”, no haya quizá representando una debilitación de la misma fe en la eficacia salvífica de los sacramentos y, en definitiva, en el obrar de Cristo y de su Espíritu, a través de la Iglesia, en el mundo”.

“Es importante, por tanto -continuó- promover una adecuada catequesis para ayudar a los fieles a comprender el valor de los sacramentos, pero también es necesario, siguiendo el ejemplo del Santo Cura de Ars, estar disponibles y atentos y ser generosos para donar a los hermanos los tesoros de la gracia que Dios ha puesto en nuestras manos, y de los que no somos los “dueños”, sino custodios y administradores. Especialmente en nuestro tiempo, en el que, por una parte, parece que la fe debe debilitarse y, por otra, hay una profunda necesidad y una búsqueda general de espiritualidad, es necesario que cada sacerdote recuerde que en su misión, el anuncio misionero y el culto nunca se separan y promueva un sano ministerio sacramental para formar al Pueblo de Dios y ayudarlo a vivir plenamente la liturgia, el culto

de la Iglesia, los sacramentos como dones gratuitos de Dios, actos libres y eficaces de su acción de salvación”.

El Papa señaló que “cada sacerdote sabe que es un instrumento necesario para la acción salvífica de Dios, pero sigue siendo un instrumento. Esto debe hacer más humildes y generosos a los presbíteros en la administración de los sacramentos, en la observancia de las normas canónicas, y también en la profunda convicción de que su misión es asegurar que todas las personas, unidas a Cristo, puedan ofrecerse a Dios como hostia viva, santa, agradable a El”.

Dirigiéndose a todos los sacerdotes, el Santo Padre les alentó a “vivir con alegría y con amor la liturgia y el culto” y renovó la reciente invitación “a volver al confesionario, como lugar en que celebrar el sacramento de la Reconciliación, pero también como lugar en que “habitar” más a menudo, para que el fiel pueda encontrar misericordia, consejo y consuelo, sentirse amado y comprendido por Dios y experimentar la presencia de la Misericordia divina, junto a la presencia real en la Eucaristía”.

“Quisiera invitar también a los sacerdotes –añadió– a celebrar y vivir con intensidad la Eucaristía”. Los presbíteros “están llamados a ser ministros de este gran misterio, en el sacramento y en la vida”.

Asimismo, añadió, “es indispensable que el sacerdote tienda a la perfección moral, que debe habitar todo corazón verdaderamente sacerdotal”: también hay un ejemplo de fe y de testimonio de santidad que el Pueblo de Dios se espera justamente de sus pastores”.

Benedicto XVI terminó pidiendo a los fieles que fueran “conscientes del gran don que los sacerdotes son para la Iglesia y el mundo; a través de su ministerio, el Señor sigue salvando a los hombres, se hace presente y santifica. Dad gracias a Dios, y sobre todo rezad y sostened a vuestros sacerdotes, especialmente en las dificultades, para que sean cada vez más pastores según el corazón de Dios”.

5. Carta Apostólica del Sumo Pontífice Benedicto XVI con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización

La Iglesia tiene el deber de anunciar siempre y en todas partes el Evangelio de Jesucristo. Él, el primer y supremo evangelizador, en el día de su ascensión al Padre, ordenó a los Apóstoles: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado” (*Mt* 28, 19-20). Fiel a este mandamiento, la Iglesia, pueblo adquirido por Dios para que proclame sus obras admirables (cf. *1 P* 2, 9), desde el día de Pentecostés, en el que recibió como don el Espíritu Santo (cf. *Hch* 2, 1-4), nunca se ha cansado de dar a conocer a todo el mundo la belleza del Evangelio, anunciando a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, el mismo “ayer, hoy y siempre” (*Hb* 13, 8), que con su muerte y resurrección realizó la salvación, cumpliendo la antigua promesa. Por tanto, para la Iglesia la misión evangelizadora, continuación de la obra que quiso Jesús nuestro Señor, es necesaria e insustituible, expresión de su misma naturaleza.

Esta misión ha asumido en la historia formas y modalidades siempre nuevas según los lugares, las situaciones y los momentos históricos. En nuestro tiempo, uno de sus rasgos singulares ha sido afrontar el fenómeno del alejamiento de la fe, que se ha ido manifestando progresivamente en sociedades y culturas que desde hace siglos estaban impregnadas del Evangelio. Las transformaciones sociales a las que hemos asistido en las últimas décadas tienen causas complejas, que hunden sus raíces en tiempos lejanos, y han modificado profundamente la percepción de nuestro mundo. Pensemos en los gigantescos avances de la ciencia y de la técnica, en la ampliación de las posibilidades de vida y de los espacios de libertad individual, en los profundos cambios en campo económico, en el proceso de mezcla de etnias y culturas causado por fenómenos migratorios de masas, y en la creciente interdependencia entre los pueblos. Todo esto ha tenido consecuencias también para la dimensión religiosa de la vida del hombre. Y si, por un lado, la humanidad ha conocido beneficios innegables de esas transformaciones y la Iglesia ha recibido ulteriores estímulos para dar razón de su es-

peranza (cf. *I P* 3, 15), por otro, se ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en una familia, y la referencia a una ley moral natural.

Aunque algunos hayan acogido todo ello como una liberación, muy pronto nos hemos dado cuenta del desierto interior que nace donde el hombre, al querer ser el único artífice de su naturaleza y de su destino, se ve privado de lo que constituye el fundamento de todas las cosas.

Ya el concilio ecuménico Vaticano II incluyó entre sus temas centrales la cuestión de la relación entre la Iglesia y el mundo contemporáneo. Siguiendo las enseñanzas conciliares, mis predecesores reflexionaron ulteriormente sobre la necesidad de encontrar formas adecuadas para que nuestros contemporáneos sigan escuchando la Palabra viva y eterna del Señor.

El siervo de Dios Pablo VI observaba con clarividencia que el compromiso de la evangelización “se está volviendo cada vez más necesario, a causa de las situaciones de descristianización frecuentes en nuestros días, para gran número de personas que recibieron el bautismo, pero viven al margen de toda vida cristiana; para las gentes sencillas que tienen una cierta fe, pero conocen poco los fundamentos de la misma; para los intelectuales que sienten necesidad de conocer a Jesucristo bajo una luz distinta de la enseñanza que recibieron en su infancia, y para otros muchos” (*Evangelii nuntiandi*, 52). Y, con el pensamiento dirigido a los que se han alejado de la fe, añadía que la acción evangelizadora de la Iglesia “debe buscar constantemente los medios y el lenguaje adecuados para proponerles o volverles a proponer la revelación de Dios y la fe en Jesucristo” (*ib.*, n. 56). El venerable siervo de Dios Juan Pablo II puso esta ardua tarea como uno de los ejes su vasto magisterio, sintetizando en el concepto de “nueva evangelización”, que él profundizó sistemáticamente en numerosas intervenciones, la tarea que espera a la Iglesia hoy, especialmente en las regiones de antigua cristianización. Una tarea que, aunque concierne directamente a su modo de relacionarse con el exterior, presupone, primero de todo, una constante renovación en su seno, un continuo pasar, por decirlo así, de evangelizada a

evangelizadora. Baste recordar lo que se afirmaba en la exhortación post-sinodal *Christifideles laici*: “Enteros países y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso alguna que otra vez son radicalmente transformados por el continuo difundirse del indiferentismo, del laicismo y del ateísmo. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado primer mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo –si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria– inspiran y sostienen una existencia vivida “como si Dios no existiera”. Ahora bien, el indiferentismo religioso y la total irrelevancia práctica de Dios para resolver los problemas, incluso graves, de la vida, no son menos preocupantes y desoladores que el ateísmo declarado. Y también la fe cristiana –aunque sobrevive en algunas manifestaciones tradicionales y rituales– tiende a ser erradicada de los momentos más significativos de la existencia humana, como son los momentos del nacer, del sufrir y del morir. (...) En cambio, en otras regiones o naciones todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana; pero este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas. Sólo una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda, capaz de hacer de estas tradiciones una fuerza de auténtica libertad. Ciertamente urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana. Pero la condición es *que se rehaga la trabazón cristiana de las mismas comunidades eclesiales que viven en estos países o naciones*” (n. 34).

Por tanto, haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización. Esta se refiere sobre todo a las Iglesias de antigua fundación, que viven realidades bastante diferenciadas, a las que corresponden necesidades distintas, que esperan impulsos de evangelización diferentes: en algunos territorios, en efecto, aunque avanza el fenómeno de la secularización, la práctica cristiana manifiesta todavía una buena vitalidad y un profundo arraigo en el alma de poblaciones enteras; en otras regiones, en

cambio, se nota un distanciamiento más claro de la sociedad en su conjunto respecto de la fe, con un entramado eclesial más débil, aunque no privado de elementos de vivacidad, que el Espíritu Santo no deja de suscitar; también existen, lamentablemente, zonas casi completamente descristianizadas, en las cuales la luz de la fe está confiada al testimonio de pequeñas comunidades: estas tierras, que necesitarían un renovado primer anuncio del Evangelio, parecen particularmente refractarias a muchos aspectos del mensaje cristiano.

La diversidad de las situaciones exige un atento discernimiento; hablar de “nueva evangelización” no significa tener que elaborar una única fórmula igual para todas las circunstancias. Y, sin embargo, no es difícil percatarse de que lo que necesitan todas las Iglesias que viven en territorios tradicionalmente cristianos es un renovado impulso misionero, expresión de una nueva y generosa apertura al don de la gracia. De hecho, no podemos olvidar que la primera tarea será siempre ser dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio y abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de modo fecundo la Palabra del Evangelio se requiere ante todo hacer una experiencia profunda de Dios.

Como afirmé en mi primer encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (n. 1). De forma análoga, en la raíz de toda evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido darnos, haciéndonos partícipes de su propia vida.

Por tanto, a la luz de estas reflexiones, después de haber examinado con esmero cada aspecto y haber solicitado el parecer de personas expertas, establezco y decreto lo siguiente:

Art. 1

§ 1. Se constituye el Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización, como dicasterio de la Curia romana, de acuerdo con la constitución apostólica *Pastor bonus*.

§ 2. El Consejo persigue su finalidad tanto estimulando la reflexión sobre los temas de la nueva evangelización, como descubriendo y promoviendo las formas y los instrumentos adecuados para realizarla.

Art. 2

La actividad del Consejo, que se lleva a cabo en colaboración con los demás dicasterios y organismos de la Curia romana, respetando las relativas competencias, está al servicio de las Iglesias particulares, especialmente en los territorios de tradición cristiana donde se manifiesta con mayor evidencia el fenómeno de la secularización.

Art. 3

Entre las tareas específicas del Consejo se señalan:

1. profundizar el significado teológico y pastoral de la nueva evangelización;
2. promover y favorecer, en estrecha colaboración con las Conferencias episcopales interesadas, que podrán tener un organismo *ad hoc*, el estudio, la difusión y la puesta en práctica del Magisterio pontificio relativo a las temáticas relacionadas con la nueva evangelización;
3. dar a conocer y sostener iniciativas relacionadas con la nueva evangelización organizadas en las diversas Iglesias particulares y promover la realización de otras nuevas, involucrando también activamente las fuerzas presentes en los institutos de vida consagrada y en las sociedades de vida apostólica, así como en las agregaciones de fieles y en las nuevas comunidades;
4. estudiar y favorecer el uso de las formas modernas de comunicación, como instrumentos para la nueva evangelización;
5. promover el uso del *Catecismo de la Iglesia católica*, como formulación esencial y completa del contenido de la fe para los hombres de nuestro tiempo.

Art. 4

§ 1. Dirige el Consejo un arzobispo presidente, con la ayuda de un secretario, un subsecretario y un número conveniente de oficiales, según las normas establecidas por la constitución apostólica *Pastor bonus* y el *Reglamento general de la Curia romana*.

§ 2. El Consejo tiene miembros propios y puede disponer de consultores propios.

Ordeno que todo lo que se ha deliberado con el presente *Motu proprio* tenga valor pleno y estable, a pesar de cualquier disposición contraria, aunque sea digna de particular mención, y establezco que se promulgue mediante la publicación en el periódico “L’Osservatore Romano” y que entre en vigor el día de la promulgación.

Castelgandolfo, 21 de septiembre de 2010, fiesta de San Mateo, Apóstol y Evangelista, año sexto de mi pontificado.

BENEDICTUS PP. XVI

6. Carta apostólica en forma de “Motu Proprio” *omnium in mentem* del Sumo Pontífice Benedicto XVI con la cual se modifican algunas normas del Código de Derecho Canónico

La constitución apostólica *Sacrae disciplinae leges*, promulgada el 25 de enero de 1983, llamó la atención de todos sobre el hecho de que la Iglesia, en cuanto comunidad al mismo tiempo espiritual y visible, y ordenada jerárquicamente, necesita normas jurídicas “para que el ejercicio de las funciones que le han sido confiadas divinamente, sobre todo la de la sagrada potestad y la de la administración de los sacramentos, se lleve a cabo de forma adecuada”. En esas normas es necesario que resplandezca siempre, por una parte, la unidad de la doctrina teológica y de la legislación canónica y, por otra, la utilidad pastoral de las prescripciones, mediante las cuales las disposiciones eclesíásticas están ordenadas al bien de las almas.

A fin de garantizar más eficazmente tanto esta necesaria unidad doctrinal como la finalidad pastoral, a veces la autoridad suprema de la Iglesia, después de ponderar las razones, decide los cambios oportunos de las normas canónicas, o introduce en ellas alguna integración. Esta es la razón que nos lleva a redactar la presente Carta, que concierne a dos cuestiones.

En primer lugar, en los cánones 1008 y 1009 del *Código de derecho canónico* sobre el sacramento del Orden, se confirma la distinción esencial entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial y, al mismo tiempo, se pone en relieve la diferencia entre episcopado, presbiterado y diaconado. Ahora, en cambio, después de que, habiendo oído a los padres de la Congregación para la doctrina de la fe, nuestro venerado predecesor Juan Pablo II estableció que se debía modificar el texto del número 875 del *Catecismo de la Iglesia católica*, con el fin de retomar más adecuadamente la doctrina sobre los diaconos de la constitución dogmática *Lumen gentium* (n. 29) del concilio Vaticano II, también Nos consideramos que se debe perfeccionar la norma canónica que atañe a esta misma materia. Por lo tanto, oído el parecer del Consejo pontificio para los textos legislativos, establecemos que las palabras de dichos cánones se modifiquen como se indica sucesivamente.

Además, dado que los sacramentos son los mismos para toda la Iglesia, compete únicamente a la autoridad suprema aprobar y definir los requisitos para su validez, y también determinar lo que se refiere al rito que es necesario observar en la celebración de los mismos (cf. can. 841), todo lo cual ciertamente vale también para la forma que debe observarse en la celebración del matrimonio, si al menos uno de los contrayentes ha sido bautizado en la Iglesia católica (cf. cann. 11 y 1108).

El *Código de derecho canónico* establece, sin embargo, que los fieles que se han separado de la Iglesia por “acto formal”, no están sujetos a las leyes eclesíásticas relativas a la forma canónica del matrimonio (cf. can. 1117), a la dispensa del impedimento de disparidad de culto (cf. can. 1086) y a la licencia requerida para los matrimonios mixtos (cf. can. 1124). La razón y el fin de esta excepción a la norma general del canon 11 tenía como finalidad evitar que los matrimonios contraídos por aquellos fieles fuesen nulos por defecto de forma, o bien por impedimento de disparidad de culto.

Con todo, la experiencia de estos años ha mostrado, por el contrario, que esta nueva ley ha generado no pocos problemas pastorales. En primer lugar, ha parecido difícil la determinación y la configuración práctica, en los casos particulares, de este *acto formal de separación* de la Iglesia, sea en cuanto a su sustancia teológica, sea en cuanto al aspecto canónico. Además, han surgido muchas dificultades tanto en la acción pastoral como en la praxis de los tribunales. De hecho, se observaba que de la nueva ley parecían derivar, al menos indirectamente, una cierta facilidad o, por decir así, un incentivo a la apostasía en aquellos lugares donde los fieles católicos son escasos en número, o donde rigen leyes matrimoniales injustas, que establecen discriminaciones entre los ciudadanos por motivos religiosos; además, esa nueva ley hacía difícil el retorno de aquellos bautizados que deseaban vivamente contraer un nuevo matrimonio canónico, después del fracaso del anterior; por último, omitiendo otras cosas, para la Iglesia muchísimos de estos matrimonios se convertían de hecho en matrimonios denominados clandestinos.

Considerado todo esto, y evaluados cuidadosamente los pareceres tanto de los padres de la Congregación para la doctrina de la fe y del Consejo pontificio para los textos legislativos, como también de las Conferen-

cias episcopales que han sido consultadas sobre la utilidad pastoral de conservar o abrogar esta excepción a la norma general del canon 11, ha parecido necesario abolir esta regla introducida en el cuerpo de las leyes canónicas actualmente vigente.

Establecemos, por lo tanto, eliminar del mismo *Código* las palabras: “y no se ha apartado de ella por acto formal” del canon 1117, “y no se ha apartado de ella por acto formal” del canon 1086 §1, como también “y no se haya apartado de ella mediante un acto formal” del canon 1124.

Por eso, habiendo oído al respecto a la Congregación para la doctrina de la fe y al Consejo pontificio para los textos legislativos y pedido también el parecer de nuestros venerables hermanos cardenales de la santa Iglesia romana responsables de los dicasterios de la Curia romana, establecemos cuanto sigue:

Art. 1. El texto del canon 1008 del *Código de derecho canónico* se ha de modificar de manera que, de ahora en adelante, resulte así:

“Mediante el sacramento del Orden, por institución divina, algunos de entre los fieles quedan constituidos ministros sagrados, al ser marcados con un carácter indeleble, y así son consagrados y destinados a servir, según el grado de cada uno, con nuevo y peculiar título, al pueblo de Dios”.

Art. 2. El canon 1009 del *Código de derecho canónico* de ahora en adelante tendrá tres párrafos, en el primero y en el segundo de los cuales se mantendrá el texto del canon vigente, mientras que en el tercero el nuevo texto se redactará de manera que el canon 1009 §3 resulte así:

“Aquellos que han sido constituidos en el orden del episcopado o del presbiterado reciben la misión y la facultad de actuar en la persona de Cristo Cabeza; los diáconos, en cambio, son habilitados para servir al pueblo de Dios en la diaconía de la liturgia, de la palabra y de la caridad”.

Art. 3. El texto del canon 1086 §1 del *Código de derecho canónico* queda modificado así:

“Es inválido el matrimonio entre dos personas, una de las cuales fue bautizada en la Iglesia católica o recibida en su seno, y otra no bautizada”.

Art. 4. El texto del canon 1117 del *Código de derecho canónico* queda modificado así:

“La forma arriba establecida se ha de observar si al menos uno de los contrayentes fue bautizado en la Iglesia católica o recibido en ella, sin perjuicio de lo establecido en el canon 1127 §2”.

Art. 5. El texto del canon 1124 del *Código de derecho canónico* queda modificado así:

“Está prohibido, sin licencia expresa de la autoridad competente, el matrimonio entre dos personas bautizadas, una de las cuales haya sido bautizada en la Iglesia católica o recibida en ella después del bautismo, y otra adscrita a una Iglesia o comunidad eclesial que no se halle en comunión plena con la Iglesia católica”.

Cuanto hemos deliberado con esta carta apostólica en forma de *motu proprio*, ordenamos que tenga firme y estable vigor, no obstante cualquier disposición contraria aunque sea digna de particular mención, y que se publique en el comentario oficial *Acta Apostolicae Sedis*.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 26 del mes de octubre del año 2009, quinto de nuestro pontificado.

BENEDICTUS PP. XVI

7. Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Mundial de la Juventud. Madrid 2011

“Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (cf. Col 2, 7)

Queridos amigos

Pienso con frecuencia en la *Jornada Mundial de la Juventud* de Sydney, en el 2008. Allí vivimos una gran fiesta de la fe, en la que el Espíritu de Dios actuó con fuerza, creando una intensa comunión entre los participantes, venidos de todas las partes del mundo. Aquel encuentro, como los precedentes, ha dado frutos abundantes en la vida de muchos jóvenes y de toda la Iglesia.

Nuestra mirada se dirige ahora a la próxima Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar en Madrid, en el mes de agosto de 2011. Ya en 1989, algunos meses antes de la histórica caída del Muro de Berlín, la peregrinación de los jóvenes hizo un alto en España, en Santiago de Compostela. Ahora, en un momento en que Europa tiene que volver a encontrar sus raíces cristianas, hemos fijado nuestro encuentro en Madrid, con el lema: *“Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”* (cf. Col 2, 7). Os invito a este evento tan importante para la Iglesia en Europa y para la Iglesia universal. Además, quisiera que todos los jóvenes, tanto los que comparten nuestra fe, como los que vacilan, dudan o no creen, puedan vivir esta experiencia, que puede ser decisiva para la vida: la experiencia del Señor Jesús resucitado y vivo, y de su amor por cada uno de nosotros.

1. EN LAS FUENTES DE VUESTRAS ASPIRACIONES MÁS GRANDES

En cada época, también en nuestros días, numerosos jóvenes sienten el profundo deseo de que las relaciones interpersonales se vivan en la verdad y la solidaridad. Muchos manifiestan la aspiración de construir relaciones auténticas de amistad, de conocer el verdadero amor, de fundar una familia unida, de adquirir una estabilidad personal y una seguridad real, que puedan garantizar un futuro sereno y feliz. Al recordar mi juventud, veo que,

en realidad, la estabilidad y la seguridad no son las cuestiones que más ocupan la mente de los jóvenes. Sí, la cuestión del lugar de trabajo, y con ello la de tener el porvenir asegurado, es un problema grande y apremiante, pero al mismo tiempo la juventud sigue siendo la edad en la que se busca una vida más grande. Al pensar en mis años de entonces, sencillamente, no queríamos perdernos en la mediocridad de la vida aburguesada. Queríamos lo que era grande, nuevo. Queríamos encontrar la vida misma en su inmensidad y belleza. Ciertamente, eso dependía también de nuestra situación. Durante la dictadura nacionalsocialista y la guerra, estuvimos, por así decir, “encerrados” por el poder dominante. Por ello, queríamos salir afuera para entrar en la abundancia de las posibilidades del ser hombre. Pero creo que, en cierto sentido, este impulso de ir más allá de lo habitual está en cada generación. Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven. ¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquiera otra cosa es insuficiente. San Agustín tenía razón: nuestro corazón está inquieto, hasta que no descansa en Ti. El deseo de la vida más grande es un signo de que Él nos ha creado, de que llevamos su “huella”. Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz. Entonces comprendemos que es un contrasentido pretender eliminar a Dios para que el hombre viva. Dios es la fuente de la vida; eliminarlo equivale a separarse de esta fuente e, inevitablemente, privarse de la plenitud y la alegría: “sin el Creador la criatura se diluye” (Con. Ecum. Vaticano. II, Const. *Gaudium et Spes*, 36). La cultura actual, en algunas partes del mundo, sobre todo en Occidente, tiende a excluir a Dios, o a considerar la fe como un hecho privado, sin ninguna relevancia en la vida social. Aunque el conjunto de los valores, que son el fundamento de la sociedad, provenga del Evangelio – como el sentido de la dignidad de la persona, de la solidaridad, del trabajo y de la familia –, se constata una especie de “eclipse de Dios”, una cierta amnesia, más aún, un verdadero rechazo del cristianismo y una negación del tesoro de la fe recibida, con el riesgo de perder aquello que más profundamente nos caracteriza.

Por este motivo, queridos amigos, os invito a intensificar vuestro camino de fe en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. Vosotros sois el futuro de la sociedad y de la Iglesia. Como escribía el apóstol Pablo a los cristianos de la ciudad de Colosas, es vital tener raíces y bases sólidas. Esto es verdad, especialmente hoy, cuando muchos no tienen puntos de referencia estables para construir su vida, sintiéndose así profundamente inseguros. El relativismo que se ha difundido, y para el que todo da lo mismo y no existe ninguna verdad, ni un punto de referencia absoluto, no genera verdadera libertad, sino inestabilidad, desconcierto y un conformismo con las modas del momento. Vosotros, jóvenes, tenéis el derecho de recibir de las generaciones que os preceden puntos firmes para hacer vuestras opciones y construir vuestra vida, del mismo modo que una planta pequeña necesita un apoyo sólido hasta que crezcan sus raíces, para convertirse en un árbol robusto, capaz de dar fruto.

2. ARRAIGADOS Y EDIFICADOS EN CRISTO

Para poner de relieve la importancia de la fe en la vida de los creyentes, quisiera detenerme en tres términos que san Pablo utiliza en: "*Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*" (cf. *Col 2, 7*). Aquí podemos distinguir tres imágenes: "arraigado" evoca el árbol y las raíces que lo alimentan; "edificado" se refiere a la construcción; "firme" alude al crecimiento de la fuerza física o moral. Se trata de imágenes muy elocuentes. Antes de comentarlas, hay que señalar que en el texto original las tres expresiones, desde el punto de vista gramatical, están en pasivo: quiere decir, que es Cristo mismo quien toma la iniciativa de arraigar, edificar y hacer firmes a los creyentes.

La primera imagen es la del árbol, firmemente plantado en el suelo por medio de las raíces, que le dan estabilidad y alimento. Sin las raíces, sería llevado por el viento, y moriría. ¿Cuáles son nuestras raíces? Naturalmente, los padres, la familia y la cultura de nuestro país son un componente muy importante de nuestra identidad. La Biblia nos muestra otra más. El profeta Jeremías escribe: "Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza: será un árbol plantado junto al agua, que junto a la corriente echa raíces; cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde; en año de

sequía no se inquieta, no deja de dar fruto” (*Jer* 17, 7-8). Echar raíces, para el profeta, significa volver a poner su confianza en Dios. De Él viene nuestra vida; sin Él no podríamos vivir de verdad. “Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo” (*I Jn* 5,11). Jesús mismo se presenta como nuestra vida (cf. *Jn* 14, 6). Por ello, la fe cristiana no es sólo creer en la verdad, sino sobre todo una relación personal con Jesucristo. El encuentro con el Hijo de Dios proporciona un dinamismo nuevo a toda la existencia. Cuando comenzamos a tener una relación personal con Él, Cristo nos revela nuestra identidad y, con su amistad, la vida crece y se realiza en plenitud. Existe un momento en la juventud en que cada uno se pregunta: ¿qué sentido tiene mi vida, qué finalidad, qué rumbo debo darle? Es una fase fundamental que puede turbar el ánimo, a veces durante mucho tiempo. Se piensa cuál será nuestro trabajo, las relaciones sociales que hay que establecer, qué afectos hay que desarrollar... En este contexto, vuelvo a pensar en mi juventud. En cierto modo, muy pronto tomé conciencia de que el Señor me quería sacerdote. Pero más adelante, después de la guerra, cuando en el seminario y en la universidad me dirigía hacia esa meta, tuve que reconquistar esa certeza. Tuve que preguntarme: ¿es éste de verdad mi camino? ¿Es de verdad la voluntad del Señor para mí? ¿Seré capaz de permanecerle fiel y estar totalmente a disposición de Él, a su servicio? Una decisión así también causa sufrimiento. No puede ser de otro modo. Pero después tuve la certeza: ¡así está bien! Sí, el Señor me quiere, por ello me dará también la fuerza. Escuchándole, estando con Él, llego a ser yo mismo. No cuenta la realización de mis propios deseos, sino su voluntad. Así, la vida se vuelve auténtica.

Como las raíces del árbol lo mantienen plantado firmemente en la tierra, así los cimientos dan a la casa una estabilidad perdurable. Mediante la fe, estamos arraigados en Cristo (cf. *Col* 2, 7), así como una casa está construida sobre los cimientos. En la historia sagrada tenemos numerosos ejemplos de santos que han edificado su vida sobre la Palabra de Dios. El primero Abrahán. Nuestro padre en la fe obedeció a Dios, que le pedía dejar la casa paterna para encaminarse a un país desconocido. “Abrahán creyó a Dios y se le contó en su haber. Y en otro pasaje se le llama “amigo de Dios”” (*St* 2, 23). Estar arraigados en Cristo significa responder concretamente a la llamada de Dios, fiándose de Él y poniendo en práctica su Palabra. Jesús mismo reprende a sus discípulos: “¿Por qué me llamáis: “¡Señor, Señor!”

y no hacéis lo que digo?” (Lc 6, 46). Y recurriendo a la imagen de la construcción de la casa, añade: “El que se acerca a mí, escucha mis palabras y las pone por obra... se parece a uno que edificaba una casa: cavó, ahondó y puso los cimientos sobre roca; vino una crecida, arremetió el río contra aquella casa, y no pudo tambalearla, porque estaba sólidamente construida” (Lc 6, 47-48).

Queridos amigos, construid vuestra casa sobre roca, como el hombre que “cavó y ahondó”. Intentad también vosotros acoger cada día la Palabra de Cristo. Escuchadle como al verdadero Amigo con quien compartir el camino de vuestra vida. Con Él a vuestro lado seréis capaces de afrontar con valentía y esperanza las dificultades, los problemas, también las desilusiones y los fracasos. Continuamente se os presentarán propuestas más fáciles, pero vosotros mismos os daréis cuenta de que se revelan como engañosas, no dan serenidad ni alegría. Sólo la Palabra de Dios nos muestra la auténtica senda, sólo la fe que nos ha sido transmitida es la luz que ilumina el camino. Acoged con gratitud este don espiritual que habéis recibido de vuestras familias y esforzaos por responder con responsabilidad a la llamada de Dios, convirtiéndoos en adultos en la fe. No creáis a los que os digan que no necesitáis a los demás para construir vuestra vida. Apoyaos, en cambio, en la fe de vuestros seres queridos, en la fe de la Iglesia, y agradeced al Señor el haberla recibido y haberla hecho vuestra.

3. FIRMES EN LA FE

Estad “*arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe*” (cf. Col 2, 7). La carta de la cual está tomada esta invitación, fue escrita por san Pablo para responder a una necesidad concreta de los cristianos de la ciudad de Colosas. Aquella comunidad, de hecho, estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que apartaban a los fieles del Evangelio. Nuestro contexto cultural, queridos jóvenes, tiene numerosas analogías con el de los colosenses de entonces. En efecto, hay una fuerte corriente de pensamiento laicista que quiere apartar a Dios de la vida de las personas y la sociedad, planteando e intentando crear un “paraíso” sin Él. Pero la experiencia enseña que el mundo sin Dios se convierte en un “infierno”, donde prevalece el egoísmo, las divisiones en las familias, el odio entre las personas y los pue-

blos, la falta de amor, alegría y esperanza. En cambio, cuando las personas y los pueblos acogen la presencia de Dios, le adoran en verdad y escuchan su voz, se construye concretamente la civilización del amor, donde cada uno es respetado en su dignidad y crece la comunión, con los frutos que esto conlleva. Hay cristianos que se dejan seducir por el modo de pensar laicista, o son atraídos por corrientes religiosas que les alejan de la fe en Jesucristo. Otros, sin dejarse seducir por ellas, sencillamente han dejado que se enfriara su fe, con las inevitables consecuencias negativas en el plano moral.

El apóstol Pablo recuerda a los hermanos, contagiados por las ideas contrarias al Evangelio, el poder de Cristo muerto y resucitado. Este misterio es el fundamento de nuestra vida, el centro de la fe cristiana. Todas las filosofías que lo ignoran, considerándolo “necedad” (*1 Co 1, 23*), muestran sus límites ante las grandes preguntas presentes en el corazón del hombre. Por ello, también yo, como Sucesor del apóstol Pedro, deseo confirmaros en la fe (cf. *Lc 22, 32*). Creemos firmemente que Jesucristo se entregó en la Cruz para ofrecernos su amor; en su pasión, soportó nuestros sufrimientos, cargó con nuestros pecados, nos consiguió el perdón y nos reconcilió con Dios Padre, abriéndonos el camino de la vida eterna. De este modo, hemos sido liberados de lo que más atenaza nuestra vida: la esclavitud del pecado, y podemos amar a todos, incluso a los enemigos, y compartir este amor con los hermanos más pobres y en dificultad.

Queridos amigos, la cruz a menudo nos da miedo, porque parece ser la negación de la vida. En realidad, es lo contrario. Es el “sí” de Dios al hombre, la expresión máxima de su amor y la fuente de donde mana la vida eterna. De hecho, del corazón de Jesús abierto en la cruz ha brotado la vida divina, siempre disponible para quien acepta mirar al Crucificado. Por eso, quiero invitaros a acoger la cruz de Jesús, signo del amor de Dios, como fuente de vida nueva. Sin Cristo, muerto y resucitado, no hay salvación. Sólo Él puede liberar al mundo del mal y hacer crecer el Reino de la justicia, la paz y el amor, al que todos aspiramos.

4. CREER EN JESUCRISTO SIN VERLO

En el Evangelio se nos describe la experiencia de fe del apóstol Tomás cuando acoge el misterio de la cruz y resurrección de Cristo. Tomás, uno de

los doce apóstoles, siguió a Jesús, fue testigo directo de sus curaciones y milagros, escuchó sus palabras, vivió el desconcierto ante su muerte. En la tarde de Pascua, el Señor se aparece a los discípulos, pero Tomás no está presente, y cuando le cuentan que Jesús está vivo y se les ha aparecido, dice: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo” (*Jn 20, 25*).

También nosotros quisiéramos poder ver a Jesús, poder hablar con Él, sentir más intensamente aún su presencia. A muchos se les hace hoy difícil el acceso a Jesús. Muchas de las imágenes que circulan de Jesús, y que se hacen pasar por científicas, le quitan su grandeza y la singularidad de su persona. Por ello, a lo largo de mis años de estudio y meditación, fui madurando la idea de transmitir en un libro algo de mi encuentro personal con Jesús, para ayudar de alguna forma a ver, escuchar y tocar al Señor, en quien Dios nos ha salido al encuentro para darse a conocer. De hecho, Jesús mismo, apareciéndose nuevamente a los discípulos después de ocho días, dice a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente” (*Jn 20, 27*). También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su Pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca en modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “ver”, a “encontrar” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda.

Entablad y cultivad un diálogo personal con Jesucristo, en la fe. Conocedle mediante la lectura de los Evangelios y del Catecismo de la Iglesia Católica; hablad con Él en la oración, confiad en Él. Nunca os traicionarán. “La fe es ante todo una *adhesión personal* del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente *el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 150). Así podréis adquirir una fe madura, sólida, que no se funda únicamente en un sentimiento religioso o en un vago recuerdo del catecismo de vuestra infancia. Podréis conocer a Dios y vivir auténticamente de Él, como el apóstol Tomás, cuando profesó abiertamente su fe en Jesús: “¡Señor mío y Dios mío!”.

5. SOSTENIDOS POR LA FE DE LA IGLESIA, PARA SER TESTIGOS

En aquel momento Jesús exclama: “¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto” (*Jn 20, 29*). Pensaba en el camino de la Iglesia, fundada sobre la fe de los testigos oculares: los Apóstoles. Comprendemos ahora que nuestra fe personal en Cristo, nacida del diálogo con Él, está vinculada a la fe de la Iglesia: no somos creyentes aislados, sino que, mediante el Bautismo, somos miembros de esta gran familia, y es la fe profesada por la Iglesia la que asegura nuestra fe personal. El *Credo* que proclamamos cada domingo en la Eucaristía nos protege precisamente del peligro de creer en un Dios que no es el que Jesús nos ha revelado: “Cada creyente es como un eslabón en la gran cadena de los creyentes. Yo no puedo creer sin ser sostenido por la fe de los otros, y por mi fe yo contribuyo a sostener la fe de los otros” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 166). Agradecemos siempre al Señor el don de la Iglesia; ella nos hace progresar con seguridad en la fe, que nos da la verdadera vida (cf. *Jn 20, 31*).

En la historia de la Iglesia, los santos y mártires han sacado de la cruz gloriosa la fuerza para ser fieles a Dios hasta la entrega de sí mismos; en la fe han encontrado la fuerza para vencer las propias debilidades y superar toda adversidad. De hecho, como dice el apóstol Juan: “¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (*1 Jn 5, 5*). La victoria que nace de la fe es la del amor. Cuántos cristianos han sido y son un testimonio vivo de la fuerza de la fe que se expresa en la caridad. Han sido artífices de paz, promotores de justicia, animadores de un mundo más humano, un mundo según Dios; se han comprometido en diferentes ámbitos de la vida social, con competencia y profesionalidad, contribuyendo eficazmente al bien de todos. La caridad que brota de la fe les ha llevado a dar un testimonio muy concreto, con la palabra y las obras. Cristo no es un bien sólo para nosotros mismos, sino que es el bien más precioso que tenemos que compartir con los demás. En la era de la globalización, sed testigos de la esperanza cristiana en el mundo entero: son muchos los que desean recibir esta esperanza. Ante la tumba del amigo Lázaro, muerto desde hacía cuatro días, Jesús, antes de volver a llamarlo a la vida, le dice a su hermana Marta: “Si crees, verás la gloria de Dios” (*Jn 11, 40*). También vosotros, si creéis, si sabéis vivir y dar cada día testimonio de vuestra fe, seréis un instrumento que ayudará a otros jóvenes como vosotros a encontrar el sentido y la alegría de la vida, que nace del encuentro con Cristo.

6. HACIA LA JORNADA MUNDIAL DE MADRID

Queridos amigos, os reitero la invitación a asistir a la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid. Con profunda alegría, os espero a cada uno personalmente. Cristo quiere afianzaros en la fe por medio de la Iglesia. La elección de creer en Cristo y de seguirle no es fácil. Se ve obstaculizada por nuestras infidelidades personales y por muchas voces que nos sugieren vías más fáciles. No os desaniméis, buscad más bien el apoyo de la comunidad cristiana, el apoyo de la Iglesia. A lo largo de este año, preparaos intensamente para la cita de Madrid con vuestros obispos, sacerdotes y responsables de la pastoral juvenil en las diócesis, en las comunidades parroquiales, en las asociaciones y los movimientos. La calidad de nuestro encuentro dependerá, sobre todo, de la preparación espiritual, de la oración, de la escucha en común de la Palabra de Dios y del apoyo recíproco.

Queridos jóvenes, la Iglesia cuenta con vosotros. Necesita vuestra fe viva, vuestra caridad creativa y el dinamismo de vuestra esperanza. vuestra presencia renueva la Iglesia, la rejuvenece y le da un nuevo impulso. Por ello, las Jornadas Mundiales de la Juventud son una gracia no sólo para vosotros, sino para todo el Pueblo de Dios. La Iglesia en España se está preparando intensamente para acogeros y vivir la experiencia gozosa de la fe. Agradezco a las diócesis, las parroquias, los santuarios, las comunidades religiosas, las asociaciones y los movimientos eclesiales, que están trabajando con generosidad en la preparación de este evento. El Señor no dejará de bendecirles. Que la Virgen María acompañe este camino de preparación. Ella, al anuncio del Ángel, acogió con fe la Palabra de Dios; con fe consintió que la obra de Dios se cumpliera en ella. Pronunciando su “*fiat*“, su “*sí*“, recibió el don de una caridad inmensa, que la impulsó a entregarse enteramente a Dios. Que Ella interceda por todos vosotros, para que en la próxima Jornada Mundial podáis crecer en la fe y en el amor. Os aseguro mi recuerdo paterno en la oración y os bendigo de corazón.

Vaticano, 6 de agosto de 2010, Fiesta de la Transfiguración del Señor.

BENEDICTUS PP. XVI

8. Carta del Santo Padre Benedicto XVI a los seminaristas

Queridos seminaristas:

En diciembre de 1944, cuando me llamaron al servicio militar, el comandante de la compañía nos preguntó a cada uno qué queríamos ser en el futuro. Respondí que quería ser sacerdote católico. El subteniente replicó: Entonces tiene usted que buscarse otra cosa. En la nueva Alemania ya no hay necesidad de curas. Yo sabía que esta “nueva Alemania” estaba llegando a su fin y, que después de las devastaciones tan enormes que aquella locura había traído al País, habría más que nunca necesidad de sacerdotes. Hoy la situación es completamente distinta. Pero también ahora hay mucha gente que, de una u otra forma, piensa que el sacerdocio católico no es una “profesión” con futuro, sino que pertenece más bien al pasado. Vosotros, queridos amigos, habéis decidido entrar en el seminario y, por tanto, os habéis puesto en camino hacia el ministerio sacerdotal en la Iglesia católica, en contra de estas objeciones y opiniones. Habéis hecho bien. Porque los hombres, también en la época del dominio tecnológico del mundo y de la globalización, seguirán teniendo necesidad de Dios, del Dios manifestado en Jesucristo y que nos reúne en la Iglesia universal, para aprender con Él y por medio de Él la vida verdadera, y tener presentes y operativos los criterios de una humanidad verdadera. Donde el hombre ya no percibe a Dios, la vida se queda vacía; todo es insuficiente. El hombre busca después refugio en el alcohol o en la violencia, que cada vez amenaza más a la juventud. Dios está vivo. Nos ha creado y, por tanto, nos conoce a todos. Es tan grande que tiene tiempo para nuestras pequeñas cosas: “Hasta los pelos de vuestra cabeza están contados”. Dios está vivo, y necesita hombres que vivan para Él y que lo lleven a los demás. Sí, tiene sentido ser sacerdote: el mundo, mientras exista, necesita sacerdotes y pastores, hoy, mañana y siempre.

El seminario es una comunidad en camino hacia el servicio sacerdotal. Con esto, ya he dicho algo muy importante: no se llega a ser sacerdote solo. Hace falta la “comunidad de discípulos”, el grupo de los que quieren servir a la Iglesia de todos. Con esta carta quisiera poner de relieve –mirando también hacia atrás, a mis días en el seminario– algunos elementos importantes para estos años en los que os encontráis en camino.

1. Quien quiera ser sacerdote debe ser sobre todo un “hombre de Dios”, como lo describe san Pablo (*1 Tm* 6,11). Para nosotros, Dios no es

una hipótesis lejana, no es un desconocido que se ha retirado después del “big bang”. Dios se ha manifestado en Jesucristo. En el rostro de Jesucristo vemos el rostro de Dios. En sus palabras escuchamos al mismo Dios que nos habla. Por eso, lo más importante en el camino hacia el sacerdocio, y durante toda la vida sacerdotal, es la relación personal con Dios en Jesucristo. El sacerdote no es el administrador de una asociación, que intenta mantenerla e incrementar el número de sus miembros. Es el mensajero de Dios entre los hombres. Quiere llevarlos a Dios, y que así crezca la comunión entre ellos. Por esto, queridos amigos, es tan importante que aprendáis a vivir en contacto permanente con Dios. Cuando el Señor dice: “Orad en todo momento”, lógicamente no nos está pidiendo que recitemos continuamente oraciones, sino que nunca perdamos el trato interior con Dios. Ejercitarse en este trato es el sentido de nuestra oración. Por esto es importante que el día se inicie y concluya con la oración. Que escuchemos a Dios en la lectura de la Escritura. Que le contemos nuestros deseos y esperanzas, nuestras alegrías y sufrimientos, nuestros errores y nuestra gratitud por todo lo bueno y bello, y que de esta manera esté siempre ante nuestros ojos como punto de referencia en nuestra vida. Así nos hacemos más sensibles a nuestros errores y aprendemos a esforzarnos por mejorar; pero, además, nos hacemos más sensibles a todo lo hermoso y bueno que recibimos cada día como si fuera algo obvio, y crece nuestra gratitud. Y con la gratitud aumenta la alegría porque Dios está cerca de nosotros y podemos servirlo.

2. Para nosotros, Dios no es sólo una palabra. En los sacramentos, Él se nos da en persona, a través de realidades corporales. La Eucaristía es el centro de nuestra relación con Dios y de la configuración de nuestra vida. Celebrarla con participación interior y encontrar de esta manera a Cristo en persona, debe ser el centro de cada una de nuestras jornadas. San Cipriano ha interpretado la petición del Evangelio: “Danos hoy nuestro pan de cada día”, diciendo, entre otras cosas, que “nuestro” pan, el pan que como cristianos recibimos en la Iglesia, es el mismo Señor Sacramentado. En la petición del Padrenuestro pedimos, por tanto, que Él nos dé cada día este pan “nuestro”; que éste sea siempre el alimento de nuestra vida. Que Cristo resucitado, que se nos da en la Eucaristía, modele de verdad toda nuestra vida con el esplendor de su amor divino. Para celebrar bien la Eucaristía, es necesario también que aprendamos a conocer, entender y amar la liturgia de la Iglesia en su expresión concreta. En la liturgia rezamos con los fieles de todos los tiempos: pasado, presente y futuro se suman a un único y gran coro

de oración. Por mi experiencia personal puedo afirmar que es entusiasmante aprender a entender poco a poco cómo todo esto ha ido creciendo, cuánta experiencia de fe hay en la estructura de la liturgia de la Misa, cuántas generaciones con su oración la han ido formando.

3. También es importante el sacramento de la Penitencia. Me enseña a mirarme con los ojos de Dios, y me obliga a ser honesto conmigo mismo. Me lleva a la humildad. El Cura de Ars dijo en una ocasión: Pensáis que no tiene sentido recibir la absolución hoy, sabiendo que mañana cometeréis nuevamente los mismos pecados. Pero –nos dice– Dios mismo olvida en ese momento los pecados de mañana, para daros su gracia hoy. Aunque tengamos que combatir continuamente los mismos errores, es importante luchar contra el ofuscamiento del alma y la indiferencia que se resigna ante el hecho de que somos así. Es importante mantenerse en camino, sin ser escrupulosos, teniendo conciencia agradecida de que Dios siempre está dispuesto al perdón. Pero también sin la indiferencia, que nos hace abandonar la lucha por la santidad y la superación. Cuando recibo el perdón, aprendo también a perdonar a los demás. Reconociendo mi miseria, llego también a ser más tolerante y comprensivo con las debilidades del prójimo.

4. Sabed apreciar también la piedad popular, que es diferente en las diversas culturas, pero que a fin de cuentas es también muy parecida, pues el corazón del hombre después de todo es el mismo. Es cierto que la piedad popular puede derivar hacia lo irracional y quizás también quedarse en lo externo. Sin embargo, excluirla es completamente erróneo. A través de ella, la fe ha entrado en el corazón de los hombres, formando parte de sus sentimientos, costumbres, sentir y vivir común. Por eso, la piedad popular es un gran patrimonio de la Iglesia. La fe se ha hecho carne y sangre. Ciertamente, la piedad popular tiene siempre que purificarse y apuntar al centro, pero merece todo nuestro aprecio, y hace que nosotros mismos nos integremos plenamente en el “Pueblo de Dios”.

5. El tiempo en el seminario es también, y sobre todo, tiempo de estudio. La fe cristiana tiene una dimensión racional e intelectual esencial. Sin esta dimensión no sería ella misma. Pablo habla de un “modelo de doctrina”, a la que fuimos entregados en el bautismo (*Rm* 6,17). Todos conocéis las palabras de san Pedro, consideradas por los teólogos medievales como justificación de una teología racional y elaborada científicamente: “Estad siempre prontos para dar razón (*logos*) de vuestra esperanza a todo el que os la

pidiere” (I P 3,15). Una de las tareas principales de los años de seminario es capacitaros para dar dichas razones. Os ruego encarecidamente: Estudiad con tesón. Aprovechad los años de estudio. No os arrepentiréis. Es verdad que a veces las materias de estudio parecen muy lejanas de la vida cristiana real y de la atención pastoral. Sin embargo, es un gran error plantear de entrada la cuestión en clave pragmática: ¿Me servirá esto para el futuro? ¿Me será de utilidad práctica, pastoral? Desde luego no se trata solamente de aprender las cosas meramente prácticas, sino de conocer y comprender la estructura interna de la fe en su totalidad, de manera que se convierta en una respuesta a las preguntas de los hombres, que aunque aparentemente cambian en cada generación, en el fondo son las mismas. Por eso, es importante ir más allá de las cuestiones coyunturales para captar cuáles son precisamente las verdaderas preguntas y poder entender también así las respuestas como auténticas repuestas. Es importante conocer a fondo la Sagrada Escritura en su totalidad, en su unidad entre Antiguo y Nuevo Testamento: la formación de los textos, su peculiaridad literaria, la composición gradual de los mismos hasta formar el canon de los libros sagrados, la unidad de su dinámica interna que no se aprecia a primera vista, pero que es la única que da sentido pleno a cada uno de los textos. Es importante conocer a los Padres y los grandes Concilios, en los que la Iglesia ha asimilado, reflexionando y creyendo, las afirmaciones esenciales de la Escritura. Podría continuar en este sentido: llamamos dogmática a la comprensión de cada uno de los contenidos de la fe en su unidad, o mejor, en su simplicidad última: cada detalle particular, en definitiva, desarrolla la fe en el único Dios, que se manifestó y que sigue manifestándose. No es necesario que diga expresamente lo necesario que es estudiar las cuestiones esenciales de la teología moral y de la doctrina social de la Iglesia. Es evidente la importancia que tiene hoy la teología ecuménica, conocer las diversas comunidades cristianas; es igualmente necesario una orientación fundamental sobre las grandes religiones y, sobre todo, la filosofía: la comprensión de la búsqueda y de las preguntas del hombre, a las que la fe quiere dar respuesta. Pero también aprended a comprender y –me atrevo a decir– a amar el derecho canónico por su necesidad intrínseca y por su aplicación práctica: una sociedad sin derecho sería una sociedad carente de derechos. El derecho es una condición del amor. Prefiero no continuar enumerando más cosas, pero sí deseo deciros una vez más: amad el estudio de la teología y continuadlo con especial sensibilidad, para anclar la teología en la comunidad viva de la Iglesia que,

con su autoridad, no es un polo opuesto a la ciencia teológica, sino su presupuesto. Sin la Iglesia que cree, la teología deja de ser ella misma y se convierte en un conjunto de disciplinas diversas sin unidad interior.

6. Los años de seminario deben ser también un periodo de maduración humana. Para el sacerdote, que deberá acompañar a otros en el camino de la vida y hasta el momento de la muerte, es importante que haya conseguido un equilibrio justo entre corazón y mente, razón y sentimiento, cuerpo y alma, y que sea humanamente “íntegro”. La tradición cristiana siempre ha unido las “virtudes teologales” con las “virtudes cardinales”, que brotan de la experiencia humana y de la filosofía, y ha tenido en cuenta la sana tradición ética de la humanidad. Pablo dice a los Filipenses de manera muy clara: “Finalmente, hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta” (4,8). En este contexto, se sitúa también la integración de la sexualidad en el conjunto de la personalidad. La sexualidad es un don del Creador, pero también una tarea que tiene que ver con el desarrollo del ser humano. Cuando no se integra en la persona, la sexualidad se convierte en algo banal y destructivo. En nuestra sociedad actual se ven muchos ejemplos de esto. Recientemente, hemos constatado con gran dolor que algunos sacerdotes han desfigurado su ministerio al abusar sexualmente de niños y jóvenes. En lugar de llevar a las personas a una madurez humana y ser un ejemplo para ellos, han provocado con sus abusos un daño que nos causa profundo dolor y disgusto. Debido a todo esto, muchos podrán preguntarse, quizás también vosotros, si vale la pena ser sacerdote; si es sensato encaminar la vida por el celibato. Sin embargo, estos abusos, que son absolutamente reprobables, no pueden desacreditar la misión sacerdotal, que conserva toda su grandeza y dignidad. Gracias a Dios, todos conocemos sacerdotes convincentes, forjados por su fe, que dan testimonio de cómo en este estado, en la vida celibataria, se puede vivir una humanidad auténtica, pura y madura. Pero lo que ha ocurrido, nos debe hacer más vigilantes y atentos, examinándonos cuidadosamente a nosotros mismos, delante de Dios, en el camino hacia el sacerdocio, para ver si es ésta su voluntad para mí. Es tarea de los confesores y de vuestros superiores acompañaros y ayudaros en este proceso de discernimiento. Un elemento esencial de vuestro camino es practicar las virtudes humanas fundamentales, con la mirada puesta en Dios manifestado en Cristo, dejándonos purificar por Él continuamente.

7. En la actualidad, los comienzos de la vocación sacerdotal son más variados y diversos que en el pasado. Con frecuencia, se toma la decisión por el sacerdocio en el ejercicio de alguna profesión secular. A menudo, surge en las comunidades, especialmente en los movimientos, que propician un encuentro comunitario con Cristo y con su Iglesia, una experiencia espiritual y la alegría en el servicio de la fe. La decisión también madura en encuentros totalmente personales con la grandeza y la miseria del ser humano. De este modo, los candidatos al sacerdocio proceden con frecuencia de ámbitos espirituales completamente diversos. Puede que sea difícil reconocer los elementos comunes del futuro enviado y de su itinerario espiritual. Precisamente, por eso, el seminario es importante como comunidad en camino por encima de las diversas formas de espiritualidad. Los movimientos son una cosa magnífica. Sabéis bien cuánto los aprecio y quiero como don del Espíritu Santo a la Iglesia. Sin embargo, se han de valorar según su apertura a la común realidad católica, a la vida de la única y común Iglesia de Cristo, que en su diversidad es, en definitiva, una sola. El seminario es el periodo en el que uno aprende con los otros y de los otros. En la convivencia, quizás a veces difícil, debéis asimilar la generosidad y la tolerancia, no simplemente soportándoos mutuamente, sino enriqueciéndoos unos a otros, de modo que cada uno pueda aportar sus cualidades particulares al conjunto, mientras todos servís a la misma Iglesia, al mismo Señor. Ser escuela de tolerancia, más aún, de aceptarse y comprenderse en la unidad del Cuerpo de Cristo, es otro elemento importante de los años de seminario.

Queridos seminaristas, con estas líneas he querido mostraros lo mucho que pienso en vosotros, especialmente en estos tiempos difíciles, y lo cerca que os tengo en la oración. Rezad también por mí, para que pueda desempeñar bien mi servicio, hasta que el Señor quiera. Confío vuestro camino de preparación al sacerdocio a la maternal protección de María Santísima, cuya casa fue escuela de bien y de gracia. A todos os bendiga Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Vaticano, 18 de octubre de 2010, Fiesta de San Lucas, evangelista.

Vuestro en el Señor

BENEDICTUS PP. XVI

Noticias

Bodas de oro y plata sacerdotales

El día 10 de mayo, celebramos la FIESTA DE NUESTRO PATRONO SAN JUAN DE AVILA. en la que dimos gracias a Dios por la vida sacerdotal de los hermanos que este año celebraron las BODAS DE ORO Y PLATA SACERDOTALES. Son los siguientes:

BODAS DE ORO

- D. EZEQUIEL BARBERO BELLIDO
- D. FRANCISCO GALLARDO GONZÁLEZ
- D. PEDRO ANTONIO MÁRQUEZ VELASCO
- D. CESAR MARTÍN CALVO
- D. ANGEL PORTELA PÉREZ
- D. JUAN JOSE REGALADO HERNÁNDEZ
- D. AGUSTIN RÍOS GONZÁLEZ

Y también, ya en la Casa del Padre:

- D. JUAN GARCÍA BLANCO
- D. ILDEFONSO GARCÍA ZURDO

BODAS DE PLATA SACERDOTALES:

- D. ALEJANDRO CARABIAS LÓPEZ
- D. JOSÉ MARÍA BLAS RODRÍGUEZ

Canonización de Sor Cándida María de Jesús

La Diócesis de Salamanca comparte la alegría de la Congregación de las Hijas de Jesús por la canonización de su fundadora, la beata Cándida María de Jesús, el domingo 17 de octubre; y participó en la celebración de Roma y en los actos que posteriormente han tenido lugar en Salamanca para dar gracias a Dios y presentar el modelo cristiano de esta nueva santa, que maduró en su camino de santidad en nuestra ciudad y en ella llevó a cabo la fundación y consolidación de su obra al servicio de la educación humana y cristiana de las niñas y jóvenes.

Cándida María de Jesús es el nombre asumido por Juana Josefa Cipitria Barriola el día de su consagración religiosa en la nueva Congregación de las Hijas de Jesús, por ella fundada el día 8 de diciembre de 1871, en la ciudad de Salamanca.

Juana Josefa nació en el caserío de Berrospe, situado en la villa guipuzcoana de Andoain, el día 31 de mayo de 1845. Fue la primera hija de Juan Miguel Cipitria Aramburu y María Jesús Barriola Querejeta, matrimonio de sencillos tejedores.

El día 5 de agosto acudió al Palacio de Montellano a celebrar el cumpleaños de la superiora del Colegio de la Inmaculada. Durante la charla de sobremesa la Madre se sintió mal de repente, como consecuencia de una hemiplejía. Su estado fue diagnosticado como gravísimo. Consciente de su gravedad y asistida por el jesuita P. Munárriz, afrontó su muerte “tranquilísimamente tranquila”, según manifestó.

Beatificación del P. Bernardo Hoyos

El domingo 18 de abril, más de 20.000 personas asistieron en Valladolid a la ceremonia de beatificación del Padre jesuita Bernardo Francisco Hoyos. Se trata del primer religioso español que ha recibido la consideración de beato fuera del Vaticano.

La ceremonia fue presidida por el cardenal Angelo Amato, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, como representante pontificio y contó con la presencia de una treintena de prelados, entre ellos el arzobispo de Valladolid, Mons. Ricardo Blázquez, que participó así en uno de sus primeros actos tras su entrada oficial en la Archidiócesis el pasado sábado 17 de abril, y nuestro obispo Mons. Carlos López.

El P. Bernardo, sj (Torrelobatón-Valladolid, 1711-1735) fue un presbítero jesuita, primer y principal apóstol en España de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Mientras estudiaba en el entonces Colegio de San Ambrosio de Valladolid conoció el culto al Corazón de Jesús y recibió la llamada Gran Promesa –“Reinaré en España, y con más veneración que en otras muchas partes”– que en 1941 dio nombre al templo como Santuario Nacional de la Gran Promesa (Basílica Menor desde 1964). Tras un proceso que se ha alargado durante siglos, finalmente en 2008 fue reconocido un milagro atribuido a su intercesión y poco después el Papa Benedicto XVI decretaba su beatificación, que conforme a los procedimientos vigentes se ha celebrado en la diócesis de origen.

Con motivo de esta beatificación la Compañía de Jesús, invitó a los salmantinos, a participar en la eucaristía concelebrada en acción de gracias que tuvo lugar el día 2 de mayo, en la Parroquia San José “El Milagro” de Salamanca.

Crecimiento católico en la última década

Desde el inicio del siglo XX, ha crecido un 433%

En la última década, la Iglesia católica ganó 142 millones de fieles

Lo que llevamos de siglo XXI ha significado un importante crecimiento de la Iglesia católica, según los datos del Anuario Pontificio 2009.

En 1997 había 1.005 millones de católicos; en 2000 ya eran 1.050 y en 2007, último del que hay datos, 1.147. Es decir, en diez años la Iglesia ha crecido en 142 millones de fieles.

En general, el número de bautizados crece al mismo ritmo que la población. En 2007, el número de seres humanos del planeta creció en 74,2 millones, y de ellos casi 16 millones se bautizaron católicos.

Cada hora la Iglesia crece con 43.000 bautizados más (hay que restar los fieles que se mueren), y ya abarca el 17,33 por ciento de la humanidad.

Al empezar el siglo XX, había algo menos de 267 millones de católicos: desde entonces, pese a décadas de ateísmo de Estado en buena parte del planeta, la Iglesia ha crecido un 433 por ciento. Hay analistas, como Sherry Weddell, codirectora del Instituto Catalina de Siena, de Estados Unidos, que señalan que el éxito demográfico y misionero presenta un reto pastoral: por cada nuevo sacerdote que se ordena, llegan casi 21.000 nuevos católicos que pastorear.

Una respuesta está en el crecimiento de los diáconos permanentes (casi un 50 por ciento más en una década) y la multiplicación casi por diez de los laicos misioneros. Con todo, es evidente que las muchedumbres de católicos requieren más y más pastores, de todo tipo.

Benedicto XVI comparte su servicio pastoral con 500 obispos más de los que ayudaban a Juan Pablo II hace una década.

Bautizados	1005 millones	1147 millones
Obispos	4420	4946
Sacerdotes	404208	408024
Diáconos	24407	3594?

En el mundo hay 1.166 millones de católicos, casi un 12% más que hace nueve años

A lo largo de estos nueve años, la presencia de católicos en el mundo ha pasado de 1.045.056 en 2000 a 1.166 millones en 2008, con una variación relativa del +11,54%. Sin embargo, leyendo los datos de forma diferenciada se observa que en África se registra un incremento del 33%, mientras en Europa la situación se mantiene sustancialmente estable (+1,17%); en Asia el incremento es de +15,61%, en Oceanía +11,39) y en América +10,93. No obstante, los católicos europeos han pasado del 26,81% del 2000 al 24,31%, de 2008. En América y Oceanía se mantienen estables y en Asia aumentan ligeramente.

OBISPOS Y SACERDOTES

Por lo que respecta al número de obispos en el mundo, se ha pasado de 4.541 en 2000 a 5.002 en 2008, con un aumento del 10,15%.

La población sacerdotal, tanto diocesana como religiosa, muestra un ligero crecimiento a lo largo de estos nueve años (con un aumento del 0,98% a nivel mundial), pasando de 405.178 en 2000 a 409.166 en 2008. Si en África y Asia aumentan (respectivamente un 33,1% y un 23,8%), América se mantiene estable.

El siglo XXI será el de las religiones

Según los expertos, en el año 2050 los cristianos en el mundo serán 3.200 millones y los musulmanes crecerán hasta los 2.500 millones / El ateísmo caerá un 3 por ciento

Así lo corrobora el Atlas del Cristianismo Global, editado recientemente por la Edimburgo University Press. Se trata de un monumental trabajo de investigación promovido por la Conferencia Misionera Mundial de Edimburgo que se desarrolla en Escocia para conmemorar el centenario del primer gran encuentro misionero interconfesional de 1910. El volumen, compuesto por 340 páginas de mapas, gráficos, tablas y ensayos, es el fruto del trabajo de un grupo de investigadores coordinados por el sociólogo americano Todd Johnson y por el teólogo escocés Kenneth Ross, casi una fotografía en tiempo real de las religiones en el mundo.

LAS RELIGIONES, HOY

Según el Atlas, el cristianismo es profesado hoy por el 3,2 por ciento de la población mundial, una cuota que lo sitúa en el primer puesto entre las religiones. El dato interesante es que se trata, grosso modo, del mismo porcentaje que arrojaba el año 1910. Gracias a la gran obra de los misioneros en el siglo XX, hoy existe al menos una pequeña comunidad de cristianos prácticamente en todos los países del mundo. Pero el amplio crecimiento de los cristianos en el sur del mundo ha sido equilibrada por la caída en los países de antigua raíz cristiana, con el resultado de que —exactamente como hace un siglo, dos tercios de la humanidad siguen siendo no cristianos. En cuanto a las demás religiones, los musulmanes son el 22,4 por ciento de la población mundial (en 1910 eran el 12,6 por ciento), los hindúes el 13,7 por ciento, los agnósticos el 9,3 por ciento, los budistas el 6,8 por ciento, los fieles de las religiones tradicionales chinas eran el 6,6 por ciento y los judíos apenas el 0,2 por ciento.

PROYECCIONES PARA 2050

Con todos los datos recogidos, el Atlas se atreve con una previsión para el año 2050. Estimando una población de cerca de 9.200 millones de personas (2 millones y medio más que hoy), dentro de 40 años los cristianos serán 3.200 millones, es decir, el 35 por ciento del mundo. Pero el verdadero salto adelante lo dará el islam, que con casi 2.500 millones de fieles alcanzará el 27 por ciento de la población mundial. Otra proyección interesante es la caída del agnosticismo, que pasaría del 9,3 al 6,1 por ciento, con una caída de no creyentes también en valor absoluto que confirma que el siglo XXI será el “siglo de las religiones”.

Entre los cristianos, el catolicismo sigue siendo el grupo mayoritario, pero el hecho verdaderamente novedoso es el crecimiento de las “Iglesias independientes”, aquellos grupos donde las diferencias llegan a tocar nudos centrales como la naturaleza de Jesucristo o la existencia de la Trinidad: el ejemplo más cercano a nosotros es el de los Testigos de Jehová. En su conjunto, estos movimientos del mundo representan el 1,15 por ciento de todos los que afirman creer en Jesucristo.

EL HEMISFERIO SUR, GRAN PROTAGONISTA

En el año 2050 casi el 74 por ciento de los cristianos podría vivir entre América del Sur, África, Asia y Oceanía.

- La caída del cristianismo en el Viejo Continente se ha equilibrado en el último siglo con el crecimiento de los creyentes en el Sur.
- Entre los movimientos cristianos, el que más crece es el de los Pentecostales (protestantes) que ya cuenta con 614 millones de fieles, es decir, un cristiano de cada cuatro.
- EE UU, Brasil y España son hoy los mayores productores de misioneros.

Las rupturas familiares en España en los 9 primeros meses del 2010

Ni la crisis ni el descenso del número de matrimonios impidió que las rupturas matrimoniales aumentaran un 3,2% durante los nueve primeros meses de 2010, respecto al mismo período del año anterior.

El Instituto de Política Familiar ha hecho público un análisis a partir de los datos oficiales del Consejo General del Poder Judicial, según los cuales se han roto en España 92.767 matrimonios, de los que 86.834 fueron divorcios, 5.813 separaciones y 120 nulidades, lo que supone 344 rupturas al día.

